

PH

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008 (83) (05)

- Domingo Melfi.** *Portales.*
Augusto d'Halmar. *Una crónica anacrónica.*
Paul Schostakowsky. *Europa y Rusia.*
Mariano Latorre. *El sentido de la naturaleza en la poesía chilena. I.*
Oscar Aguilar Vidal. *Diego Barros Arana. II.*
F. Ortúzar Vial. *Cosas de la mala vida.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Max Daireaux.** *A propósito del «Panorama de Literatura Hispanoamericana»*
Raúl Silva Castro. *Más sobre el «Panorama» de Daireaux.*
Haya de la Torre. *En torno a la política europea.*
Januario Espinosa. *El árabe que hablamos.*
Carlos Deambrosis-Martins. *El conde Keyserling en la Sorbona.*
Manuel Rojas. *Divagaciones sobre la poesía. V.*
Manuel A. Seoane. *Sobre las revoluciones de Argentina, Perú y Bolivia.*
R. Cabrera Méndez. *Confesiones del tiempo.*
M. de Nicolay. *Privilegios de la ópera rusa.*
Manuel Ugarte. *La vida de Bolívar.*
Romain Rolland. *Otros aspectos de Goethe. II.*
Alfa. *Crónica de espectáculos.*

LOS LIBROS—LAS REVISTAS—NOTAS Y
DOCUMENTOS — DISPARATORIO — EN-
CUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

1930

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras,
artes, historia, filosofía y
ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE-COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina,
Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la
Torre

LIMA - PERU

**Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970**

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

**Mensuario de cultura actual,
información, crítica y
bibliografía**

Dirección postal:

Clasificador 24-A SANTIAGO

ATENEA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACIÓN

BANDERA 131 - OF. 22
CASILLA 3148 - TELÉF. 65547

Santiago, Noviembre de 1930

RABINDRANATH TAGORE

008(83)(105)



En la India convulsionada hubo un paréntesis de expectación durante la enfermedad de este poeta exquisito.

¿TIENE UD. MUY BUENA LETRA?



**ENTONCES ES PREFERIBLE QUE
SU ESCRITURA SEA "UNDERWOOD"**

Una letra atrayente y legible—qué pocos de nosotros podemos hacer gala de ella. Y aun una buena letra nunca es tan clara y de buen efecto como los competentes tipos de una máquina de escribir.

Escriba sobre la Underwood Portátil, rápidamente, fácilmente. Completa con su atrayente estuche esta máquina pesa solamente 7 kilos, siendo sin embargo fuerte y resistente como cualquier modelo de oficina.

ES MAS QUE UNA PORTATIL, ES UNA "UNDERWOOD"



DAVIS & COMPAÑIA.

**BANDERA 169
CASILLA 693
SANTIAGO**

**PRAT 639
CASILLA 1974
VALPARAISO**

CANFO - VACUNA ANTIGRIPAL

Terapéutica específica y circulatoria de las afecciones gripales

Vacuna alcanforada cuyos efectos específicos se suman a su acción tónica sobre la circulación.

Inyección intramuscular.

Solución acuosa de fácil absorción.

INSTITUTO M. T. SANITAS

AGUSTINAS 1955 - - SANTIAGO

MARIO FERNANDEZ ZEGERS

ENGINEERS -- FINANCIERS -- IMPORTERS & EXPORTERS
INTERNATIONAL TECHNICAL AND FINANCIAL ORGANIZATION

ESTABLISHED 1920

OFICINA TECNICA.—Ingenieros de Minas—Ingenieros Consultores.—Ingenieros Técnicos e Industriales.—Ingenieros Químicos y Metalúrgicos.—Geólogos.—Ingenieros Consultores y Constructores y Civiles para toda clase de trabajos de Ingeniería General, Minas y Construcciones.—Ingenieros Mecánicos y Electricistas.—Ingenieros Navales, Militares y Aeronáuticos para trabajos técnicos de los ramos de Ingeniería Naval, Militar, Aeronáutica.

MARIO FERNANDEZ ZEGERS
President

GENERAL EXECUTIVE AND CHIEF - CONSULTING AND MINING ENGINEER
MAIN PARTNER AND GENERAL MANAGER
BRANCHES - OF THE FIRM

NEW YORK-N. Y.-U. S. A. LONDON-ENGLAND. BILBAO-ESPAÑA.
AMSTERDAM-HOLLAND. BRUSSELS-BELGIUM. CHICAGO-ILLINOIS U. S. A.

Armamentos de todas clases para Ejército, Aviación, Marina, Carabineros, etc., etc.—Representaciones americanas y europeas y de todas clases.—Representantes apoderados generales para Sud-América de grandes Sindicatos Mineros e Industriales de Europa y de los Estados Unidos para la organización, financiación, colocación y explotación de grandes negocios con capitales nacionales, americanos y europeos.

OFICINAS DE SANTIAGO DE CHILE (Sud-América)

Calle New York esq. Bolsa.—Rascacielo Ariztía, Sexto Piso, Oficina 7, Teléfono Princ. 89349, Casilla 1989, Cables: "Lambda", Codes: A. B. C. 5th Ed. Bentley's. All codes used.

Please when writing address all communications to the Firm and not to individuals.

La elegancia

Iniciamos hoy la publicación de una crónica de la Moda proporcionada para «Atenea» por maestros en la materia y enviada desde Europa. Queremos de esta manera satisfacer los deseos de muchas de nuestras lectoras.

Entre los modelos fáciles de llevar hemos elegido para reproducirlo en estas páginas el de flamanga verde almendra, adornado con bieses de la misma tela, cuellos y puños de crespón verde calado a mano.

Completan nuestra presentación dos interesantes modelos de noche, uno



VESTIDO DE "FLAMANGA" VERDE PÁLIDO CON CUELLO Y PUÑOS DE "GEORGETTE BEIGE". MODELO JOSEPH PAQUIN.
(FOTO ISABEY)

blanco de gasa blanca tejida con plata que hace aguas como el moiré con capita blanca y franja de tisú de plata y cinturón de perlas cristal y plata.

La banda que la modelo lleva en la cabeza indica como se colocarán los adornos que vienen a desterrar la moda de las cabezas destocada. Casi todos los trajes de noche tienen adornos para la cabeza.

Hace brusco contraste con el anterior este modelo de tul negro sobre fondo negro y acompañado de zapatos y guantes igualmente negros.

femenina



VESTIDO DE GASA BLANCA Y PLATA. MODELO REEDFERNE. (FOTO LUIGI DIAZ)



VESTIDO DE TUL NEGRO CON LAZO DE TERCIOPELO ROJO. MODELO EPSON (FOTO LUIGI DIAZ)

No olvide que somos especialistas
en toda clase de propaganda.

Que nadie como nosotros
le hará un presupuesto más
barato cuando Ud. quiera
: imprimir una obra :
Y que nadie tampoco se la
distribuirá en mejores con-
diciones, dentro y fuera del
———país———

SOCIEDAD CHILENA DE PUBLICACIONES

BANDERA 131 -- OFICINA 22

CASILLA 4138

LA VIÑA CASA BLANCA

produce los mejores

vinos de Chile.



OFICINA CENTRAL DE VENTAS

Morandé 442. Tel. 85214

SANTIAGO

::: La Compañía de

Cervecerías Unidas

produce las mejores

cervezas del país.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Noviembre de 1930 — Núm. 69

Domingo Melfi.

PORTALES (1)

LA máscara del hombre exterior en Portales era contradictoria, paradójal. Sin embargo, tenía un profundo dominio interior. Sólo así se explica la franqueza con que se entrega en sus cartas. El se decía «Ministro plebeyo». Pero un alma plebeya, en el sentido de inferioridad moral, de carencia de originalidad, nunca franquea la zona secreta del espíritu. Coloca entre éste y la posteridad o sus amigos, la máscara del disimulo. Está siempre alerta sobre el juicio que a los otros les merezca su actuación en la vida y hasta adoptará actitudes que le favorezcan, como las del enfermo de popularidad ante un fotógrafo. Su corta vida cruzó únicamente días tormentosos, entre guerras y conspiraciones, entre angustias económicas y efímeros amores. Parecía dotado por la naturaleza para atravesar los caminos intrincados de una sociedad convulsionada que acababa de brotar de un cataclismo guerrero. La atmósfera estaba llena de sombras sospechosas, de rumores siniestros, de actitudes ambiguas. Hizo len-

(1) Este trabajo fué leído por su autor en una de las recientes veladas públicas organizadas por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Concepción.

tamente el giro interior del hombre que domina su corazón y fué a colocarse en ese punto admirable de observación en el que se es siempre el señor de sí mismo. Así pudo entregarse cada día, en medio de sus menesteres mercantiles, a la tarea de desnudarse ante sus amigos o favoritos. Era siempre él, el hombre en lucha con los acontecimientos, en lucha con otros hombres, en lucha consigo mismo.

Tenía un terrible sentido de la realidad. Percibía lo elemental y aun lo complejo, con extraña penetración de vidente. Los historiadores se preguntan en qué encrucijada moral se había preparado la pasta del dominador. Porque no había hecho estudios especiales; no había demostrado nunca interés por las cosas públicas. Ni siquiera había sido un alumno brillante. Por lo contrario, fué siempre díscolo, revoltoso, burlón y, además, cruel en sus bromas. Por ejemplo, Vicuña Mackenna narra lo siguiente:

Un día en el momento en que salía su padre en calesa, calentó un sombrero de lata barnizado que por economía habían hecho al negro y apurándolo a este, a nombre de su padre, le pasó el sombrero con tal destreza, que el pobre negro se lo puso, chamuscándose la cabeza, con gran risa de su parte y mayor celebración de toda la familia.

El chasco de Bustamante no fué menos duro. Era éste un hombre tímido y sencillo, y fingiendo un día que venían a prenderle a nombre del coronel de Artillería Reina, que tenía su cuartel en la misma plazuela de la Moneda, lo hizo esconderse en una de las maritatas o pozos de relave de la oficina de fundición, y después de tapar la boca con un cuero, le soltó el agua hasta que esta le llegó a los labios, sin hacer caso de su desesperación ni de sus gritos.

En la crueldad de la infancia o de la adolescencia, late o se prepara el germen de la dominación. Circunstancias posteriores pueden desviarlo o atemperarlo. Otras, lo robustecerán hasta hacerle adquirir proporciones temibles. Portales tenía el don de la fuerza,

de la energía. Jugó con los hombres. Hasta el propio Presidente Ovalle fué más tarde víctima pasiva de sus burlas. ¿Sólo Ovalle? También el Presidente Prieto (1). Era sarcástico, implacable. Condición de su naturaleza interior exuberante, a despecho de su exterior delicado. Su espíritu no tenía quietud. Estaba siempre ansioso de dominio: en el colegio, en las relaciones sociales, en su contacto con las mujeres, a las que conoció mucho y sobre las que impuso también el señorío que se desprendía de su mirada; con los hombres que se ponían a su alcance, con los acontecimientos, mientras estos estuvieron encadenados a su voluntad impetuosa.

Merced a la floración admirable de cartas que acaban de publicarse y sobre cuyo aroma vamos a inclinar un instante nuestra curiosidad, Portales se levanta de su osario con toda la gallardía y la entereza de un hombre y se nos muestra en sus altos y bajos, en su grandeza y en su mezquindad, en su sentido inflexible del deber y en su campechanería, en su violencia y en sus costumbres menudas, en su agudeza y en su profundo sentido de las realidades. Portales vuelve. Está hoy a la moda. En la imaginación, el hombre de esta centuria, también convul-

(1) Don Federico Errázuriz, en su memoria histórica *Chile bajo el Imperio de la Constitución de 1828*, dice (Pág. 199), que siendo Portales Ministro de Prieto contaba públicamente en las tertulias y en los numerosos corrillos de sus aduladores, que había hecho consentir al Presidente en que no debía corresponder visita alguna ni presentarse en sociedad, llevando en esto el propósito de que el público no percibiese su incapacidad e ignorancia. Los términos que empleaba Portales para contar estas incidencias eran de lo más chocantes. Al Presidente Ovalle solía recitarle los versos de la composición *El Uno y El Otro* que se atribuyó a Mora, por lo que Portales lo expulsó del país. No obstante eso, el Ministro se divertía en sus ratos de humor, recordándole al Presidente los versos en que lo ponían en solfa.

El uno cubiletea
Y el otro firma y no más.
El uno se llama Diego
y el otro José Tomás, etc.

sionada, lo ve pasear sus inquietudes por las viejas calles coloniales; su garbo juvenil de medallón romano se insinúa en las casonas arcaicas; brota para repercutir en la noche de las Ramadas, entre las mujeres alegres, su voz autoritaria, por entre sus labios finos y fríamente irónicos... En la trastienda de su negocio de paños repasa, sonriendo, las aventuras del inmortal e ilusionado manchego, su lectura favorita; al anochecer, las esquinas bajas y medrosas, de Santiago, absorben la silueta gallarda de un embozado bajo su larga capa negra. El caballero Portales va de conquista con su andar rápido y nervioso, con el andar sin sobresaltos del que nunca conoció flaquezas ni vacilaciones.

A lo largo de los caminos que van de Santiago a la Calera, al borde de los cerros cubiertos de espinos, bajo la fresca penumbra de las alamedas, galopa el caballo sobre el cual se inclina la gallarda figura del adolescente enamorado. A la distancia, más allá de los valles adormecidos, que extienden su redondo silencio, bajo los cercos de cerros; más allá de las cresterías que enrojece el atardecer, retumba el cañón de Maipo. La tierra de los caminos sobre la que los cascos del caballo hacen saltar los pedruscos, se estremece con la inquietud de la emancipación... Son los días amenazantes, pero llenos de esperanza de la guerra. Los días en que la servidumbre colonial se aproxima a su término. Portales, en cambio, galopa hacia el rincón en donde lo espera su novia. ¿Qué más da? El gobernará más tarde sobre esa tierra convulsionada por las luchas políticas. Preciso es que la liberten primero, para que el dominador tenga tiempo de hacer su aprendizaje; para que el destino, con el cual aparece aliado, remueva el torbellino de las asonadas militares y de las conspiraciones, sobre cuyo cuello su mano férrea caerá como una zarpa. Será preciso extraer de allí la periferia

civil...: el orden, la paz, la seguridad. Conceptos sobre los que el dominador tiene ideas fundamentales. Seguramente en Maipo se bate a esas horas Vidaurre, el conspirador de Quillota, que en la cartuchera lleva escondido el ideal democrático. Portales, no obstante, volvía la espalda a la gesta de la independencia. ¿Presintió quizás que en ese rumbo, más allá de Calera, se extendía la tierra, erizada de colinas del Barón, en la que años más tarde caería acribillado por esa misma fuerza que él quiso aherrojar con su imperiosa voluntad? Entre tanto, en su boca fina, en la que siempre erraba una pálida sonrisa desdeñosa, en sus ojos claros que solían inmovilizarse en el dardo de su penetración intolerable, en su frente dominadora abierta por la calvicie precoz, revoloteaban los versos pueriles, fríos, sin emoción, que le diría a su novia:

Las bellas flores que su aroma exhalan
Con sus matices causan mis enojos;
No me divierten, porque no se igualan,
Bella, a tus ojos...

Ni claro arroyo que de peñas duras
Brota cristales y a beber provoca,
Porque sus aguas no serán tan puras
Como tu boca...

No le interesó a Portales la contienda de la independencia. Estaba en la edad en que se amasan los héroes; pudo correr como todos los jóvenes de su tiempo a ocupar un sitio en la lucha, pero egoístamente prefirió aislarse. Prefirió saborear la pulpa agridulce, que entre sus dientes tibios y apretados, le ofrecía su novia. Juan Manuel de Rosas, en la Argentina, procedió de idéntica suerte. Menos sensual que Portales, prefirió encerrarse en su estancia a ganar dinero y a aprender, en el dilatado señorío

de la pampa, la lección de energía y de dinamismo tortuoso, de instinto defensivo y de malicia del zorro pampa y del gato montés, con la que más tarde iba a dominar sobre Buenos Aires. Rosas no podía tolerar las inquietudes sociales, despertadas por el liberalismo romántico de los unitarios que habían hecho la revolución de Mayo. Portales, a su vez, tampoco podía tolerar el sacudimiento promovido, después de la independencia, por el liberalismo de los pipiolos. Estos países debían estar sometidos al «peso de la noche»; a ese *peso de la noche* de que habló después Portales, en una carta a don Joaquín Tocornal.

La tendencia general de la masa al reposo—decía—es la garantía de la tranquilidad pública (1).

La colonia era el peso de la noche y la emancipación había desencadenado vientos ásperos de contiendas sociales y políticas. Muchos de los opositores patriotas anhelaban separarse de España, pero contaban con seguir en el mismo letargo inconmovible. Portales fué, sin duda, en el fondo revolucionario,

(1) «El orden social se mantiene en Chile *por el peso de la noche* y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos, la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase nos encontraríamos a oscuras, y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado ser útiles.» (Carta a don Joaquín Tocornal. Valparaíso, 16 de Julio de 1832.)

Portales no podía comprender la doctrina del liberalismo romántico. Su raíz sorbía la médula del coloniaje al que estaba atado por la tradición y por la sangre. En su vida privada era hombre de «liberalismos» audaces; pero su concepto de gobierno era, en cierto modo, retrógrado. No tenía fe en las doctrinas nuevas desencadenadas por la emancipación y consideraba locuras de «bribones despreciables» los arrestos de los exaltados que luchaban por imponer una constitución de estirpe liberal. La idea liberal amparaba las garantías individuales. Portales, en cambio, creía firmemente que para organizar el gobierno fuerte no hacían falta las garantías individuales y que además era preciso quebrantarlas y someterlas. Dió muestras sucesivas, en su breve poderío, de que él no entendía al hombre sino como un instrumento dócil y maleable a la voluntad del dominador. Pero también se engañó, porque si conquistar el poder es, en ocasiones, cosa fácil, mantenerse es tarea difícil,

separatista como todos, pero a condición de no quebrantar la disciplina monárquica que mantenía la paz, el orden, esa inercia que se desprende del peso de la noche...

Nunca antes habían resonado, con tal estridencia en América, las palabras «libertad», «igualdad», «fraternidad»... El envión democrático había roto las tapias de piedras, tras de las que la colonia mantenía su servidumbre social. Pero la masa estaba inerte. La masa consciente, culta, no existía. No se le había dado vida. Existía el encomendero, el terrateniente. Y el inquilinaje—supervivencia de la *encomienda*—oscuro, sórdido, pasivo, se prolongaba, disperso, por los vastos latifundios en los campos fértiles, en los repechos de las quebradas, en la orilla de los ríos torrentosos y traicioneros. Un lenguaje nuevo corría por entre los residuos espesos de la vida independiente. Entonaciones desusadas galvanizaban los espíritus ensombrecidos por la penumbra, tres veces centenaria, y por el letargo de una esclavitud social, sin exaltaciones. Habían descubierto un sentido nuevo en las relaciones humanas. Generosidad acaso de la tierra ya libre que les permitía sentirse conscientes, aunque confusamente presentían la incertidumbre del porvenir. Entre tanto, el terrateniente aristocrático inspiraba la política del gobierno. Era el hombre de más cultura, el que dominaba la masa del inquilinaje y tenía ideas rancias heredadas de la

especialmente cuando para ello se emplean la fuerza, la opresión, la arbitrariedad. Su vida lo demuestra. A medida que sube, se encarniza cada vez más con sus adversarios. Los persigue. No les da tregua. Los humilla cuando puede e intenta, en definitiva, aniquilarlos. Su naturaleza excitable se embriagaba con el poder. Su segundo período en el gobierno fue una era de terror. En ella se yergue, como la «mazorca» de Rosas, en Argentina, el terrible tribunal de los «consejos de guerra permanentes» y los famosos «carros» de presos, en los que se hacía mofa de la dignidad humana. Había llegado ya al punto máximo en el que la tiranía se convierte para el dominador en un hecho natural y en el que para mantener «el hecho» todos los medios se justifican.

colonia. Por otra parte, muchos de los capitanes de la independencia sentían en sus espíritus el estremecimiento de las ideas democráticas. Era, pues, fatal el choque entre los que aspiraban a construir una nacionalidad con entonación democrática y los que tenían en su mano la riqueza de la tierra y el dominio sobre el gobierno. Motines, revueltas, conspiraciones, destierros fueron los resultados de esa larga mañana que siguió a la independencia. Aquellos soldados habían luchado por la emancipación y se habían batido, además, por dar al país una constitución liberal. ¿Podían estar tranquilos? ¿No eran ellos los que se habían encarado con el Director Supremo, en el patio del cuartel de la Guardia de Honor, la tarde misma de la abdicación? ¿No eran ellos los que se habían negado a obedecer a O'Higgins, porque este había dejado de ser un gobernante liberal, tal como lo habían soñado, para convertirse en dictador? (1).

Eran—dice un escritor—románticos que se jugaban la vida por un ideal a la puerta de un cuartel como ya antes se la habían jugado en los campos de batalla.

Sólo que este ideal, en los continuos roces de las

(1) El día de la abdicación, O'Higgins sufrió crueles desengaños con la tropa que él creía apoyaría sus pretensiones de mantenerse en el poder. El pueblo estaba reunido en la plaza del Consulado. O'Higgins, arrastrado por la violencia de su carácter, salió a carrera tendida del palacio, con la casaca entreabierta, sin sombrero, y se dirigió al cuartel de Guías. La tropa lo saludó con aclamaciones y él le contestó haciéndole repartir vino y dinero. Al salir del cuartel, alucinado con las aclamaciones, encontró en la puerta al comandante Mariano Merlo, que acababa de desmontar de su caballo. El Director le preguntó si estaba dispuesto a sostenerlo y como le contestara que *apoyaría las reclamaciones del pueblo*, alzó la mano sobre él y le dió de pescozones hasta arrojarlo fuera del cuartel y arrancarle las charrteras que cargaba sobre sus hombros. Merlo soportó esa ignominia respetando el furor apasionado del Director que en medio de la confusión de sus ideas no comprendía que ese mismo soldado que había llenado el aire con sus atronadores vivas, había, momentos después, a la voz de ese jefe humillado, de ir a defender una reunión de hombres que no arrojaban plata ni brindaban con vino. De ese cuartel voló O'Higgins al de la Guardia de Honor que ocupaba los claustros del convento de San Agustín. La tropa estaba lista ya para salir, y O'Higgins quiso tomar el mando de ella para ir

asonadas y de los motines, se corrompió para dar paso al caudillaje. El caudillaje era la descomposición de la república, el torbellino caótico en el que era urgente imprimir un dominio. Ese dominio fué el que Portales tomó en su mano, dando a la realidad política un terrible sentido.

La idea fundamental de Portales era la del gobierno fuerte. Estos países, se decía seguramente en Lima a donde se había trasladado para realizar algunos negocios y también para olvidar la muerte de su mujer—cosa que al parecer logró muy pronto—; estos países no pueden prosperar sino sujetos a la fuerte presión de una autoridad dominadora. En una carta a su socio Cea, fechada en Lima el 10 de Febrero de 1822, le decía aludiendo a un conato revolucionario:

Son débiles las autoridades, porque creen que la democracia es la licencia.

Portales tenía ya su concepto criollo de gobierno que consiste en imponerse a caballazos. Sólo que el caballazo de Portales, si en el orden teórico o doc-

a imponer silencio a la reunión del Consulado que pedía su retiro. El Comandante Luis Pereira, íntimo amigo de O'Higgins, se opuso a ello, diciéndole: *Este lugar me corresponde a mí. Yo soy quien mando. Pero la persona de V. E. será respetada y considerada.* O'Higgins marchó entonces en medio de esta dolorosa impresión hasta la plaza... Una vez en la Plaza se entregó a los arrebatos y furores de su delirio. Paseábase despavorido y agitado por las gradas de la Catedral al frente de la Guardia de Honor. En un momento de arrebató se dirigió a los soldados preguntándoles: *¿No hay alguno que quiera morir conmigo?* El soldado apenas contestaba. No revelaba ni amor ni odio por el Director. Cuando más hacía un pequeño movimiento para aligerar el fusil. Su deseo y su corazón estaban en la voz de mando de su jefe. O'Higgins insistía en no presentarse a la reunión popular. El tiempo pasaba y el pueblo estrechaba a Pereira para que insinuara al Director la necesidad de presentarse pronto en la sala. *No son más que cuatro muchachos los que están ahí reunidos—le contestaba O'Higgins. Se equivoca V. E.—replicaba Pereira—; es el pueblo sano, la parte principal de la población.*—Domingo Santa María. *Vida de José Miguel Infante.* Págs. 66 a 69.

trinario era una regresión a la vida instintiva, en el orden real era una ley de saneamiento.

Por lo demás, era la primera insinuación del gobierno fuerte y centralizador, concepto político que debía ampliar más tarde en otra carta, que ya es célebre porque ha sido muchas veces reproducida, pues en ella vaticinó el imperialismo económico de los yanquis en la América del Sur.

A mí las cosas políticas—escribía a Cea en Marzo de 1822—no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aun censurar los actos del Gobierno. *La Democracia*, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera *República*. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe cómo lo entiendo yo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizado, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y de patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes.

Portales manifestó siempre desdén para mezclarse en las luchas políticas. Pero, en cambio, sobre el arte de gobernar tenía, como hemos visto, ideas bien claras. Mientras cumplía penosamente sus compromisos comerciales en Lima, en un negocio que fué para él ruinoso, observaba fríamente los acontecimientos. Observaba y amaba: dos formas para llegar al conocimiento y a la sabiduría. El conocimiento de los hombres, cuyas pasiones no tenían para él secreto, puesto que siempre pudo dominarlos, y la sabiduría un poco escéptica que destilaba el amor fugitivo de esencia puramente física de las mujeres que jalonnaron su breve camino de sombras y de esplendores. De aquel joven pálido y doliente que en Santiago, a la muerte de su joven esposa, llenó los templos con sus lamentos y confesiones y estuvo a punto de

ingresar en un convento, nada al parecer quedaba ya (1). El aroma enervante de la Lima sensual en la que aun vagaba al atardecer la sombra de la Perricholi y la necesidad de ganar pronto dinero, disiparon los últimos recuerdos. Así como un buen catador—lo era además de vinos y de viandas—escribía a Cea, en unas pocas líneas, su breve tratado de filosofía amorosa:

Decididamente prefiero las mujeres chilenas a las peruanitas: son muy refinadas y muy falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas. Vivo aquí en compañía de Julia; pero estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes. Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo.

(1) En una carta trunca de Portales descubierta hace poco, hermosamente comentada por Alone en el diario *La Nación* de 24 de Octubre de 1930, y dirigida a su padre, manifiesta el firme propósito de entrar en un convento. No puede olvidar a Chepita, su mujer. «He llegado a persuadirme—escribe—de que no pudiendo volver a contraer esponsales por el dolor constante que siempre me causará el recuerdo de mi santa mujer, por la comparación de una dicha tan pura como fué la mía con otra que no sea la misma, no me queda otro camino que entregarme a las prácticas devotas, vistiendo el hábito de algún convento. Con ello conseguiría lo que como hombre todavía no consigo ni creo conseguiré jamás: dejar en el olvido el recuerdo de mi dulce Chepa.»

La carta prueba lo que se quiere probar, eso es, que Portales quiso entrar en un convento, desgarrado por el dolor que le causó la pérdida de su joven esposa. Era muy joven entonces y su sensibilidad no había sido sacudida por ningunas de las circunstancias con que lo fué más tarde. Su conducta posterior es la de un hombre hecho y derecho. Muchas cartas de su epistolario dejan ver que lo dominaron «pasiones vehementes» y el *nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo*, junto con lo de hablar siempre de las mujeres como de *objetos*, muestran que su naturaleza no era la coraza de un santuario. El hombre de un solo amor, que se niega más tarde a casarse, romántico por añadidura, hace de su existencia, en materia amorosa, un camino austero. El recuerdo de un amor único y definitivo que la muerte se lleva, llena el espíritu del hombre, cuando éste rinde culto constante a ese amor, de una delicadeza extremada. Los casos son excepcionales, ciertamente, y la vida de aventuras de Portales indica que no era la excepción y si es cierto que respetó los hogares, las hijas y las esposas, en cambio, a las demás mujeres las trató como el hombre de los hechos... No era sobrio por impotencia—que es una forma artificial de delicadeza—; estaba fisiológicamente bien organizado. Era en realidad el hombre...

Todo esto no impidió que más tarde Portales cayera como un colegial en una aventura un tanto bochornosa. En efecto—y empleando su enérgico lenguaje (1)—le dió «la patada a Julia», pero para caer en otra peor. En una carta fechada siete meses después, le comunicaba a Cea los engaños de que había sido víctima de parte de la señorita Z., la que había fingido con él una comedia de inocencia que los hombres, algunos, no toleran, y otros en el mismo caso consideran con resignada filosofía... Portales despertó tarde del sueño con un pleito encima y con la inminencia de un hijo.

Si este pleito se alarga y el doctor no anda listo—escribía—no hay vuelta: tendré que cargarme con una mujer que de todo tiene menos de moral y de un señorito que me echaría en cara mi desvergüenza.

Yo no habría entrado en relaciones—agregaba más adelante—con esta mujer desvergonzada, si hubiera sabido estas circunstancias que me hace repudiarla con toda la fuerza de mis odios; pero tuvo la audacia de fingirme inocencia y para hacerme creer que por primera vez se entregaba en los brazos de un hombre.

La señorita Z., fuera de otros, había tenido relaciones con el propio Cea; pero Portales cayó en la celada. Esta vez el aprendiz de dominador había sido dominado, y esa amarga experiencia suele convertirse, en algunos temperamentos sensuales, en futuro y furioso acicate de dominio y de soberbia.

En realidad los epistolarios ayudan a conocer a los

(1) Portales no velaba jamás el lenguaje. Como era hombre de realidades, se cuidaba poco de atemperar o suavizar las expresiones. El epistolario está lleno de ásperas y crudas interjecciones, de criollismos enérgicos, de palabras de grueso calibre. Por lo demás, en Chile muchos gobernantes se han caracterizado por esta tendencia a mostrar el criollo en todo momento. Aquí subsiste la creencia de que las palabras rudas y los gestos pro-caces son síntomas de virilidad, de hombría.

hombres, pero franquean zonas lamentables de la naturaleza por sobre las que, a veces, es mejor pasar en silencio. El corazón de Portales permanecía inmóvil en estas aventuras. ¿Hubo alguna pasión sentimental en su existencia? Tal vez la de esa novia de la Calera. El epistolario no lo deja ver. Su vida futura en el gobierno tampoco permite ver el juego del corazón. Vivía éste en una celda impenetrable, y el hombre gobernaba con la fría entereza de un cerebro que no tolera las vacilaciones. El sensualismo suele agostar el corazón e imprimir una energía dominante y calculadora que evita siempre acercarse a esa zona en la que acechan el renunciamiento y la flaqueza.

Lima fué para él la tierra del aprendizaje. Hay un rasgo que es característico en la existencia de Portales: la honradez comercial. En este sentido no tuvo vacilaciones. Fué honrado por encima de todas las alternativas, en medio de sus caídas, en sus más negros días, cuando los negocios iban de mal en peor, en las horas más tempestuosas de su existencia contradictoria. No rehuía los acontecimientos; no les quitaba el cuerpo. Tenía la conciencia de la responsabilidad lo mismo en los negocios que emprendía que en el gobierno, más tarde, al que aplicó muchas de las virtudes del comerciante. Su serenidad proverbial era la del hombre que fía en su fuerza, el dominio del atleta que cumple su misión en el estadio. Portales había hecho de la honradez un culto celoso y profundo, al que cada mañana rendía el homenaje de su energía moral. En las postrimerías de su permanencia en Lima, ya como si dijéramos con un pie en el barco que debía traerle a Chile, escribía a Cea:

Sólo me queda el consuelo de que hemos sido, tanto Ud. como yo, honrados y que jamás hemos echado mano de recursos

negros en nuestras operaciones, porque de todo se nos tachará, menos de ladrones.

Y días después, dando las últimas miradas a Lima, la ciudad enervante, que adormeció con sus perfumes, en el refinamiento y en la molicie, al Libertador San Martín; esa ciudad que a él también lo había enervado arruinándolo al mismo tiempo en sus negocios, escribía con el acento de un hombre resignado que entrevé las sombras confusas de un incierto destino, estas palabras graves y tristes:

Nos retiramos de la tierra del oro más pobres que cuando salimos de la tierra de la miseria. Dejamos en cambio, hijos y amores, pero una reputación sobrada y un crédito lleno de dignidad. ¿Qué más pueden pedir los hombres de verdadera honradez? Ud. y yo vamos ciegos al futuro, pero confiando en nuestra propia fuerza e inteligencia, lucharemos hasta conseguir nuestra felicidad.

En fin, Dios dispondrá de nosotros.

Dios, el destino, él, los acontecimientos.

Cuando penetró de nuevo en la realidad chilena, tenía la experiencia rica de los hombres, de las pasiones, de los intereses encontrados y terribles que en todas partes había desatado la independencia. Era joven, enérgico, impetuoso, con una generosidad que le granjeaba pronto muchas amistades. No era hombre para amedrentarse por los reveses de fortuna, y a pesar de la ruina económica conservaba su humor festivo, su alegría un poco estridente e incisiva, y ese dominio de la voluntad que le permitía atravesar fríamente sobre los hechos. Un tiempo después toda esa entereza se convirtió bruscamente en odio, en ira, en rencor. Esto ocurrió con el Estanco, famoso monopolio de tabacos, licores, naipes, que el Estado le entregó a condición de que sirviera el empréstito que

Chile había contratado en Londres por intermedio de Irisarri. La casa Portales, Cea y Cía., Portales mejor dicho, manejó durante dos años el Estanco y finalmente, en vista de que los intereses y dividendos no se pagaban con puntualidad, pues el negocio marchaba mal, el Congreso, en medio del escándalo público, se vió en la necesidad de rescindir el contrato. Portales aunque salió limpio en su honradez de la prueba y aun con saldo a favor, no pudo impedir las sospechas infamantes que zumbaron sobre su cabeza. No creemos oportuno analizar aquí esa negociación, que por otra parte ha sido ya bien esclarecida por nuestros historiadores.

Lo cierto es que allí comenzó para Portales el primer ensayo efectivo de poder. A esa naturaleza tan prodigiosamente preparada para el mando y la dominación, el estanco, con su complicada y vasta red de intereses, le había abierto las posibilidades más poderosas de sugestión y de dominio. Puede decirse que el país entero estuvo sometido a la voluntad del estancuero. El estanco significaba el espionaje organizado, la delación consentida. Y todo basado en la ley y en la fuerza pública, puesto que «las justicias y autoridades debían prestar todos los auxilios necesarios» para allanar, decomisar, incendiar y perseguir a los comerciantes o cultivadores de tabaco.

¿Podía escapar ese inmenso poder a la penetración certera de ese hombre que no había hecho otra cosa que agitarse entre cifras comerciales y frías realidades? El gobierno, vacilante y débil, acechado por los caudillos que conspiraban incesantemente, era para Portales una simple abstracción. Despreciaba en el fondo a los pipiolos, cuyo liberalismo romántico, según él, carecía de sostén en la realidad. La masa no existía como fuerza organizada; la opinión descansaba sólo en la voluntad de algunos espíritus elocuentes

o de las familias pudientes, fanáticas y supersticiosas. Muchos de los jefes liberales estaban divididos, sin recursos para afrontar ninguna empresa. No le faltaba voluntad a Portales. Sólo la oportunidad, el hecho, la circunstancia. Todo eso sobrevino de pronto, como una tempestad. Cuando salió del estanco, pudo palpar en toda su magnitud la sombría densidad del odio. El estanquero, se decía, se había preparado un poder enorme. Tribus enteras de la sociedad estaban a sus órdenes. En las provincias más lejanas le obedecían. Era una autoridad invisible, pero efectiva. ¿Qué más? Se hallaban en juego intereses, pasiones. Unos habían despojado a Portales y sus amigos del monopolio del estanco, en medio de turbias acusaciones; los otros habían logrado vencer en la silenciosa contienda. Un partido numeroso, de extensa clientela, se removía a lo largo del país. El jefe de ese partido era un hombre de indomitable voluntad.

En un estado social o político desorganizado, se mueven infinitos intereses heridos que acechan la oportunidad para treparse al poder, por medio de la energía de un hombre determinado. Fuera de la ágil viveza interior que le permitía abarcar de un golpe las situaciones y comprender con claridad que sólo si desarrollaba un poder omnímodo podía intentar lo que se llamaba la pacificación del país, existía en Portales la impulsión enérgica de su pasión encendida por el despecho. No vaciló. Una vez en el gobierno ¿qué podían importarle escrúpulos más o menos? Conocía a los hombres y sabía, además, por el instinto de su fuerza, que la inmoralidad de los medios puede hacer posible la moralidad del fin... No sólo inspiró el pacto de Ochagavía, que era una negra traición, sino que humilló a los propios generales que habían intervenido en el tratado de Cuzcuz, obligándolos a desconocer lo que habían firmado.

Comenzó para él esa era de omnipotencia que debía

llevarle tan lejos. Era de extrañas contradicciones y de persecuciones que se enderezaron hacia un solo objetivo: la organización interior del país. Portales no tenía ideología alguna. Ni le hacía falta. Era el hombre de los hechos, sobre los que había que poner el pie cuando se convertían en obstáculos o tolerarlos cuando podían servir a sus fines. De un golpe dió de baja a todos los generales y oficiales del ejército liberal vencido en Lircay. Aventó a las familias de esos oficiales, entregándolas a la miseria. Sedujo a algunos jefes dándoles dinero. Organizó el espionaje, amordazó a la prensa, y de pronto, como si hubiera arrojado lejos la piel que le incomodaba, se encontró convertido en un hombre implacable, distinto del que todos conocían (1).

En medio de toda esa fiebre de poder no perdió ninguna de sus virtudes de negociante y continuó siendo el hombre laborioso, incansable siempre.

No le he contestado hasta hoy su carta del 12— le escribía a su dependiente Newman, el 25 de Abril de 1830, algunos días después de haber asumido el poder—porque a excepción de cinco horas destinadas al sueño, el resto de las veinticuatro no son mías.

Esa naturaleza estupenda no tenía reposo. Tenía a su cargo tres ministerios y se preocupaba de nivelar las rentas del estado.

El presupuesto de la República—dice Vicuña Mackenna—no llegaba a millón y medio de pesos y sus rentas apenas subían de cien mil pesos cada mes, entrada—agrega—que han tenido después, en un año, simples individuos...

Organizaba los cuerpos cívicos con los cuales debía

(1) En una ocasión Portales hizo notificar a la viuda del Coronel Tupper para que quitara inmediatamente de la tumba de su esposo una lápida de mármol que contenía una inscripción alusiva a la conducta del mártir de Lircay, pues, en caso contrario, la haría arrancar por medio de la fuerza pública.

aplastar o neutralizar el caudillaje militar. El mismo comandaba uno. Se preocupaba de dotar a cada cuerpo de una banda de músicos, porque el criollo era aficionado a la retreta y porque creía sin duda, como los gobernantes de la China, que la música ayuda a mejorar a los hombres. Mejorar a los hombres... Era esa una de sus preocupaciones. A los empleados los hacía moverse, les pagaba puntualmente y les exigía el máximun de rendimiento. Por las mañanas era el primero en llegar y por las tardes el último en retirarse. No procedía por empeños. Tampoco creaban puestos para servir a los que iban a demostrarle docilidad, haciendo genuflexiones abyectas. Suprimió, por el contrario, por inútil, el puesto que antes él había servido en la Moneda y que solicitaba un hermano político. Estuvo a punto de suprimir el de Superintendente de Moneda que desempeñaba su padre y sólo porque en ese tiempo se sellaba muy poca cantidad de oro y plata. Suyo es el decreto que obligaba a los empleados acusados de inmoralidad a defenderse públicamente, documentando las razones que se dieran para salir limpios de culpa. Hacía publicar semanalmente el balance de la tesorería, para que todos pudieran seguir la marcha y la inversión de los fondos del Estado.



En este programa, Portales aplicaba el principio de su honradez que siempre había distinguido su carácter. Pero era implacable por otros aspectos, especialmente en las persecuciones. Portales tenía la firme convicción de poder mejorar a los hombres aplicándoles la férrea disciplina que él consideraba lo único posible en un país sin tranquilidad pública. Ahora, en su año de gobierno, el país ya estaba de nuevo sometido al *peso de la noche*. Una atmósfera inerte se abatía sobre la sociedad. Nada podía discutirse;

nada podía cambiarse. Prensa y Congreso estaban amordazados, en la servilidad obscura que se arrastraba a los pies de un solo hombre y que surgía de su incontrastable predominio. Una pupila siempre despierta giraba sobre los hombres para descubrirlos en sus movimientos; un oído siempre atento escuchaba todos los pensamientos que vibraban aún en la sombra. Cuneándose al amor de las olas, una barca esperaba siempre a los proscriptos que enderezarían su rumbo sobre un mar libre e infinito sólo en la apariencia, puesto que su término aparecía en la línea abrupta de las rocas de Juan Fernández. El principio de autoridad omnímodo lo comprendía Portales como un resorte absoluto que no puede ni debe discutirse, por encima de esa aspiración de las sociedades cultas que apoyan sus relaciones en el derecho y en la libertad. ¿Cómo respondió Portales a los únicos hombres valerosos que se atrevieron en el Congreso a levantar la voz en defensa de los proscriptos escarnejados de Lircay? Con la expulsión inmediata. Ellos eran el tribuno Infante y Carlos Rodríguez, el hermano del héroe.

Portales abandonó, después de un año, el poder voluntariamente, rehusando todos los honores. Naturaleza extraña, contradictoria. Pudo ser presidente y no quiso (1). Tenía todo el poder en su mano y lo

(1) A los amigos de las Filarmónicas que le instaban para que asumiera la presidencia, les contestó con una frase que se hizo célebre: «No cambiaría la presidencia por una zamacueca.» En realidad no le interesaba sino *mandar a los que mandaban*, según la expresión de Gandarillas, y que es uno de los rasgos del carácter criollo. No era Portales hombre de estirpe plebeya, y sin embargo, ese rasgo con que lo retrata Gandarillas es el de los hombres de obscuras extracción que, una vez en el poder, se convierten en energúmenos y «dan de patadas» a todo el mundo, ejercitando la abyecta venganza de los que padecieron hambre y privaciones. En Chile llaman «roto alzado» a esa clase de sujetos que de la noche a la mañana, y mediante componendas y manejos dudosos, logran una buena situación y hacen sentir desde ella a los que los rodean todo el peso de su predominio. Se han encimado, pero

abandonó para dedicarse a sus negocios. Salía pobre del gobierno, tal como había entrado. Nunca quiso recibir los sueldos que le correspondían. El país estaba tranquilo. Había ordenado la administración; había deshecho a sus enemigos; había dado lecciones soberbias de desinterés.

El caudillaje parecía aplastado. Detrás de él corrían, sin embargo, las influencias, y él mismo, desde su retiro, no podía dejar de preocuparse de las cosas que había abandonado y ejercía sobre todos el dominio de su voluntad. Desde la trastienda de su negocio, desde la gobernación o desde su refugio de El Rayado, vigilaba su obra; daba consejos sobre todas las materias, censuraba la debilidad del gobierno; se burlaba de los hombres, los ponía en ridículo. ¿De qué pasta estaba hecho ese hombre extraordinario? Como carecía de dinero, se impuso economías estrictas. Por lo demás, siempre había sido un hombre económico. Durante su permanencia en el Ministerio había gastado de su propio peculio en la organización de las guardias cívicas, y ahora los negocios andaban mal.

Ud. me estará creyendo en estado de ahorcarme—le escribía a su confidente Garfias—. ¡Pues no, señor! Estoy fresco porque he sacado mis cuentas y aunque a costa de muchos sacrificios, alcanzo a pagar a todos. Este es mi único deseo, que por lo que hace a vivir, no falta la industria. Haya tranquilidad pública y no moriremos pobres si llegamos a viejos.

Pero la debilidad del Presidente Prieto lo sacaba de quicio. Y entonces exponía un programa entero de gobierno, tal como él lo comprendía y lo había practicado, de rigor y de castigo contra los que procedían mal. Aludiendo al golpe del capitán Tenorio en la isla de Juan Fernández y al desembarco efec-

no han podido borrar la ordinariez del espíritu y la grosería de los modales. El caso de Portales era muy distinto. En el Portales gobernante implacable había un objetivo superior y en el hombre, rasgos de admirable generosidad.

tuado por este en Copiapó con los sublevados, y temiendo Portales haber perdido la goleta *Independencia*, que era de su propiedad, escribía a Garfias lo siguiente:

Diga Ud. a él—al presidente— que él está obligado en conciencia a satisfacérmelas (se refería a sus pérdidas) de su bolsillo, por no haber hecho lo que debía, fusilando a los cruzados de Colcura; que celebro todos estos pasajitos para que la experiencia le abra los ojos y lo convenza de que en materia de política y de gobierno no hay mas que herrar o quitar el banco y de que el malo siempre y por siempre ha de ser malo: que el bien le enfada y no lo agradece y que siempre se halla tan dispuesto a faltar y clavar el cuchillo al enemigo como a su mismo benefactor, por lo que se puede asegurar con certidumbre que el gran secreto de gobernar bien está sólo en saber distinguir al bueno del malo para premiar al uno y dar garrote al otro. En efecto, todo lo que huele a paños calientes y a confundir al bueno con el malo, sólo puede servir para nuestra perdición. Qué lindo papel hace don Ramón Freire, para colmo de sus dichas, proclamado por los presidiarios de Juan Fernández. Averigüemos el origen y lo encontraremos en las consideraciones que dispensó al malo. El peor mal que encuentro yo en no apalear al malo es que los hombres se apuran poco por ser buenos, porque lo mismo sacan de serlo como de ser malos.

Un día Garfias, que conocía su situación difícil, le escribió diciéndole que por el cariño que le profesaban los amigos y por el bien que le deseaban, habían resuelto cobrar al fisco más de seis mil pesos, debidamente documentados, que le pertenecían y con los cuales podría desahogar un poco su angustiosa situación económica. Portales respondió con la siguiente carta:

¿Están locos Estanislao y Ud? Sólo así y por sus buenos deseos puede disculparse el paso que intentaban dar. Primero consentiría en perder mi brazo o enterrarme en el barro que consentir en que se cobrase un peso al Fisco. Desechen Uds. tal idea como tentación del enemigo malo.

Nada olvidaba en medio de sus afanes. Su correspondencia de ese tiempo es una mezcla curiosa de menudencias íntimas, de inquietudes comerciales y rasgos de gobernante. Parecía cansado del ejercicio violento del poder, como si la labor de un año de mando omnipotente hubiera dejado en su espíritu un sedimento de hastío. ¿Se habían mejorado los hombres? ¿Marchaba todo con la regularidad con que él lo había dejado? Estaba todo en paz, todo en calma, y no obstante eso, los amigos le llamaban, acudían a él en todas las oportunidades.

Si Ud. examina bien el origen de todos los males que nos amenazan—le escribía en una carta confidencial a Cavareda—lo encontrará en las consideraciones indebidas que han merecido a nuestro presidente muchas personas que sólo merecían el presidio, y sobre todo a su conducta tan poco pronunciada.

A los señores Tocornal y Gandarillas les respondía:

¿Quieren Uds. que vaya a Santiago? ¿A qué? ¿Cuáles son los asuntos grandes que hay que consultar conmigo y que no pueden ser consultados con Uds? ¿Cuáles son los males que hay que remediar y de que modo puedo yo conseguirlo? Si pues no hay necesidad de presentarme a esa a lucir lo letrado, menos la hay de lucir lo guerrero, porque no diviso al enemigo que se presente a combatir, a menos que este sea algún molino de viento o alguna manada de ovejas. Cuatro bribones despreciables son los que se empeñan en alborotar el cotarro: ¿hay más que darles un grito? ¿Se pretende que yo sea el gritón? (1).

(1) ¡Darles un grito! Es todo un tratado de psicología y especialmente de la psicología de Portales gobernante. Hemos visto que su concepto de gobierno consistía en proceder por golpes. Al criollo había que empujarlo fuerte para que se moviera. Castigarlo sin piedad para que aprendiera a ser bueno. Por eso él se colocaba por encima de la ley, por encima del derecho y de todas las garantías individuales. Y a medida que se internaba en el laberinto del poder, era en él más terrible la concepción de autoridad absoluta. Por ejemplo, es famosa su respuesta al Senador Formas, cuando este fué a solicitarle el indulto para los procesados de Curicó que habían sido condenados a muerte: «Si mi padre conspirara, a mi padre haría fusilar.»

Y a don Joaquín Tocornal estas líneas, en la que cruza ya como un relámpago, el presentimiento de su fin. ¿Adivinaba lo que iba a ocurrir? ¿O acaso el atleta preparaba sus fuerzas para el último combate contra el destino?

Vivamos en tranquilidad los pocos inciertos días que nos restan. ¿Podrá Ud. creer que estoy contento pasándome las más de las noches sin tener con quien desplegar los labios y sin oír otra cosa que un no interrumpido ladrido de perros? Pues créalo o reviente. Me acuesto a las nueve o diez de la noche y tan rendido como en el medio de un llano, pero con toda la tranquilidad del justo... Con esta relación ya verá Ud. lo agradable que me será ocuparme de negocios públicos. Ruego a Ud. pues, por segunda y última vez, que no vuelva a tocarme de ellos.

¿Se engañaba a sí mismo? ¿Sentía que su dominio interior le abandonaba? ¿O es que seguía, como siempre, jugando con los hombres?

Pero había una contradicción manifiesta entre sus propósitos prescindentes y las insinuaciones que enviaba desde su escritorio de Valparaíso. El Ministro defendía su obra y continuaba ejerciendo el poder. El peluconismo había recogido las lecciones de gobierno del dictador y aunque la tendencia de los que están en el poder es desprenderse de la influencia del que lo ha abandonado, no obstante estar este todavía vinculado a su suerte, el dominio del hombre era indiscutible.

Nada tengo reservado para el Ministro de Hacienda—le escribía a Garfias—pero como noto que es lo mismo decirle que no decirle las cosas, porque la marcha sigue y según las apariencias parece que él se acomoda a ella, he resuelto no tocar nada con él acerca del gobierno. ¡A qué diablos matarse sin fruto! Hoy, por ejemplo, he visto que con fecha 24 de este, el Gobierno ha creado un compañía de caballería veterana con la denominación de Carabineros de la Frontera, nombrando de capitán de ella a aquel Rojas, comandante por tantos años

en la montonera de Pincheira y el que lo entregó. Difícilmente podrá cometerse o darse por el gobierno un paso más escandaloso, más torpe, ni más inmoral e impolítico. ¡Cuánto padece con este paso la moral pública! Y cuando debería disolverse el Ejército, en sus terceras partes para aliviar las arcas públicas y atender a otros gastos de primera necesidad, se está creando nueva fuerza. ¿Y el Ministro de Hacienda no puede evitar tamaños desaciertos cuando el de Guerra me asegura que el Presidente defiere ciegamente a sus opiniones? Yo veo las cosas, me confundo, y tengo que persuadirme por fuerza de que yo soy el equivocado: no descubro ciertos misterios; pero no lo es el de nuestra perdición; marchamos a ella con pasos apresurados, y lo que es peor, no encuentro un remedio que no sea peor que la enfermedad.

Y días después, en otra carta a su confidente, como si adivinara cada vez más cerca o viera en la pared de su cuarto de solitario, en el que se recogía a escribir, la sombra inmóvil de ese presentimiento que le oprimía el espíritu—extraña nota melancólica en el concierto estridente de sus cartas, llenas de ásperas exclamaciones, de cóleras violentas, de risas sarcásticas—, estas líneas amargas:

Ignoraba absolutamente que mi padre se hallase enfermo, si no era de sus achaques habituales. La noticia de su estado de gravedad me ha hecho apurar hasta las heces el cáliz amargo que pruebo todos los días.

No me aflige tanto el peligro en que se halla, ni su misma suerte que estoy esperando ha más de seis años; el porvenir, la suerte de los que quedan vivos es lo que más me atormenta. La idea de que mis circunstancias me hacen casi inútil a la familia, en lo que más necesita, me abate; en fin, marchemos para enterar una vida que sólo puede apetecerse con grande ansia por quien no piensa.

Bruscos accesos de pesimismo en su naturaleza que se había vuelto impresionable. Los días son inciertos. Su obra vacila. Los resortes férreos que el hombre omnipotente puso en los rodajes de la administración, parecen vencerse. Por muy enérgica que sea la situación

política de un dictador, en sí misma lleva los gérmenes del desaliento y de la disgregación, puesto que para sostenerse, es preciso dar a la obra gubernativa una continuidad sin vacilaciones, que Portales, a pesar de encontrarse lejos y manejarla desde Valparaíso o desde su fundo El Rayado, no podía darle. Los elementos mismos que habían subido con él al poder, que usufructuaban de la obra de afianzamiento y de organización civil, habían empezado a dividirse, y un rumor obscuro e informe rondaba por las calles y los rincones de las plazas, señalando en Portales a un tirano. En medio de estas fluctuaciones e indecisiones, le llegaban noticias de la debilidad del gobierno para conceder el perdón a hombres que él jamás hubiera perdonado. Refiriéndose a Nicolás Pradel, que había sido nombrado secretario de la Intendencia de Santiago y a quien él había despedido del cargo de oficial mayor de su Ministerio, por pipiolo, le escribía a Garfias:

Me cuesta vencer una fuerte violencia para escribir a Ud. porque no puedo hacerlo sin traer a la memoria el papel publicado por Pradel. Tiene sin duda Ud. más filosofía que yo, porque en vez de la calma que ha manifestado, yo me he revestido de una furia que quisiera descargar sobre ese infame y sobre la conducta de todos los que consienten en autorizar unos escándalos que se han de ir sucediendo hasta que volvamos a la misma o peor época de la que logramos salir a tanta costa. Cuando no hay interés por la justicia, por la ley y por las buenas costumbres, no nos queda más recurso que nuestras propias fuerzas para castigar al que nos ofenda, porque los tribunales y todos todos los jueces nuestros son propensos a proteger el crimen, siempre que no ven que hay quien haga efectivas sus responsabilidades.

Más tarde, olvidándose de todo, desechando sus inquietudes y sus presentimientos recobraba la viveza y la ironía de su temperamento y anticipaba en una carta a su comadre, doña Rafaela Bezanilla, la visión

de un futuro en el que sin duda soñaba con entregarse al descanso cuando abandonara la tormenta de manejar hombres. La carta es al propio tiempo un cuadro magnífico de la época:

Démele Ud. un abrazo a la Dolores y dígame que desde aquí le echo mi bendición, para que sea tan feliz en su nuevo estado. A la Antuca que cuando vea hacer la barba a su vecino eche la suya en remojo.

Vaya, pues, mi comadre querida, dentro de poco será Ud. abuela. Así pasan los tiempos y la mejor hermosura desaparece con ellos. Consolémonos con que cuando Ud. esté sentada en su cojín, tomando el polvillo por arrobas y repartiendo los bizcochos a los biznietos, yo iré afirmándome en mi bastón a pasarme muchas noches con Ud. y puesto a su lado, recordaremos nuestros tiempos, murmuraremos de medio mundo, hablaremos de las misiones y vías-sacras, de los camisones almidonados, de manga ancha, que ahora se usan y no se usarán entonces. Diremos: aquellos zapatos de cabritilla bordados de nuestros tiempos y que ya no vienen; aquellos atacados; aquellas peinetas grandes que parecían canastos de dulces en la cabeza; aquellas bolsas de terciopelo y de mostacillas tan lindas, en que se echaban los pañuelos, la caja, las llaves de las cómodas y de los escaparates, y en que podía echarse hasta la sartén de la cocina, etc., etc., y concluiremos diciendo que ya se acabó el gusto y que todo lo que viene es malo. Ya me parece comadre que nos estamos pasando tan buenos ratos y que en medio de la conversación me le quedo dormido y la Luisa y la Jesús mandan que me prendan la linterna para despedirme, porque les he revuelto el estómago con mi tos y lo demás que sigue, que nuestros padres echaban en el pañuelo y nosotros en la escupidera. Ya me veo averiguando la vida y milagros de todo el mundo y recogiendo cuentos contra el honor de todos para llevárselos a Ud. a la noche! Me parece que estoy oyendo renegar a la Luisa cuando me oiga el Deo Gratias, porque tiene que pararse a hacer cebar el mate para el perro viejo odioso.

Las realidades de su actuación política estuvieron siempre por encima de todas las ideologías y doctrinas. Portales había sido en su vida privada un hombre de extraordinaria pujanza. En el gobierno no toleró nunca el obstáculo, aunque este, en muchas ocasiones, sólo

sirviera para atemperar la violencia de sus propósitos (1). Mientras estaba alejado del poder, insinuaba la necesidad de una prensa fiscalizadora o de una minoría de oposición. En algunas cartas aparece bien establecido. Una vez en el poder, prescindía de ellas o las hacía desaparecer. ¿Cómo conciliar los términos de este dualismo si no es remitiéndonos a su carácter absorbente e impetuoso? La misma fracción del peluconismo que lo combatió una vez alejado del poder, y cuyo órgano de prensa hizo callar más tarde, es una buena prueba de ello. ¡Y cosa curiosa! Ese hombre que había conocido tan íntimamente a los hombres, que no les concedía sino un precio muy módico, tuvo la debilidad de creer que nadie osaría levantar su mano sobre él. Jugaba con los conspiradores que conceptuaba temibles, antes de hacerlos fu-

(1) Portales fué presa de una violenta cólera cuando supo que la Corte no confirmó la sentencia del Consejo de Guerra que condenaba a muerte a Freire, después del desembarco de Chiloé. «Portales—dice Vicuña Mackenna—iba a sentarse a la mesa, de regreso del Ministerio y lo acompañaban a comer don Manuel Cavada y don Agustín Vidaurre, cuando aquél le dió la noticia de la sentencia que acababa de pronunciar la Corte Marcial. Púsose lívido el Ministro y al principio no dió crédito; pero apenas había tragado unas pocas cucharadas de sopa, dando suelta a su ira, levantóse con estrépito y dando pasos acelerados, comenzó a jurar y a decir que haría juzgar inmediatamente a la Corte Marcial por la Corte Suprema y que si esta absolvía, a su vez, la haría acusar ante el Congreso o ante Dios.»

Estaba ya Portales en la pendiente resbaladiza y fatal de su poder omnímodo. Ni la ley ni los tribunales de Justicia le importaban, y sólo como instrumentos de su voluntad podía tolerarlos. Le ofició al Fiscal de la Suprema, Magistrado sin principio, y este respondió diciendo que podía acusarse a la Corte Marcial. Portales extendió entonces el decreto que lleva fecha 24 de Noviembre de 1836 y que es uno de los muchos documentos de la época y en que se revela hasta qué punto el Dictador hacía tabla rasa de la justicia y de la dignidad humana. «DECRETO. Los Ministros de dicha Corte, don Manuel A. Recabarren y don José Bernardo Cáceres, quedan suspensos del ejercicio de las funciones judiciales, hasta la resolución de la causa que se les ha mandado formar; y en su virtud, serán inmediatamente puestos en arresto y a disposición de la Corte Suprema: pásese el correspondiente oficio a la Cámara de Senadores, con copia de los antecedentes, para que declare si ha o no lugar a formación de causa contra don Santiago Echevers y a la de Diputados para que haga la misma declaración con respecto a don Lorenzo Fuenzalida; y en caso de hacerlo, quedarán estos individuos comprendidos en disposiciones de este decreto.— Comuníquese y tómese razón.— PRIETO.—*Diego Portales.*»

silar o desterrar. Vidaurre fué primero su enemigo, luego amigo de toda su predilección, para terminar en su verdugo. No lo creyó, a pesar de las voces agoreras que se lo advertían. Pensó que podía desarmarlo mostrándole el lado más favorable de su personalidad, demostrándole que lo creía su mejor amigo. Y sufrió la más terrible equivocación...

Los presentimientos cruzaban, sin embargo, de relámpagos la atmósfera en que vivía. Don Fernando Urizar le comunicó la noticia de haberse descubierto una conspiración. «¿Cómo? debió decirse, ¿todavía se conspira?» La indignación le hizo subir, seguramente, grumos de cólera a los labios que sabían plegarse con frío desdén... Luego, como era hombre de realidades y sabía abarcar las situaciones en rápidos y ceñidos círculos, tomó la pluma y escribió uno de esos acápite en que colocaba la palabra *Reservado*.

Si los maquinadores indicados no consuman su crimen, lo consumarán los que maquinen después. El gobierno ha perdido el prestigio por la vaguedad de su marcha y por la ambigüedad de sus procedimientos. Los malos no le tienen respeto y los buenos, cansados de chascos, le han retirado su confianza. Yo veo un porvenir muy triste: observo que se aumenta la deserción de los afectos al gobierno, y aun de aquellos que los son por su natural propensión al orden y la paz, se ha apoderado una fatal tibieza, que casi los presenta indiferentes, sino como enemigos secretos. Todas las piezas de la máquina se van desencajando sensiblemente y debe para su movimiento precisamente. Nada importaría si la compostura no fuera tan difícil por no decir imposible: no hay artistas tan diestros y tan infatigables cuales lo demanda la naturaleza de la obra: tendrían además que contrarrestar el poder invencible de la ignorancia y de la presunción unidas.

Era justamente él el artista diestro e infatigable que exigía la naturaleza de las circunstancias. Pero cuando asumió de nuevo el poder, se encontró solo. La atmósfera se recogió como en la expectación som-

bría que cierra de tormenta el horizonte. Los hombres que podían servirle estaban cansados o vacilaban. Temían a los signos agoreros, a las voces que resonaban en todas partes a la vez, sin que se supiera de qué punto preciso venían. Su soledad era terrible como la grandeza de que se sentía revestido y con la que iba a arrollar las fuerzas que sin duda se le opondrían, pero que también debían abatirlo en su propia sangre. Su orgullo desmesurado, robustecido por la etapa de alejamiento en la que sintió vacilar su obra, lo mantenía erguido en medio de esa realidad llena de sombras. Una sola voz escuchaba. Una sola digna de escucharse: la propia. La que trepaba desde el fondo de su indomitable voluntad. Ni tibieza ni flaqueza, decía.

¿Cuál era la base de su programa de pacificación? «La inflexibilidad en el cumplimiento del deber y del castigo.» La Constitución misma, que se ha llamado del 33 y que había sido elaborada durante su alejamiento, ponía en sus manos un poder absoluto. ¿Pero le importaba a Portales la Constitución? Eso no era más que una simple abstracción, como lo había sido la Constitución liberal del 28. Aun franqueándole un poder tan ilimitado, él pasaría por encima de ella, camino del supremo objetivo: el orden civil, la paz interior. No importaba a costa de qué sacrificios. Garantías o libertades eran igualmente abstracciones para él. Sólo que el hecho, la realidad fría y muda, la realidad espantable, lo esperaba en las quebradas de El Barón, a él, que había siempre el hombre de los hechos. Y justamente, a la hora en que la realidad personificada en Vidaurre y el capitán Florín repechaba la quebrada llamada de la Hermana Honda, caía sobre su cuerpo, vestido de frac, tendido y exánime destrozados por las heridas, el peso de la noche... (1).

(1) Este peso de la noche brotaba por fin del cadáver desgarrado del Ministro, cuya sangre rojeó aún, por algunos días, sobre la tierra del camino. La tendencia general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad

Cuando Portales asumió de nuevo el poder, volvía lleno de indignación, pero, como siempre, sin ambiciones. El comerciante que nunca pudo arribar en sus negocios, el hombre que no tuvo escrúpulos para tratar a las mujeres, que consideró a los hombres como instrumentos, asumía todo el poder público, sin corazón. El arte de gobernar—debió decirse—es una tragedia sin corazón. Le había faltado también corazón para las mujeres. Quien recorra su epistolario, volvemos a repetirlo, no encontrará nunca la nota íntima y fervorosa que habla de un corazón rebosante de amor. Y por muy frívolo que pueda parecer este detalle a los hombres materialistas de hoy, nosotros lo recogemos para iluminar un poco su sombrío destino.

¿De qué se trataba ahora que era de nuevo el árbitro de todas las voluntades? Ni de mujeres, ni de negocios, ni de zamacuecas, ni de tertulias. Había que acabar con las conspiraciones, aplastar la hidra de los motines, reducir la anarquía, cimentar de una vez un gobierno capaz de dar estabilidad a la vida civil. La cuestión consistía en no volver la cabeza para mirar a los que caían, ni conmoverse con las lágrimas de las víctimas (1). Por eso, cuando firmó el decreto que creaba los terribles consejos de guerra permanentes—

pública. Era esta su observación de fondo. Empero, para llegar a esa sensación de reposo, de inercia que la noche tamiza sobre la tierra y sobre los hombres, hubo de atravesar terribles alternativas, jugándose su propia existencia. El comprendía que irguiéndose sobre el caos de los motines militares, llegaría a ser víctima de ellos.

Pero al mismo tiempo, Portales se excedió en la medida, por otros aspectos de la vida pública, persiguiendo y despreciando a los adversarios a los que consideraba como bribones de poca monta.

(1) Para la obra que él emprendió el corazón no hacía falta. De la mezcla del hombre de negocios y del sensual, brotó el gobernante impetuoso que se ponía frente a los acontecimientos para vencerlos. La tarea que se impuso habría puesto espanto en cualquier otro que no tuviera el carácter de Portales. Para hacer la república que él soñaba, con hombres virtuosos y rígida disciplina civil y administrativa, era preciso pasar por encima de las lágrimas y de los lamentos. Fué duro e implacable y sin conocer, seguramente, a Macchiavelo y su *Príncipe* entendía la fórmula que el Secretario de la República florentina le había enseñado a Borgia para gobernar: «Los muertos no vuelven.»

que produjeron las matanzas jurídicas de Curicó, San Felipe y Juan Fernández,—su mano no tembló. Tampoco su corazón que permanecía mudo. ¿Podían temblar la mano y el corazón de un hombre que años antes había dicho, a propósito del tratado de Cuzcuz, que era necesario hacer correr sangre chilena? (1). Por lo demás la hora era para él premiosa y no podía detenerse. Creyendo haber terminado con las conspiraciones, éstas continuaban brotando. El descontento vibraba como un rumor sordo. Y la omnipotencia de un solo hombre no era garantía para los que soportaban, en silencio, el peso de la noche. Había logrado afianzar el orden, la estabilidad. Todo se inclinaba ante su potente voluntad: los hombres que se curvaban ante él, la justicia que se olvidaba de sí misma para obedecerle, el congreso sin energía, la prensa que callaba. La sociedad tenía en la apariencia un aspecto uniforme. Todas las armas estaban sumisas. No surgían voces delirantes, ni flameaban exaltados romanticismos. Nada habla de una conciencia. El espionaje y la delación envilecían los espíritus sumiéndolos en una larga e incierta noche. Pero él así lo quería. En ese hombre de tan enérgica entonación humana, de tan implacable rigorismo, de tan elemental y fría filosofía de la vida, nada existía fuera de su objetivo. Era el hombre de una sola dirección, capaz de llegar al sacrificio temerario con tal de hacer triunfar su pensamiento. Y casi siempre es la propia sangre la que rubrica como un lema trágico el orgullo de los hombres y de los gobernantes.

Despreció todos los rumores, todos los anuncios siniestros, todas las voces amigas que lo llamaban a la

(1) Nota de Portales al General Aldunate, de 24 de Mayo de 1830:

«El gobierno juzga que en el estado en que se encontró el país era necesario y prudente ver con el más profundo sentimiento *correr alguna sangre chilena*, para evitar que después se derrame a torrentes.»

Portales sustentaba la doctrina de que el orden sólo podía mantenerse empleando el máximun del rigor...

prudencia. De un lado le gritaban loco. Del otro, mascullando sordamente las sílabas: ¡tirano! Y él con esa sonrisa desdeñosa que le acompañó toda la vida, les arrojaba, por encima de su hombro, una de esas interjecciones rotundas que sólo los criollos saben pronunciar con virilidad.

Y así, vestido de frac con amplia vuelta en torno del cuello y envuelto en su capa negra, con la misma prestancia e indiferencia con que iba a divertirse, dejó que su birlocho trágico lo llevara por el camino de Valparaíso a Quillota en donde lo esperaba, nervioso e impaciente, el conspirador Vidaurre. El birlocho pasó moviendo su caja en las ondulaciones del terreno, cerca de la quebrada de la Hermana Honda. Acaso echó una mirada distraída a un lado del camino. Tal vez pensó que sería dulce descansar allí bajo aquel árbol, un instante... Pero desechó la idea sin duda. Debía pasar revista al batallón que esperaba en Quillota y era necesario apresurarse. ¿Sabía que el conspirador lo esperaba y quería desarmarlo, con ese gesto de audaz temeridad, del que está seguro de su fuerza y nada teme?

A la noche siguiente, su cuerpo, de cara al cielo, destrozado por las balas y las heridas, semi desnudo y con los pies juntos por los grillos que antes le habían remachado, yacía tendido sobre esa tierra, que horas antes había cruzado en su birlocho. La hidra que él había aplastado, lo había aplastado a su vez, en un último esfuerzo de ciega desesperación.

Contemplada en la perspectiva histórica, la figura de Portales aparece solitaria en nuestra vida política. Lo trastornó todo; lo improvisó todo: administración, ejército, magistratura. Sin ser hombre de estudio, ni de ideología alguna determinada, tuvo la capacidad

para penetrar en el momento que vivía Chile, convulsionado por la independencia, y empleó toda su energía en abatir el caudillaje militar. Y esta fué su gran obra, su obra fundamental. No tuvo un instante de reposo, lo mismo cuando atravesó el gobierno, imponiendo su voluntad y su realidad en todo, que cuando se entregó a sus negocios particulares. El epistolario es la crónica menuda de una época y la historia viva y minuciosa de su vida privada. Escribía sus cartas con todo el desenfado de su naturaleza vehemente. Se desnudaba sin rubores. Se entregaba sin pensar en que plasmaba su propia historia. Y si algo existe que hable con feroz elocuencia de su personalidad y explique mejor que las páginas dedicadas a enaltecerlo o condenarlo—y su actuación no puede eludir lo uno ni lo otro—, es este montón de cartas, en las que el hombre aparece siempre unido al gobernante, en estrecho maridaje, con todas las pasiones y arbitrariedades, con todos los odios y las virtudes, con todas las contradicciones y las generosidades, con todo el egoísmo y la sagacidad, el libertinaje y el orgullo desorbitado, la obcecación y el rigor moral, que tan pronto lo elevan como lo empequeñecen y que se mezclan para formar esa pasta de están hechos los hombres que se plantan reciamente en la realidad.

Augusto d'Halmar.

UNA CRONICA ANACRONICA

I

CUANDO hace poco en París se abrió una encuesta para graduar la estima en que la generación actual tenía a Anatole France y su obra y cuando los jóvenes escritores—no los escritores jóvenes—lo negaron a él y renegaron de ella, me invadió cierta melancolía al registrar la inestabilidad de la boga y las mudanzas de los juicios humanos. Yo no era ya lo bastante joven ni para reaccionar contra el ático creador de Jerónimo Coignard, Silvestre Bonnard y Luciano Bergeret, ni, por lo visto, para desentenderme de estas creaciones suyas, que desde niño seguían cautivándome y deleitándome. Y me parecía—¿por qué no decirlo?—sacrílega la iconoclastia de los vanguardistas, que, por su parte, tan poco habían hecho para cautivarnos y deleitarnos y tanto venían haciendo por repelerme y enfadarme.

Entonces, todavía con el periódico de la encuesta en las manos, se me ocurrió levantar otra mucho menos frívola, entre quienes no podían menos de conocer a fondo la labor anatolesca y reconocerla en forma. Y, pues coincidía la circunstancia de que el jardín del Luxemburgo, donde acababa de leer tan despectivas opiniones, cerrábase con cajas destempladas, es decir, a tambor batiente, como cada anochecer de cada día, salí por la verja del «Boul Mich» y unos cuantos pasos me condujeron a la cervecería de la

«Chope Latine», con el doble propósito de restaurar mis fuerzas materiales con la «choucroute» y las salchichas de Alsacia y el pan negro y la cerveza de Lorena, que la han afamado, y de entrevistar a cierta clientela consuetudinaria, que espiritualmente me confortaría.

Londres cobija muchas excentricidades; pero París encubre no pocas, desde su capilla swedemborgiana, hasta sus cábalas de magia negra y sus cementerios de perros. Y si en la ciudad del Támesis hay clubs de solteronas y de suicidas, en la del Sena concurren a ciertos cafés, peñas tan extravagantes como la que iba yo a sondear en el de la «Chope Latine».

En efecto, los iniciados en los verdaderos misterios de París saben que en esa «brasserie» del Barrio Latino, llamada también «Rendez-vous» de los Imaginarios, se congregan desde fecha inmemorial los personajes de novela, o sea, los héroes redivivos de muchos noveladores ya finados. Los camareros los distinguen por sus nombres, y no causan ningún asombro en la cajera, ni en el «barman», cuando piden la cuenta de Numa Rumestan, o un «cocktail» bien batido para Jorge Duroy (el *Bel Ami* de Maupassant). La manilla que sostienen Juan Valjean y el «Père» Goriot es proverbial, y todos los ámbitos del establecimiento están poblados de sombras más o menos ilustres, entre las cuales siempre encontraríamos rostros familiares. Ahora, por ejemplo, cuando yo exploré el interior, a través de las cortinillas, no tuve ningún trabajo en reconocer, mano a mano en un velador, el gesto ampuloso de Monsieur Delobelle y la abierta fisonomía de Risler, el asociado de Fromont. En otra mesa reuníanse los bohemios de Murger, con Mimi Pinson, de Musset, la Faustin y la modelo Manette, Salomón, de los Goncourt, Safo y Poquita Cosa, de Alfonso Daudet, y el pintor Claudio Lantier, de Zola. Por lo demás, todos eran vecinos de la «rive gauche»

u orilla izquierda del río, pues, si se recuerda, la habitaron o frecuentaron en vida.

¿En vida? ¡Pero es que ninguno, por lo mismo que no había existido realmente, tampoco había podido morir! Y allí estaban todos vestidos con los trajes de su época, peinados, rizados, o afeitados, según sus características, celebrando un perpetuo carnaval en medio de la cosmópolis moderna. Y quien no quiera creerlo, que se dé una vueltecita por París y su Boulevard San Miguel, y si no los ve con sus ojos, como puede verse reflejado a sí mismo en las anaquelerías del café, que me denuncie por impostor y mistificador y me acuse de fantasear sobre fantasías de por sí ya fantásticas. Réstame, además, en abono de mi veracidad, el testimonio del cervecero, que recluta lo más granado y saneado de su parroquia entre esos entes un si es no es espectrales, y que, en caso de traspasar el comercio, seguramente los incluiría en su fondo y descontaría entre sus utilidades.

Debo añadir, sin embargo, al objeto de sostener inteligencia con mis lectores, que aquellos asiduos a la «Chope Latine» de París no obstan en lo más mínimo para que la frecuenten seres de carne y hueso, como Uds. y yo, conviviendo unos y otros sin el menor rozamiento, aunque también sin alternar. Quiero decir que los personajes de elucubración ya novelados, reunidos entre sí, mantiéñense casi siempre al margen de las personas reales y formales aun por novelar, y que se precisan circunstancias tan extraordinarias como las que me guiaban y animaban para que un simple mortal, como yo, ose abordar esos mitos inmortales y ellos se dignen acogerle en su tertulia y departir con él acerca de los llamados negocios humanos. Esto dicho, no me queda sino advertir que cualquier recién llegado a la «Chope Latine» distinguirá infaliblemente, a la primera mirada, los seres ficticios de los evidentes, sólo con detenerse ante la luna del testero, y

según vea o no reflejarse en ella las imágenes, puede hacer su clasificación. El propósito de que en el recinto del café se multipliquen los espejos, es precisamente para evitar malentendidos y confusiones y a fin de que nadie se llame a engaño.

II

La especie de sonambulismo en que vivo no contribuye por poco a permitirme comunicar, sin mayores distingos ni reparos, con quimeras y realidades, y junto con empujar la mampara de la «Chope Latine» divisé al que buscaba, y si bien estaba solo, tuve la certeza de que no tardarían en reunírsele sus habituales contertulios. El abate Jerónimo Coignard leía entre tanto un libro, con la boca risueña y los ojos vivaces, las mejillas flácidas y su triple papada desbordando majestuosamente sobre un alzacuello muy lucido. Tenía delante un frasco de vino blanco; y a ambos costados suyos, dos sitios vacíos estábanles reservados sin duda al Académico Silvestre Bonnard y al Profesor Monsieur Bergeret, en París.

—Un reportero español—le dije anunciándome a mí mismo—desearía recabar las confidencias de vuestras mercedes, acerca de cierto autor de su intimidad.

—Me place—respondió cortésmente el abate, poniendo sus gafas como señal en el libro—que de la patria de la hidalguía traigais tan culta misión. Tomad, os lo ruego, asiento a nuestra mesa, señor, y siendo entre nosotros bienvenido, trinquemos ante todo con este vinillo de Anjou, que si bien no tiene la solera del jerez o el amontillado, como buen caldo de Sol, sabe a sangre y a oro.

El camarero acudió trayendo otra copa y otra silla; pero antes de utilizarlas, ya los dos aparecidos que faltaban habían hecho su aparición. Coignard me los presentó con sus títulos: el señor Bonnard, de la

Academia Francesa; el señor Bergeret, profesor en la Sorbona.

Tenía el empaque del triunvirato no sé qué aire de familia, aunque el abate, con su balandrán flamante, ostentara una robusta y oronda naturaleza y el sabio, en cambio, apareciera enjuto en su levita negra, rasurado y melenudo bajo su sombrero de copa. En cuanto al catedrático, sus ojos pardos, su cabello ceniciento cortado a ras, su perilla, su chambergo y su traje gris, recordaban otra figura que yo quería precisamente evocar entre ellos.

—Venía—insinué—a recoger a través de ustedes la impresión intelectual francesa sobre el maestro Anatole France, de quien se propala, hoy por hoy, que éticamente fué escéptico, lo mismo para el bien que para el mal, culterano en cuanto a estética, y más bien paradójal que ingenioso y más socarrón que profundo, en tanto que pensador. Humanista humanitario, pero sin humanidad, concretaría un André Maurois o un Pierre Benoît cualquiera. Como en ustedes veo sumadas esas tres actividades, que a él se le regatean y escatiman y de las cuales proveyó tan generosamente a sus criaturas, me ha parecido que el juicio del señor Coignard, doctor en teología y licenciado en artes, del erudito señor Bonnard y del señor Bergeret, didacta, acerca de su creador, podría contrapesar, por lo menos, el de los señores Cocteau, Giraudoux y Morand, todos tres poetas.

—¿Y quién le garantiza, señor mío—prorrumpió pedagógicamente el profesor,—que nosotros seamos creaciones, según Ud. cree, de ese hombre de muchas letras y poca inventiva, siendo como somos entelequias perfectas? ¡Apuesto a que mi amigo Coignard, tan versado no obstante en literatura, ignora casi su existencia! ¿O se figura Ud. que porque Monsieur Anatolio Thibault, hijo del librero de la «Imagen de Santa Catalina», haya firmado nuestras historias, con

su pretencioso pseudónimo de Anatole France, puede llamarse autor nuestro? El ilustre filólogo M. Bonnard, aquí presente, que convivió con él bajo la cúpula del Instituto, nunca, por su proverbial benevolencia, se ha ocupado de tal colega; pero quien calla desotorga, ¿no es cierto? y, por lo que a mí respecta, algunas de las trapisondas que durante el «affaire» Dreyfus me atribuyó gratuitamente, para escamotear las suyas, con hartó menos galanura de estilo que su adversario François Coppée, más bien nos indispusieron que congratularon. Si quiere Ud. mi opinión verdad, ese retórico retorcidamente se compuso una personalidad a costa nuestra; disfrazose tan pronto de Jerónimo Coignard, como de Silvestre Bonnard, como de Luciano Bergeret, y ahora resulta inconsistente y de hecho ya no existe, mientras nosotros tres duramos y perduraremos, sin auxilio suyo, conciliándonos y conservando simpatías, que él se hubiera visto y deseado para no enajenarse.

¡Mecachis! (¿Puede expresarse esto en francés?) No me esperaba yo de razonadores clásicos y dilectos, conforme los imaginó Anatole France, semejante fárrago de incongruencias. Ignoro si tuvo o no tuvo el escritor más espiritualidad y espiritualismo que los engendros por él imaginados y descritos; pero ¡qué diablos! por lo menos les compuso y les impuso y ¡ay! les supuso, una zumbona lógica y una medida ateniense, de las cuales se emancipaban hartó indignamente ahora. Coignard había vuelto a pedir vino, Bonnard apuraba en silencio bock tras bock de filosófica cerveza alemana; Bergeret no bebía, temiblemente, sino agua; bien poco significaba, sin embargo, esta gradación, pues todos, quien más quien menos, de atenerse a los ademanes poco académicos del «inmortal» y a las alteradas y descompasadas voces de sus dos secuaces, parecían ebrios y no de inspiración. Un rencoroso resquemor sangraba en ellos, contra el muerto que les diera vida.

III

Aunque Bergeret no había dicho: «he dicho», como a sus palabras se siguió un silencio, Bonnard creyó oportuno interrumpirle con un discreto carraspeo:

—Era su misma desmedida y descomedida indulgencia—requirió a su vez—una despiadada forma de su sarcasmo, y una afección su sencillez, como era empírico su dogmatismo. Colectivamente resultaba demagógico, a fuer de aristócrata individual, y por mor de la ponderación y la ordenación, volvíase nihilista. ¿No puso en boca del historiador que yo soy: «los libros verídicos se hacen insoportables», y no añadió: «mujer sincera es la que no dice mentiras inútiles»? En fin, caballero, con unos cuantos espíritus disolventes, de la tolerancia indiferentista de Monsieur Thibault, alias France, irrespetuoso burlador de nuestra Doncella Nacional, se socavarían moral y religión, y con otros tantos de su eclecticismo apolítico y satírico, volaría, créanme ustedes, el engranaje social.

¡Inefable! Deliciosas hechuras del Epícuro contemporáneo, al fin substraídas a su helénica férula, podían razonar por su cuenta y riesgo y ¡Dios mío! echar por la calle del medio, a fin de rehabilitarse a sus propios ojos, proferir chabacanerías como cualquier hijo de vecino y chapalear, chapotear y chapuzar regocijadamente en los lugares comunes. ¡Aquel «doncella nacional», para designar a Juana de Arco y aquel «engranaje social», empleado por Silvestre Bonnard, no se los hubiera sugerido más humorísticos su donoso y malicioso apuntador!

—Et vous, monsieur l'abbé, qu'est ce que vous en dites?—inquirí con objeto de cerrar con broche de oro mi encuesta.

Coignard sacudió majestuosamente su triple papada.

—Preocupado de preclaras letras, ignoro las mediocres—adujo—. Pero si vuestro sin par Hidalgo holgose en leer las memorias que ya en su tiempo corrían escritas sobre su persona, yo también me he empapado en las que sobre la mía compuso este otro dechado de ingenio, según unos, desechado según otros, y únicamente le reprocho su heterodoxia. Porque, digo yo, ¿quién le mandaba colgarme el sambenito de pensar que «si Dios nos gobierna e interviene en nuestros asuntos, resulta temerario seguirle de cerca, pues siendo universal ha de hallarse presente en todo género de encuentros, indudablemente sublimes, por la conducta que observa en ellos, pero obscenos o ridículos por la parte que en ellos toman los hombres? Y más adelante: «Si se considera la serie caprichosa de casualidades y tropiezos que tejen nuestros destinos, nos vemos obligados a reconocer que Dios, en su perfección, no carece de ingenio, de fantasía, ni de gracia cómica.»

Jerónimo Coignard hizo un alto para beber; mientras se enjugaba los labios con el dorso de la mano, con la otra hizo seña de que su discurso continuaba.

Y continuó:

—Asimismo, me hace decir que «puesto que tenemos al diablo, debemos abstenernos de tentarle, habiendo conservado tanto poderío en el reino espiritual que hasta Dios le toma en cuenta y le teme y lo encarga de muchos asuntos». Y, para concluir con un ramillete final, citaré la parrafada en que, como quien dice por boca de ganso, aunque lo sea yo para el caso, aventura que «Jehová no puede ser Dios, sino que es un poderoso demonio, puesto que ha creado el mundo, y no debe admitirse que un ser perfecto añada lo más mínimo a su perfección. Además Dios no tiene inteligencia, porque siendo infinito ¿qué había de abordar? Dios no crea, porque ignora el tiempo y el espacio, condiciones necesarias a toda construcción.

Moisés era demasiado filósofo para decir que el mundo fué creado por Dios. Y habla de Jehová, de quien tenía cabal idea, creyéndole, repito, un poderoso demonio, o mejor dicho el Demiurgo».

«Y yo digo—dijo el abate—que quien quiera me haya hecho decir tales herejías, herético era él mismo, hideputa, y dejado de la mano del Altísimo y de la solicitud de Nuestra Santa Madre Iglesia.»

Como los otros dos interlocutores asentían a su homilía y a sus libaciones, con sendos sorbos de cerveza y agua, estimé procedente apurar también mi vaso y batirme en retirada. Había venido en pos de un ideal y unas salchichas con «choucroute»; volvía ahito de vino blanco de Anjou y de filosofía barata. Con todo, no sé por qué, me retozaba la peregrina idea que si la encuesta pública sobre Anatole France le hubiera aburrido al Gran Irónico, esta otra, privativa mía, hubiérale regocijado.

Al salir me crucé con Monsieur de la Pallisse que entraba. Recíprocamente nos cedimos el paso y cambiamos un saludo. El genial Gedeón francés, probablemente acudía a adherirse a la misma peña, de cuyos escollos acababa yo de desprenderme, no sin magulladuras....

Paul Schostakowsky.

EUROPA Y RUSIA (1)

El «Occidentalismo» y el «Rusismo», las dos corrientes principales de la cultura rusa

II

EL progreso cultural de los antiguos rusos, cuyo espíritu altamente humanitario distinguía el Kiev de los siglos X-XII, se encontró groseramente atropellado durante el nuevo período de la historia rusa, que empezó con el siglo XIII. La masa de la población del gran ducado de Kiev, huyendo de los enemigos de la estepa, se concentró, según lo hemos visto, entre el río Oka y el curso superior del Volga, en la región en que existían ya ciudades fundadas en los tiempos inmemoriales, como Vladimir-del-Kliazma, Suzdal, Rostov, ciudades que ahora empezaron a rivalizar para recoger la herencia de Kiev, es decir, para hacerse capitales del gran ducado ruso.

Desde el siglo XIII y hasta la mitad del siglo XV, mientras duraba la dispersión del pueblo ruso y el centro nacional vagaba de una ciudad a otra, la población, alejada de sus antiguos mercados de comercio exterior, tuvo que abandonar las industrias silvestres, que le proporcionaban los objetos de su exportación, y buscar en la agricultura los medios de subsistencia. Este cambio de actividades dió en seguida otro aspecto a Rusia. La población, en vez de concentrarse en las ciudades y ocuparse del comercio, se dispersó en el campo; la Rusia comercial, urbana, se volvió campestre, agrícola, es decir, se puso en condi-

(1) Véase el número 67 de *Atenea* en que se publicó la primera parte de este trabajo.

ciones mucho más desfavorables para el desarrollo cultural. Además, con la dispersión de las poblaciones urbanas y con la supresión del comercio exterior, desapareció el capital y la riqueza, y la vida se hizo mucho más pobre que antes.

Al mismo tiempo la división del patrimonio paterno entre los descendientes de los grandes duques de Kiev llegó a su colmo. Existían ducados que se componían de una sola aldea. Este empobrecimiento general fué otra desventaja cultural: desaparecieron los mecenas y bajó el nivel de la clase dirigente. A todo esto hay que añadir un nuevo factor desfavorable para la cultura rusa: la escasez de las relaciones con los pueblos cultos y, en cambio, el contacto permanente con los tártaros, que se hallaban en un grado de cultura muy inferior al de los rusos.

Claro que no era esta la época en que el pensamiento ruso hubiera podido elevarse como en Kiev a la concepción del pan-eslavismo o lucir las tendencias humanitarias de sus antiguos duques, pero, como siempre sucede en la historia paradójica de Rusia, fueron precisamente esos males los que permitieron realizar un gran bien.

En realidad, el yugo tártaro despertó la idea de la unión nacional entre la masa del pueblo, reunió a este alrededor de su iglesia y dió al *Metropolitano de toda la Rusia* (dignidad superior de la Iglesia rusa de entonces) la autoridad de la cual carecían los príncipes: la de la unión nacional del pueblo entero alrededor de la cátedra metropolitana. Y el día en que Moscú tuvo por fin un príncipe bastante inteligente y enérgico para empezar la tarea de la reunión de la tierra rusa, este fué sostenido por la Iglesia, que agrupó los espíritus y las voluntades dispersas alrededor del mismo ideal patriótico, cuyo alcance, los demás príncipes, empobrecidos y desunidos, no tenían ya medios de impedir.

Pero antes de seguir el hilo de mi relato me parece interesante aclarar una duda que puede nacer en la mente de muchos lectores. Apenas los rusos fueron dejados a sí mismos, apenas se hallaron aislados del Occidente, la cultura, que hacía pasos tan rápidos en la Rusia de Kiev, empezó a retroceder.

Cierto, no cabe duda de que el aislamiento es el peor enemigo de la cultura en general, pero sería un error grave achacar toda la culpa de la detención que la cultura rusa sufrió durante aquella época únicamente a su soledad. La cultura en general es el más frágil de todos los fenómenos sociales y para cultivarla se necesitan, como para una flor delicada, condiciones especialmente favorables de la vida y del ambiente que hubiera podido ser su fomento y su guarda. La cultura tiene ade-

más de particular, que mientras sus alcances materiales crean la igualdad, en la forma de una nivelación general de los modos de la vida material—y para entenderlo basta darse cuenta del papel democratizante de los transportes en común, de las distribuciones de agua, gas y electricidad—, sus alcances espirituales (dejando aparte los grandes y sonoros principios), crean la desigualdad, ya que las masas del pueblo, aun por la ley mecánica de inercia, no pueden seguir el movimiento de su propia clase intelectual y dirigente; y si el poder de ésta se derrumba y las masas suben en su lugar, sucede lo que sucedió en Rusia con el advenimiento del bolchevismo: miseria, miseria material y espiritual a la vez.

Entre todos los tesoros espirituales no hay más que uno que está al alcance de todos, de los ricos y de los pobres, de los cultos y de los incultos: la religión, y la causa de su accesibilidad universal es la fe, que no depende de la razón, sino del corazón (verdad que ignoran los que discuten la existencia de Dios). Lo que sucedió con el pueblo ruso durante el período que nos interesa fué, precisamente, por un lado, la decadencia de su clase dirigente, decadencia provocada por la ruina y el empobrecimiento general del estado—lo que creó condiciones desfavorables para el cultivo de la cultura—y, por otro lado, el crecimiento de la autoridad moral de la Iglesia, que resultó ser la gran unificadora del pueblo, oprimido por los tártaros.

La nivelación del pueblo entero se hizo con tanta más facilidad cuanto que la diferencia cultural entre la clase dirigente y la masa del pueblo no podía ser entonces tan profunda como volvió a serlo después de la reforma de Pedro el Grande, y el foso que separaba a los dirigentes de sus administraciones fué llenado fácilmente. Pero si aquella nivelación se realizó con gran detrimento para la cultura, en cambio el espíritu de la unión nacional se ha beneficiado grandemente de las nuevas condiciones de vida, manifestándose, ante todo, en la defensa de la religión ortodoxa, la que supo defender realmente, conservándola en toda su integridad.

Hay que fijarse en este período de la historia rusa durante el cual empezó la estupenda fusión de todas las clases de la sociedad rusa, fusión rota solamente al fin del siglo XVII, en vísperas de las reformas de Pedro el Grande, por la disidencia de los «viejos creyentes», y que tuvo su expresión más viva en el reino moscovita, donde el pueblo entero, empezando por el zar, vivía la misma vida religiosa y familiar, tenía los mismos gustos y, por tanto, rezaba y razonaba del mismo modo. Creo aún que si el pueblo de entonces no hubiera vivido como

un solo bloque unido, nunca la nación rusa hubiera podido hacer lo que hizo, realizando su estupenda expansión territorial.

El centro de aquel desarrollo fenomenal, Moscú, se convirtió en la capital del modesto ducado moscovita solamente en 1263, pero su crecimiento fué rápido, debido a su situación geográfica en el cruce de los tres caminos principales de la Rusia de entonces, así como de la ruta navegable que unía el curso superior del Volga al curso mediano del Oka. De todas partes los rusos, amenazados por los enemigos exteriores, se dirigían a Moscú. La posición de la ciudad en el centro de la Rusia de entonces favorecía al joven ducado políticamente, ya que todos los golpes exteriores caían sobre los ducados que la rodeaban.

En 1326 fué transferida a Moscú la cátedra del Metropolitano. Desde este momento la Iglesia empieza a sostener con toda su autoridad las actividades de los herederos del primer duque moscovita Daniel, actividades dirigidas a través de varias generaciones, con una constancia y perseverancia feroz, hacia el mismo fin de la unión de la tierra rusa.

En 1380, uno de aquellos príncipes, Dmitri Donskoy (Demetrio del Don), infligió a la horda tártara, encabezada por Mamai, la primera derrota en Kulikovo Pole. Desde entonces la lucha con la horda y los reinados tártaros que derivaron de ésta, fué a la vez militar y cultural. Rusia, siendo un estado más culto, gobernado por un poder mejor organizado, atraía los mejores elementos tártaros, que abandonaban sus estepas y venían a vivir en las ciudades rusas. Muchos de ellos se convertían al cristianismo y llegaban a tener situaciones muy elevadas en la jerarquía administrativa rusa. Hasta el zar Boris Godunov (1598-1605) descendía de un príncipe tártaro emigrado a Rusia. Desde luego, después de la primera victoria sobre la horda pasó exactamente un siglo antes de que Iván III derrumbara definitivamente, en 1480, el yugo humillante; en cuanto a la pacificación y la asimilación de los tártaros, que continuaban rodeando Rusia del lado sud-sudeste-este, se necesitaron tres siglos más. Fué Catalina la Grande, la que en 1783 llevó a cabo la última operación contra los tártaros de Crimea, y pudo anexar a su Imperio el último baluarte agareno.

Y ahora rehacemos el cálculo: dos siglos de lucha con los nómades, «pechenegos» y «polovtzi», predecesores de los tártaros en las estepas del sud de Rusia; un siglo y medio de yugo tártaro efectivo, absoluto, es decir, cuando Rusia no era más que un feudo de la horda; un siglo de lucha para derribar aquel yugo, y luego tres siglos de esfuerzos para liquidar los reinos

tártaros, derivados de la horda, con la conclusión definitiva de aquel estado de guerra permanente en 1783, es decir, solamente seis años antes de la gran revolución francesa. Total, siete siglos y medio sobre los diez siglos y medio de existencia de Rusia. ¡Y hay gente que quiere ver europeos en los rusos!

La asimilación de los tártaros por la Rusia moscovita era, desde el principio del yugo, un fenómeno continuo y extenso. No se trataba solamente de la adopción de individuos: los tártaros llegaban por familias y partidas, a veces de centenares y millares. Así, bajo Vasili el Ciego (1425-1462), el príncipe Kazim de Kazán vino a arraigarse en Rusia con toda una tribu; las tierras que les fueron asignadas ocupaban un círculo de doscientos kilómetros alrededor de la ciudad Gorodetz Mescherski, que desde aquel tiempo tomó el nombre de Kazimov. Bajo Iván el Terrible (1533-1584) muchos «murzás» (nobles) tártaros vinieron a fijarse en los alrededores de la ciudad Romanov en Volga. En las antiguas listas provinciales de Moscú los nombres tártaros se hallan por centenares. Ya bajo Iván III (1462-1505) el «Libro de la nobleza de *viejo linaje*», revelaba un 17% de nombres tártaros.

Prácticamente el reino moscovita estaba ya formado por la mitad del siglo XV; en qué grado se encontraba entonces la cultura rusa, es fácil de imaginar, meditando sobre el siguiente cálculo: durante los primeros 234 años (1228-1462) de existencia de la Rusia nordeste, esta soportó, según el historiógrafo Kliuchevski, 90 luchas internas y 160 guerras exteriores. En medio de semejantes condiciones de vida, Iván I ha sabido dotar a su país de un código que reglamentaba las condiciones de la propiedad campestre, las normas de policía y de justicia criminal, y que fué copiado, a la manera de *La Verdad Rusa*, sobre los documentos bizantinos del siglo VIII. En aquella época la influencia bizantina continuaba haciéndose sentir en Rusia, tomando en cierta medida un aspecto «nacional ruso», lo que era natural, ya que las necesidades de la Iglesia, que dependía de los patriarcas orientales, obligaban a los rusos a mantener relaciones continuas con Constantinopla, a pesar de cualesquiera dificultades del orden material, aceptando lo que venía de allí con cariño de correligionarios para los cuales el espíritu de fraternidad facilitaba la asimilación de lo ajeno, dándole en seguida el color de lo suyo, propio, familiar.

Aquella influencia se hizo sentir poderosamente con la ocasión del segundo matrimonio de Iván III, que enviudó en 1467. En aquellos tiempos vivía en Roma, Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador de Bizancio, que los turcos tomaron en

1453. Iván III la hizo venir a Moscú y se casó con ella en 1472. Las crónicas pintan a Sofía como a una mujer extraordinariamente gorda y astuta. Su influencia sobre Iván III se ejercitaba principalmente en el dominio de la creación de una severa etiqueta, que la corte de Moscú hasta entonces desconocía por completo. Las crónicas dicen que los boyardos de Iván III, antes de la llegada de Sofía, llegaban hasta insultar a su duque en el calor de las discusiones. La llegada de la princesa de Zargrad (Ciudad del Zar), como llamaban los rusos a Constantinopla, ha coincidido con la fusión, en gran parte acabada, de la Gran Rusia, lo que originaba ya la idea del estado nacional ruso, y esto sin precisar sus límites, es decir, dejando que los fijasen los éxitos de las armas y los progresos de la colonización rusa. Con esto la situación del ducado de Moscú cambió por completo. Antes sus duques guerreaban con sus propios paisanos y con los tártaros, mientras que ahora, habiendo absorbido los principales ducados que las rodeaban, los moscovitas se hallaban frente a Polonia, Suecia y Alemania, representada en las provincias bálticas por las órdenes guerreras Teutónica y Livonesa. Renacía la idea nacional de la Rusia de Kiev de los siglos XI-XII, así como el sueño del paneslavismo.

Al desarrollo de aquellas pretensiones nacionalistas el casamiento de Iván III con Sofía Paleólogo contribuyó poderosamente, ya que permitió fomentar la idea de que el duque de Moscú no sólo era el soberano *nacional* de toda la tierra rusa, sino el heredero político del Imperio de Oriente, y como tal el único defensor de la religión ortodoxa. De aquí el título de zar, que no es otro que el *césar* romano en la transcripción eslava: *z'sar*.

Desde luego en el sentido puramente cultural hasta aquella recrudescencia de la influencia bizantina fué bastante limitada. La corte rusa hizo venir de Italia algunos arquitectos y artesanos. Iván III construyó una nueva catedral, la Uspenski, un nuevo palacio, la famosa Granovitaia Palata, maravilla que existe todavía; cambió los modales de la vida palatina. Puede ser que estos cambios se reflejaran sobre la vida de los boyardos que rodeaban el trono; pero fuera de la Iglesia y de la vida familiar, es difícil hallar huellas de la influencia bizantina en la vida cultural de la nación rusa. Aun en la Iglesia aquella influencia era muy relativa, a pesar de su dependencia canónica de los patriarcas orientales. En primer lugar la Iglesia rusa se hizo rápidamente, según hemos visto, Iglesia nacional, y en segundo lugar, los griegos, desde el concilio de Florencia de 1434, parecían sospechosos a los rusos desde el punto de

vista de su integridad religiosa, por haber aceptado la forma de la unión de las dos Iglesias, propuesta por dicho concilio. Consecuentemente el pueblo moscovita se sentía ahora como el único baluarte terrestre de la verdadera fe ortodoxa.

En cuanto a la influencia occidental, de esta no es todavía el caso de hablar. Entre Rusia y el Occidente existían solamente relaciones comerciales, que además sostenía sólo Novgorod con sus lugares dependientes, por tener una vía navegable directa, que conducía por el Voljov, el lago de Ladoga y Neva al Báltico. De este modo Moscú, aislada hasta la mitad del siglo XV de las influencias occidentales, se entregaba al fomento de sus tradiciones religiosas y al desarrollo de su suficiencia nacionalista, que llegó hasta considerarse como heredera de Bizancio y una tercera Roma. Ambas tendencias, la religiosa y la nacionalista, se fundían en un sola, por tener la misma fuente: la Iglesia. Esta era el símbolo de la unión nacional en medio de los enemigos políticos y religiosos, que rodeaban el país. La celebración de los oficios divinos en el idioma ruso facilitó enormemente aquella fusión del pueblo con su Iglesia nacional. Para entenderlo hay que establecer un paralelo: los católicos en cualquier parte del mundo oyen durante la misa las mismas palabras latinas del sacerdote: *Dóminus vobiscum!*, y si ignoran el latín no las entienden, mientras que los rusos entienden cada palabra y consideran su Iglesia como una Iglesia propia nacional, no sólo porque ella les habla en su idioma, sino también porque esto no se repite en ningún otro país: la Iglesia ortodoxa oficia en Grecia en griego, en Serbia en serbio y en Rumania en rumano, etc. Claro está que en estas condiciones los rusos, rodeados por los paganos y mahometanos del lado sudeste y por los católicos y luego protestantes al noroeste, se unían alrededor de su Iglesia como si esta fuera una bandera nacional. Son condiciones en que el papel político de la religión puede ser tremendo.

¿Cómo había aprovechado la Iglesia su enorme autoridad desde el punto de vista puramente cultural? Las preocupaciones de la instrucción pública la dejaban completamente fría. La Iglesia ortodoxa rusa se limitaba a cuidar las almas y vigilar por la salvación de éstas, sin interesarse en absoluto por el desarrollo individual de los fieles. A pesar de esto, aun en el camino estrechamente religioso, del cual sus actividades no se desviaban nunca, estas sirvieron como no se puede mejor los intereses estadistas y civilizadores del «zarstvo» moscovita. Hablo del papel colonizador de los monasterios de entonces. El estado moscovita se desarrollaba alrededor de Moscú, en

una región bastante estrecha, comprendida entre el curso superior del Volga y el Oka, pero quedaban extensiones del territorio supuesto nacional, prácticamente ilimitadas, al norte y al oriente del Volga. Precisamente en estas dos direcciones se desarrollaba la emigración de los ascetas, que buscaban en la soledad de los bosques vírgenes condiciones favorables para sus prácticas religiosas. Pero apenas un monje se establecía en un lugar apartado, otros religiosos se juntaban a él; se formaba un pequeño monasterio, se erigía una iglesia, y tras los monjes venían los campesinos, que buscaban tierras vírgenes o condiciones de vida mejores en regiones todavía no registradas por el fisco moscovita. Así, perseguidos por el «mundo pecador», los santos padres adelantaban siempre más a lo profundo del bosque, hasta que en la dirección norte los detuvo el mar Blanco. Entonces los santos Savati y Zócima se refugiaron en las islas Solovetzki, pero fueron alcanzados por sus adeptos y discípulos, que en 1429 principiaron allí la construcción del célebre monasterio, que los bolcheviques transformaron, cinco siglos después, en una prisión política.

La Iglesia ortodoxa, como toda Iglesia, era conservadora, y su clero, que formaba la capa principal de la gente letrada rusa, se oponía con porfía a la influencia «occidentalista», por miedo del veneno que las ciencias de los «latinistas» ocultaban para las almas rusas y la integridad de la religión ortodoxa. Pero hubiera sido un error pensar que el clero o, por su insinuación, el estado, tomaba cualesquiera medidas preventivas o represivas para impedir la introducción de ciencias occidentales; ya he dicho que, empezando por el zar, la nación moscovita razonaba toda del mismo modo, todos temían en la misma medida la importancia espiritual del Occidente, todos celebraban el siglo dorado del «rusismo».

* * *

Desde luego cuando la Rusia moscovita, a mediados del siglo XV, formó su núcleo nacional, y ante sus príncipes se levantaron problemas completamente nuevos que los ponían cara a cara con sus vecinos occidentales—los polacos, lituanos, alemanes y suecos—, la deficiencia de los métodos y de los medios, es decir, la deficiencia cultural de los moscovitas frente a sus enemigos occidentales se hizo sentir en seguida. Desde luego la presunción nacional era tan grande que nadie quiso buscar los remedios en el Occidente. Aun reconociendo sus faltas y defectos, los rusos, siempre desconfiados de las ciencias

«latinistas», se esforzaban en encontrar esos remedios en su casa. Desde luego, la Reforma, que Lutero empezó en Europa en 1517, tuvo cierta repercusión en Rusia, en el sentido del ablandamiento de la profunda antipatía y desconfianza con que los rusos miraban al Occidente. Los protestantes les inspiraban menor aprensión que los católicos por no pretender el predominio religioso, y luego porque las objeciones que los protestantes oponían a Roma concordaban en varios puntos con las enseñanzas ortodoxas.

En 1533, Iván el Terrible firmó con los ingleses un tratado de comercio, que abrió a los negociantes de Inglaterra la vía de Arcángel. Desde luego nada cambió radicalmente en lo que se refiere a la corriente cultural del Occidente, hasta el principio del siglo XVII. Lo que trajo un cambio fundamental en la mentalidad del pueblo ruso entero, lo que abrió a la influencia «occidentalista» la puerta de la antigua Moscovia, fué el período de «interregno»—«el tiempo turbio», como lo llaman los historiógrafos rusos. Este duró catorce años desde la muerte en 1598 del zar Feodor, último zar de la primera dinastía moscovita, y hasta la elección de la nueva dinastía de Romanov, en 1613.

Durante aquel período el estado moscovita se desagregó por completo: los polacos se apoderaron de Moscú, el pueblo ruso vió el derrumbe de todas sus tradiciones políticas y finalmente tuvo que tomar parte activa en la salvación de su patria no sólo como defensor de su tierra natal, sino como legislador y organizador del estado, eligiendo al nuevo zar y restableciendo la autoridad del poder supremo. En una palabra, fué la misma vida la que arrebató al pueblo con una violencia extrema de su letargia política y mental y le puso en la obligación de resolver los problemas orgánicos que están en la base de todo estado. Por primera vez al lado del poder supremo del zar apareció la voluntad del pueblo, fuerza política completamente olvidada en la Rusia de entonces. Desde luego el apego a las formas políticas tradicionales era tan grande que, a pesar de la lucha social que sacudió el país, al mismo tiempo éste encontró la solución de todos sus males en el restablecimiento de la monarquía absoluta.

Pero desde el principio del siglo XVII se trataba de luchar con los vecinos occidentales que aprovecharon el período de «interregno» para quitar a los rusos sus posiciones adelantadas en la frontera occidental, y esta lucha puso en evidencia el atraso, el estado de inferioridad en que los rusos se hallaban frente a enemigos más cultos, mejor armados y organizados.

Los más obstinados de los moscovitas tuvieron que reconocer que esta vez los remedios caseros eran insuficientes e ineficaces, que para nada les servían las tradiciones y costumbres de la antigüedad, que para asegurar la existencia de su patria había que tomar prestados a los occidentales los medios y métodos para vencerlos...

Puede ser, y aun es cierto que entre los rusos existieran hombres que apreciaban la ciencia occidental, tal cual, es decir, por su valor intrínseco, pero la masa del pueblo y el *estado* tomaron la cultura europea desde el punto de vista estrechamente utilitario, es decir, como un arma, y más tarde, Pedro el Grande lo expresó con mucha claridad cuando en el campo de Poltava, el día en que fué destruída la potencia militar de Suecia, festejando la victoria rusa, brindó por la salud de los generales suecos, sus huéspedes prisioneros, diciendo: «¡Por nuestros maestros!» Este punto de vista, que apreciaba la cultura europea como un medio, y en la medida de su valor utilitario, hay que retenerlo, ya que desde el principio del siglo XVII y hasta la mitad del siglo XIX, este fué el punto de vista del gobierno y de las clases dirigentes rusas en su mayoría, punto de vista que explica muchos enigmas del pasado, del mismo modo que el «absolutismo ilustrado» de los zares — letrero elegante, bajo el cual se ocultaban los abusos del poder absoluto.

De acuerdo con aquel fin utilitario, el gobierno moscovita empezó con hacer llegar del extranjero, principalmente de Alemania, a los militares profesionales por centenares. La creación del ejército regular adelantaba con tanta rapidez, que bajo el segundo Romanov los rusos podían ya oponer a los polacos y suecos veinticinco regimientos regulares de caballería y treinta y ocho de infantería, desde luego todos, salvo tres, mandados por jefes extranjeros.

Claro que los medios financieros del estado, apenas salido de un período de guerras civiles y exteriores que lo devastaron por completo, no podían satisfacer las nuevas exigencias del fisco; entonces, bajo el zar Alejo (1645-1676), el gobierno moscovita tomó las medidas que hoy día usan los bolcheviques: el fisco compraba a los comerciantes y productores rusos, en forma obligatoria y al precio que fijaba el mismo gobierno, las mercancías que tenían mayor demanda en el extranjero: lino, cáñamo, pieles, etc.; las pagaba en moneda de cobre y las vendía a los negociantes europeos, cobrando en moneda de plata. Exactamente lo mismo hacen ahora los bolcheviques, no sólo como monopolistas del comercio de exportación, sino comprando a

precios obligatorios y con rublos soviéticos desvalorizados, mientras que sus compradores occidentales les pagan con dólares, libras esterlinas, francos y marcos.

Desde luego la organización del ejército regular, bien que con carácter temporal, exigía, además de los cuadros, la creación de varias industrias, que hubieran podido alimentar y proveer al ejército de todo lo que necesitaba; y esto a su vez obligaba al gobierno a empezar la explotación de las riquezas minerales. Bien que en la Rusia moscovita ya se extraía el hierro, cerca de Ustiuyna y Tula, y en esta última ciudad existían establecimientos que fabricaban armas y aun escopetas, ahora, para dar mayor desarrollo a aquellas industrias, el gobierno buscó en el Occidente a los técnicos y a los capitales. De esta manera nacieron en Rusia importantísimas industrias metalúrgicas, que a mediados del siglo XVII ya permitían a los rusos empezar la fabricación de todos los objetos de armamento en su casa. Después de los metalúrgicos Moscú contrató al extranjero artesanos de las profesiones más variadas, con la obligación de hacer enseñar sus oficios «a nuestra gente, sin ocultarle secreto alguno».

Ya en el siglo XVI, bajo Iván el Terrible, en Moscú se formó el «barrio alemán», donde vivían los pocos extranjeros, médicos, boticarios y artesanos, empleados del gobierno moscovita, pero, las tormentas del «interregno» los dispersaron. Desde luego a mediados del siglo XVII la cantidad de los «alemanes» —militares, técnicos, médicos, artesanos, industriales, comerciantes, etc.—que vivían en Moscú, era tan grande y tan graves parecían los inconvenientes de su contacto directo con la población que, en 1652, todos los extranjeros fueron concentrados nuevamente en un barrio especial, en que les fueron donadas casas y huertos, de acuerdo con la situación de cada uno. De esta manera se formó en la periferia oriental de Moscú toda una ciudad «alemana», de cuya importancia puede dar una idea la existencia en su recinto de cuatro iglesias, tres luteranas y una reformada, así como de una escuela alemana.

Siempre persiguiendo la idea utilitaria, lo primero que las clases dirigentes tomaron prestado a los extranjeros, cuya vida podían observar, fueron las comodidades materiales de la vida europea, y luego las distracciones. La música y los teatros interesaban a tal punto a la corte de Moscú, que a las embajadas, que ahora se mandaban a menudo a los países europeos, les fué ordenado presentar descripciones detalladas de los espectáculos que estas presenciaban en las cortes europeas.

Esta fué la manera en que la influencia «occidental» penetró

en Rusia, con ciertos derechos de ciudadanía, encontrando ya instalada en el país la influencia bizantina, que en aquellos tiempos, bajo el disfraz nacional ruso, parecía ya «rusismo». La diferencia entre ambas influencias era grande en aquellos tiempos: la manera cómo los rusos tomaron la corriente «occidentalista», es decir, sólo por su lado utilitario, indicaba a esta el dominio puramente material, mientras que la influencia bizantina pertenecía enteramente al dominio espiritual, limitándose a dirigir la vida religiosa y moral, sin intervenir en absoluto en los demás aspectos de la vida nacional. Desde luego, limitando su acción al dominio religioso, la influencia bizantina supo fundir la antigua sociedad rusa, como ya he dicho, en un solo cuerpo, y esto era precisamente la particularidad más notable de la Rusia de entonces.

Las dos tendencias hubieran podido vivir lado a lado sin chocar nunca, ya que sus dominios eran completamente distintos, si la influencia occidental hubiera podido mantenerse dentro de sus límites puramente utilitarios. Pero lo que los moscovitas del siglo XVII no notaron desde el principio, dejando al «occidentalismo» entrar en su país, eran las ideas que acompañaban cañones y pólvora, mueblaje y relojes, danzas y comedias, trajes y pelucas... Estas ideas englobaban todo el conjunto de la vida material y espiritual de un hombre, pero para poder ser aceptadas y digeridas exigían de este hombre un adelanto cultural, un aprendizaje espiritual; y mientras la corriente bizantina, vuelta «rusista», era un poderoso factor de unión, la corriente «occidentalista» se volvió un factor igualmente poderoso de desunión, ya que, apoderándose de la delgada capa superior de la sociedad rusa, la separó y la arrebató de la masa del pueblo iletrado e ignorante.

* * *

Pero antes de que esto sucediera, las tendencias «bizantino-nacionalista-rusista» y «occidentalista» entraron en un choque abierto, y como la Rusia moscovita era excesivamente unida en lo espiritual, la pelea no se contentó a desencadenar sus furias entre las clases superiores, sino que sacudió al pueblo entero, provocando la primera gran escisión espiritual en el seno de la nación, con que partió en dos su Iglesia.

El principio y la causa inmediata de aquella discordia fué... la escuela. Hemos visto ya que los artesanos, oficiales, industriales y los demás extranjeros, que el gobierno de Moscú contrataba en el Occidente, tenían que «enseñar sus artes a los

rusos sin secreto alguno», pero si ciertos oficios podían ser enseñados sin necesitar preparación cultural alguna, muchas otras novedades occidentales exigían de los discípulos moscovitas un *mínimum* de nociones científicas, que les faltaban por completo. De aquí la idea de la conveniencia de cierta preparación cultural, es decir, la necesidad de fomentar ciertas ciencias elementales, independientemente de los fines prácticos, a lo cuales estas hubieran podido ser aplicadas. Esta idea, tan sencilla para nosotros, se abría camino con mucha dificultad en los cerebros rusos del siglo XVII, a pesar de estar protegida y empujada por varios estadistas muy influyentes, que sentían el peligro político del atraso cultural de su país, y esto con una agudeza tanto más grande cuanto que la Moscovia del siglo XVII fué de repente arrastrada en el torbellino de los complicados intereses políticos y económicos de la Europa occidental. Así, ya al zar Miguel (1613-1645), el primer Romanov, Inglaterra y Holanda le ayudaron a arreglar sus pependencias con Polonia y Suecia, en cambio de facilidades que Moscú—vía de tránsito hacia Persia e India—dió a sus negociantes. Pero el rey de Francia, al saberlo, mandó a Moscú una embajada para proponer al zar una alianza en el Oriente contra los ingleses. De otro lado el sultán de Turquía le proponía una alianza contra Polonia, mientras que el rey Gustavo Adolfo de Suecia insistía en una alianza anticatólica. Esta atención inesperada y repentina que las potencias occidentales prestaron a Moscú se explicaba por el hecho de que la guerra de treinta años (1618-1648) ponía a los gobiernos europeos en la obligación de buscar apoyos y sostenes aun fuera del círculo normal de sus relaciones. Así Moscú se vió en la necesidad de cambiar embajadas y organizar todo un cuerpo diplomático, compuesto de lingüistas bastantes cultos, para poder orientarse en el conjunto tan complejo de relaciones diplomáticas de los países europeos, y esta circunstancia fué también un gran estímulo para pensar en la utilidad de la instrucción en general. En fin, la entrada de Rusia en la arena política de la Europa occidental imponía a Moscú las cargas financieras de un gran estado, que su hacienda era incapaz de sostener a causa de la insuficiencia de la producción y el escaso rendimiento del trabajo nacional. No había ni arte ni oficio ni ocupación, empezando por la agricultura, en que los rusos no hubieran debido aprenderlo todo. El comercio se hallaba en las mismas condiciones de inferioridad, y los negociantes rusos, aun teniendo mercancías en sus manos, no les encontraban colocación alguna.

Las crónicas nos han dejado un ejemplo estupendo de la

impotencia del aparato comercial ruso en los principios del siglo XVII. Leyendo las descripciones de las desgracias que cayeron sobre Rusia durante el período de «interregno», uno se pregunta con perplejidad: ¿cómo ha podido el pueblo ruso sobrevivir a aquellos quince años, durante los cuales las ciudades y las aldeas fueron arruinadas y, por razón de la inseguridad perpetua, nadie se dedicaba al trabajo productivo? A. Palitzin nos dejó en sus notas la explicación del enigma: dice que la cantidad de trigo que quedaba almacenado en los depósitos de terratenientes, campesinos y comerciantes o que se conservaba en estado de no trillado en almiares y pilas, era tan grande que, «felizmente», el país ha podido vivir quince años sobre aquellas reservas. Ciertamente tres siglos más tarde, los bolcheviques «infelizmente», encontraron reservas de pan sólo para tres años, pero hay que hacer la siguiente reflexión, referente a las reservas del siglo XVII: la agricultura era entonces la ocupación principal del país; supongamos que la previsión de los rusos de entonces fuese tan grande que ellos hubiesen podido almacenar reservas para vivir, ¿cuántos años?, ¡digamos tres, cuatro, cinco! Sería ya una prebenda excesivamente prudente, pero la posibilidad de vivir sobre las reservas de pan quince años seguidos comprueba ante todo la deficiencia del aparato comercial ruso que no encontraba afuera cómo colocar una mercancía de la cual estaba saturado el mercado interior.

Cuando el gobierno de Moscú comprendió todas las razones que imponían el fomento de la instrucción, sus «prikazi»—oficinas-ministerios—pensaron en las escuelas. Y aquí hay que comprobar una verdad increíble: hasta la mitad del siglo XVII Rusia no poseía escuela alguna. El arte de leer y escribir, así como las «cifras», las enseñaban clérigos e institutores privados por un precio convenido: para enseñar a leer, tanto; para enseñar a escribir, tanto. No existían manuales ni gramáticas, y los niños aprendían a leer directamente en el salmerio y en el misal, como los aprendices de zapateros aprenden a hacer zapatos. La Iglesia era tan indiferente a las letras, que carecía hasta de una traducción completa de la Biblia y se contentaba con lo que era necesario para el culto. En estas condiciones, ¿dónde podía el gobierno hallar a los profesores y sabios que hubieran podido traducir al ruso los libros indispensables para la primera enseñanza, que hubieron podido completar la versión rusa de las Santas Escrituras? Aun para esto había que dirigirse al Occidente, pero al Occidente cercano, ruso. Y aquí tengo que apartarme por un momento de mi tema principal, para explicar lo que era aquel Occiden-

te ruso, lo que eran los profesores que Moscú hizo llegar de allí.

En mi exposición he dejado a Kiev en el año 1240, después de la devastación del gran ducado por los tártaros. Ya he dicho que los restos de su población huyeron en la dirección noreste donde se formó finalmente el estado moscovita; pero los rusos de Kiev se dispersaron también en la dirección del occidente y del norte, incorporándose a los ducados rusos que quedaron intactos por este lado y que entraron en la composición del gran ducado de Lituania, el cual, agrandando su territorio, llegó a mediados del siglo XV al mismo resultado en el sudoeste ruso, al cual Moscú llegó en el noreste. Desde luego, esto únicamente en el sentido de engrandecimiento territorial, ya que políticamente, en el sentido nacional, los resultados fueron completamente contrarios a los logrados por Moscú. Ya en 1386, el gran duque de Lituania Jagelo se convirtió al catolicismo y, casándose con la reina de Polonia Iadviga, estableció la unión dual de los dos estados. Cuando en el siglo XV se formó alrededor de Moscú el núcleo nacional ruso, el gobierno de Polonia, mal inspirado, para hacer más estrecha su unión con Lituania, empezó en ésta una activa propaganda católica. El resultado fué absolutamente contrario a las esperanzas: las provincias orientales de Lituania, que eran ortodoxas, se separaron entonces del reino dual y se incorporaron al gran ducado de Moscú. Esto fué la ruina de Lituania, que ya antes, en el momento de firmar su «unión» con Polonia, pidió sus provincias del sur, junto con Kiev, que fueron incorporadas al reino polaco. La población de estas últimas—rusos ortodoxos, gobernados por polacos católicos—, extendiéndose del lado de la estepa, formó la Ukrania («extremo»), que en el siglo XVII se sublevó contra Polonia y, bajo el nombre de Pequeña Rusia, se juntó, en 1654, con la Rusia moscovita.

Claro que los ortodoxos del sudeste, mientras duraba la dominación polaca, se hallaban frente al catolicismo en una situación muy diferente a la de sus correligionarios de Moscú. Para defender su fe tenían que enfrentarse con propagandistas católicos especialmente preparados en el colegio romano de San Anastasio, en que la «Congregación romana de *propaganda fide*» educaba a los misioneros especiales para la conversión de los «cismáticos» del Oriente. Los clérigos ortodoxos, que tenían que luchar contra una propaganda tan sabia, se vieron obligados a usar las mismas armas, es decir, aprender el latín e instruirse, para poder encontrar razones también teológicas en las discusiones dogmáticas. Con este fin, en Kiev fué creada una Academia teológica, que preparaba clérigos sabios. Y

cuando Moscú sintió por primera vez la necesidad de buscar la luz de la ciencia, era natural que su primer pensamiento se dirigiera hacia Kiev, donde fueron contratados monjes-sabios para la organización de la enseñanza escolar y una nueva edición completa de los libros de culto ortodoxo. Con el mismo fin fueron contratados algunos monjes de Bizancio.

A pesar de que la fe ortodoxa de los recién llegados parecía ser una garantía contra la «nocividad diabólica» de las ciencias occidentales que traían, apenas los nuevos profesores llegaron a Moscú la opinión pública se asustó, temiendo comprometer por las novedades «latinistas» la salvación de su alma. Es que la antigua sociedad rusa no podía apreciar la ciencia y las artes de otro modo, sino como un medio más para aprender la verdad de Dios y salvar su alma. Los recién llegados vieron muy pronto hasta dónde podían llegar las aprensiones fanáticas que ellos despertaban. Así el monje-griego Aseni, que fué contratado como director de la escuela latino-griega, abierta en el monasterio de Chudov, en 1649, poco tiempo después fué desterrado al monasterio de Solovetzki. Pero semejantes episodios no impedían en absoluto el proseguimiento de los planes primitivos. A los monjes de Kiev les fué ordenada la traducción de la Biblia del griego al ruso, así como la traducción y composición de una serie de libros de enseñanza, gramática, diccionarios, geografía y cosmografía y, aun, de algunos libros de alquimia, que interesaban sumamente al gobierno, por si hubiera sido posible fabricar oro con metales comunes...

Estas modestísimas actividades de los monjes ilustrados, que en su conjunto, quizá, no pasaban de unos cincuenta letrados, fueron desde luego causa de la disidencia de los «viejos creyentes». Para entender aquel fenómeno, que hasta hoy día no está completamente liquidado, hay que darse cuenta de la suficiencia religiosa que el pueblo ruso profesaba en aquellos tiempos, consecuencia directa de las condiciones especiales en que se encontraba su Iglesia.

Desde el siglo XI los rusos empezaron a sustituir a los griegos en todos los grados de la escala eclesiástica y, en el siglo XV, hasta el Metropolitano de «Todas las Rusias» se elegía entre los prelados rusos. Ya he dicho que a causa del aislamiento en que se encontró Rusia durante los siglos XIII, XIV y primera mitad del XV, la Iglesia era un símbolo, una bandera, alrededor de la cual se reunía la Rusia entera contra sus enemigos, los agarenos. En estas condiciones todo lo que se refería a la religión, aun a las formas exteriores del culto, adquiría una importancia capital. Mientras tanto la dependencia canó-

nica de la Iglesia rusa de los patriarcas orientales se mantenía en vigor, y los rusos profesaban el más sincero respeto para su supremo jefe religioso. Pero en el año 1439 la «unión» de Florencia asestó un golpe tremendo al prestigio religioso de los griegos, y cuando, catorce años después, en 1453, los turcos tomaron Constantinopla, los rusos vieron en la desgracia de sus correligionarios una prueba de la ira de Dios, que castigaba a los griegos por haber traicionado el ortodoxismo... Con la toma de Constantinopla todas las Iglesias orientales cayeron bajo el yugo agareno, mientras que Rusia, casi al mismo tiempo, se libertó de aquel yugo definitivamente. Era otra «indicación» del cielo. En fin, cuando en 1589, el patriarca de Constantinopla, Jeremia, estando en Moscú, elevó al metropolitano Job de «Todas las Rusias» a la dignidad de patriarca, la Iglesia rusa logró su independencia definitiva. De aquí no había más que un paso hasta la concepción de la Iglesia rusa como de la Iglesia universal, el único refugio de la verdadera fe cristiana.

A este crecimiento metódico del prestigio de la Iglesia a los ojos de sus fieles hay que añadir la estrecha participación de los fieles en la vida de su Iglesia; para los ortodoxos la Iglesia no es una autoridad exterior, que pueda vivir, actuar y decretar fuera de la reunión de los fieles, sino que es la vida íntima del Espíritu Santo en las almas de todos los fieles que componen su cuerpo. Y aquí tengo que insistir nuevamente en la importancia que en el sentido de la intimidad religiosa tiene el uso del idioma nacional en los oficios divinos. Cuando estos se celebran en latín, hay muchas probabilidades de que la introducción de alguna novedad en el texto de oraciones pase inadvertida para la inmensa mayoría de los fieles que no lo entienden. Pero en la Iglesia rusa esto no puede suceder, ya que aun los iletrados siguen el oficio divino palabra por palabra, y la ausencia de una invocación, a la cual está acostumbrado el oído, o la introducción de una nueva plegaria, llamará en seguida la atención de todos los presentes. Con esto la reacción de los fieles a las palabras del sacerdote resulta mucho más intensa. Tomemos un ejemplo. En ciertas ocasiones en la Iglesia ortodoxa se oye la invocación: *Kyrie eleison*, lo que en griego quiere decir: ¡Señor, ten piedad! La Iglesia católica también conservó esta invocación griega y, supongo, por el mismo motivo que la Iglesia ortodoxa: recuerdo que el culto cristiano ha salido de la Iglesia oriental, griega, de Antioquía, esta «prima primi apostoli sedes», como la llamaba el papa Inocencio I (402-417), en su carta dirigida a Alejandro, obispo de Antioquía, ciudad

en que por primera vez los cristianos empezaron a llamarse cristianos. Pero lo que quiero expresar es esto: cuando un ortodoxo oye en su Iglesia aquella invocación *Kyrie eleison*, ¿cuál es la impresión que siente? Creo que ninguna. Los que no saben el significado de aquellas dos palabras no pueden reaccionar de modo alguno; los que las entienden saben que se trata de un homenaje a la madre Iglesia; pero cuando el sacerdote repite la misma invocación en ruso, diciendo: «¡Señor, ten piedad», la reacción de los fieles resulta instantánea, independientemente del grado de cultura de cada uno. Esta es la razón que creó la intimidad entre los rusos y su Iglesia, la razón por la cual las formas exteriores del culto tuvieron para el pueblo moscovita un significado de primera importancia.

Y sobre aquella gente, tan íntimamente familiarizada con las prácticas religiosas y que ya se sentía molesta por las dudas que les inspiraban las nuevas ciencias respecto a la seguridad religiosa, cayó de repente como un rayo el *úkase* del patriarca Nicón (1654), que mandaba quemar los viejos libros del culto y sustituirlos por nuevos, que acompañaban cada ejemplar del *úkase*. . . ¿Y qué vieron los ojos espantados de los fieles en aquellos libros nuevos? Cosas que, para nosotros, hubieran parecido insignificantes; se corregían errores acumulados por los copistas durante siglos; así, por ejemplo: los rusos se santiguan con *dos* dedos, y ahora se les explicaba que tenían que santiguarse juntando los *tres* primeros dedos; el nombre de Jesús, que se escribía en ruso *Isús*, ahora tenían que escribirlo *Iisús*; la liturgia la celebraban con siete panes benditos, mientras que ahora bastaban cinco; la invocación ¡aleluya!, que los rusos repetían dos veces, debía decirse sólo una vez, etc. Las innovaciones más radicales se referían al canto, que de unísono se hacía polífono; a los iconos, que los pintores rusos empezaron a imitar sobre las obras de los artistas italianos del renacimiento, y que debían volver a las líneas sobrias y primitivas de la escuela de Bizancio; en fin, se inauguraban los sermones, lo que no correspondía en absoluto a las costumbres de la Iglesia rusa. . .

¡Qué cosas más insignificantes, dirá el lector, y que no tocan en absoluto las bases de la religión! Desde luego, el apego del pueblo a la letra de su religión, el carácter violento de Nicón, que empezó a quemar los libros antiguos y los iconos nuevos; el hecho de que los errores de los viejos libros fueran corregidos por los monjes-griegos y rusos-occidentalistas, los «latinistas»; la voz de que toda la ciencia «griega y latina» tiene sus raíces en el paganismo, hicieron que el pueblo sospechara del patriarca.

y de sus ayudantes, como nuevos colaboradores del Papa. El pueblo, por lo menos una gran parte del pueblo, quedó entonces horrorizado, y maldijo los nuevos libros. El patriarca Nicón, hombre de grandes méritos, que era hijo de campesino y supo llegar hasta el trono de patriarca, tenía un carácter violento y arbitrario, y, en vez de buscar los medios de reconciliarse con su rebaño, culpable sólo de ignorancia y de apego a las tradiciones seculares de su propia Iglesia, reunió un concilio universal, que presenciaban dos patriarcas orientales, y este anatematizó a los insumisos.

Para entender todo el error de aquella escisión, basta decir que el concilio anatematizó a «los viejos creyentes» no por herejía o cisma, ya que no había ni una ni otro, sino por la no obediencia a la autoridad suprema de su Iglesia. Los excomulgados, por su parte, dejaron de reconocer la jerarquía ortodoxa. Así se realizó aquella disidencia, que dejó en el cuerpo del pueblo heridas todavía no sanadas.

La polémica apasionada entre los dos campos provocó la aparición de panfletos, folletos y aún tratados voluminosos, dirigidos contra la ciencia occidental y que pueden resumirse en las palabras enérgicas de un panfletista que dijo: «El que estudia la geometría es un infame delante de Dios; hay que atenerse a la ciencia ya conocida, dada por Nuestro Señor.»

Siendo la ignorancia el factor principal que permitió y facilitó la incompreensión del verdadero significado que podía tener la actividad del patriarca Nicón, hubiera sido lógico suponer que la hendidura, la escisión que sufrió la Iglesia, era horizontal, es decir, que los que se han desatado pertenecían a las clases bajas de la sociedad, las menos cultas y, por consiguiente, menos aptas a la reflexión serena y cuerda. Sin embargo no fué así: la antigua sociedad moscovita era tan unida, que la hendidura no podía producirse en el sentido horizontal, sin tocar las clases altas; en realidad ella se produjo en sentido vertical: empezando por los miembros de la propia familia del zar, todas las clases y profesiones estuvieron representadas entre los «viejos creyentes», los cuales, lejos de limitar su protesta a los asuntos estrechamente religiosos, se alzaron contra cualesquiera novedades y ciencias que venían del Occidente, englobando en el mismo odio «antiguo-rusista» todo el conjunto de ideas y gustos nuevos, que a su parecer no eran más que «diabólicas intrigas latinistas».

Desde luego la escisión de la Iglesia rusa, en vez de debilitar la corriente «occidentalista», por el espectáculo de las desgracias que esta provocó o por el efecto de los ataques apasionados de

los «rusistas», dió en realidad un poderoso empuje al fomento de las ciencias occidentales. La razón es fácil de adivinar. Antes de que se realizara la escisión de los viejos creyentes, muchos eran los rusos que creían en la fuerza positiva, bien que conservadora, de las antiguas tradiciones; pero la inexplicable porfía de los opositores de Nicón, que despreciaban la autoridad de su supremo jefe religioso, y, no hacían caso ni de las decisiones del concilio universal de su Iglesia, derrumbó el prestigio de lo antiguo; los hombres que antes miraban con perplejidad lo que quedaba tras sus espaldas, ahora comprendieron que las antiguas tradiciones carecían de una fuerza creadora que les hacía mucha falta, y que la salvación de la patria era posible sólo en la vía del progreso occidental, y, entendiéndolo así, aceptaron con ánimo y confianza las enseñanzas que les ofrecía el Occidente.

De esta manera, antes de que el genio reformador de Rusia, Pedro el Grande, saliera de su cuna, la Rusia moscovita ya se encontraba partida en dos campos hostiles: «rusista» y «occidentalista», cuyas intenciones y medios de acción eran tan claros, que nadie podía quedarse en medio de los dos: y cualquier espíritu pensante tenía que incorporarse al partido que le parecía mejor, más justo o más seguro.

Mariano Latorre.

EL SENTIDO DE LA NATURALEZA EN LA POESIA CHILENA

NO se caracteriza la raza española por los poetas que interpretan la naturaleza. Hay siempre, salvo las mínimas acotaciones de paisaje del juglar del Cid, un predominio de lo especulativo sobre lo sensorial, de la retórica sobre la espontaneidad. Si se habla de la naturaleza es en términos generales, abstractos. El color casi siempre está ausente. Y esto es muy explicable si se toma en cuenta que en el griego y en el latín no había abundancia de términos de color y, en muchos casos, los matices coloristas eran dados por analogías con otros aspectos semejantes de los fenómenos. La base greco latina de la cultura del siglo de oro, hizo a estos poetas especulativos y retóricos. Fray Luis, llamado el poeta de la naturaleza, no tiene en sus poesías ni un término de color. Ha sido necesaria una exégesis, como la de Aubrey Bell, para saber que *este huerto plantado en la ladera del monte por su mano* estaba en La Flecha, finca de recreo de los Agustinos, a orillas del Tormes y en plena llanura castellana. Sus descripciones son claro-oscuros, seguros trazos de tinta china. Hay emoción naturalmente, pero está en la armonía interior, en la exaltación religiosa que ilumina su espíritu.

En Garcilaso el motivo panorámico tiene mucho de convencional. Es su corazón enamorado el que habla. Su calidad poética no está en los matices coloristas sino en su vibración erótica. El paisaje es la dama de la corte que, vestida de pastora, ha trastornado su alma de guerrero ingenuo.

El verdadero color lo encontramos en la literatura española mucho después: en Góngora. La pupila del cordobés, toda llena de irisaciones luminosas, luz africana sobre azoteas blancas, sol rompiéndose en playas de oro o en mares que se han bebido, en las calmas de estío, la luz de los cielos meridionales. Luz y sonido. Lo visual y lo auditivo en maravilloso matrimonio. Disonancias que se convierten en palabras pictóricas. Colores que, a veces, son armonías.

El color en sí mismo, sin más intervención humana que el creador, el propio artista. Nostalgias de remotas regiones de América. Nadie, como Góngora, sintió el acicate de las aventuras y de los cielos vírgenes del Nuevo Mundo.

Para Góngora el paisaje no piensa, es irracional. Emite luz, sonidos, sonidos y luz. He ahí su misión. Góngora es excepción. Isla es un mar de retoricismo sabio, aun empapado de preceptos aristotélicos. El romanticismo trajo el paisaje subjetivo, porque el siglo XVIII no fué sino de amaneramiento retórico.

Los románticos, según ellos, seres incomprendidos en un mundo ingrato, volcaron su ensueño decorativo en la naturaleza. El paisaje fué un alma sonora y verbal. El realismo y el naturalismo volvieron la realidad a su lugar. Pusieron en sus alvéolos los matices de color que hicieron desaparecer de las montañas y de los mares las sabias especulaciones clásicas o los fantasmas afiebrados de los románticos.

Volvieron las nubes a cruzar los cielos, los peces a cortar el hervor de encaje de la espuma, a sonar los ríos en sus cauces y a dormir las lagunas embriagadas de azul.

En Chile, los siglos XVII y XVIII fueron españoles. Nótese que al acercarse la independencia política hay también un curioso despertar de los colonos a la visión del verdadero paisaje de la tierra.

Ercilla no vió la naturaleza de Chile. No podía verla. Su educación renacentista le había formado una decoración clásica. Viajó con ella, adherida a su cerebro positivo y prosaico. Así al mirar el encaje de un coigüe o la simetría de un alerce no vió sino árboles, como todos los árboles que conocía. El carácter sudamericano de la selva se le escapó. El nombre era de lo menos, lo mismo que los araucanos, en su limitada psicología de fijodalgo, no fueron sino caballeros españoles que, en lugar de coraza, usaban macanas y en lugar de flameantes penachos, trariloncos de rojas plumas de lloica.

El caso de Pedro de Oña, chileno de Angol, es más lamentable aun. La belleza de aquella tierra en estado de salvaje virginidad debió inconscientemente destilar en su cerebro luz dorada, verdinegras decoraciones de selvas, ríos azules, lagos de plateados espejos. No fué así. Su modelo estaba demasiado cerca: Ercilla; y luego, su hábitos cortesanos, sus éxitos en los saraos limeños, hicieron que transformase a las indias araucanas en damas de gracia helénica y de bucólico discreto. Trajicómica jugarreta del destino, cuando un autor de madrigales pretende hacer poemas épicos.

En compensación, tenemos dos grandes intérpretes de los paisajes de Chile, dos poetas de la naturaleza, pero poetas en prosa. Los cronistas Ovalle y Rosales. Y se comprende. Los frailes misioneros no iban en busca del oro. Cristiana exaltación inflamaba sus espíritus. Podían descubrir el secreto de la naturaleza chilena mejor que los soldados, a quienes, fuera de sus aficiones bélicas, los impulsaba el ansia de enriquecerse.

El padre Ovalle, sobre todo, tiene páginas sobre

la cordillera, sobre las nieves y las selvas, los ríos y los pájaros, las frutas y los mariscos, sobre la primitiva existencia de los indios, en que la prosa, a fuerza de color y de emoción, se desprende de la tierra y toma, a ratos, el ágil vuelo de la verdadera poesía. Los cronistas (valga el retruécano en virtud de su verdad) sintieron como poetas y los poetas no fueron sino cronistas.

El romanticismo despertó lógicamente en los poetas chilenos el sentido de la naturaleza. Son, en un comienzo, balbuceos, atisbos, pequeñas notas de color en medio de la forma puramente española, imitada de Zorrilla o de Espronceda.

Don Eusebio Lillo fué desterrado poco después del 51 al sur de Chile. Estuvo en el río Imperial, navegó en él y llegó a la costa. Naturalmente le hace una oda al río. Repite los mismos lugares comunes de todos los románticos de segundo orden, pero, de improviso, dos estrofas, como dos garcetas que inician el vuelo, interrumpen la decoración aprendida:

Río, en cuya corriente las estrellas
hunden enamoradas sus reflejos,
¿díme, por qué tus cristalinas huellas
arrastras a la mar, tardo y perplejo?

Del verde bosque que a tu orilla crece
con pesadumbre al parecer te alejas,
y el aire que en tus aguas se humedece
te arranca sordas y sentidas quejas.

Y luego los poetas, perdida la pupila entre sus melenas románticas, cantan en sonoras octavas o en sonetos clásicos, sus amores y sus ensueños. Les sucede, en menor escala, lo mismo que a Ercilla y a Oña. Sus modelos están en los románticos franceses y españoles. Hugo y Musset, Zorrilla y Espronceda forman su fuente esencial. De ellos se amamantan,

intentando dar a sus minúsculas pasiones de criollos la trascendencia de los poetas europeos. El paisaje que los rodea en balde despliega la sinfonía de sus colores y el colorido de sus corrientes y sus lagos. A veces intentan, como Sanfuentes, asuntos chilenos, aun de leyendas del sur. El color no aparece. La naturaleza no se particulariza. Son líneas generales que pueden convenir lo mismo a todos los lagos del mundo.

Muchos años más adelante, un poeta deja escapar, sin intención, algunas notas de auténtico colorido chileno. Hay, por ahí, unas *Invernales* de Gustavo Valledor. Pinta unas viñas en invierno. Un sol pálido, tamizado de neblina, decora el sueño gris de las viñas deshojadas.

El triste sol de invierno tímido asoma
como un sueño fantástico por la campiña,
y se esparce a lo lejos su suave aroma
bajo de los rosales y de las viñas.

Despierta melancólica la mañana
con una extraña armonía solemne y pura,
mientras cae en los montes nieve lejana
con un reflejo místico, de intensa albura.

Yo amo ese sol de invierno cuya luz trae
como un renacimiento de dulce calma
y cuando al ocaso cálido cae
deja tanta tristeza dentro del alma.

Los primeros poetas en los cuales resuenan los ruidos de Chile y se fijan los colores del paisaje, son Diego Dublé Urrutia y Samuel Lillo. En ambos es el paisaje sureño el motivo pictórico. Selvas de laureles y pellines, que ensangrientan los copihues y pueblan las torcazas. Selvas que llegan hasta el mar y se retuercen, en agrias contorsiones, ante los vendavales y mareas. Los dos nacieron en la zona austral, y como en los poetas de Cataluña y de Valencia, la montaña y el mar

se unen en sus estrofas alternativamente. Tierra y mar, entremezclados; hechos poesías en el remanso de lejanas añoranzas de su niñez.

En ellos la interpretación es simple y directa. El poeta es un espejo inmóvil que copia la sangre de las auroras o un receptor que no olvida el trueno de las mareas ni el argentino murmullo de los pellines, agitados por el viento sur. No hay modificación alguna del motivo. Es la realidad que pasa al cerebro del poeta sin deformarse ni tomar actitudes de ninguna especie. Primera y sustancial modalidad que nace como reacción nacionalista frente a los románticos que vivieron de prestado. Ha de venir más tarde, como una gradación lógica, en poetas posteriores, la comunión del objeto y del sujeto, del paisaje con el poeta que ha vivido en él como un huésped y como un lírico admirador; luego, la interpretación psicológica de la naturaleza, tomada como un pretexto para contar sus emociones personales y como una modalidad avanzada y modernísima, la estilización del motivo panorámico, en que las reacciones psicológicas aletean vagas e inquietas sin precisarse nunca, pero empapadas como de una atmósfera sutil, del aire de Chile y de sus montañas y de sus mares.

Estudiaremos sintéticamente esta evolución que va de la simple interpretación real, encabezada por Dublé y Lillo a la estilización moderna que inicia Pablo de Rokha y culmina en Pablo Neruda.

Dublé, en el cual parecen haber influido los poetas naturistas ingleses, ha buscado sus motivos en Arauco, en las gargantas del Nahuelbuta, en las minas de Lota, en las costumbres marítimas de los pescadores de la Quiriquina.

Su pintura es minuciosa, con toques repetidos y hábiles. Los detalles están sabiamente estudiados como en una pintura de Somerscales.

Veamos por ejemplo:

Oh, me parece recordarlo todo.
Mi pueblo con sus calles coloniales
arboladas de acacias, las crujientes
carretas de los indios, arrastradas
por bueyes taciturnos; el misterio
de las tardes de Arauco, silenciosas,
cargadas de recuerdos y tristezas.

Penetra el secreto de las umbrías y el fresco corazón
del bosque revela sus misterios:

De pronto, en pleno día, cual si hubiera
caído ya la tarde, la montaña
paró de resonar: bajó la fiera
del monte; despertóse la alimaña
rondadora, y el último gemido
del viejo roble, herido por las rústicas hachas,
rebotando, naufragó en el silencio.

O humorista y colorista, costero y marítimo, al
mismo tiempo, en su famosa *Procesión de San Pedro*.

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento,
y en que las rubias ostras, monjas clarisas,
rompen la celda nácar de su convento;
mes que envuelve en corrientes y camanchacas
las solitarias islas del mar amargo,
y en que si el pasto verde sobra a las vacas
también está la muerte de mantel largo;
hoy es tu último día, lo dice el tono
de las campanas ebrias y el grito humano
con que sale a la pesca con su patrono
todo lo que hay de lobos en Talcahuano.

La mar está de gala; por hoy el viento
se ha metido en los mares, galantemente,
y en los muelles y ramplas, que es un contento,
como furel varado bulle la gente.

Hierve la mar de barcas. Las velas curvas
juegan al sol, llevadas a la bolina,
y mientras llega el santo pifian las turbas
a un bergantín que cruza la Quiriquina.

¡Qué frescura de tarde! ¡Qué algarabía!
¡Qué ladridos de perros y hablar de gringos!
Si parece que uniera este solo día
toda la transparencia de diez domingos.

Trajes negros, azules, blancos y rojos
bordan las serranías que el golfo lame
y no hay techos, ni grúas, ni cabos flojos,
donde la gente de aguas no se encarama.

Y la campana suena que es ya locura
y estallan voladores, que viene el viejo,
y de pronto la gente ve al señor cura
que sale abriendo cancha por un callejo.

Sale la grita entonces; se oyen los sonos
de la charanga, ondea la masa humana
y es un mover pañuelos en los balcones
que parece un incendio cada ventana.

Trae el olor a incienso la ventolina
y en seguida, entre coros de canto llano,
con la cruz aparecen tras de una esquina
dos rojos monaguillos y un cura anciano.

Del sur boscoso, de los bravíos mares de Arauco,
es también Samuel Lillo, pero Lillo, sobre todo, ha
hecho entrar al indio como elemento vivo del paisaje.
Al indio y su descendiente el arponero o el cazador
de cóndores y pumas. Por primera vez, y como una
corrección de los primitivos poemas épicos que se
escribieron sobre los araucanos, con el sur como esce-
nario, un poeta habla de los pellines, de los volcanes
nevados, decoración de los inmensos cielos australes,
de los pájaros, de los venados y de los pumas. Esta
es una primacía que nadie puede disputarle al noble
cantor de los elementos primitivos de nuestra raza
que la civilización, como una nueva conquista, ha
ido destruyendo.

Tierra de minas, de selvas, de costas salvajes han
sido pintadas por Lillo, a la manera impresionista,

con grandes brochazos de color y sin mucho dibujo.
Veamos esta mancha:

Es el negro socavón
en la falda del lomaje,
una herida sin vendaje,
expuesta al viento y al sol.

Junto a la boca se ve
roja tierra amontonada
como sangre coagulada
que se secó sin correr.

O este cuadro marítimo:

Inmóvil, la ballena entre la bruma
semejaba un peñón de negra cima
que el mar bañaba con su blanca espuma.

De pronto, resoplando,
arrojó dos violentos surtidores,
dos caños espumosos que subieron,
para caer, después de breve instante,
trocados en dos arcos de colores,
sobre el enorme torso del gigante.

O este esbozo de la selva y de la cordillera espe-
jadas en las aguas muertas:

Los jóvenes coigües que pueblan tu falda
bordan en tu orilla franjas de esmeralda.
Por sobre los cerros que se alzan en torno,
guardián de tus olas, se yergue el Osorno,
que ve reflejarse su testa nevada
en el claro espejo de tu onda callada.

Augusto Winter, hijo de mineros del norte, repre-
senta un avance en la interpretación de la naturaleza.
Los Cisnes, las hualas, el chucao, simbolizando la
blanca aristocracia del vuelo, la tragedia de unas alas
que no pueden volar o la risa agorera, como un espí-
ritu diabólico, en la sombra de los matorrales. Su

alma de sajón le hace descubrir en cada uno de esos pájaros del sur un sentido oculto, que el poeta agrega a modo de explicación, después de la pintura del cuadro. Son, más que manchas de color, aguas fuertes, de trazos toscos pero seguros. La novedad del tema es, quizá, su mérito mayor.

Estos poetas representan, como decía en un comienzo, la primera interpretación del paisaje chileno. Los precursores de una realidad que no se olvida de ser poesía, según la frase de Alfredo de Vigny.

Winter es la transición, el nexa que une a los coloristas impersonales, más épicos que líricos, con los modernos, influenciados por Darío y a través de Darío, por Verlaine, Moréas y Mallarmé.

Muchos se apartan del motivo campesino, serrano o marítimo, para destilar rimas raras o pulir sonetos en el laboratorio de su paciencia. Algunos, modificando el sentido esencial de su estética, cambian de forma, pero continúan fieles al panorama que los vió nacer o en que el azar los obligó a vivir.

El paisaje se colora de misterio, se martilla de cerebralismo. Hay una como comunión entre el sujeto y el objeto. A veces, es el paisaje el que predomina; otras, el poeta el que lo transforma y lo hace servir a a su designio, tiñéndolo con su emoción personal.

Jorge González Bastías, hijo de las secas tierras del Maule, es, quizá, el más típico representante de esta modalidad. No estudió carrera. Nació en el campo, a orillas del gran río, vivió en él; en él trabaja hoy día sus viñas y sus trigales. Las jorobas de los cerros, las ocultas quebradas donde llora una vertiente, las fieles diucas color de amanecer o los tordos voraces que no han huído de las tierras pobres por amor a los sabrosos racimos de los viñedos costeros, son otros tantos motivos que el poeta envuelve en su ternura enfermiza. Y por sobre ellos, los caminos. Los caminos de la cordillera de la costa, torcidos y

rojos, pero que tienen un alma, alma de guía, porque nunca extravían al viajero aunque suban a las cumbres peinadas por el viento o bajen a la hosquedad de las rinconadas. Estos caminos penetran en su espíritu con trágica perspectiva.

Prodigioso es el diálogo que se entabla entre ellos:

 Mi viejo camino, un poco
 quiero conversar contigo
 y ante las sombras que evoco,
 hablarte como a un amigo.

 Hace tanto tiempo, tanto,
 que conozco tus orillas;
 en tus yerbas amarillas
 cayó alguna vez mi llanto.

 Hace tanto tiempo, tanto,
 que conozco tus orillas!
 Hace tanto tiempo que,
 camino, no te veía,
 acaso sea alegría
 esto que siento, no sé.
 Acaso sea alegría
 lo que hay en mi corazón!

 ¡Nunca tuvo para mí
 ningún camino tu encanto!
 Tras de andar y andar me pierdo
 mirando tus lontananzas,
 y un perfume de añoranzas
 surge de cada recuerdo.

 Miro tus huellas y leo
 en ellas una leyenda:
 los poemas de la senda
 que no adivina el deseo.

 Y mañana, cuando ya
 esté yo lejos, mañana
 cuando suene la campana
 de mi aldea ¿quién sabrá,
 camino, que aquí mis huellas

quedan también, quién sabrá?
 ¿Alguien me recordará?
 ¿Me habrán visto las estrellas?

Panteísmo elegíaco, mezcla de realidad y subjetivismo que recuerda vagamente el espíritu de las leyendas de Bécquer; nota nueva y única, que no se repite en América.

Muchos aspectos de la múltiple personalidad de Magallanes Moure caben en esta modalidad. Más objetivo que González. No era, desde luego, hombre de campo. Tenía el don de encontrarle el alma a las cosas y precisar en palabras multicolores sus aspectos ante la luz. Fué un pintor de no vulgares condiciones.

Cielos y aguas lo atrajeron. Las empapa de su nostalgia. Es el primero que revela la poesía de los puertos, la añoranza de los viajes, el dolor de los viejos barcos fondeados en las bahías. Es un nuevo aspecto en la interpretación del mar que despierta tardíamente en la poesía chilena. Ya no es la vasta soledad marina, los cambios de la atmósfera. Es el buque, representación del hombre y con algo de sus cualidades y defectos. En Chile no hay antecesores náuticos ni en la prosa ni en la poesía, a pesar del prodigio de sus costas.

Diez años más tarde, este sentido náutico debía renovarse con un gran poeta del mar, Echeverría y Larrazábal, y continuar con Oscar Lanús, Salvador Reyes, Pedro Barberis y Carlos Casassus.

Leeremos su *Barco Viejo*.

Allá en aquel paraje solitario del puerto
 se mece el viejo barco al compás de las ondas,
 que tejen y destejen sus armiñadas blondas
 en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
 de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
 de los peces, clavando sus pupilas redondas
 en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van a Europa, y que era todo un barco de la proa a la popa, ahora que está inválido y hecho un sucio pontón, sus amarras sacude, y rechina, y se queja cuando ve que otro barco mar adentro se aleja, mecido por las olas en blanda oscilación.

Esa ingenuidad alegiaca de Jorge González, nota nueva en la poesía chilena, flor aristocrática y plebeya al mismo tiempo, no la encontramos en Magallanes Moure. Hay en él un sedimento melancólico que no llega a la elegía. Una saudade muy personal de origen racial (Su primer apellido es portugués y el segundo árabe: Moure.) Y de la región en que le tocó nacer, el norte, cuajado de leyendas y de religiosidad, a pesar de la maravilla de sus jardines y de la velatura de sus cielos quemados.

De la más absoluta objetividad (una tabla de colores frente a la naturaleza) va, poco a poco, reconcentrándose en su interior, destilando un humor nostálgico que, en sus últimas composiciones, lo acerca a la renunciación total. Hace de la vida una metafísica en imágenes. Si Magallanes no muere, tengo la certeza de que se habría convertido al catolicismo.

Fenómeno en que coinciden casi todos los poetas del norte, vaga e inconsciente huella dejada por su pasado religioso y por el ceremonial pintoresco de sus veinte iglesias, en dos siglos. Mondaca, Gabriela Mistral (ya convertida), Munizaga y otros.

El propio Winter, salido de sus minas de Tamaya, a los veinte años, lleva en su sangre esta inquietud mística, que lo convierte a los setenta años en una especie de ermitaño medioeval, en una lejana playa del sur. Curioso fenómeno que estudiaremos alguna vez con más detención.

En la modalidad que lo acerca a Jorge González, es típica la composición titulada *Aquella Tarde* de la cual váis a conocer un fragmento:

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana,
 sólo un azul reflejo; nada más que un vapor
 de luz que se filtraba por las breves junturas;
 sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión
 de claridad, fluyendo por entre los postigos.
 Nada más que el ensueño de aquel suave fulgor.
 Sólo esa fugitiva vislumbre en la ventana.
 No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

Carlos Acuña representa un aspecto curioso en la interpretación del campo chileno. En él no hay tampoco nada de elegíaco. Ante todo un bucólico criollo. No es precisamente de las tierras pobres, de las hondonadas estériles, de las pequeñas vegas decoradas de totoras. Vivió en la misma costa, donde el campesino es pescador y tiene, por consiguiente, una mayor holgura.

Idílicamente ha cantado los arreos de los huasos costinos, de puntiagudo bonete. Ha cantado sus repujadas espuelas de plata, guardadas en antiguos arcones y los ponchos multicolores, tejidos en viejos telares indígenas, por las manos de las mozas. Su campo es eglógico, sin luchas. Sus huasos son bonachones y dicharacheros. Un refrán de cueca, un ramo de albahacas, el canto del pidén, la espuela del jinete o el ulpo de sabrosa energía, forman el corazón de sus cantares rústicos que él ha bautizado con el nombre de *baladas criollas*.

¿De dónde vienen los guainas
 asina, en tanta calor?
 Si parece que a la tierra
 le saca chispas el sol.
 Tome asiento, patroncita,
 y usté en el piso, patrón;
 el rancho es chico, qué hacele,
 pero grande el corazón...
 Dios la guarde, mi patrona,
 quien dijera si hacen hoy
 cuando más algunos quince

den que la niña nació...
Lindo mozo, lindo mozo
que no lo vaya a ojear yo;
una varillita de álamo,
y en un palmo me pasó;
potrillo de buena raza,
valga la comparación.
¿Con qué les hago cariño?
Corran, niñas; vayan dos
a ver si queda en la huerta
algún clavel en botón,
un ramito de alelíos,
alguna malva de olor
o un brote en la congona
que cuelga del corredor.
Si supieran lo contento,
mis patroncitos, que estoy.
El tiene toda la pinta
de mi finado señor,
y ella, su primita linda,
parece una bendición.
Corre, mujer... agua fresca...
no dilates... si es mejor
del cantarito de greda,
porque le da más frescor.
La harina es recién hechita
y el coín bien se tostó.
Sí, ahora no más, la piedra
en el chuncún la molió.
¿Le ha gustado a mi patrona?
No la recele, por Dios...,
harinita del barbecho
que esta misma mano aró...
Dios los bendiga a los ricos
cuando orgullosos no son.
¡Qué gozo me da el mirarlos!
¡Ay, si se comen los dos...!
Agüita verde los ojos
de la patroncita son,
y los de mi amito hermoso
renegros como el carbón.

—Sabroso el ulpo, muy rico,
me dijeron al adiós;

¡qué no ha de ser cosa buena,
 si lo comen entre dos!
 Y en la harinita tostada
 la miel la puso el amor.

El campo de Pezoa Velis, el campo del centro de Chile, no tiene un aspecto tan idílico. Hay en él una gota amarga, un contenido grito de rebelión. Es una interpretación psicológica del campo. La tierra, que el esfuerzo de muchas generaciones esclavizadas hizo prosperar, piensa primitivamente, se queja de su pobreza y de su abandono. A través del poeta, brota un canto social, enraizado en la raza misma. Con ligera estilización, es el peón borracho que llora frente a un vaso de chicha su desgracia, cuenta de la hija seducida y arrastrada al vicio, del rancho de paja y barro, por cuyas junturas entran los vendavales. Dice de una raza que trabajó toda la vida en una tierra que nunca ha sido de él y prefiere el vagabundaje a la esclavitud.

Veamos:

Y en la noche Pancho se echa
 sobre el colchón de maíz.
 El viejo habla de otra fecha...
 Tomás lo sigue, repecha
 otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
 bondadosos y en que hay bien,
 vacas encantadas, bueyes
 de oro, pastores y greyes
 con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas
 ni hombres que ultrajados son;
 y en que hacen mil alharacas,
 chicos, trigales y vacas
 en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
 y siervo de sí mismo es,

y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

Y pasa un día, otro día,
una semana y un mes;
pasa un tiempo de alegría,
otro de melancolía
y otra alegría después.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buey;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grey.

La tierra es siempre robusta;
el amo es siempre señor
bajo la herencia vetusta:
siempre el peón bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pero al lado del ideólogo, hay también un enamorado del paisaje chileno, de los valles fértiles, de las alamedas rumoreantes, de los esteros olientes a yerba buena, de los pájaros, de las trillas primitivas y de las costumbres del viejo campo del valle central.

Con livianos toques de acuarela pinta Pezoa una siesta en las faldas de la cordillera en su poema histórico *Una astucia de Manuel Rodríguez*.

(Era la hora de la siesta, cuando viene la huraña sensación del bochorno, y en la tarde encendida, sobre el campo salvaje, sobre la hosca montaña, con inmensos letargos explosiona la vida).

Fray Alfonso no oía bajo el agrio bochorno...
La quietud campesina deslizábase en torno
de su ensueño. La siesta le traía un letargo
cansador; la morriña le sumía en el largo
descansar de la vida; la quietud del bosque,
la piedad del riachuelo que empezaba un visaje,
la tristeza lejana de las cumbres, el ronco
rumoreo del río, la gramínea brava,
la silueta inmutable del hierático tronco
que en mitad del desmonte sabiamente pensaba...,

Todo ansiaba reposo. Fray Alfonso veía
panoramas en sueños.

La morriña del néctar convidaba al descanso.
Fray Alfonso bajóse. Cerca había un remanso
de apacible frescura;
la morriña del néctar, no sé qué de ternura
impregnaba en las cosas de los campos agrestes,
se adhería a las plantas, empapaba el ramaje,
los parleros arroyos, los espacios celestes
y el solemne mutismo del tranquilo paisaje.

Esta amargura que proviene de Pezoa, el pintor
del campo esclavizado, se propaga en nuestra poesía
y forma escuela. Un sinnúmero de poetas van a bus-
car en los campos motivos humanos o inanimados,
para sacar de ellos consecuencias de carácter social.
Todos se ponen de parte del pueblo y claman por una
vida mejor para el inquilino, aplastado por la miseria
sin remisión. El feudo inquilinaje, lo llama uno de ellos.

Los bueyes mansos, uncidos al yugo, preparando
una tierra en la cual viven, pero que no aprovechan;
la carreta de los campos, dando botes por los caminos;
en el pértigo la hierática figura del carretero, la indi-
ferencia de la tierra ante su miseria, la crueldad del
patrón descendiente de los encomenderos que cruza
a caballo los campos explotados; la Florinda o la Tato,
arrebatadas a sus novios por la codicia sexual del
patroncito nuevo; la decoración de amaneceres y

puestas de sol, de primaveras y de estíos, llena los versos de Víctor Domingo Silva, Ignacio Verdugo y el propio Magallanes Moure.

La novela naturista influye en ellos. También la novela rusa, Tolstoy y Gorki, sobre todo. Es la época de las colonias tolstoianas, de las redenciones.

Por influjo del mismo Pezoa, que estuvo algunos meses en el norte en 1900, empieza a derivar lentamente hacia la pampa salitrera la poesía redentora. Pezoa es el precursor, Víctor Domingo quien ha dado la nota histórica en algunas partes de su poema *El Derrotero*. Se ha descubierto un nuevo venero poético. Un nuevo aspecto de Chile, desgraciadamente sin continuadores.

Ante una decoración exótica, el desierto, reverberante de sol, el horizonte tembloroso de espejismos, el cristal caliente del aire, partido a cada segundo por los tiros de dinamita que rompen la costra del caliche, la raza chilena encuentra un nuevo medio de expansión. Abandona los campos, donde se le explota, para ser otra vez explotada en pleno desierto del norte. Puede verse que es el mismo problema con un simple cambio de bastidores. Pezoa lo vió perfectamente, pero el poema de la pampa que pensaba escribir no logró su realización.

Veamos este esbozo fugaz, entresacado de *El Derrotero* de V. D. Silva:

Bajo el sol de la pampa, en el bochorno
que la tierra y el aire contamina,
ya el trabajo comenzó. Se alzan en torno,
como si vivaquearan la oficina,
áridos edificios de ancho muro
y techo horizontal de calamina.
Era temprano aun, estaba oscuro
el cielo y pestañeaban las estrellas
cuando, en grupos o a solas, los obreros
fueron dejando sus dispersas huellas
por sobre aquella tierra sin senderos.

En Ignacio Verdugo, poeta del sur, se unen sin destruirse la tendencia idílica de Carlos Acuña, el clamor redentorista de Pezoa y algo de esa angustia elegíaca de Jorge González.

Eso sí, en sus tonadas estilizadas, a pesar de ser *tonada* una calificación más criolla que *balada*, hay más de la interpretación personal del autor que de la psicología campesina. En el segundo aspecto, en lugar del inquilino esclavo ha tomado al mapuche perseguido, primera faz del inquilinaje de nuestros campos, a medida que se va civilizando o mezclando con la raza que le ha arrebatado la tierra. El indio acorralado por la civilización y el cuadro de selvas donde se mueve, han tenido en Verdugo un intérprete de rica paleta colorista. Ruidos y colores, sopor de barrancos o vuelo de cisnes, cristal de lagunas o llanto de corriente, llamear de copihues o penachos de laureles, desfilan en su poema *La Voz de la Selva*, del cual voy a leer un fragmento:

Mientras llora una estrella que se mueve
sobre la cordillera que dormita
arrebujada en su chamal de nieve,
en el rincón más triste de la ruca,
sola y recién nacida, una indiecita,
como un águila nueva se acurruca.

Al asomar la vida en sus pupilas,
el alma maternal desplegó el ala
para ser sangre en flor entre las quilas
o lágrima en el agua que resbala.

Por eso es su dolor y su mutismo
y por eso sus sienas son tan blancas,
como una flor que muere en un abismo
o un copihue que nace en las barrancas.

A pleno sol, con la intemperie en guerra,
llena de agilidad y de donaire,
creció la virgen india de la sierra,
como una flor besada por el aire.

Para ella, en el bosque ensombrecido,
se abría cada triste madre selva,
como si fuera el último latido
del corazón sin sangre de la selva.

Y bajo los fulgores de las lunas,
eran también para sus ansias locas
los nidos, que al copiarse en las lagunas,
colgaban de los flancos de las rocas,
como si fueran delicadas cunas.

Para ella, las águilas inmensas
y para ella, desplegando el broche,
sangraban los copihues en sus trenzas
como un sol por encima de una noche.

Ahora una muestra de su estilo elegíaco:

Hay un sendero en la montaña
que tiene cien años de olvido:
bajo la red de la maraña
el caminito se ha dormido.

Su soledad es tan amable
que sólo cruza por su anchura,
como un dolor inacabable,
un tenue hilillo de agua pura.

En una época olvidada
yo no sé quién lo atravesó;
pero se ve que una pisada
con su constancia lo formó.

Como el terreno era tan blando,
quien profanó el verde tapiz
su huella en él fué señalado
lo mismo que una cicatriz.

Cicatriz cruel que va a lo largo
de la callada senda aquella.
¡Yo sé que nunca el tiempo amargo
podrá borrar la vieja huella!

Le oí decir muchas veces a don Emilio Vaisse la frase siguiente: *El trópico comienza de Aconcagua al norte*. Hay exageración en estas palabras, aunque la riqueza y la exuberancia del valle de Aconcagua recuerde las regiones tropicales, pero limitado el concepto a la provincia de Coquimbo, tiene evidente realidad. Veamos si no.

Chirimoyos y papayos, tostados por un sol amarillo que espesa los jugos de miel en el estuche de las papayas y envuelve en una nieve dulce las negras semillas de las chirimoyas, asoman sus ramas por encima de las tapias torcidas de los huertos. Los floripondios de caídos cálices perfuman el aire de la vieja ciudad colonial en las primaveras, y en los jardines estalla el prodigio de las flores: los agrios cardenales, la maravilla multicolor de los claveles, el voluptuoso aroma de los jazmines del cabo que parecen haber diluído en sus ondas odoríferas la luz de la luna. En otros tiempos, las fantásticas procesiones a la luz del alba, el santísimo que avanza en las noches, precedido de un farol de luz mortecina o el campanario de sus veinte iglesias, recuerdan alguna vieja ciudad de Castilla o, según algunos viajeros del trópico, a la antigua ciudad de Popayán, en la sabana de Colombia.

Julio Munizaga es, quizá, el único que ha pintado el estallido de la primavera en los jardines serenen-ses. Tiene un colorido maravilloso y variado. Oíd su *Primavera en el Jardín*:

Rumor eglógico y sonoro.
Olor de menta y de jazmín.
Fiesta de sol. Risas de oro.
¡La primavera en el jardín!

Pone una cruda luz temblante
matices raros en las flores,
y el paisaje es extravagante
con sus orgías de colores.

Es un paisaje de acuarela
de una coloración audaz,
dormido tras de la cancela
y lleno de sol y paz.

Caen borrachos de fragancias
los insectos desvanecidos,
o van en líricas errancias
por los parterres florecidos.

Y en tropeles abigarrados,
pintarrajeadas mariposas
semejan pétalos alados
sobre el incendio de las rosas.

Y un escarabajo se pierde,
con su negro caparazón,
por entre la maleza verde
que crece junto al murallón.

Y de las húmedas rendijas
sale a vagar un caracol,
y cruzan grises lagartijas
por las tapias llenas de sol.

Filtrándose por el ramaje,
sobre el césped que al suelo alfombra,
dibuja el sol como un encaje
tembloroso de luz y sombra.

Cantan los pájaros. Rumores
que se elevan por el confín.
Fragancias. Besos. Risas. Flores.
¡La primavera en el jardín!

La poesía marítima, nacida en Inglaterra, coloreada de mares desconocidos y con un lejano fondo de blancos veleros y piratas audaces, pasó a Francia y se desarrolló con Rimbaud y Tristán Corbière. A través de estos se propagó en América. Chile, como es lógico, ha tenido el mayor número de exponentes. Dublé y Lillo vieron el mar en la formación de nuestra lírica;

Magallanes personificó los barcos y manchó marinas costeras; Pezoa puso, en un fondo de puerto en trabajo, su profundo y rencoroso espíritu humanitarista.

Raimundo Echeverría y Oscar Lanús han dado la nota sincera y auténtica del mar. Interpretan el mar libre, en la gracia de las navegaciones y en la policromía de puertos distantes y variados. Víctor Barberis, las olvidadas caletas de pescadores; Salvador Reyes y Carlos Casassus, la estilización modernista, Alejandro Reyes la poesía en sus motivos de puerto y costas. Los puertos y los piratas, más que asuntos pictóricos, exteriorizan espíritus encaminados por la vida de las ciudades, que buscan líricamente la libertad de los mares y de los viajes.

Raimundo Echeverría y Larrazábal, vasco de pura raza y descendiente de marinos, nunca navegó; y sin embargo, en sus versos de mar, los mejores, hay un sentido náutico que nadie tiene en Chile, salvo Oscar Lanús que, en cambio, ha navegado mucho. El enigma es muy fácil de aclarar. Su padre, Capitán de la casa Serdio, dueña de cien veleros desde el 76 al 86 en el litoral del Pacífico, conservó la tradición de sus viajes. En su casa de San Javier de Loncomilla, tan magistralmente descrita en la poesía *Leyendas del Mar*, conservaba un sextante y la tabla de logaritmos. Yo lo ví, en cierta ocasión, quitarles amorosamente el polvo y desplegar los instrumentos de bronce que marcaron rutas oceánicas, ante nuestros ojos admirados. La pequeña pieza tomaba la forma de una cámara y sin mucho esfuerzo sentíamos sobre nuestra cabeza el gualdrapazo de las velas y los tumbos del mar en los costados del casco. Muchas veces navegamos así por el Mar Caribe con un cargamento de pino oloroso o por el Cabo de Hornos con la bodega atiborrada de trigo de la cordillera de la costa. Esa fué su experiencia de mar. La muerte lo arrebató

cuando empezaba a formarse. En su poesía *Gracias* agradece románticamente a su padre esta herencia de ensueño y de aventura.

Gracias, padre, por este corazón romántico,
tú me lo llenaste de puertos fantásticos,
de cruces, de mástiles,
y de velas ágiles.

¡Gracias, padre, por este corazón romántico!
Tú me lo llenaste de bellas leyendas:
marineros perdidos
que un día volvían al puerto juntos con el sol;
tú me lo llenaste de tristes leyendas:
mujeres lejanas, de ojos enlutados,
que esperan las trémulas velas
que un día se fueron del puerto juntas con el sol.

Tú me lo llenaste
de todas las bellas y tristes y heroicas leyendas del mar.
Por eso está mi vida
llena de barcos
como los viejos puertos en el ocaso.
¡Gracias, padre, por este corazón romántico!

Oid sus *Leyendas del Mar*:

Capitán,
padre mío,
capitán de navío,
¿dónde están
las ciudades azules
y los puertos sombríos,
y las lindas mujeres
que murieron de hastío,
esperando tu vuelta?

Capitán,
padre mío,
¿dónde están
los ocasos violentos,
las velas que cantaban
en las manos del viento

y el negro de Manila
que te quiso matar;
las leyendas de Cuba,
las leyendas del mar?

Capitán,
padre mío,
¿dónde están..., dónde están?
Ahora eres un barco
encallado en los pueblos;
te aburres como todas
las naves en los puertos.
Quisieras ver tu vela
enganchada en el viento...,
¡navegar, navegar!
Y veinte marineros,
como veinte recuerdos,
encienden con sus pipas
los horizontes negros.

Capitán,
padre mío,
capitán de navío,
¿dónde están
las ciudades azules
y los puertos sombríos?

Capitán,
padre mío,
¿dónde están... dónde están?

(Continuará.)

DON DIEGO BARROS ARANA ⁽¹⁾

II

DURANTE estos diez años de laborar en el principal establecimiento de la capital, Barros Arana no dejó de preocuparse de otras actividades intelectuales, en los momentos que le dejaban libres las obligaciones escolares. En 1863, lo vemos tomar parte activa en la fundación de un diario de carácter liberal, cuya dirección tuvieron los hermanos Amunátegui, y que servía a la oposición liberal-conservadora. Barros Arana colaboró allí hasta el momento en que este periódico, llamado *El Independiente*, arrojó su careta y pasó a servir únicamente los intereses conservadores. No debemos olvidar que fué este órgano de publicidad uno de los que más atacó la labor de don Diego cuando era Rector del Instituto. Barros Arana fué tres veces al parlamento: en 1867, en 1870 y en 1888; pero no manifestó nunca las dotes políticas que pudieran haberse esperado de una persona de la cultura de él. Hombre franco, sincero, leal a sus ideas, de una sola pieza, no podía estar bien dentro de las triquiñuelas de la política.

Al poco tiempo de haberse hecho cargo del Rectorado del Instituto, y cuando la nación se iba a encontrar pronto en un serio conflicto con España, publicó uno de sus más interesantes y acabados estudios del período de los descubrimientos: me refiero a la *Vida de Hernando de Magallanes*. Según Mitre,

era lo mejor que se había escrito sobre este célebre viajero y lo mejor que había escrito Barros Arana sobre historia y geografía, por la armonía del conjunto, el severo gusto literario que ha presidido su composición, y la exactitud de las noticias históricas y geográficas que contiene, bebidas en fuentes puras y en documentos poco conocidos o inéditos. Es, en fin, un libro que se puede leer por placer por vía de sólida instrucción.

(1) Véase el número 68 de *Atenea*.

La opinión del historiador argentino refleja fielmente el valor y la importancia de este escrito de Barros Arana. Hasta 1864 no existía un estudio serio y completo de Magallanes; la obra del historiador chileno vino a suplir este abandono en que se había dejado al descubridor lusitano, y es su valor histórico tan importante, que en 1881 la Real Academia de Ciencias de Lisboa la hizo traducir y editar en portugués. El encuentro de nuevos documentos ha modificado sólo parcialmente algunos pequeños detalles de la obra, pero subsiste como un libro de primer orden sobre esta materia. Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, en 1920, don José Toribio Medina ha publicado un erudito trabajo sobre Magallanes y su vida, como sabe hacerlo este investigador.

ACTIVIDADES DESPUES DE LA SALIDA DEL INSTITUTO

Desde su retiro del Instituto en 1873, Barros Arana se entregó de lleno a sus estudios favoritos, dedicando todos sus momentos, ya a la redacción de una revista, a la crítica de algún libro nuevo, ya a sus labores de historiador concienzudo y honrado. Su gabinete de trabajo donde su primitiva biblioteca ha alcanzado a la enorme suma de diez mil volúmenes, es el rincón predilecto del erudito. Rodeado de cuanto aparato puede poseer un hombre de ciencia (barómetros, telescopios, microscopios, etc.), trabaja en su escritorio desde temprano en medio de la tranquilidad y el silencio de su casa y sólo sale al medio día para dictar sus clases en el Instituto, a las cuales conserva especial cariño. En su escritorio acostumbra a escribir en una mesa sencilla, costumbre que conservó hasta sus últimos años, época en que por su edad, escribía sentado sobre una poltrona, extendiendo el papel sobre las rodillas, rodeado de libros de consulta que formaban montones en completo desorden. Llegaba al Instituto siempre con anticipación, para charlar con sus colegas que tan pronto lo veían aparecer en la sala de profesores o en los patios, lo rodeaban con cariño y admiración. Era un charlador ameno, de fácil palabra, y como poseía profundos conocimientos en las más variadas materias, que lo colocaban en una situación especial de prestigio, era sumamente interesante para cuantos lo trataban poder cultivar amistad con él. Nunca faltaban sus amigos predilectos: Philippi, Amunátegui, Vicuña Mackenna, o sus discípulos favoritos: Letelier, Manuel Barros Borgoño, Bulnes, Juan Diego Tagle, Ignacio Carrera Pinto y otros.

Su sed de saber era insaciable y su espíritu estaba en tal forma metodizado que durante sus horas de trabajo nada lo distraía. Se había acostumbrado a escribir diariamente y esa costumbre había llegado a ser un hábito que no lo abandonó sino en las postrimerías de su vida. El caso de la *Historia General de Chile* es típico: escribió por lo menos una hoja diaria de esta obra durante veinte años ininterrumpidos. Sin embargo este fué el único hábito que no abandonó. Estaba tan inmateralizado que podía dejar fácilmente cualquier pequeño vicio o costumbre. Siéndole recomendado por su médico, su sobrino don Manuel Barros Borgoño, que abandonara el cigarro, lo dejó sin la menor dificultad después de haber sido toda la vida un entusiasta por el tabaco.

Sin embargo sus enemigos fueron hasta su voluntario retiro a interrumpir la tranquilidad de su ostracismo político. En 1874 varias veces en la Cámara el nombre de Barros Arana fué traído a las discusiones con el consabido propósito de atacar al reformador liberal. El señor don José Clemente Fabres, abogado y profesor, vino haciendo una serie de cargos a la persona de don Diego entre los cuales el más grave se refería al negocio que le reportaba al autor del *Proceso de Pedro de Valdivia* la venta de sus textos de enseñanza. Barros Arana tuvo entonces que salir a defenderse.

Aunque debiera dejar pasar desapercibidos todos los cargos que el señor Fabres ha pretendido formular contra mí, hay uno que necesita una contestación. En la última sesión de la Cámara de Diputados el señor Fabres ha dicho que con los textos que he escrito para la enseñanza, he logrado formarme una renta superior a la de un Ministro de Estado, esto es, mayor de \$ 7,500. En realidad, y por más que el señor Fabres pretenda otra cosa, no creo que esta aseveración importe un reproche, porque a nadie puede acusarse de recoger el provecho pecuniario de su trabajo. El señor Fabres que tiene tanta ciencia teológica, debe saber que no es pecado vender los libros que uno escribe...

Pero el señor Fabres sufre un engaño respecto a mí. Ni los textos de enseñanza, ni todos los libros que he escrito me han producido un solo centavo de utilidad. Por el contrario me han obligado a gastos muy considerables en compra de libros, en copias de manuscritos y muchas veces en costo de impresión.

Después de esta polémica, publica Barros Arana durante este período de su salida del Instituto dos importantes obras histórica-biográficas: el *Elogio a don Miguel Luis Amunátegui*, que debía completar más tarde con motivo de la muerte de este hombre público, y la *Biografía de don Claudio Gay*.

Al acercarse la elección de Presidente de la República las miradas de un gran número de los hombres liberales de nuestro

país se fijaron en 1875 en la persona de don Miguel Luis Amunátegui. Por la claridad de su inteligencia, por la extensión de sus estudios, por la perfecta honorabilidad de toda su vida, Amunátegui era para un círculo numeroso de la familia chilena el magistrado supremo que reclamaba la situación política. Barros Arana en esta oportunidad aportó su contingente intelectual en favor de esta candidatura, escribiendo un sencillo, pero severo cuadro de la vida del autor de *Los precursores de la Independencia de Chile*.

En 1875, por encargo del consejo de la Universidad, escribió un estudio crítico de la obra de Gay, que es al mismo tiempo una descripción magistral del desenvolvimiento de los estudios de zoología, botánica y de la historia en el período de su iniciación y formación de nuestro país. Este trabajo lo publicó don Diego en la *Revista Chilena*, revista de carácter literario, artístico y científico, fundada por él y su amigo Amunátegui, y que vivió por espacio de cinco años, ejerciendo una gran influencia en el desarrollo de la cultura del país.

BARROS ARANA DIPLOMÁTICO

En las postrimerías del gobierno de Errázuriz vuelve Barros Arana a actuar en la política, pero ahora lo vemos desempeñándose como diplomático. ¿Cuál fué el papel que correspondió a nuestro hombre? ¿Fué feliz en su misión de diplomático? Si en realidad su actuación no fué brillante, tampoco podríamos afirmar que constituyó un fracaso como lo han aseverado algunos escritores. A fines del siglo pasado la cuestión de límites con Bolivia y con la Argentina preocupó gravemente a la Cancillería chilena con problemas cuyo origen venía desde el tiempo de nuestra emancipación. En 1876 se colocaron en el tapete de la discusión los derechos de Chile sobre el Estrecho de Magallanes, la Patagonia y Tierra del Fuego, y la cuestión tomó caracteres tan alarmantes que el gobierno chileno decidió enviar un Ministro Plenipotenciario ante la Repúblicas del Plata y el Imperio del Brasil con el objeto de buscar una solución pacífica al conflicto. Nadie mejor que la persona de don Diego Barros Arana para desempeñar este delicada misión. Relacionado desde tiempo atrás con distinguidas familias de la sociedad bonaerense, conocedor profundo de nuestra historia y de los derechos de Chile sobre los terrenos en disputa, hombre de vasta cultura e inteligencia, era, por otra parte, garantía segura de los ideales pacifistas.

que predominaban en las esferas gubernativas para resolver este problema.

Efectivamente, el 27 de Abril de 1876 era nombrado para desempeñar este puesto diplomático; todos sus esfuerzos debían tender a hacer una transacción directa para resolver la cuestión, y en caso de que esto no fuera posible, constituir el arbitraje.

Tocóle a Barros Arana iniciar sus tareas diplomáticas en los momentos de mayor tensión en las relaciones internacionales entre los dos países. La delegación fué recibida en Buenos Aires con las manifestaciones de la mayor alarma y con ataques contra Chile. Se pedía a gritos por las calles el rechazo del representante chileno y parecía inminente un serio conflicto. Don Diego, sin embargo, con su espíritu templado y sereno y sus grandes vinculaciones personales con los hombres de mayor significación en la sociedad de Buenos Aires, inició sus negociaciones con el ardiente deseo de que las relaciones de ambos pueblos continuaran siendo fraternales y pacíficas. Después de numerosas conversaciones con el Presidente de la República Argentina y el Ministro Irigoyen, y de estudiarse numerosas fórmulas, proposiciones y contra proposiciones, se llegó por fin el 18 de Enero de 1878 al tratado por el cual se debería solucionar la cuestión de límites con la República vecina. Sin embargo, este tratado, por el que se proponía como árbitro al rey de los belgas, fué recibido desfavorablemente por el gobierno de Pinto, pero se insistió en la conveniencia de seguir negociando en el sentido de asegurar a Chile la posesión de todo el Estrecho. Finalmente, tanto el tratado de arbitraje como los protocolos fueron declarados inaceptables, y la misión del historiador chileno quedaba terminada, sin que se hubiera avanzado nada hacia el arreglo amistoso de la cuestión. Parece que este fracaso se debió principalmente al desacuerdo que existía entre el diplomático chileno y el Ministro de Relaciones señor Alfonso.

En todo caso sería injusto desconocer los patrióticos esfuerzos desplegados por el escritor chileno durante su misión diplomática, su consagración interna al servicio de ella, la sinceridad arraigada de sus convicciones en favor de un arreglo amistoso.

Terminada su misión, en 1878 se dirigía a Montevideo, pasaba en seguida al Brasil y de allí se embarcaba rumbo a Europa. Residió en Francia por algún tiempo y se entregó de nuevo a los estudios. Se retiraba de la lucha diplomática con molestias personales y desengaño de los hombres políticos y del gobierno.

Parece—le decía Mitre en carta dirigida a París—que Ud. se ha re-

tirado un poco lastimado del combate diplomático en que le tocó tomar parte, y que procura apartar de su mente recuerdos ingratos que pudieran irritar la herida secreta que todavía le duele. Yo le he dicho otras veces que en la batalla de la vida, en que se dan y se reciben golpes, es necesario no dejarse dominar por el sentimiento enervante del desencanto o del indiferentismo sistemático.

Vivió en París entregado a sus investigaciones bibliográficas e históricas. Un grave conflicto en el que se veía envuelta su patria—la guerra del Pacífico—lo hizo pensar que su residencia en la metrópoli francesa estaba próxima a terminar. Efectivamente, a principios del año 1880 ya tenemos a nuestro hombre de vuelta a su tierra y dispuesto otra vez a poner su pluma al servicio de la República. El gobierno de Pinto, viendo la opinión desfavorable y errónea que había en numerosos países sobre el desenvolvimiento de la guerra del Pacífico y la mala impresión que predominaba a causa de la propaganda de los agentes peruanos, decidió hacer publicar el desarrollo de la guerra en forma clara y ordenada y repartir en Europa esta obra para contrarrestar la propaganda enemiga. A don Diego Barros Arana le fué encomendado este trabajo y cumplió acertadamente los deseos del gobierno; a pesar de haber sido esta obra publicada al calor de los acontecimientos, cuando estos se iban produciendo, el trabajo de Barros Arana es de indiscutible mérito como exposición desapasionada de la guerra.

El que lea este libro, no busque en él colorido, emoción, palpitaciones de patriotismo. Conténtese con encontrar verdad inexpugnable, exactitud en los hechos y justicia para apreciar a los adversarios.

La obra de Barros Arana y la *Historia de la Guerra del Pacífico* de don Gonzalo Bulnes, publicada posteriormente y definitiva sobre la materia, son los dos mejores testimonios que existen para conocer con precisión y exactitud las causas y el desarrollo de este lamentable conflicto de tan funestas consecuencias para las relaciones de dos países que indudablemente debieron haber marchado siempre unidos.

En 1881, puesta nuevamente en discusión la cuestión de límites con Argentina tomó parte activa en la confección del tratado de ese mismo año.

Aquí he podido ayudar al presidente Pinto—decía don Diego en carta enviada a Mitre—en esta negociación y buscar adhesiones al arreglo amistoso. Hoy me parece que la cuestión está resuelta y que la solución es satisfactoria y definitiva. Pinto ha mostrado en esta ocasión un carácter sólido y una inteligencia superior para vencer la resistencia que ha hallado en el camino

de la negociación, y que le oponía el patriotismo de algunos hombres de este país.

Se equivocaba Barros Arana al creer que con el tratado de 1881 con Argentina se iba a poner término definitivo a este gravoso conflicto. El fuego prendió con caracteres alarmantes en 1896, y Barros Arana fué nombrado perito por parte de Chile, en cuya comisión reveló profundos conocimientos de la materia.

Sin embargo la política internacional del país no pudo ser más desgraciada, y no obstante los esfuerzos y la entereza de carácter gastados por Barros Arana para defender nuestros derechos en su calidad de perito, en los momentos en que reinaban en las esferas del gobierno la debilidad, la indecisión e inconciencia, se perdió lo que era nuestro por el tratado y la geografía. El país devolvió al perito los aplausos que había negado al diplomático y una aureola de patriotismo circundó su gloriosa frente, ha dicho don Gonzalo Bulnes.

LA OBRA DEFINITIVA DE BARROS ARANA

Para Barros Arana existían dos sistemas o clases de historia: la historia filosófica que permite observar en un cuadro general y concreto la marcha progresiva de la humanidad y apreciar en su conjunto las leyes morales a que está sometido su desenvolvimiento, y el sistema narrativo o sea la exposición clara y documentada de los hechos en forma natural y metódica. El segundo sistema es el que adopta para escribir su obra, pues cree que la llamada historia filosófica es la última transformación del arte histórico y debe ser precedida del estudio documentado y minucioso de los hechos, y como en Chile en la época en que inició su obra la historia de nuestro país estaba todavía muy incompleta, sigue en este sentido la escuela sustentada por don Andrés Bello y contraria a la razonada y filosófica defendida y practicada por Lastarria.

De acuerdo con este sistema se preocupó primeramente de acumular papeles y documentos por bibliotecas y archivos chilenos y extranjeros, y ya a su regreso de su primer viaje de Europa, tenía todos los antecedentes para iniciar su obra. Circunstancias especiales, hemos visto, le impidieron preocuparse de los estudios de su predilección, pues el gobierno lo llevó a ocupar diversos cargos públicos, primero en la instrucción y después en la diplomacia. Sólo en 1881 se entregó decididamente a la confección de la *Historia General de Chile*. Contaba

en aquella época 51 años, edad relativamente avanzada, y sin embargo, sin saber siquiera si las fuerzas lo acompañarían hasta el final, se entregó con entusiasmo a trabajar en la formidable historia.

No se me ocultaba—ha dicho más tarde Barros Arana—que la obra que acometía a una edad avanzada debía imponerme una tarea de muchos años que tal vez no me sería dado llenar. Esto, sin embargo, no me arredró un solo instante. Un ilustre sabio que a entradas de la vejez acometía una obra monumental de ciencia y perseverancia, escribía estas líneas para explicar el fundamento de su determinación: «El que quiere hacer un empleo serio de la vida debe siempre obrar como si tuviera largo tiempo que vivir y arreglarse como si debiera morir próximamente. La primera de estas reflexiones me ha determinado a emprender un trabajo que exigía, cuando yo lo comencé, más años y más salud que las que son de ordinario acordadas.» Yo me repetía estas mismas observaciones cuando en Septiembre de aquel año (1881) escribía las primeras páginas de esta historia, lleno de confianza y resolución de llevarla a término en cuanto de mí dependiera.

Por espacio de treinta años se preocupó de *atesorar por bibliotecas y museos* extranjeros documentos para la elaboración de su bello ideal y por espacio de veinte años se dedicó a la *redacción y confección de la Historia General de Chile*. Durante los años consagrados a esta tarea ha escrito, casi sin dejar pasar un día, las páginas de este vasto arsenal de nuestro pasado. Este trabajo constante ha sido para el historiador el principal pasatiempo y alivio de los pesares y amarguras que trae siempre consigo la lucha por la vida. Fué tal vez este trabajo su único consuelo y alivio espiritual. Por fin en 1902 llegó al término de la obra, y si bien es cierto una gran alegría era para el historiador haber dado cima a su trabajo, una gran tristeza invadió su alma al separarse de su fiel compañero de veinte años, del más noble de sus entretenimientos. En busca de un nuevo amigo espiritual y por el deseo de poder satisfacer sus gustos literarios, se dedicó Barros Arana a la elaboración de una nueva obra que bien puede considerarse como la continuación de la *Historia General de Chile*: es el *Decenio* de Bulnes, su última producción intelectual, con la que el sabio coronó y terminó su gloriosa vida.

El fin fundamental de don Diego al escribir esta *Historia General* fué utilizar todas las obras y documentos que directa o indirectamente se referían a Chile y hacer con ellas una obra general que viniera a satisfacer las necesidades que existían de poseer un trabajo de esta naturaleza. No pretendió hacer una obra definitiva sino un simple cuadro histórico, bien documentado, expuesto con claridad y sencillez, pues comprendía que a un solo hombre no le es dado realizar un trabajo perfecto

y acabado. Dentro del plan que se trazó para la elaboración de su obra adoptó el lenguaje más sencillo y natural, huyendo de todo ropaje literario artificioso.

En toda la obra no he buscado otra cosa—dice Barros Arana al hablar de su historia—que la más absoluta claridad que me era dado alcanzar. En ocasiones he dejado aparte porciones de varias páginas de mis manuscritos para rehacerlas y darles una nueva redacción que me parecía más clara y comprensiva.

Dentro de estas modestas pretensiones, comprendía que su obra a través del tiempo podía ser modificada con el descubrimiento de nuevos documentos e investigaciones, como lo son todas las obras de este carácter, que están expuestas a rehacerse continuamente. Sin embargo, para el tiempo de su publicación creía haber producido una obra de gran mérito y duración. Si más tarde apareciera una nueva obra más completa que viniera a reemplazarla, por lo menos la *Historia General* tendría que ser consultada como punto de partida para la futura investigación y como fuente abundante de noticias de primera mano.

Hasta ahora los presentimientos del autor no se han realizado. Ni ha aparecido la obra que venga a reemplazarla, ni ha sido desmentida o criticada en forma tal que venga a impedir su consulta. Es un monumento tan sólidamente construido que existirá eternamente para bien y honra de Chile y América. La *Historia General de Chile* es la narración completa de todos los sucesos de carácter civil o militar desde los orígenes hasta 1833, o sea el año de la consolidación política de nuestras instituciones. Abarca, pues, el período Indígena, el Descubrimiento, la Conquista, la Colonia, la Independencia y la vida Republicana hasta la promulgación de la Constitución conservadora. Es una verdadera enciclopedia que comprende los sucesos políticos, militares, industriales, literarios y económicos. No se concreta Barros Arana, como lo asegura en su prólogo, a narrar los hechos, a acumular datos en forma coordinada. Después de narrar los hechos que sirven de fundamento a la historia, el escritor acostumbra dar un vistazo general a la época estudiada en que sintetiza los puntos salientes que merecen llamar más la atención, formando cuadros de gran colorido e interés.

Barros Arana poseyó como ningún otro historiador un conjunto de cualidades que lo colocan a la cabeza de los historiadores americanos. Ni Mitre, ni Sarmiento, ni Restrepo, ni Vicuña Mackenna ni Amunátegui, han poseído la instrucción sólida y la erudición que caracterizó a la obra de don Diego

Barros. Dedicado desde joven a los estudios históricos consagró su vida entera a la confección de su obra. Su austera imparcialidad, su asombrosa memoria, su fino discernimiento, su libertad de juicio y su prestigio como hombre de ciencia, son reconocidos hasta por sus enemigos. Este conjunto de cualidades morales e intelectuales hicieron de él un excelente historiador, con lo que, además de haber poseído las fuentes más completas, se comprende que haya producido la más sólida y perfecta historia de Chile.

Según ha dicho un historiador, esta obra monumental, concebida bajo un plan tan sencillo, será el fundamento inamovible de la historia futura. El que quiera profundizar cualquier período de nuestra historia o deducir de ella la filosofía que encierra, tiene acopiados allí los elementos de esos estudios, con una base de investigación y de verdad que resistirá a la acción del tiempo. Nunca se dice la última palabra en historia ni considerada como arte ni como filosofía, ni como investigación ni como nada; pero los materiales coordinados en esta grande obra forman la armazón monumental de un edificio que tiene la solidez del bronce.

Como claramente lo ha dicho el autor de la *Historia General*, sólo ha intentado escribir una *historia narrativa*, sin pretensiones filosóficas ni críticas; indudablemente pudo haberla hecho después de reconstruir nuestro pasado hasta con lujo de detalles. El mejor que nadie estaba en condiciones de hacerlo, pero al parecer tampoco sentía gran inclinación por este género de historia. ¡Cuán interesante habría sido que Barros Arana hubiera juzgado los hechos del pasado no solamente con el criterio de los hombres de la Conquista y de la Colonia sino también con el criterio del hombre razonador y crítico del siglo XIX!

Cree Barros Arana que el sistema filosófico y crítico se dirige a una minoría, y en cambio el sistema narrativo llega hasta el mayor número de lectores. Quizá en esta apreciación haya algo de exagerado. Desde luego, la *Historia General* por su misma extensión es y ha sido inaccesible para ese gran número a quien quien creía dirigir su obra el maestro. ¿No estamos viendo que sólo un reducido número de estudiosos puede lanzarse a la lectura de este monumento? Estamos en el siglo de la síntesis; los hombres, por sus múltiples ocupaciones, desean hoy más que nunca conclusiones y generalizaciones. De todas las obras que tratan de la personalidad del gran corso, creo que pocas han sido leídas con más entusiasmo y por mayor cantidad de lectores que el *Napoleón* de Emil Ludwig. La historia del judío

alemán en un solo volumen ha reemplazado con exceso los extensos trabajos escritos durante el siglo XIX sobre el gran Emperador. Es indudable, también, que este éxito obtenido por Ludwig se debe principalmente al nuevo estilo dramatizado de la historia empleado en el último tiempo por algunos escritores. Entonces hacia allá debemos marchar, toda vez que han sido agotados nuestros archivos; hacia la confección de obras que lleguen al gran público y que den a conocer a la mayoría de los chilenos la historia y el desenvolvimiento de nuestra cultura nacional.

Para Barros Arana, además, la historia no sólo debe dar a conocer los hechos pasados sino que debe deducir de ellos las lecciones que interesen a la humanidad. Debe, en una palabra, educar a la humanidad, dar lecciones de moral y de patriotismo. Cualquier persona que haya leído la historia con cierto detenimiento podrá haber observado que son tantos los casos en que se atropella a la moral y se pisotean las leyes que a nuestro juicio la historia no siempre puede considerarse como profesora de moral y de patriotismo. El estrecho concepto nacionalista de la historia, por otra parte, no podrá servir nunca para educar a los pueblos. Mientras exista este concepto estrecho del papel que le cabe desempeñar a la historia, es imposible que la educación vaya a obtener algo en favor de uno de los más grandes ideales: la paz, por ejemplo. Para establecer la paz en el mundo es fundamental sustituir en la educación de la historia de los pueblos el estrecho nacionalismo por una enseñanza más amplia, más internacional, que venga a unir a las naciones en una verdadera confraternidad.

Uno de los méritos indisputables de la obra de Barros Arana es habernos revelado la verdadera personalidad de O'Higgins y San Martín. Hasta la época de la publicación de su obra la tendencia carrerina había aplastado por una serie de prejuicios a la figura de O'Higgins. La rehabilitación de estas dos personalidades ha sido proseguida por Vicuña Mackenna, Mitre y Bulnes. La parte más completa es sin lugar a dudas el período de la independencia. Las nuevas investigaciones de algunos historiadores chilenos han venido a mostrar la debilidad de aquellos capítulos dedicados a la colonia. Se comprende también que los capítulos referentes a la conquista y la independencia pueden completarse si se toma en cuenta que Barros Arana no pudo utilizar la documentación española del siglo XIX. Es indudable también que los párrafos referentes a los orígenes de los pueblos americanos sean susceptibles de transformación, ya que nuestro historiador se valió de fuentes anti-

quísimas y el estudio de la prehistoria americana ha progresado en forma tal que esta ciencia queda como una de las que han sufrido mayores transformaciones.

Puede considerarse que la *Historia General de Chile*, aparte algunas otras pequeñas observaciones, es un monumento histórico que será la fuente obligada de consulta de nuestros investigadores y la obra literaria y científica que honra a Chile en el extranjero, pues su reputación ha pasado los límites de nuestro país. La historia de nuestros antepasados ha sido reconstruída en casi su totalidad, ya por un Barros Arana o un Lastarria, por un Crescente Errázuriz o un Amunátegui, ya por un Vicuña Mackenna o un Gonzalo Bulnes. Hace falta ahora hacer revivir este pasado con el colorido, la dramaticidad o el estudio psicológico de un Ludwig o de un Maurois, al mismo tiempo que es indispensable hacer una historia crítica y filosófica de los siglos XIX y XX.

SUS ÚLTIMOS AÑOS Y SU MUERTE

Sin abandonar por un instante sus actividades literarias o sus trabajos en la Universidad, demostrando un dinamismo verdaderamente admirable, al acercarse la Revolución Barros Arana inicia una ardiente campaña política con motivo de las dificultades que se estaban produciendo entre el presidente Balmaceda y el Congreso. Llegada la crisis, don Diego, no obstante haber recibido del Gobierno numerosas distinciones y un premio de veinte mil pesos por su gran *Historia*, se colocó al lado de los revolucionarios y fué un firme enemigo de la dictadura que se creía venir. Pero su actuación política culminó en 1892, después de la Revolución, con motivo de la gran Convención del partido liberal. Allí, como en anteriores circunstancias, se mostró como el más celoso guardián de las libertades públicas.

En este año vemos también al escritor actuar en sus estudios favoritos. Con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, la Universidad de Chile celebró una sesión solemne para conmemorar este importante acontecimiento. Barros Arana, con la preparación que le era característica, pronunció en esta ocasión un erudito y novedoso discurso que se publicó en un número extraordinario de los *Anales de la Universidad* de ese año, junto con otros trabajos salidos de su pluma sobre literatura colombina.

Desde hacía tiempo se venía sintiendo la necesidad entre

los profesores universitarios de llevar a la más alta magistratura de la Instrucción Pública a un hombre de méritos y prestigios para que terminara de una vez por todas la influencia de la politiquería dentro de las aulas del Claustro Pleno. En 1893, después de una reñida lucha, se abrió paso y triunfó la candidatura de don Diego Barros Arana para Rector de la Universidad. Con esto se hacía un acto de estricta justicia y de reconocimiento a la labor desarrollada en la enseñanza pública por Barros Arana.

Los que hemos sido primero sus discípulos—decía don Valentín Letelier con motivo de la elección del nuevo rector—, más tarde sus auxiliares, nos sentíamos obligados a tributarle este homenaje, porque después de haber dirigido durante treinta años el desarrollo de la enseñanza como consultor obligado de todos los gobiernos, juzgábamos que ya había ganado por sus propios esfuerzos el derecho a ser elegido como Rector de la Universidad.

En verdad, ningún otro chileno se encontraba en las circunstancias de don Diego Barros Arana. Sus reconocidos méritos lo colocaban con sobrado derecho en el primer puesto para ocupar tan digno lugar. Era un acto de reparación nacional y de entereza cívica. Sin embargo, no dejó de haber una fuerte oposición en los bandos clericales. La reacción, que lo había arrojado del Instituto, que le había cerrado el paso durante muchos años a la Rectoría, no podía ahora dejar de agotar sus últimas energías en contra de la candidatura Barros e hizo todo lo posible por desprestigiar la persona del venerable anciano. En la Universidad, donde se dió la lucha, la mayoría de los profesores, sin embargo, decidieron hacer justicia y lo eligieron por un gran número de votos para que ocupara el primer lugar en la terna.

Bien pronto probó lo acertado que había sido su elección, pues desde el primer día imprimió un gran impulso a la transformación y progreso de nuestra educación.

Hacía poco que había asumido las altas funciones de Rectorado Universitario cuando ya tomaba bajo su patrocinio las radicales reformas pedagógicas que se habían acordado desde 1889 y que por diferentes causas no se habían realizado hasta entonces. Bajo su impulso vigoroso se reformaron de nuevo los programas y los horarios, se generalizó la adopción del plan de estudios concéntricos, se adelantó con prudencia y perseverancia la renovación del personal docente y en una palabra la instrucción secundaria toda entró de lleno en un período de rejuvenecimiento, animada por un soplo fecundo de vida.

Desempeñó este cargo por espacio de un período. En 1897 por oposición del gobierno no fué reelegido, a pesar de que el Claustro Pleno de la Universidad lo colocó dos veces seguidas en pri-

mer lugar de la terna que debía pasar al Presidente de la República. ¿Qué razones tuvo el gobierno para oponerse a la reelección de Barros Arana para el cargo de Rector? No sabemos, pero razones políticas de mucho peso deben haber existido cuando se atajaba el avance de un reformador de personalidad tan pura como era la de Barros Arana.

En 1902 con motivo de cumplir don Diego la edad de setenta y dos años se hizo un homenaje público al respetable representante de nuestra cultura nacional. El Ateneo de Santiago, en sesión solemne del 17 de Agosto, le rindió un tributo cariñoso y elocuente en la Aula Magna de la Universidad con asistencia de una selecta concurrencia. Los discursos, a cargo de don Santiago Aldunate Bascuñan, don Valentín Letelier y don Jorge Huneeus, hicieron notar las relevantes cualidades morales e intelectuales del festejado, y la prensa toda, sin distinción de colores políticos, rindió al mismo tiempo el tributo que con justicia se merecía el educador, el historiador y el perito. Ya anteriormente había recibido el reconocimiento de algunas instituciones extranjeras como el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil y la Real Academia Española que lo hicieron su miembro correspondiente.

El último libro salido de la pluma de Barros Arana fué *Un Decenio de la Historia de Chile*, publicada en los años 1905 y 1906, un año antes de su muerte, con lo cual demostraba que hasta el último momento conservó la lucidez de su inteligencia y el entusiasmo por la literatura histórica.

El Decenio de Bulnes, como hemos dicho, puede ser considerado como la continuación de la *Historia General de Chile*, con lo cual su obra llegaría hasta mediados del siglo pasado. No puede decirse que la obra esté totalmente acabada, no obstante las numerosas y bien meditadas noticias que encontramos en la historia de esta administración. El fin de este libro es poner de manifiesto que en el decenio de 1841 a 1851 el país probó que estaba preparado para la libertad, y que cada vez que en ese período hubo restricción autoritaria la paz pública sufrió quebrantos: o lo que es lo mismo, que la libertad ya aseguraba el orden y el autoritarismo ya provocaba la revuelta.

En las postrimerías de su vida, a un acto noble y generoso dedicó todo su dinamismo característico; como para endulzar su ancianidad. Con su solo esfuerzo quiso honrar la memoria de los amigos y de los ciudadanos levantando un monumento a los hermanos Amunátegui en el principal paseo de la capital. Ya, desde hacía algunos años, había iniciado una activa campaña en favor de la erección de la estatua que se habían gana-

do con justicia estos escritores y el público correspondió desinteresadamente a esta iniciativa. En 1906, sin necesidad de que el gobierno interviniera oficialmente, Barros Arana inauguraba a nombre del pueblo el monumento que hoy día se alza frente a la Universidad.

Una cruel enfermedad en sus últimos días le impidió la lectura, lo que lo impresionó profundamente. El doctor Sierra que lo atendió hasta en sus últimos momentos con el cuidado que siente un padre hacia su hijo, recibió de él palabras de gratitud.

Quisiera vivir para manifestarle mi agradecimiento—le decía antes de morir—, pero no lo voy a poder hacer. Cuide a su viejo amigo que ya se va.

Fué maestro hasta la ahora postrera, porque para darnos una última lección de santidad y consecuencia en el caos de abjuraciones y debilidades en que vivimos, falleció con la integridad de sus convicciones y con la soberana solemnidad del justo. Un sacerdote que lo visitaba le habló de la justicia de Dios y él le dijo:

Si Dios es justo, como Ud. lo dice, yo estaré a su lado en el otro mundo, porque he cumplido como hombre de bien todos mis deberes en este.

Así se fué una conciencia limpia el 5 de Noviembre de 1907. Vivió una época y fué símbolo de ella.

CONCLUSION

Con toda justicia se ha colocado a la cabeza de los historiadores chilenos a don Diego Barros. Escritor fecundo, erudito y honrado, usó su pluma para reconstruir el edificio de nuestro desenvolvimiento nacional. Pero además debe ser considerado como el primer humanista de la segunda mitad del siglo XIX, así como lo fué de la primera don Andrés Bello. Fué en la instrucción pública donde demostró todo su cariño y su entusiasmo. El profesorado no es una carrera que produzca dinero en Chile; es un apostolado, una profesión noble llena de sacrificios. En don Diego Barros el amor a la enseñanza no se confundía con ningún interés personal. Fué profesor del Instituto Nacional hasta en los últimos días de su vida. Voy al Instituto, decía, por cariño al establecimiento, no por amor al dinero; *ganaba treinta y siete pesos mensuales*. Antes como hoy no

se tenía conocimiento del verdadero valor del trabajo del magisterio y al parecer no es mucho lo que hemos adelantado.

Ya como profesor, como Rector del Instituto y de la Universidad o como autor de textos didácticos, demostró haber sido el mejor orientado de los educadores de Chile y el que habiendo escrito menos sobre teoría de la educación ha hecho más en la práctica por el desarrollo y transformación de la enseñanza. No menos brillante fué el papel que desempeñó como defensor de nuestros derechos como perito en la cuestión de límites con Argentina. Teniendo que luchar contra una política internacional desorientada y débil, fué el más hábil ciudadano que supo con voluntad y energía defender nuestros legítimos derechos en este enojoso conflicto.

Pero donde se destaca con caracteres especiales la personalidad de don Diego, es en su vida moral. En su vida privada, digna y ejemplar, una cualidad es la que nos ha llamado más la atención: su honradez. Honradez en sus convicciones y en mantener su conducta por el camino que le señalaba su conciencia, honradez profesional e intelectual, honradez en sus sentimientos para mantenerlos hasta en sus últimos instantes.

Hemos visto cómo desde la juventud esgrimió su pluma en defensa del liberalismo, de acuerdo con su ideología, y es admirable cómo hasta en la vejez cuando su cuerpo se doblaba por el peso de los años conservó la lealtad a sus ideas y la valentía suficiente para escribir aquella admirable página llena de pasión y acerba crítica contra la dictadura que en esos momentos acababa de hacerse trizas ante la roca Tarpeya del civismo chileno.

La insensata y criminal tentativa—decía en 1891 Barros Arana—de poner al país el gobierno de una vergonzosa dictadura después de más de medio siglo de vida constitucional, y de sostenerlo por el establecimiento de un régimen de terror, de violencias, de persecuciones y de sangre desconocido en nuestro pasado, exigió una resistencia no menos esforzada y penosa que la que tuvieron que sostener nuestros padres para alcanzar la independencia de la patria. Esa resistencia, tan hábilmente dirigida como vigorosamente ejecutada, nos ha vuelto al goce de nuestras antiguas libertades y como un triunfo brillante ha dejado establecido para el presente y para el porvenir que el pueblo chileno no reconoce más soberano que la ley.

El autor de esta obra, víctima, como tantos miles de ciudadanos de las brutales persecuciones de la dictadura, cree tributar un débil, pero justiciero homenaje de gratitud y de admiración dedicando el presente volumen en que ha consignado los hechos gloriosos que nos hicieron independientes, a los buenos chilenos que, bajo la enseñanza de la libertad y de la Constitución, combatieron y derrocaron la oprobiosa y sangrienta dictadura, ya fuese desde el gobierno, ya en la escuadra, ya en el ejército de tierra, que selló la victoria de nuestras augustas instituciones en las más grandes batallas de que ha sido teatro el suelo chileno.

BIBLIOGRAFÍA

Damos a continuación algunas de las principales obras que nos han servido para la elaboración de nuestro trabajo.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Chiappa, Víctor M.: *Bibliografía de don Diego Barros Arana*. Temuco, 1907. (Próximamente saldrá una nueva edición corregida y aumentada.)
2. Vaisse, Emilio: *Bibliografía General de Chile*. Santiago, 1915.—Tomo I (pág. 308 a 331).

BIOBIBLIOGRAFÍA:

Una fuente riquísima de noticias de la vida de Don Diego Barros son sus propias obras. Citamos únicamente aquellas que reúnen mayor cantidad de datos biográficos del historiador.

3. Aldunate Bascuñán, Santiago: *Discurso en Sesión del Ateneo de Santiago en Homenaje al señor Barros Arana*. 17 de Agosto de 1902. Santiago, 1902.
4. Amunátegui Solar, Domingo: *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*. Santiago 1917.
5. Amunátegui Solar, Domingo: *Discurso en los funerales de don Diego Barros Arana*. «El Mercurio», 7 de Noviembre de 1907.
6. Arteaga Alemparte, Justo y Domingo: *Los Constituyentes de 1870*. Santiago, 1910 (pág. 416 a 421).
7. Barros Arana, Diego: *Historia General de Chile*. Santiago, 1884 a 1902. 16 vols. Tomo I: Prólogo. Tomo XVI: «Mi conclusión».
8. Barros Arana, Diego: *Un Decenio de la Historia de Chile*. 2 vols. Obras completas. Tomo XIV y XV. Santiago, 1913.
9. Barros Arana, Diego: *Don Rodolfo Amando Philippi. Su vida y sus obras*. Obras completas. Tomo XIII. Santiago, 1914. (Pág. 15 a 187.)
10. Barros Arana, Diego: *Don Miguel Luis Amunátegui*. Tomo XIII. Santiago, 1914 (pág. 261 a 444).
11. Barros Borgoño, Luis: *Un Aporte a la memoria del General Mitre*. Santiago, 1921.
12. Blanchard-Chessi, Enrique: *Labor Literaria de don Diego Barros Arana*. «El Mercurio» 5, 6, 7 y 9 de Noviembre de 1907.
13. Bulnes, Gonzalo: *Recuerdo del Instituto Nacional en el Rectorado de Barros Arana*. «El Mercurio», 6 de Noviembre de 1907.
14. Bulnes, Gonzalo: *Barros Arana en la Intimidación*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre de 1907.
15. Bulnes, Gonzalo: *Don Diego Barros Arana* (artículo biográfico). *El Mercurio y Las Últimas Noticias*, 5 de Noviembre de 1907.
16. Bulnes, Gonzalo: *A la memoria de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 5 de Noviembre de 1913.
17. Bulnes, Gonzalo: *Discurso en los Funerales de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre de 1907.
18. Donoso, Armando: *Barros Arana y Mitre. Una amistad literaria*. Santiago 1916.
19. Donoso, Ricardo: *La Misión Diplomática Barros Arana en el Plata*. Santiago. *Revista Chilena*. Noviembre y Diciembre de 1928. (números 103 y 104).

20. Donoso, Ricardo: *Barros Arana Rector del Instituto Nacional*. *Revista de Educación*, 1929. Enero y Febrero. Núms. 2 y 3. Santiago.
21. Espejo, Juan N: *Discurso en los Funerales de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre de 1907.
22. Figueroa, Pedro Pablo: *Diccionario Biográfico de Chile*. Santiago, 1897.
23. Huneeus Gana, Jorge: *Cuadro Histórico de la producción intelectual de Chile*. Santiago de Chile, 1910 (pág. 308).
24. Huneeus Gana, Jorge: *Labor Literaria de Barros Arana*. *Homenaje del Ateneo de Santiago*, 17 de Agosto 1902. Santiago, 1902.
25. Huneeus G., Jorge: *Discurso en los Funerales de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre de 1907.
26. *Monumento a Barros Arana*. Editorial de *El Mercurio*, 27 de Agosto de 1925.
27. Lastarria, José Victorino: *Recuerdos literarios*. Santiago 1885.
28. Letelier, Valentín: *La lucha por la cultura*. Santiago 1895.
29. Letelier, Valentín: *La influencia de don Diego Barros Arana en la Instrucción Pública*. *Homenaje del Ateneo de Santiago*, 17 de Agosto de 1902.
30. Letelier, Valentín: *Discurso en los Funerales de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre de 1907.
31. Omer Emeth: *Una definición de la historia por el señor Barros Arana*. *El Mercurio*, 7 de Noviembre 1907.
32. Passi García, Ricardo: *Diego Barros Arana*. Santiago, 1884.
33. Rivas Vicuña, Manuel: *Recuerdos de don Diego Barros Arana*. *El Mercurio*, 13 de Abril 1924.
34. Toro, Gaspar: *La diplomacia chileno-argentina en la cuestión de límites*. Santiago, 1878-1879.
35. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Biografía de don Diego Barros Arana*. Tomo I. (págs. 269 a 274) de la *Colección de Historiadores de la República*. Santiago, 1876.

COSAS DE LA MALA VIDA

ENE, tene, tú; cape nane, nú...

—¡Tú la llevas!

—¡La lleva Tripitas; Tripitas la llevaaa ...

—Paco po-ro-te-ro! Paco po-ro-te-ro!

El *paco* hace ademán de atacar, y los chiquillos se dispersan gritando; corren atolondradamente; por milagro hurtan el cuerpo a los carretones que pasan, desvencijándose sobre el empedrado.

—¡Capilla! ¡Capilla!

—No señor; usted la lleva.

—¡No sea leso oh! ¿Qué no ve que estoy en la capilla?

—Bah! ¿Así que siempre voy a pagar el pato? No sé ná. Se la pegué y la lleva. Este la lleva, éste la llevaaa...

—¡Pucha, el rucio la lleva ahora!

—¡Guarda, Juan, que la lleva el rucio!

—Huija... hácele una cachaña .. éjale...

—Córrele rucio, córrele rucio ohooo...

A pesar de sus esfuerzos —y de los de la barra amiga— el *rucio* no logra dar alcance al *manchao* y se detiene acezando. Con un pañuelo tieso y verdoso se echa aire al rostro y se seca, de cuando en cuando, el sudor de la frente. Un largo rato se queda inmóvil, a la expectativa. Cruza los brazos, y, después de echar una mirada a su alrededor con intenciones inquisido-

ras, los deja caer, los enarca; frunce las cejas, mira por el rabillo del ojo—como el apache de *El expreso relámpago*—dispuesto a tomar al primero que se descuide. Entretanto, los de la pandilla rivalizan en alardes temerarios; uno se le acerca de soslayo, brincando, y le hace un quite casi al rozarlo; otro viene por detrás, le golpea burlonamente la espalda y arranca.

—Chita que es cachaor este rucio.

—¡Pucha la miraíta que sacó!

—Igualito al pirata del antifaz.

—Oye pirata ohoo...

—Guarden, que este gallo es muy traicionero.

—Ya pus, hombre. Sigamos jugando.

—Déjate de hacerte el pirata, rucio mal encachaooo...

Resuena la calle al paso del tranvía San Bernardo. Encandilados, aturdidos, los chiquillos permanecen un instante silenciosos y quietos; alguno de ellos alcanza a hacer una morisqueta a los viajeros; luego todos se agrupan en la línea—en medio de la nube de polvo que sigue al tranvía—para ver cómo se aleja éste, remedar sus pitazos y hacer cabriolas, empujándose unos a otros; mientras que, a la puerta de las casas, comentan las mujeres, sin apartar el rebozo de los labios.

—Más de alguno va a matar este carro; si pasa tan ligero, por diosito.

—Carlos, vení pa'cá.

—Si pué, ya's tarde; yo también voy a gritar a mis chiquillos. Quien sabe aonde han d'estar. Se van di'un lao pa otro. No se están un momento sosegaos. Ya Manuel, Juan, déntrensen para dentro...

—Ya'stá bueno niños. Llamen al rucio.

—Vamos rucio ooh.

—Que te entrís, paco pirata.

—Lo gritan y ahí se queda. Benhaiga. ¿Qué no t'están diciendo que te entrís? Porfiado mira...

El *rucio* prosigue impertérrito su coloquio con Juan.

—¿Cachai la cortapluma? Platita pura...

—¿A verla?

—Chiss .. con ésta... ¿querís que te haga un ojallito?...

—Pero déjame verla. Pasalá pus hombre. Si no te la voy a robar...

—Pero me la devolví al tiro porque yo la necesito.

—¡Pucha!... Oye... te la cambio...

—Eja...

—Por el lápiz de tornillo... ¿querís?...

—Las huifas...

Y, quitándoselo a Juan, empuña el *rucio* su cortaplumas como un cuchillo y echa a andar, con pasos largos y lentos, balanceando levemente el cuerpo, la mirada en el rabillo del ojo, los hombros echados hacia adelante, amatonado el ademán.

—Chita el pirata...

—Yo sí que te voy a hacer pirata, mira. ¿No t'están diciendo que te dentrés? Toma, pa qui apriendas, ¡Hay qu'estarlo gritando dos horas al caballero! ¡Miren pué! Anda too desastrao onde no se lo lleva más que en la calle. ¡Ya! ¡Abróchate el paltó y anda pa'entro! ¡Anda te digo! Bueno pues Margarita; buenas noches y que llegue luego su niño.

—Sí, ya va a llegar señora Mercedes, después de las doce y cayéndose de borracho.

—Es onde los acostumbran a mal desde chicos. Yo por eso no les deajo pasar ni una a estos chiquillos endemoniados. Buenas noches pué.

—Buenas noches, señora Mercedes.

Al verse sola, Margarita se apoya en la puerta de su casa. Luego se acomoda el pañuelo de rebozo. Atisba el cielo y se prepara a la cotidiana espera interminable... Hace frío. Una neblina densa y mojadora hace ingrata la noche. Los farolillos hacen guardia. Su luz es triste, hepática.

Una pareja regresa del cine. El quiere prolongar el coloquio en el zaguán de la casa. Ella se despide zalamera y presurosa. Un instante después sale el muchacho, enciende un cigarrillo y toma rumbo, marcando el paso aceleradamente...

La calle va quedando desierta. De vez en cuando la cruzan las niñas para todo servicio, que regresan del almacén con la *chaucha* de aceite que a última hora faltó para la ensalada o el tarro de duraznos al jugo destinado a la visita imprevista...

El dependiente del almacén, un pucho entre los labios, el guarda-polvos manchado de carbón, acomoda las tapas de madera contra la vidriera. Luego asegura la puerta del negocio. Se oye a lo lejos la campanilla de un cine, que empieza a llamar desconsoladamente.

En mitad de la cuadra, las luces de la casa de diversión parecen los reflejos de una piocha de brillantes falsificados sobre la pechuga de una provinciana. Dos ventanas abiertas las dejan pasar a raudales, con el eco estridente de una victrola barata, a tiempo que muestran los cuartos a plena luz. Empapeladas de rojo, las paredes de éstos lucen como adorno algunos grabados de *Eros* y *La vie Parisienne*. En el centro, un catre de bronce—perezosa colgada en la cabecera, sobrecama acolchada de seda granate y almohadón blanco con grandes lazos de cinta—impone su soberbia. Junto a él una pequeña alfombra de dudoso colorido y un velador insignificante, sobre el cual hay una lamparilla con pantalla opaca y algunas servilletas dobladas uniformemente. En un ángulo de la alcoba, un peinador, que sostiene un lavatorio niquelado y gran cantidad de frascos de todos tamaños, formas y colores. En el suelo, junto a él, un anafe y la correspondiente botella de espíritu de vino, dos recipientes desportillados y una tetera que incidentalmente cubre la rotura del cuadrado de *linoleum*. En el otro extremo de la pieza, un *chifonier* sobre cuyo mármol se amon-

tonan tres perritos de loza, un cupido de celuloide, una tarjeta calada y con cinta, de esas con que se felicita en año nuevo, la fotografía de una niña como de quince años, la de un muchacho—con dedicatoria—y un retrato de grupo, en el que figuran varios militares.

Ambas piezas son idénticas de tamaño, forma y mobiliario. Aquí un catre igual al de allá; el anafe, los frascos, la sobrecama granate, los grabados de *Eros*, el almohadón encintado, las servilletas dobladas, el cupido de celuloide, las *perezosas*; los mismos militares retratados en grupo, la niña de quince años—con el pelo suelto y un ramo de flores en la mano—, el joven que ha puesto bajo su fotografía una dedicatoria sentimental.

Las hojas de la mampara, juntas, nada muestran del interior de aquella casa; apenas si trasciende por ellas el rumor de algunas voces, apagadas por las estridencias chillonas de la victrola. Las rendijas parecen alfileres luminosos.

Un farol vecino pone una semiclaridad en el zaguán. En el vano de la puerta de calle, arrebuja en un pequeño chal tejido de lana celeste, dando pequeños saltitos en la punta de los pies, restregándose las manos y envolviéndoselas en el extremo del chal, con el que hace una especie de manguito, una chiquitina rubia, no mayor de cinco años, procura desentumecerse.

La puerta de la mampara se entreabre. Una mujer envuelta en una bata japonesa, los ojos muy pintados, envaselinado el cutis, alarga a la nena una sopaipilla, mientras muerde otra.

—¿Qué hubo, cabrita, quieres?

—Ya.

La mujer desciende las dos gradas que hay delante de la mampara. Al hacerlo, una de las chinelas se le sale del pie. Ríe jubilosamente. Retrocede y vuelve a calzarse.

—Ya, pues, toma.

La niña alcanza la sopaipilla. Comienza a morderla ávidamente. La mujer da un vistazo a la calle.

—Oye, ¿pasó el cabro de la Tránsito? Ese alto, rubio, ropa café...

—Yo no sé cuál es...

—Bah, ese que vino en auto el domingo, ¿te acuerdas?

—¿Cuál? ¿Uno que tiene un lunar en la boca?

—Sí, tiene un lunar, aquí, sobre el labio. ¿Pasó ya?

—No lo he visto.

—¿Y desde qué horas estás aquí? Está bueno que ya te vayas a acostar... ¿Vamos para dentro?

La niña, sin responder, volvió la espalda a la calle, dió su mano a la mujer y entraron juntas en la casa.

Una vereda de ladrillos de composición, protegida por un angosto alero, va desde la entrada hasta la muralla del fondo. El patio está a oscuras. Las luces de las piezas que dan a la calle ponen cierta claridad en los dormitorios interiores, que a esa hora se encuentran vacíos. La niña y la mujer se introducen por uno de ellos.

—Alicia... Alicia...

—Ya vamos, estamos cerrando las ventanas de la calle.

En el salón, un espejo colgado de la muralla, frente a la puerta. Debajo de él, un sofá. Dos poltronas completan el amoblado. Cuadros, oleografías y acericos con un bordado en contorno. La lámpara con todas sus luces encendidas. La parafina con que han limpiado el piso mezcla su olor al de los polvos de arroz y al pachulí, en forma indefinible. En el rincón opuesto a aquel en que está la victrola, una mesa pequeña. Sobre ella una serie de botellas de cerveza y vasos vacíos. Con las manos apoyadas en el borde de la mesa, de espaldas a ésta, un joven. Conversa con una mujer morena, regordeta. El lleva corbata de colores vivos, de nudo muy estrecho; cuello almidonado, muy bajo, con puntas largas, una especie de

cuello de torero; chaleco cruzado, sin puntas; una cadena delgada va del bolsillo del chaleco al del pantalón, en el lado derecho. La mano ensortijada acaricia el bigotillo retorcido. La gomina se ha secado sobre la cabeza y el pelo está opaco, compacto, sucio. Un pañuelo de seda sobresale del bolsillo superior del vestón. Ella descotada, traje rosado, sin mangas y muy breve, mirada maliciosa, labios sensuales, se apega al muchacho, zalamera. Conversan en voz baja, mientras una pareja baila un fox-trot. Finaliza el disco. Los danzantes se sientan.

—Oye, dame un trago...

—No, pues, ñato; no te molestes tú...

—Pero sí está aquí, pues hombre.

—Oye y ¿qué se hizo Carlos?

—Habrá ido para dentro.

Una de las mujeres sale de la pieza. Por la veredita angosta llega hasta la cocina, una pequeña construcción separada del cuerpo del edificio.

—Oiga, lleve seis más al salón.

Después sigue hasta un cuartito que hay más allá de la cocina, cuya puerta entreabierta deja ver, diseminados en el suelo, trozos de papel de diario.

A intervalos, la campanilla suena. La casa se va llenando de gente. Las mujeres salen a aguaitar a los parroquianos que llegan. Dejan la pieza en que están, para ir a recibirlos, sólo cuando se trata de algún habitué muy conocido. La victrola no descansa. La cocinera va de un lado para otro, llevando botellas y vasos. Las voces se entrecruzan.

—Espérate. ¿Qué no ves que estoy calentando el agua?

—Vámonos, oye; esto no da para más.

—Está muy mal. Escupe mucha sangre.

—Claro, pues chiquillo. Ya pues...

—¿Dónde está la dueña de casa? Yo quiero ver a la dueña de casa. Que venga la dueña de casa. No me entiendo más que con la dueña de casa.

- No le digo pues que está malazo.
—Oye, esta pilsener está sin fuerza.
—Es más encacháa, esta negra.
—Pero si ya va a venir, hombre. No grites.
—Chs... A él que se lo va a dar...
—La dueña de casa...
—No grites, hombre.
—Hace como un mes ya que está enfermo.
—Otra pilsener...
—Viera, tiene todita la lengua cocida con el pisco.
—Este gallo sí que es de línea. Ven, dame un abrazo. Abrázame, te digo. Eso, venga el abrazo. Es muy regalo este hombre.
—No grites por favor. No molestes.
—Pero si no se sabe si está muriendo o si está borracho. Con la botella al lado se lo pasa.
—Ya, bailemos, déjate de leseras. Qué les vas hacer caso. ¿Qué no ves que están borrachos?
—Pobre Rosa.
—No me ha querido dar un abrazo. Y yo soy un caballero.
—Vamos, déjate. Bailemos mejor.
Hay puertas que se abren. Vasos que se caen. Parroquianos que visitan la cocina, de paso para «el fondo.»
Allí, frente al cuartito estrecho, una puerta cerrada. Tras ella, una pieza amplia, amoblada en forma heterogénea. Al lado derecho, un camastrón de hierro. Las ropas en desorden, cubriendo malamente a un hombre. Nariz perfilada, ojos hundidos, un mechón de pelo sobre la frente; esta descansa sobre un brazo, cuyo codo se apoya en la almohada. A los pies de la cama, una silla con un traje, un cuello y una camisa amontonados. A un lado, otra silla con una botella pisquera. En el centro de la habitación una mesa larga, de comedor, con un hule sobre la cubierta. Sobre el hule, salpicado de manchas de todos colores, una alcuza, vasos, botellas, de cerveza, un florero con

flores viejas, trabajos de costura a medio hacer, un plato con tomates y ajíes verdes, un frasco gordo y chato que guarda escabeches. Colgados de la muralla, a un lado, un crucifijo grande de madera; del otro, haciendo pendant, los retratos en colores de un gaucho, la mano derecha apoyada sobre una guitarra, y una mujerota gorda, con un ramo de claveles entre las manos. Difícil es comprobar el parecido entre esta mujer del retrato y la que está en un rincón de la habitación, junto a un ropero. En esta última se ven huellas de decadencia. Baja, gorda, casi sin pescuezo, las cejas muy pobladas. los ojos muy negros, un delantal muy sucio y por el bolsillo de éste, un crochet clavado en un tejido a medio hacer, que asoma, junto con la punta de un pañuelo; mientras el bolsillo del lado izquierdo parece querer desfondarse al peso de las llaves. Aparte de esta mujer, en la pieza hay dos contertulios, amigos del enfermo. Uno de ellos acaba de cantar y descansa la guitarra sobre sus rodillas. El otro sirve pisco en vasitos chicos al enfermo y a su compañero. El enfermo bebe de un trago. Su respiración es sumamente fatigosa. Su cara está encendida, sus labios amoratados. Un hilo de saliva se escurre entre ellos. La mujer procura secarlo de tiempo en tiempo, mientras el enfermo hipa y tose.

—¿Creerá compadrito que con esta tonada hice mi suerte en el sur?

—Si es muy bonita. ¿Se acuerda cuando usted la cantaba en casa de las Morales? Toditos los futres venían a pedir que repitiera.

—A ver, déjame, pues. ¿Qué no ve que se destapa?

—No me destapo, me destapan, porque... hip... hip...

—¿No ve? A ver, levante el brazo. Ya está; así queda mejor; ¿no es cierto? ¿Le doy el remedio?

—Déme un trago, vieja.

—Ya, pues, no tome más. ¿No ve que le hace tanto mal?

—Si mi compadrito, aguanta mucho, comadre; no se aflija.

—Pero ¿para qué le da tanto trago, compadre? ¿Qué no ve que ya no puede más?

—A mí la que más me gusta es esa vidalita que usted sabe... —dice el otro, y sirve nuevamente pisco.

—Se la canto, entonces, amigo.

—Sí ¿qué va a cantar cuando está más muerto que vivo?

—Este mi compadre, va a cantar hasta el día del juicio.

—Y van a venir todos los futres, hip... del cie... hip...

—¿No ve, no ve, no le decía yo? Ya le va a venir la tos.

—Nada de tos, vieja. Páseme la guitarra. Voy a cantarle al amigo.

—Mejor que no compadre. No le vaya a hacer mal.

—Se la canto no más... hip...

—Dejemos la guitarra tranquila. Otro día le canta eso... Ya, acuéstese bien.

—Otro trago, amigo...

Nueva vuelta. El enfermo bebe ávidamente. Con el último sorbo, respira con fuerza. Le vienen hipos. Se ahoga. Se endereza haciendo fuerza sobre el codo que lo sostiene.

—Deje ahí la botella, vieja. No me la escond... hip.

—A ver, compadrito, no se vaya a caer.

—Pero ¿qué va a hacer? ¿Para qué se para?

—Déjeme, si puedo solo...

—Tal vez se ahoga en esta pieza.

—Pero se puede empeorar si abro la puerta, pues compadre.

El enfermo se ha sentado, las piernas colgando de la cama, cubiertas por un calzoncillo largo, cuyas ti-

ras le alcanzan hasta los pies. Una camiseta le abriga el torso. Un pañuelo blanco, anudado a la garganta, le sirve de pechera. Con la mano derecha se cerciora de que los parches de pucho están en su sitio sobre las sienes.

—Abríguese, siquiera.

—Déjame vieja, porfia...hip...

—Pero ¿qué va a hacer, Dios mío? Suelte la guitarra. No se pare; que se va a caer.

—A ver, déjeme compadre; yo lo sujetaré.

—De este lado mejor; pásese para acá.

—No me sujeta nadie, hip...

—Pero si es tan porfiado. Se va a caer.

El enfermo se ha puesto de pie. Sacude los brazos, tratando de desprenderse de la mujer y los amigos que quieren auxiliarlo. Hipa y refunfuña entre dientes. Su mirada se ha puesto fija y vidriosa. Sus manos se alargan en dirección a la guitarra, que ha quedado hace un instante sobre la mesa. La mujer retira de encima del camastro la sobrecama y se la echa al enfermo sobre los hombros, abrazándolo. Este da algunos pasos, procurando desasirse de todos, hasta que lo consigue y queda apoyado de espaldas contra la pared. Los dedos de sus pies se mantienen arriscados hacia arriba. Las piernas le tiemblan. Una mano tantea la pared que queda detrás de él; la otra sostiene la guitarra. Se empeña en tocarla. Le flaquean las fuerzas. La guitarra cae al suelo.

—A ver, déle algo ahora, para que agarre fuerzas.

—Tome, mi hijo, a ver, abra la boca...

—Tómelo usted de ese lado.

—Déjeme...hip...

El enfermo ha hecho un esfuerzo terrible. Su empujón ha hecho retirarse uno o dos pasos a los amigos y la mujer. En cambio, él ha perdido el equilibrio, se balancea. Para recobrarlo, se tira hacia atrás, con las manos en alto. Una de ellas topa con el crucifijo. Se

agarra de él. La mirada vidriosa pasea por la estancia. La mandíbula se ha desencajado. La saliva destila entre los labios, corre por la barbilla. Un tosido seco. Las manos caen, en una de ellas el Cristo. Cae al suelo el clavo arrancado de la muralla. Se escurre el polvillo de ésta. La mujer y los hombres acuden a sostener el enfermo. Son rechazados por éste, que se tambalea sin soltar el crucifijo. Luego se apoya en la muralla, tose, se estremece. Su respiración es ya un ronquido. Se inclina hacia adelante, mira el crucifijo. Lo alza, lo coloca terciado sobre su cuerpo. La mano izquierda sostiene; la derecha rasguea, como en una guitarra, sobre las costillas del crucificado. Una voz gutural parece que va a hacer estallar la garganta. Un hipo. Una arcada. Borbotones de sangre. El enfermo se va de bruces. Amigos y mujer acuden en su auxilio. Voces, gritos, carreras, desesperaciones, lamentos. Dos ojos que no quieren cerrarse.

La puerta abierta. Cruzamiento de voces y gemidos. Llora la mujer gorda, baja y sin pescuezo. Los amigos comentan. Acuden mujeres de los otros cuartos.

—Buena cosa de mala suerte de mi compadre. Si lo tengo aquí. ¿Cómo iba a pensar?...

—Si era muy hombre el finado. No hubiera sacado nada con decirle que no cantara. Tenía ganas.

—Hay que cerrar.

—No, no está más que el Lucho y dos amigos.

—Ah sí; la Tránsito con el cabro.

—Y se rompió la guitarra del pobre finado.

En la victrola resuenan los acordes de un tango compadrón.

—Ya, sírvame otro trago.

—No; le dicen al Lucho no más lo que ha pasado. Y se va solo.

—A ver mi hijita, hágamele el corte.

—Dése vuelta mi negra para que no pierda esta cachadita...

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A PROPOSITO DEL "PANORAMA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA"

ALEGATO PRO DOMO

CBIERTAMENTE, cuando acepté escribir un Panorama de la Literatura Hispanoamericana esperaba ser vigorosamente atacado, no sólo en América sino también en España. No ignoraba los puntos estratégicos que servirían de base a estos ataques. Algunos límites impuestos por el editor: la obligación de no hablar ni de Méjico ni de las Antillas, porque estos países debían ser objeto de un volumen posterior; las dimensiones de la obra—trescientas páginas—que me constreñían a sacrificar muchos nombres. Las condiciones en las cuales emprendí este trabajo, sin tener a mis órdenes sino mi documentación personal y sin querer aceptar ninguna opinión adquirida; la novedad en fin del tema y su extensión que me obligaban a abarcar toda la América intelectual, a suprimir las fronteras para establecer clasificaciones de orden general, a arrojarme en el caos hirviente de esta literatura en gestación para abrir allí caminos, descubrir directivas, tendencias, caracteres generales. Todo esto y otras cosas aun ofrecían a la crítica un vasto campo de acción y de discusión, que anhelaba, por lo demás, en la esperanza de hallar allí luces nuevas.

¿Confesaré que he sido desilusionado? No por la abundancia ni sobre todo por la violencia de los ataques, que sobrepasa, en efecto, todo lo que creía y se convierte a menudo en personal y en injuriosa.

He sido desilusionado por el carácter estrecho de las críticas, por el punto de vista en que los autores de estas críticas se han colocado y que hacen que en el conjunto ellas no me sir-

van. He escrito, en efecto, un estudio cuyo carácter es la generalidad. Ahora bien, *ninguna* de esas críticas ha considerado este estudio bajo su aspecto general. En cada país no se ha querido ver de este Panorama sino lo que concierne al país mismo, cuando no lo que, más particularmente todavía, se refiere al amor propio del autor del artículo. No se ha estudiado el libro en su conjunto, ni en el espacio ni en el tiempo. ¿Es idea preconcebida? ¿Es mala fe? Algunos entre los que—existen algunos—me defienden, pretenden que se trata de impotencia y que no hay un crítico en América que pueda hablar con competencia de la literatura de los países que no son el suyo. Estaría tentado de creerlo. Pero entonces ¿no tengo derecho a declararme extrañado cuando tal o cual escritor me tacha de ignorancia respecto a un autor de trigésimo sexto orden de su aldea, si él mismo ignora los valores del país vecino?

No repudio—tanto se ha repetido—el reproche de ignorancia. He leído más de dos mil volúmenes, y si entre los nombres que se me reprocha haber olvidado ninguno me es desconocido, lo he dejado de mano porque lo encontraba despreciable en el conjunto de la literatura, lo que no quiere decir que lo sea individualmente. Esto es tan verdadero que he dejado pasar en silencio, o simplemente nombrado al paso, autores a los cuales había consagrado artículos en revistas y diarios de París, y a veces artículos elogiosos. Pero limitado por la extensión de mi libro y porque no quería hacer de él un catálogo ilegible, he debido suprimir sin piedad autores no desprovistos de cualidades, pero que no me parecían señalar una tendencia nueva, mientras he conservado otros menos notorios, pero que representan, con un talento menor, una dirección nueva.

Y esto, que no se ha querido entender, tanto como no se ha querido comprender que un Panorama no se juzga sino en su conjunto y que cortarlo en fragmentos es falsearlo, esto, digo, es causa de que algunos reproches que se me han dirigido me parezcan absurdos. Un escritor, por ejemplo, dice: «He escrito seis volúmenes, y Ud. no habla sino de uno». ¡Ah, señor! Si no hablo sino de uno es porque ese me parece suficiente para definir lo que Ud. aporta de característico a la literatura de su país. Y quiera notar que si hablara de todos los libros de todos los autores citados no habría terminado aún.

Otro me reprocha haber dicho que un poeta chileno no aportaba ninguna novedad. Y blasfema, me condena a las gemonías, me cubre de injurias, porque—dice (y cita en su apoyo un poema trivial)—este poeta «simplemente llevó la poesía a

Chile». No he dicho nunca lo contrario; he dicho «ninguna novedad» y subentendiendo: a la poesía hispanoamericana. Pensaba yo que el propio título de mi libro me dispensaba de perder una línea para repetirlo. Otro, uruguayo, pero que no tiene el buen gusto de firmar su artículo, me trata de «imbécil» *nada menos* (1), porque he dicho que Delmira Agustini «no había llegado a la maestría de su arte cuando murió». ¡Ahora bien: murió a los veinticuatro años! O este señor ignora el sentido de la palabra maestría o no sabe lo que quiere decir imbecil.

Debo decir también que algunos escritores entre los cuales me permitiré citar a Juan B. Terán, O'Leary, Max Grillo, han procedido de una manera que me conmueve mucho más. Habiendo hablado de mi libro sin acritud, y aun con una indulgencia acaso excesiva, han indicado, en nota o en post-scriptum, una media docena de nombres omitidos y que, según ellos, se habría ganado con citar, aunque su ausencia no falsea el conjunto del cuadro. A mí toca revisar mi juicio sobre esos nombres y darles el sitio que merecen, en una edición ulterior. Estos críticos, llenos de cortesía, han comprendido cuál había sido la dificultad de mi tarea y que era mejor ayudarme que confundirme. Les estoy profundamente reconocido. O'Leary va más lejos, y en un bello y noble artículo se dirige a los escritores de su país para invitarlos a enviarme sus obras y, si quieren ser conocidos, a darse a conocer.

¿No es ese el sentido mismo de mi Panorama? ¿Quién ha podido creer que yo pretendía sobre un tema tan vasto, tan inestable, haber hecho una obra perfecta y definitiva? He hecho un ensayo que nadie antes había osado intentar, un ensayo de síntesis y no de análisis, pero un ensayo nada más. Es un grito lanzado hacia América y que quiere decir: hay a este lado del Océano alguien que hace lo que puede para daros a conocer en Europa, para conferiros en el cuadro de la literatura universal el sitio al cual tenéis derecho; lo hace con amor y con entusiasmo—y esto nadie que haya leído mi libro podrá negarlo—, pero lo hace con sus solos medios. ¡Ayudadlo pues! Y poned por encima de vuestras vanidades personales o nacionales los sentimientos que tengáis para servir la causa de la literatura americana.

Gracias a este libro, por imperfecto que sea, no hay un crítico, un editor en Francia que no conozca la existencia de vuestra literatura y que no anhele conocerla más todavía. Con

(1) En español en el original.

esto he alcanzado mi propósito que era despertar respecto de la literatura americana la curiosidad de los letrados europeos.

Por lo demás, lo que me confirma en mi idea del alcance de las críticas que me han sido dirigidas es que las más violentas, cuando se trata de precisar, no formulan sino reproches del todo insignificantes. Unas veces es un error de pluma, como el que se me ha querido señalar veinte veces y que me ha hecho decir que el peruano Belaúnde, a quien conozco personalmente, era colombiano. Otras veces se intenta la lista de los nombres olvidados y sobre diez que se citan, hay siete u ocho que figuran efectivamente en el Panorama. ¿Se ha leído mal? ¿Es mala fe? No lo sé. Pero es demasiado frecuente que los reproches expresados no sean en realidad exactos materialmente.

En España es otra cosa. Las críticas no se refieren al libro mismo pero me amenazan con un auto de fe por haber osado escribir que la influencia francesa ha sido preponderante en América en el siglo XIX. Es verdad que yo he dicho esto, y me parece difícil que se discuta. Pero también he dicho en la página 44:

Los clásicos españoles—pues si no hablamos de la acción de España es porque ella es natural y natal—, los clásicos y los modernos franceses han sido para la América del Sur lo que los griegos y los latinos para nosotros: *la fuente de su cultura y la armazón de su espíritu.*

¿Puédese, entonces, reprocharme haber reducido a la nada la acción de España? He comprobado muchas veces lamentando que esta acción se reduzca a ser pasiva, a mantenerse en los límites de la herencia, pero cada vez que hablo de la influencia francesa, he tratado de apuntalar mi opinión en una cita. Hay allí una cuestión de hecho. ¿Y cómo explicar sin esto que un Zola haya tenido en América tantos discípulos y que un Blasco Ibáñez, que es netamente superior, no tenga ninguno? He dicho también, y de esto se me ha hecho un crimen, que la lengua se había transformado, que el español que se escribe en América difiere del castellano, que es más liviano, más directo, y que contiene vocablos nuevos.

Galicismo mental, renovación de la sintaxis, enriquecimiento verbal son los tres términos de esta evolución.

Pero he agregado—y a esto mis adversarios se guardan de hacer alusión—: 1.º No renuncian a ningunas de las bellezas del español... (Pág. 54); 2.º Esta innovación no es sino una vuelta por caminos nuevos al verdadero carácter de la lengua española. (Pág. 54); 3.º Como ha dicho don Alberto Zérega-Fombona, la transformación de una lengua es ante todo una

cuestión psicológica, y la necesidad sentida en América de crear una lengua nueva testimonia la formación de un alma propiamente americana. (Pág. 55.)

¿Qué queda entonces de las críticas que se me han dirigido con una pasión violenta que a veces sobrepasa el marco de la crítica? Queda esto: que hay en París una docena de escritores que desde quince años consagran una gran parte de nuestra actividad a hacer conocer en Europa los escritores y la literatura de América y que nos hace falta una gran fuerza de ánimo para persistir, pues cada vez que hacemos un esfuerzo público podemos estar seguros de que seremos pagados sea con una indiferencia despreciativa, sea lo más corrientemente por injurias.

Sin duda no esperamos nosotros otro salario, pero ¿no se podría preguntar en qué se convertiría la irradiación espiritual de América en Europa si, un día, descorazonados, diéramos oídos a quienes ya nos aconsejan que callemos? Este pensamiento debe dar a quienes se incomodan cuando no se habla de ellos, y que se incomodan más cuando se habla, un poco de indulgencia, de justicia y de medida.—M A X . D A I R E A U X.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

MAS SOBRE EL "PANORAMA" DE DAIREAUX

MUY caros les ha salido el *Panorama de la Literatura Hispanoamericana* a los escritores de este continente. M. Daireaux su autor, que comenta en el artículo que se ha leído anteriormente, las críticas a su libro, los acusa de ingratos y de descorteses. ¿Es posible hablar de descortesía ante una crítica literaria? Yo no sé cuáles sean los dicterios que en otras partes se han lanzado contra M. Daireaux; veo que alguien lo ha llamado imbécil. Es demasiado. En Chile no se ha llegado a tanto, y si el autor del *Panorama* se hace un examen de conciencia, podrá comprobar que la crítica que en Chile se hizo de su obra es cortés, caballeresca, casi tímida.

Pero fuera de estas alegaciones de índole más personal que literaria, el artículo de M. Daireaux contiene algunas ideas propiamente literarias. Reduzcámonos a ellas, como es lógico.

Dice M. Daireaux que ninguna de las críticas dirigidas a su obra ha sido general como lo es, en cambio, su *Panorama*. Enteramente de acuerdo. Es natural que cada crítico haya leído con mayor detenimiento la parte que en ese libro correspondía a su país y que fuese esa la que le hiciera prorrumpir en críticas o

protestas según el caso. Sin embargo, en un artículo publicado en esta misma revista en el mes de Mayo último dedicamos tres páginas a estudiar los aspectos más generales de dicho libro. No sé si el señor Daireaux conozca ese artículo y aunque pueda parecerle insignificante, la verdad es que queda en pie el hecho de que en Chile hubo por lo menos un comentarista que tomó en cuenta algunos de los lados generales del *Panorama* antes de proceder a un examen particular. Pero no estuvimos solos en esa apreciación. De los varios artículos que *Alone* dedicó oportunamente en *La Nación* de Santiago al mismo libro, la mayor parte fué consagrada también al primer capítulo del *Panorama*, que es general, y que el crítico chileno consideró elogiosamente. ¿Tampoco ha leído esos artículos M. Daireaux? Es sensible.

Pues bien, dijimos en nuestro modestísimo trabajo que M. Daireaux hacía muy mal en prescindir de Méjico y de las Antillas en su *Panorama*. Ahora, en el artículo anterior, el escritor francés dice que se vió obligado a prescindir de esos países porque «debían ser objeto de un volumen posterior.» Sin embargo, si el lector curioso recorre el *Panorama* de M. Daireaux no encontrará alusión alguna a este hecho. Debo suponer en este caso en un olvido, muy lamentable por cierto, del autor. Si así no fuera nos veríamos obligados a pensar en que el *Panorama* de Méjico y de las Antillas ha sido planeado con posterioridad a la publicación del libro de M. Daireaux. ¿Cuál de las dos soluciones es la verdadera? No tengo por el momento antecedentes para decidir documentalmente la cuestión, pero me parece que hay presunciones graves de que es la segunda la que se acomoda a los hechos.

Dice M. Daireaux que su libro le ha costado mucho trabajo, que ha leído más de dos mil volúmenes para llegar a documentarse y que los nombres omitidos lo han sido no por ignorancia sino porque dentro de su plan no cabía nombrar a todos y cada uno de los escritores americanos.

Bien estaría esto si no fuera simple alegato «pro domo»— como califica el propio autor su artículo—. Pero ocurre que precisamente lo que más falla en ese *Panorama* es la documentación y que a ella se debe la omisión de algunos nombres chilenos, que anotamos en el artículo ya referido, y la inadecuada presentación de otros. El caso de la creación de la novela en Chile es ejemplar. Dice M. Daireaux en su *Panorama*:

Au Chili, Rosario Uribe de Orrego fut la créatrice du roman; elle est antérieure à Alberto Blest Gana, qui fut un des meilleurs écrivains du Pacifique... (Pág. 191.)

Error de documentación, precisamente. Desde luego la persona a quien alude M. Daireaux es doña Rosario Orrego Uribe y no al revés, hecho que tiene mucha importancia si se considera que la familia Orrego sigue ocupando vasto sitio en las letras nacionales y que cuenta con el insigne honor de haber dado a Chile la primera novelista. Pero decir que la señora Orrego de Uribe es la primera novelista no es lo mismo que decir que fué la creadora de la novela. La novela chilena es anterior a doña Rosario, como lo prueba el hecho muy sencillo y muy fácil de probar de que don Alberto Blest Gana publicó en 1858 dos novelas, *Engaños y Desengaños* y *El primer amor*. La primera obra de la señora Orrego de Uribe salió en 1861.

Una palabra sobre el método documental. Estas precisiones las puede hacer el que guste en dos libros: *La novela en Chile*, de don Luís Ignacio Silva, publicado en 1911, y *La literatura femenina en Chile*, de don José Toribio Medina, publicado en 1923. ¿No conoció estos dos libros M. Daireaux? Si nos lo conoció, ¿cómo se explica su arrebatada afirmación de que ha leído tanto y se ha preocupado tanto de documentarse? Si los conoció, ¿cómo se explica el error?

Claro está, la documentación sobre la literatura americana no es fácil. Como dice muy bien el señor Daireaux, la mayoría de los críticos americanos no conoce la literatura de los países vecinos al suyo propio. ¡Cuánto más difícil no le será llegar a ese mismo fin a un europeo! Sin embargo, veamos dos libros que sirven de antecedente al que ha escrito M. Daireaux. Uno de ellos es la *Historia de la poesía Hispanoamericana*, de don Marcelino Menéndez y Pelayo; otro, la *Historia de la lengua y de la literatura castellanas*, de don Julio Cejador y Frauca (1). Ninguno de estos autores vivió en América (en esta circunstancia el señor Daireaux queda favorablemente colocado para hacer su libro porque ha vivido en América y tiene amigos y parientes en estas tierras). Eso no impidió, sin embargo, que se documentaran cabalmente. El libro de Menéndez y Pelayo es casi irreprochable. El de Cejador no lo es tanto, pero los errores que contiene se pueden corregir fácilmente porque el autor tuvo cuidado prolijísimo de indicar sus fuentes y sus documentos.

(1) A estos libros pueden agregarse el del norteamericano Coester sobre nuestra literatura. Coester como ciudadano de los Estados Unidos disponía en las bibliotecas de allá—y particularmente en la Public Library de Nueva York—de una abundante colección de libros hispanoamericanos. No puede por tanto equipararse su situación a la de Menéndez y Pelayo, Cejador y Daireaux. Pero cabe preguntarse: ¿ha leído M. Daireaux a Coester? Parece que no porque podría haber evitado por tan fácil medio muchos errores.

M. Daireaux no ha tenido ese cuidado y borró la pista de sus estudios previos. Pésima manera de acometer un trabajo de esta índole, y ahora vemos que M. Daireaux paga las consecuencias de ella.

En cambio M. Daireaux se ha documentado en fuentes vivas, es decir, de viva voz por los escritores americanos que ha conocido en París. También es una mala manera de documentarse si no se dispone del tacto necesario para aquilatar el valor respectivo de las informaciones. Tal es el caso de M. Daireaux. Ha aceptado sin discernimiento lo que sus gratuitos informadores le decían, y de allí que en la pista de sus errores podamos reconocer al autor de ellos. M. Daireaux no es, pues, sino el padrino de estos desaguizados, pero un padrino que sale hoy a la defensa—muy hidalgamente por cierto—de sus desleales informadores, sin nombrarlos.

Claro está, tenemos que estar de acuerdo con M. Daireaux en que su obra no puede ser perfecta, puesto que no es propio de un hombre hacer nada que alcance tal calificativo. Pero fuera de eso, su obra es imperfectísima y en ella se notan errores tan groseros que invalidan casi por entero su alcance. Cité un ejemplo en mi artículo primitivo y creo que lo debo citar otra vez.

Ecrire l'histoire de la poésie sudaméricaine—dice M. Daireaux—, c'est écrire l'histoire même de sa littérature. (Pág. 59.)

Esto es falso de toda falsedad, por lo menos en lo que toca a varios países americanos. ¿Fué poeta Montalvo en el Ecuador? ¿Lo fueron Mitre, Alberdi, Sarmiento, Gómez y López en la Argentina? ¿Lo fueron Barros Arana, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna, Lastarria, Blest Gana, Jotabeche, Pérez Rosales y tantos más en Chile? Generalizaciones de ese gálibo invalidan casi los aciertos que en una u otra página pudieron notarse.

Dice M. Daireaux:

Otras veces se intenta las listas de los nombres olvidados y sobre diez que se citan, hay siete u ocho que figuran efectivamente en el Panorama. ¿Se ha leído mal? ¿Es mala fe?

No, señor, ni se ha leído mal ni es mala fe. Es que no basta citar un nombre al paso, en un tumultuosa enumeración, para asegurar en seguida que se ha tratado del escritor y la obra que corresponden a ese nombre. Hay enumeraciones que aclaran el sentido del párrafo o capítulo en que se hacen. Pero las de

M. Daireaux generalmente falsean el sentido de esos capítulos o párrafos y tienen un alcance opuesto al que se perseguía. En efecto, contradicen la afirmación del crítico-historiador por mil razones.

Este artículo también le parecerá a M. Daireaux muy insuficiente, aunque tal vez no injurioso. Pero ¿qué hacerle? Analizar con pruebas las afirmaciones erradas, las omisiones y tergiversaciones innumerables del autor no es obra de un artículo ni de diez. Es obra de un libro, que naturalmente no podemos escribir porque no hay manera de que salga de inédito.

El señor Daireaux parece creer que en América no se le agradece la intención que ha tenido y amenaza al final de su artículo con despreocuparse en lo futuro de las cosas americanas. Está equivocado. Se le agradece mucho lo que ha hecho; pero ¿no es legítimo también anhelar que lo realizado fuese menos malo? Haga el señor Daireaux una segunda edición de su libro y tome en cuenta en ella las observaciones que se le han hecho. Entonces veremos si era posible esperar de él algo más que este insuficiente *Panorama* y que su ardiente pero débil defensa que hemos comentado a vuelo de pluma.—R A Ú L SILVA CASTRO.

EN TORNO A LA POLITICA EUROPEA

Berlín, Septiembre de 1930.

DESDE la iniciación del período de profundas agitaciones político-sociales que dejó la guerra, Europa vive hoy sus tiempos de mayor incertidumbre. El panorama político europeo aparece cada vez más confuso e inquietante. Es una exclamación bastante generalizada entre las gentes que confían excesivamente en la acción de los guías geniales, que a Europa le faltan en estos tiempos grandes hombres. Los comunistas creen en la grandeza de Stalin, los fascistas en la genialidad de Mussolini e Hitler, los liberales en la sabiduría política de Briand. Los socialistas no hallan ni en Mac Donald ni en los líderes alemanes un hombre digno de sus esperanzas. Los observadores y los estudiosos más o menos imparciales dudan de la influencia europea de todas las figuras eminentes de esta

época que frente a los graves problemas internos de cada país—Rusia, Italia, Inglaterra, Francia o Alemania— no tienen tiempo ni fuerza para irradiar sus prestancias de conductores continentales.

La guerra ha dejado profundos e innumerables problemas. En los primeros años de la paz forzosa, se creyó en la muerte definitiva y pronta del sistema capitalista europeo por la revolución que Rusia anunciaba al viejo mundo. Parecía evidente que el proletariado de la Europa industrial acudiría pronto al llamado comunista. La influencia moral de Rusia y de sus grandes guías apareció irresistible. Europa cuenta con el proletariado más numeroso, más antiguo, más consciente, más sufrido y más listo para las luchas de clase. Si una potencia de la importancia de Rusia enarbolaba la bandera de la revolución, todos los pronósticos se inclinaban a esperar que las clases obreras, desangradas por la guerra, mordidas por la miseria, comprenderían que—con las palabras del célebre manifiesto de Marx—tomar el camino de la rebeldía, sólo implicaba perder cadenas para ganar un mundo.

Después de un decenio de intensos fracasos, la revolución social no se ha producido todavía. El proletariado de los grandes países industriales no ha lanzado aún su grito de insurrección. El partido comunista internacional, relativamente numeroso en Alemania y en Francia, casi insignificante en Inglaterra—el país de las más antigua, organizada y fuerte clase obrera de Europa—, no demuestra haber alcanzado la fuerza suficiente para tomar el poder. En Italia, el fascismo ha dominado a las masas con su arrogancia nacionalista. En el resto de Europa, frente a cada intento de rebeldía, han surgido poderosas las falanges contrarias.

Los observadores de este interesante fenómeno han intentado interpretarlo desde distintos puntos de vista. ¿Falta de grandes guías? ¿Influencia desviadora de los jefes reformistas? ¿Impreparación de la clase obrera para asumir el poder? ¿Consistencia del sistema capitalista? ¿Influencias de los Estados Unidos? A cada pregunta se ha respondido diversamente. Los individualistas han señalado como motivo determinante de la falta de ímpetu revolucionario en las clases proletarias europeas la ausencia de verdaderos directores o la abundancia de malos. En esta afirmación—y desde otro punto de vista—coinciden muchos voceros de la izquierda extrema. Los socialistas ortodoxos replican que la responsabilidad histórica de la actitud no revolucionaria de la mayoría de la clase obrera de Europa, no puede gravitar sobre los conductores.

Sería—dicen—renegar de la concepción social del desenvolvimiento humano; a la historia no la hacen virar los individuos cuya influencia no es causa sino efecto de la realidad social. Para los socialistas, la hora de la revolución no ha llegado porque si así fuera ya estaría hecha a pesar de todos los malos guías. Los partidarios y devotos del capitalismo proclaman la perdurabilidad del sistema. Los nacionalistas insisten en la omnipotencia de los intereses y sentimientos circunscritos por las fronteras de cada patria. Los más optimistas convienen en que fué error del comunismo ruso someter la marcha de la revolución a un itinerario. Según ellos, la revolución vendrá, pero es audaz e inocente señalarle plazo fijo.

En esta vasta controversia es difícil distinguir la observación desinteresada de la propaganda partidista. Empero, la realidad de la Europa actual continúa inquietando la mente de los intérpretes. La revolución proletaria europea—que se anunció insistentemente como consecuencia inmediata de la guerra—no se ha producido aún, y Rusia, país predominantemente agrario, ha tenido que enfocar directamente el problema de su industrialización para librarse así de la dependencia de los países capitalistas. Para su política de industrialización Rusia necesita de las relaciones con los pueblos industriales, y como la Europa industrial necesita de los productos agrarios y de las materias primas de Rusia, las conexiones diplomáticas y los convenios comerciales han sido imperativos. Con ellos se han ajustado condiciones de no interferencia política—expresamente ratificadas en el último tratado con Inglaterra y en el recientísimo acuerdo con Alemania—, que limitan sin duda la acción política internacional de Moscú subordinándola a una imperiosa e inmediata necesidad interna. El esfuerzo de Rusia hacia la industrialización impone la concentración de todas sus energías para realizar un proyecto gigante limitado al plazo de un lustro. Para adquirir máquinas capital fijo—, Rusia debe exportar productos agrícolas y materias primas—capital circulante—. Ese esfuerzo estupendo, sin precedentes en la historia económica, impone el aplazamiento de otras actividades y exige paz. El problema presente de Rusia es industrializarse para cumplir apresuradamente la etapa capitalista, bajo la dictadura del proletariado, y consumir después el ideal comunista. El problema presente de la Europa capitalista es aprovechar esta tregua y consolidar su viejo sistema.

En las zonas de Europa, la del capitalismo y la del comunismo, se produce, pues, con distintos objetivos, un fenómeno de afirmación económica nacional. Rusia vincula a su unidad

de sistema su unidad férrea de dirección. La Europa occidental sigue su marcha, dentro de un sistema establecido sin hallar hasta ahora una línea política común. Rusia confía en el fracaso del capitalismo de occidente y la Europa burguesa espera que Rusia no salve los riesgos de su tremendo esfuerzo por acelerar su evolución.

Para conseguir la unidad de dirección política de la Europa occidental se intentan todas las formas de organización política. Los conservadores nacionalistas sostienen la necesidad de afirmar las viejas instituciones, ya por los transitados caminos de la política del zapa, del armamentismo y del refuerzo del capitalismo, ya por los medios violentos de agresividad reaccionaria y de intolerancia implacable. Los liberales y democráticos propugnan, con el auxilio de los socialistas, la federación de Europa, la limitación de armamentos, la cooperación internacional dentro del presente sistema económico. Los comunistas, como desde hace doce años, continúan urgiendo al proletariado a la revolución. La lucha de estas fuerzas no define victorias. Los nacionalistas—particularmente los de filiación fascista—no cejan en su grito guerrero. En Italia amenazan a Francia. En Alemania piden desquite contra los vencedores. Frente a la propaganda bélica surge la proyectada unión de Europa. Pero los nacionalistas acusan a Francia, defensora de la iniciativa, de buscar su hegemonía y seguridad. Inglaterra que es reino y es imperio no puede comprometerse a una desintegración de sus dominios y colonias, implicada en el supuesto de su ingreso a la federación proyectada. De otro lado, el plan de Pan-Europa excluye a Rusia, y en el caso más actual, supone un frente único contra los Estados Unidos, autoridad suprema de las finanzas de Europa, mientras se paguen las fantásticas deudas de la guerra.

El problema no puede ser más complicado. Lo lejano de su solución explica la incertidumbre inquietante de Europa. Ninguna fuerza parece suficientemente poderosa para imponerse. Ningún hombre suficientemente grande que concite la autoridad necesaria para guiarla. Europa vive en trance de crisis. Se creyó que la guerra sería como la cura trágica de sus males. Pero todos los pronósticos, todas las profecías han fracasado hasta hoy. Renace el presentimiento siniestro: ¿guerra de clases?, ¿guerra de naciones? Algo anuncia que la sangre vertida no ha sido suficiente. Y todo espera Europa, menos la paz.—HAYA DE LA TORRE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EL ARABE QUE HABLAMOS (1)

CUANDO se oye hablar el árabe, lo que más llama la atención es su exceso de guturales fuertes, tanto que para representarlo fonéticamente hemos ideado en Chile la frase: «Bájame la jaula, Jaime.» Y nos inclinamos a pensar inmediatamente que las diez mil y tantas palabras de este idioma que pasaron al español en los siete y medio siglos de dominación mulsumana han debido ser suavizadas, para acomodarlas a la mayor dulzura del latín. Si estudiamos varios casos particulares, veremos que esto no es así; que, por el contrario, palabras árabes de suave entonación han tomado en el castellano una marcada aspereza. Los ejemplos son numerosos; basta citar al azar unos cuantos: *naranch*-naranja; *yarra*-jarra; *zirafa*-jirafa; *achuar*-ajuar; *llaesz*-jaez; *in sha Alah*-ojalá, etc. La explicación está en que abunda en árabe la *h*, que es pronunciada como en los idiomas germánicos, es decir, aspirada; de tal manera que árabes, ingleses y alemanes pronuncian lo mismo la palabra «alcohol». La *h* árabe se hizo muda al pasar al español, salvo en pocas excepciones, como en *al-hilel*-«*alfiler*». En otros casos desapareció: *azarh*-azar; *albacena*-alacena.

Pero en general las palabras árabes al pasar al español han tenido menos variaciones de forma que las latinas. Numerosas son las que se han conservado invariables; citaremos entre las más usadas: *arroz*, *azúcar*, *aceituna*, *limón*, *alcuza*, *alcoba*, *aldaba*, *aceite*, *acequia*, *tarifa*, *tarima*, *zorzal*, *azucena*. En una gran cantidad la variación es insignificante, o sólo varía la pronunciación como en *alhelí*, *almohada*, *alharaca*.

En cuanto a los cambios semánticos, son también en menor proporción que en las de origen latino. Se debe esto seguramente a que la gran mayoría de las palabras de origen árabe son sustantivos concretos, en mucho menor cantidad los adjetivos y unos pocos verbos.

Hay palabras árabes cuyo uso se ha conservado en Chile

(1) Este artículo ha sido escrito con la cooperación del secretario del Club Sirio-Palestino en Santiago, don Pedro Schain, quien estudió el árabe en una de las mejores escuelas de su ciudad natal, Damasco. Posee el señor Schain un buen diccionario árabe y otro de lo más completo, en varios tomos, árabe-francés y francés-árabe. Además, recibe continuamente revistas de Egipto y Siria, redactadas en este idioma, y tiene libros de los mejores escritores árabe-parlantes, de modo que está al día en lo que se refiere a su idioma patrio.

entre la gente campesina o entre la plebe de las grandes ciudades; y habrá muchos que temen usarlas en la creencia de que se trata de chilenismos no aceptados por el léxico oficial. Tal ocurre con *baldado*, empleado con el significativo que le da el diccionario: «privado del uso de alguno de los miembros, por enfermedad o accidente». El verbo *baldar* que figura en el diccionario ya no se usa, y sólo queda el participio. Viene este vocablo del árabe *batala*, verbo que significa: «privar a una cosa de algo, dejar de funcionar».

Una cosa semejante ocurre con *cáfila* («una multitud de personas o cosas»), que no ha variado de forma, pero sí de significado, porque «cáfila» llaman los árabes a lo que nosotros llamamos «caravana». Este último vocablo, según la Academia, tiene su origen en el persa *carauan*. En árabe existe el vocablo *al-caravan*, pero es el nombre de un pájaro.

Hay vocablos árabes que han pasado al español con su misma acepción, y la conservan en la península, pero han variado en América: tal ocurre con *azafate*, de *al-zafat*, «un canastillo de mimbre o alambre». En algunos casos, a vocablos árabes de uso general se ha dado en español uno más restringido. Así «alforza» viene de *al-jazar*, «costura». Este vocablo, sin el artículo, es un verbo que significa: «pasar una cosa de una parte a otra; coser, etc.» «Alférez» deriva de *al-feriz*, «hombre diestro para montar un caballo» o sea lo que nosotros llamamos un *jinete*, vocablo este último que, según la Academia, tiene su origen en otro griego, y según otros, en el nombre que se daba a cierta caballería berberisca que los moros trajeron a España. Algo semejante ha ocurrido con «badana», que viene de *batana*, «cualquier clase de forro».

Van a continuación algunos sustantivos nuestros que tienen su origen en algún verbo árabe:

«Sofá» de *saffa*, colocar uno al lado del otro.

«Alborozo», de *boruz*, mostrarse después de haber estado oculto; salir a cancha; exhibirse».

«Tarifa», de *tarifa*, dar a conocer, publicar.

«Zahorí», de *sahuri*, sacar a luz una cosa, hacerla brillar, descubrir un tesoro. Se da en árabe este nombre al hombre capaz de ver algo bajo tierra, descubrir lo oculto.

«Albacea», de *al-wasa*, la acción de testar.

«Alfiler», de *alhiñel*, «colocar una cosa entre otras dos, estrechamente». En árabe moderno al alfiler es llamado *dabus*.

«Baza», de *bazza*, ganar a alguien, obligarlo, quitar una

cosa a una persona. «Bazza» se llama también la cosa quitada o ganada.

«Zaga», de *zakat*, hacer andar un caballo lerdo.

«Tabique», de *tachbiqui*, afirmar una cosa con otra.

«Alarido», de *garida*, dar la nota aguda en el canto, el canto agudo de los pájaros. Los árabes llaman al tenor «al-garrid».

He aquí ahora una lista de palabras cuya acepción ha variado al pasar del árabe al español:

«Azulejo», de *azelich*, una piedra muy lisa. Es sustantivo derivado del verbo *zalaya*, «resbalar».

«Albóndiga», de *Al-bundoc*, una especie de avellana pequeña, de color rojizo.

«Bodoque», de *bundoca*, una avellana grande.

«Alacena», de *albacena*, hueco practicado en la pared, para guardar alguna cosa de valor, o esconder un tesoro.

«Alarde», de *Al-hardd*, una parada militar, una representación.

«Alcahuete», de *al-cuwad*, el que guía a las tropas.

«Avería», de *awara*, cosa echada a perder: un traje con roturas, etc.

«Zagal», de *zagal*, joven animoso.

«Aloja», de *jaloc*, una especie de perfume muy penetrante, como el almizcle.

«Dársena», de *darsinaa*, escuela de artes y oficios.

«Diván», de *diuan*, la sala en que se verifica una reunión.

«Alcantarilla», derivado de *al-cániara*, un arco de piedra o de ladrillos.

«Candil», de *candil*, lámpara de aceite que se coloca en las mezquitas o en las iglesias.

«Jubón», de *llubat*, un vestido largo.

«Arrope», de *arrob*, el líquido espeso y dulce obtenido después de cocer cualquier clase de frutas.

«Aduana», de *adayuan*, una oficina pública, para recibir a la gente.

«Almanaque», de *almanaj*, el clima.

«Bellota», de *balota*, nombre de un árbol.

«Tahur», de *dajul*, hombre falaz y astuto.

«Jaez», de *llahez*, adorno, la corona de azahares de la novia.

«Ajuar», de *achuar*, el vestuario más bonito que puede llevar una persona.

«Alcoba», de *al-cobba*, el cielo; todo techo redondo y cón-

cavo de una habitación; la habitación que tiene techo en esta forma.

«Cafre», de *cafer*, incrédulo, ateo.

«Zoquete», de *zocat*, fruto que cae del árbol y que no se aprovecha: pasmado o verde.

«Zaino», nombre que dan los campesinos al caballo de color café, viene de *jaen*, «traidor».

«Alazán», de *al-hazan*, el caballo fino, el más bonito.

«Haras», palabra con que en los idiomas europeos se designa al criadero de caballos de carrera; significa en árabe, «un corral para caballos».

«Joroba», de *hadaba*, toda cosa convexa.

«Cazurro», de *cadzur*, hombre desaseado.

«Almácigo», de *almazara*, un prado, una plantación.

«Alarife», de *al-arif*, el sabio.

«Albricias», de *al-bichara*, el anuncio, la buena nueva.

«Alcurnia», de *al-cunya*, el nombre, el apellido.

«Adalid», de *adalil*, el que dió la señal, el que muestra el camino.

«Algazara», de *algazara*, abundancia, exceso. Por extensión, se dió también nombre de «algazara», exceso de bulla, a la gritería que formaban las tropas moras al atacar al enemigo.

«Bata», de *batt*, un vestido de tela gruesa que se usaba antes. También esta palabra es un verbo árabe que significa «cortar de raíz».

Es curioso el origen de algunos vocablos. Así nuestro verbo «arrear» viene de la interjección *harr* con que los árabes del desierto animan a los camellos. *Harr* es también el nombre de una enfermedad intestinal del camello.

Cohol, que dió forma a la palabra alcohol, es en árabe el nombre del genio de la locura, o más bien de una especie de *cuco* para asustar a los niños. Se supone que se dió este nombre al alcohol por los árabes, debido al efecto producido por el aguardiente en el hombre.

Al-jara llamaban los árabes a una caballería ligera que salía en son de guerra por campos cristianos en España; de donde nació nuestra «algarada».

Alharaca, de *al-haraca*, el movimiento general, como por ejemplo, el movimiento de la tierra. Se dice *al-haraca*, por el movimiento hecho por el hombre con un solo miembro: un brazo, una mano, etc.

«Ajetreo», de *al-tharic* (se pronuncia *alt-jaric*), «varios movimientos al mismo tiempo: es aplicable al hombre que camina y mueve al mismo tiempo los brazos».

«Gandul», de *gandur*, un hombre elegante equivalente a un «pije».

Quermes, se llama en árabe a un insecto, por el estilo de la cochinilla, que da el color rojo: de ahí derivan nuestros vocablos «carmesí» y «carmín».

«Quilate», viene de *quirat*, la 24 avá parte del miskal, medida de peso que se usaba antiguamente, aplicable al oro y a las piedras preciosas.

«Quintal», de *quintar*, cien *ratl*, una medida de peso equivalente a tres kilos más o menos.

«Taza» viene de *tast*, una fuente de greda o de cobre, para lavarse las manos o llevar agua con ella.

Los árabes al acto de saludar lo llaman *zalam*, y como su saludo es con mucha reverencia, en España se llamó *zalamero* al que andaba con muchas cortesías y alabanzas. *Zalam* en árabe significa «Paz».

«Morisqueta» significó primero «ardid o argucia propia de los moros».

Para saber el origen de «baladí» es necesario hacer un verdadero rodeo en el Diccionario de la Academia: deriva de «balde», y este del arcaísmo «balda», transformación del vocablo árabe *batila*, «cosa que ya no sirve». Pero existe también en árabe la voz *baladí*, con una acepción muy diversa: «decadencia, flojera».

«Algarabía» llamaban los españoles a la lengua árabe, modificando un poco *al-arabía*, «el idioma árabe».

La palabra árabe *cazhat*, «una olla pequeña de greda, o fuente de greda», dió lugar a la palabra española «cazo», una vasija con mango». De aquí derivó «cazuela», una olla de greda. (En Chile hemos aplicado al contenido el nombre del continente.) De «cazo» derivan también «cacerola», «cachivache» y «cazoleta».

«Jaque» es vocablo que nos vino del persa a través del árabe, y su origen es *sha*, «rey». Es, pues, redundancia decir «jaque al rey».

Nuestro «café» viene de *cahuá*, pero los árabes llaman así sólo a la bebida. El arbusto mismo y su fruto son designados con una palabra muy diversa: *Bon*.

«Almirante» viene de *Emir-al-bahr*, «Príncipe del mar»; «Alcalde», de *al-cadi*, «el Juez», y «Alcaide» de *al-caid*, «el jefe de una fortaleza».

«Albañil», de *al-banni*, el constructor de una casa.

Además de «alcohol», el árabe ha proporcionado varios vocablos al lenguaje de la ciencia; como, por ejemplo, «álcali», que es el nombre de la soda, y «álgebra», de *al-chebr*, «la re-

ducción». Pero ya no se usa *alchebr* con esta última acepción sino únicamente con la misma de los idiomas europeos: «una parte de las matemáticas». «Alquimia» fué tomada también del árabe *al-kimia*, pero a lo que parece este vocablo lo tomaron a su vez los árabes del griego, y sólo le agregaron el artículo «al», que es inseparable de los sustantivos. Igualmente tomaron del griego *elixir*, para designar el «licor de larga vida» que buscaban los alquimistas.

Hay también varias palabras latinas que pasaron al español a través del árabe, con el agregado del artículo «al», como «alpiste», «almuerzo», «albaricoque», «alcornoque».

Ocurre que hay una gran cantidad de palabras árabes, dadas por el Diccionario de la Academia como origen de otras españolas, que ya no se usan en el árabe moderno. Tal ocurre, por ejemplo, con *al-hombra*, antecesora de «alfombra». No se la encuentra en el Diccionario árabe, y en el árabe-francés se encuentra *al-jombra* con la acepción *tapis-franc*, o sea, traducido a español, «garito, tapete verde». Lo más seguro es que *al-hombra* sea una modificación de *al-hambra*, «la roja», lo que se explicaría por el hecho que las alfombras hechas en oriente eran de color rojo.

«Zarza», según la Academia, viene de *zaraz*, palabra que tampoco se usa actualmente. *Ausach* se llama ahora a la zarza. Y a propósito, es curioso el origen de «zarzuela». Esta palabra es un diminutivo de «zarza» y era el nombre de la propiedad real donde se representó por primera vez un sainete con música, o sea lo que hoy llamamos «zarzuela».

Asimismo, la Academia da a *fanica*, «saco», como origen de «fanega». *Fanica* ya no se usa: un saco es llamado ahora *kis* o *zakiba*.

«Albayalde» viene de *al-bayad*, «blancura». Lo que en español se llama «albayalde» es designado en árabe por una palabra muy diferente; pero ocurría que las mujeres, en las provincias dominadas por los árabes en España, acostumbraban usar el albayalde como afeite, y en vez de pedirlo en las boticas con su verdadero nombre en árabe, lo designaban *al-bayad*, «la blancura» o «el blanqueador».

La semejanza de forma entre algunas palabras españolas puede inducir a error respecto a su origen. ¿Quién no pensaría que «zurrón» y «zurrar» vienen de la misma fuente? No es así; «zurrón» trae su origen del árabe y «zurrar» del portugués.

Hay casos en que una palabra de procedencia árabe tienen o ha tenido dos acepciones muy diferentes. Ejemplo: «azogue», por una parte el nombre vulgar del mercurio, y por otra el de

un mercado. Se debe esto a que dos palabras árabes diferentes se transformaron en una misma española. Así, el origen de la primera acepción es *azaue* y el de la segunda *azoe*. A lo que parece, ya «azogue» no se usa con este último significado. En cuanto al árabe *azaue*, se ha transformado o ha desaparecido: el mercurio es llamado actualmente *zaibac*.

«Alhaja» viene de *al-haya*, pero ahora se dice *al-hila*.

Pero no sólo ha tenido el árabe cambios formales desde la dominación de los musulimes en España; también las palabras han variado de significado. Así ya no se llama *alcuza* al depósito del aceite en la mesa, sino a un jarro para tener agua en el comedor. Idioma vivo, ha tenido que evolucionar, por lo que muchas de aquellas palabras que dieron vida a la cuarta parte de la lengua española son ya para los árabes actuales letra muerta.

El árabe se habla actualmente en Arabia propiamente dicha, en Mesopotamia, en Palestina, en Siria, en Monte Líbano, en Egipto, en Tripolitania, en Argelia, en Túnez, en Marruecos y en varias tribus nómades al sur de estos cuatro últimos países.

—JANUARIO ESPINOSA.

EL CONDE KEYSERLING EN LA SORBONA

LOS lucidos viajeros que regresan de la patria de Lincoln se hallan en general de acuerdo sobre un punto básico de sus conclusiones, hasta cuando sus reservas de detalle difieren radicalmente. Están unánimes en proclamar que los Estados Unidos representan en su relación con Europa una nueva civilización, un *mundo distinto*.

Para el conde Keyserling, «el mago que aspira a renovar a hombres y pueblos»—según el donoso decir de Francisco García Calderón—, la joven Democracia del Norte podía ser considerada todavía antes de la guerra, a despecho de su independencia política, como una prolongación colonial del Viejo Continente. En 1916, durante el período que precede a la intervención de Estados Unidos en el conflicto armado, las cosas cambian y una nueva era se abre para la gran República. Los descendientes de las trece colonias inglesas toman conciencia de sus fuerzas magníficas, de la cabal pujanza que ellos significan en presencia de una Europa envejecida y des-

garrada por absurdas disputas... Se forma lo que se pudiera llamar *una nación norteamericana*.

El nuevo Estado evoluciona rápidamente y, a medida que la transformación se opera, divergencias cada vez más hondas se multiplican entre la madre Europa y la hija de ultramar.

En una brillante y amable exposición desarrollada en la Sorbona en el pasado mes de Junio, bajo los auspicios del *Foyer de la Nouvelle Europe*, el conde Keyserling señaló a su auditorio (aunque reservándose para más tarde el capítulo de sus conclusiones definitivas y completas), la prodigiosa distancia que separa hoy sin excepción a los países de la cultura clásica de los Estados Unidos de América.

No se trata de establecer paralelos o comparaciones cualitativas que en esta ocasión no vienen al caso. Que los anglo-americanos se crean el pueblo más dinámico, más adelantado, más progresista de la tierra; que los europeos pretendan, por su lado, que toda civilización procede de ellos y que no es dable aun referirse a las virtudes castizas de una nación moza, todo esto tiene una importancia muy relativa. Si seguimos al maestro de Darmstadt en sus perentorias sentencias, dos países son en el universo moderno los que poseen más alta significación, a pesar de las inferioridades morales o culturales que puedan atribuírseles con respecto a la Europa desvaída: Estados Unidos en un polo y la Rusia bolchevique en el otro opuesto.

El porvenir se elabora a través de esos dos pueblos, gracias a ellos, acaso contra la voluntad de ellos mismos... Así como en la segunda centuria de nuestra era—y a pesar del aparente esplendor del Imperio romano—, los destinos del mundo se preparan en las lóbregas catacumbas cristianas que, como es bien sabido, no encarnaban ni la *élite* social ni la refinada cultura de la época.

Numerosos ejemplos podrían recordarse para fijar la diferencia total que existe entre la civilización angloamericana y la europea. La falta de espacio nos obliga a citar nada más que tres:

1. Ante todo, y no obstante el descrédito que ha sufrido la noción de la *majestad del Estado* en el curso de las últimas décadas, sigue predominando todavía aquella norma en las mentalidades del Antiguo Continente. Inclusive también en las directivas socialistas que buscan ampararse en el poder (o sea en el Estado) para aumentar la fuerza de éste y multiplicar sus atribuciones. En Norte-América no tiene ningún prestigio. El Estado es una máquina organizada para rendir

determinados servicios (que rinde bien o mal), pero enfrente del que sería absurdo postrarse y ante el cual nadie se somete sino en la exacta medida que el interés privado aconseja hacerlo.

En Estados Unidos no existe el respeto por la cosa pública tal como se cultiva en Europa. Los organismos privados ejercen dominio sobre la política, profesión ésta considerada como «oficio sin gloria». El «forum», cuya imagen continúa reflejándose en los parlamentos del Viejo Mundo, carece de magnificencia. Engañar al Estado no es tan sólo adorno de malandrines, y los norteamericanos aportan a este juego «deportivo» el mejor entusiasmo de su sangre joven...

2. Se afirma, a menudo, que los Estados Unidos son un pueblo alejado en millares de leguas del socialismo. Pero, explica el conde Keyserling, si se liberta la idea matriz del socialismo de cierta interpretación marxista, socialismo quiere decir en su esencia primacía de lo colectivo sobre lo individual. La fórmula yanqui es exactamente la misma. Los ciudadanos de Nueva York y de California no hablan de socialismo porque viven en realidad en un país *socializado*, en un marco inmenso donde se obra por masas, donde se piensa colectivamente, donde se viste *en serie*, donde se goza con placer *estandarizado*... Nada—exclama el autor de *El Mundo que Nace*, acaso con una brizna de exageración,

nada es menos original que un americano, poco importa que pertenezca o no a la casta de los inteligentes. Ningún pueblo—agrega el filósofo—se halla desprovisto a tal extremo de imaginación como el de Estados Unidos.

3. En fin, el tercer punto es la importancia especial que tiene la mujer en Norte-América. Como los hombres están absorbidos desde la juventud y antes de la mayoría de edad por la obligación de ganar el pan, *de hacer dinero*, el sexo débil ha sido el primero, y durante largo tiempo casi el único, en poseer algunos rudimentos de lo que los europeos denominan cultura. El hombre está por lo general demasiado ocupado para discurrir, o por lo menos, para raciocinar gratuitamente, es decir, para pensar en disciplinas ajenas a la actividad propia en que se encuentra empeñado.

Las mujeres, pues, han tomado ventaja preponderante; son ellas las inspiradoras de tan gran número de leyes puritanas, y esta influencia explicaría, según el pensador teutón, ciertas concepciones específicamente americanas, «tan estrechas, tan escasas de genio, tan singulares, que a los europeos se les antojan casi incomprensibles». La ley de prohibición y la manera brutal y absoluta como ella fué concebida, procederían,

de esta suerte, de una idea femenina. Otra idea (femenina) del mismo orden es la de que Norte-América debe constituir un mundo cerrado, bastándose a sí mismo y lo menos obligada posible en los múltiples problemas del universo actual. Concepción poco conciliable con la importancia geográfica de Norte-América, con su colosal riqueza, con la pretensión que abriga la Democracia del Norte de ser «la palanca y el guía moral del resto de la humanidad».

Es preciso admitir el *hecho* americano, concluye el huésped de la Sorbona. Pero ante esta realidad formidable, Europa no puede vivir sino manteniendo el sentido que ella tiene de la variedad, de la diferencia y, para decirlo todo de una vez, de la individualidad. Asistimos al nacimiento de un Mundo Nuevo, y éste tendrá la significación que le asignen los espíritus de *élite* capaces de comprenderlo. En este mundo de masas, Europa, cogida entre dos fuegos: el materialismo práctico de América y el materialismo doctrinal de Rusia (que podría muy bien ser mañana el de toda Asia), sólo podrá subsistir conservando el espíritu, sosteniendo o recreando los valores espirituales de que tanta necesidad tiene el universo contemporáneo.

Sin embargo, el espíritu nunca ha sido colectivo; el espíritu es siempre privilegio del individuo. Renunciando a querellas sin objeto, cuya prolongación le acarrearía una definitiva caducidad, Europa debe mantener en su propio seno las robustas individualidades nacionales que necesita para la germinación de pensadores abundantes y originales. He ahí su verdadera riqueza. Es la sola cosa *útil* que podrá brindarle al Continente abrumado de bienes terrenos. Europa, en reacción contra el doble materialismo que la cerca, puede salvarse aún si permanece siendo la sal de la tierra, el fermento espiritual del mundo.—
CARLOS DEAMBROSIS MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESIA

V.—LA POESÍA DE HOY

CADA escuela literaria nueva obedece a un deseo de originalidad, que es la distintiva de la alta literatura. Cuando una escuela agota los materiales que constituyeron su riqueza o su aporte a la literatura, materiales de que se extrajeron infinitos matices, tantos casi como escritores los explotaron, sur-

ge, en los escritores que vienen, el deseo de diferenciación. No nos asemejemos a los anteriores; contemos lo *nuestro* y a *nuestro modo*, dicen. Pero eso nuestro y a nuestro modo no es sino la exteriorización de un deseo de personalidad. Lo de *nuestro* es un poco pretencioso. De una escuela literaria a otra no hay gran diferencia en el tiempo ni en sus caracteres. A veces no varían éstos absolutamente nada. (¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre la época de Verhaeren y la de los fundadores del dadaísmo? Fundamentalmente, ninguna. Sin embargo, el poeta belga, a pesar de que su obra presenta, en algún sector, cierta semejanza con la poesía nueva, ha quedado excluido de ella. No es entonces, me parece, dado este ejemplo, una cuestión de época ni la aparición de un nuevo estado de inteligencia, como suponen algunos, lo que ha provocado la aparición de la nueva poesía. Es, en principio, una cuestión de renovación.)

Tenemos, pues, que la creación de una escuela literaria tiene como punto de partida un deseo de originalidad. ¿Qué dirección tomará esa originalidad? ¿Qué formas llegará a tener? ¿Qué reglas constituirán su estética? Estimo que hay, en este sentido, dos órdenes de estética: la intuitiva y la sistemática, es decir, la que crea la obra y la que la explica. Siguiendo una ley psicológica aceptada, de que el acto es anterior al razonamiento, la nueva obra surge primero que la estética de la misma, es decir, que la estética sistematizada, razonada. Pero ha habido primero, en el escritor, junto con su visión de la nueva forma, o inmediatamente después, una intuición de las leyes que podrían regular su belleza. Sin esto la obra no sería creada, ya que nada puede crearse sin tener un punto de apoyo (aquel que pedía Arquímedes), aunque ese punto de apoyo, como en este caso, sea únicamente intuitivo, es decir, no creado ni alimentado por la lógica, sino por cierta capacidad que el creador tiene para imaginarse el conjunto de la obra que va a emprender y las reglas que equilibrarán la obra por emprenderse, dándole la estructura deseada o preferida. Esas reglas que el poeta ha — diremos — solamente sospechado o entrevisto, son explicadas después por otras personas o por él mismo, surgiendo así la estética razonada, sistemática.

Podríamos decir, si se da por aceptado este proceso, que una escuela literaria nueva recorre cuatro estadios: el deseo, la intuición, la obra y la estética. Con esto tenemos una escuela literaria. Pero

la impresión de belleza producida por un conjunto de caracteres, patrimonios de una escuela literaria, disminuye de intensidad a medida del número de veces que, valiéndose de ellos, se ha querido provocarla. Pronto

dejará de producirse y un poco más tarde será reemplazada por una sensación desagradable de impaciencia. Así pasaron el romantiscismo, la escuela parnasiana, el simbolismo. Así es como la metáfora se vuelve clisé. Es la extinción de la impresión de belleza que se ha querido reproducir en demasía en las mismas condiciones. (*J. Epstein: La poesía de hoy.*)

Así nacen y mueren las escuelas literarias. Así ha nacido la poesía de hoy. Así morirá.

* * *

Algunos amigos me han dicho: «Escriba usted sobre la poesía de hoy, sobre la poesía nueva. No la entendemos. Es preciso que alguien nos la explique...»

¿Será necesario que diga a esos amigos que yo tampoco *comprendo* la mejor—sino la mayor—parte de la poesía de hoy? Claro está que al decir esto me refiero a la poesía de hoy en cuanto a obra, no en cuanto a doctrina. La doctrina de la nueva poesía es lo más comprensible y hasta ahora casi lo más valioso de ella. Cada uno de los libros que explican su estética constituye un verdadero tratado de psicología poética. Leyéndolos, el lector se da cuenta de lo que se pretende, advierte lo que se quiere; pero si deja a un lado el libro teorizante y coge uno de cierta poesía nueva, entonces ya no entiende nada. ¿Por qué sucede esto? Porque el lector ha pasado de la prosa al verso, de la razón a la poesía, que si bien tienen un mismo medio de expresión—la palabra—, expresan con ella, en cambio, valores absolutamente distintos. En el paso de una materia a otra, el lector olvida cambiar su actitud intelectual. Esto en algunos casos. En otros, el lector no puede cambiar su actitud. Sólo tiene el sentido de la prosa, del razonamiento. Le falta el sentido de la poesía, así como a otros les falta el de la música o el de las matemáticas. Esta falla de su cultura o esta ausencia del sentido poético, provoca en él, fatalmente lo que él llama incompreensión y, en seguida, la irritación contra una cosa que se resiste a ser comprendida. Esta resistencia no existe sino como suposición, como falsa suposición, en el individuo falto de sentido poético. Pero no hablamos de este ni para este individuo. Hablamos para aquel que teniendo sentido de la poesía, lo tiene poco cultivado o defectuoso.

A este individuo debemos decirle que en esto de entender o comprender la poesía nueva hay un hecho muy sencillo; el siguiente: la parte más valiosa de la nueva poesía no tiene nada que sea necesario comprender para llegar a sentirla. Es más, el deseo de comprenderla mata la posibilidad de sentirla.

Siendo una poesía para la inteligencia, no es una poesía de la inteligencia, tomando esta palabra en su significado de razonamiento y comprensión. Me explico: digo que es una poesía para la inteligencia, no porque deba comprenderse, sino porque no podrá sentirla más que una inteligencia cultivada poéticamente, cosa que, por lo demás, ha sucedido siempre en la alta poesía, y digo que no es una poesía de la inteligencia (razonadora) por lo siguiente: los poetas nuevos, o ciertos poetas nuevos, no expresan en sus versos las reflexiones o los sentimientos que una emoción les produce, sino las asociaciones rítmicas, los juegos de imágenes, los reflejos y las combinaciones de color y de sonido que esa emoción despierta en ellos; o sea, la emoción y los fenómenos por ella suscitados no salen del campo propio, no se relacionan con la razón razonante. El poeta impide que esto suceda y lo impide porque para él—poeta—no es lo interesante la razón sino aquellos juegos rítmicos, aquel vuelo de imágenes, aquellos reflejos y combinaciones de color y de sonido, cuya expresión verbal, condicionada por su sensibilidad poética, puede llegar a dar una impresión de lo que él siente y de lo que él persigue hacer sentir, en lo cual reside su sentido y su concepto de la belleza poética.

Al decir que no es una poesía de la inteligencia, no he querido significar que sea ajena a ella, no; sería tan absurdo como decir que una hija no es hija de su madre. La poesía a que me refiero, más que ninguna otra, es un producto de la inteligencia, aunque no sea, como podría suponerse, inteligible. No todo lo que sale del cerebro del hombre o no todo lo que sucede en él lo es. Los sueños no lo son. Eminentemente intelectual, mejor dicho, eminentemente cerebral, la poesía moderna, por reacción y como renovación, no lo es tampoco. No es inteligible porque es emotiva y porque lo emotivo es anterior al razonamiento. Ahí está el nudo. Es una poesía no inteligible, pero no ininteligente ni anti-intelectual. No lo puede ser.

No se trata de no querer comprender sino previamente de sentir; captar el sentimiento o más abajo aun de la espiga, la sensación en el preciso instante que penetra en la caja de resonancia de la inteligencia; cogerla fresca, viva, ágil, inusada, desprovista de estilización intelectual. Sustraer por un momento, el tiempo necesario para anotarla, una emoción cualquiera al dominio de la parte más razonadora, más abstracta más perfecta, si se quiere, de la inteligencia. (*J. Epstein: La poesía de hoy.*)

Eso es todo. En algunos poemas nuevos, sí; el lector debe recurrir a su inteligencia razonadora para llegar a sentir. El poeta se lo exige:

Cuando Cendrars escribe: «Tengo bombillas eléctricas en la punta de mis nervios», es preciso imaginar que los faros de un automóvil resaltan delante de la máquina como los pómulos en un rostro bajo los ojos; que esos faros son eléctricos; que el hombre del volante dirige la máquina, con la que está ligado, gracias a las palancas y a las manivelas; que nada da mejor una impresión de nerviosidad que un motor trepidante; que el chofer, habituado a su máquina, conoce todos los ruidos familiares en los que sabe distinguir, aún en marcha, la menor falla; que casi se confunde con ella como con una demasiado cariñosa compañera; y que él puede sentir prolongados los nervios directores de sus músculos, los cuales mueven las palancas, por estas mismas palancas y los cables que gobiernan el motor. Bastan estas pequeñas glosas que no exigen más de una fracción de segundo para formularse en un cerebro sano y ágil, para que en seguida la frase de Cendrars sea de clara interpretación. Claro que la glosa puede no seguir exactamente el pensamiento del autor; pero este posible error en nada altera el procedimiento de comprensión que, por lo demás, puede no estar al alcance de todos los bolsillos. (*J. Epstein: La poesía de hoy.*)

Pero esta forma de la nueva poesía no es lo mejor de ella. No creo que perdure. Exigiéndole al lector un esfuerzo razonante para comprenderla y, en seguida, sentirla, la poesía desciende un poco a la condición de adivinanza o charada.

Por lo demás, en esta pretensión de querer entender la poesía de hoy, hay una aberración. La verdadera poesía jamás ha tenido un lenguaje comprensible para la razón; no ha sido la comprensibilidad su mayor valor. La cuarta égloga de Virgilio no se ha comprendido nunca (aún se la comenta), lo que no ha sido obstáculo para que todo verdadero y culto catador de versos la haya encontrado hermosa. Gerardo de Nerval decía:

Mis sonetos no son muchos más oscuros que la metafísica de Hegel y perderían todo su encanto al ser explicados, si ello fuera posible.

Una poesía gusta o no gusta. Si no gusta y se quiere llegar a gustarla por medio del análisis de lo que expresa, el resultado será peor, ya que no hay verdadera poesía que resista una prueba semejante. Si la resiste, es porque en ella no hay poesía. Habrá ingenio, sentimentalismo, historia, educación, higiene, lo que se quiera, pero no poesía.

En sa qualité d'animal raisonnable, le poète observe d'ordinaire les règles communes de la raison, comme celles de la grammaire; non en sa qualité de poète. Réduire la poésie aux démarches de la connaissance rationnelle, du discours, c'est aller contre la nature même, c'est vouloir un cercle carré. (*H. Bremond: La poésie pure.*)

Quitemos a la poesía todas las *règles communes de la raison* y tendremos la poesía nueva; en ella no hay nada que se relacione

con *la connaissance rationnelle*. ¡Pero esto es la locura!, exclamarán algunos espíritus timoratos. Pero, ¿qué importaría que lo fuera, siendo hermosa? Lo importante es esto último. La emoción estética, como toda emoción, no es un acto del razonamiento. ¿Por qué querer, entonces, que la poesía sea comprensible—si nunca lo ha sido—, exigiendo esta cualidad como elemento indispensable para sentir su belleza? ¿A qué se debe la emoción estética que despierta en los hombres—aun en los más incultos—la Gioconda de Leonardo? ¿Es un producto de la razón, de la comprensión? No, puesto que jamás se había pensado en ella y en ella no hay nada que sea necesario comprender. Si se exigiera de un hombre que explicara los motivos que han influido en su emoción, no sabría qué decir. Una esteta tal vez lo diría. Pero eso no tiene importancia; lo que quiero hacer notar es que no fué necesaria la explicación para sentir la emoción. Lo mismo sucede en poesía, en toda la poesía, la de ayer y la de hoy. Aquel a quien no le gusta o no la siente, no intente comprenderla; perderá su tiempo. Y aquel que gustándola intente también comprenderla, creyendo así llegar a gustarla más, perderá, además del tiempo, la sensación de belleza que le había dado. Así está planteada la cuestión. «La explicación del teorema de Pitágoras—me dice un amigo—produjo en mí una especie de deslumbramiento.» Lo creo. La razón tiene también sus goces, pero no olvidemos dar a la geometría lo que es de la geometría y a la poesía lo que es de la poesía.—MANUEL ROJAS.

SOBRE LAS REVOLUCIONES DE ARGENTINA, PERÚ Y BOLIVIA

1. *Tres movimientos distintos y una sola crisis económica verdadera.*

ES ingenuo suponer que las caídas de Siles, Leguía e Irigoyen se han producido por razones de contagio, como una propagación de gripe. Ha habido, entre ellas, influencia indirecta: inquietud pública, popularización de los actos de fuerza, crisis del respeto a la autoridad. Pero estos factores sólo pueden ser secundarios en un movimiento, y así lo prueba su limitada eficacia, detenida en las fronteras de otros regímenes personalistas. Además, si fueran reacciones exclusi-

vamente contra las tiranías, no se explicaría la caída de Irigoyen, quien, aunque empírico, monomaniaco y absorbente, estaba penetrado de un profundo concepto popular y argentino. Tampoco obedecen a abstractos principios democráticos, pues aunque las juntas se anuncian transitorias, lo cierto es que han cristalizado en sistemas enérgicos y omnímodos. Finalmente, Perú soportaba su gobierno desde hace once años, Bolivia desde hace cinco y Argentina desde hace dos. ¿Por qué se han producido los pronunciamientos simultáneamente?

Si analizamos las alternativas económicas de estos países veremos que los tres movimientos, aunque distintos e independientes, obedecen a una sola crisis verdadera. Como no somos teólogos católicos, procuremos llegar a las entrañas de este aserto, distanciándolo así de su paralelo trinitario. Repasemos, someramente, las condiciones de la infraestructura económica para observar, después, su paralelo en la superestructura política.

Una de las contradicciones del sistema capitalista, la más trágica sin duda, es la que afecta a la industria, condenada a poder producir mucho más de lo que consume el mercado. La perfección técnica, acrecentada a diario, agiganta este distanciamiento. Según estadísticas últimas, puede calcularse que la industria del mundo trabaja a un 55% de su capacidad real. Pues bien, aunque el estadio monopolista, es decir, imperialista, del capitalismo, ha permitido un control creciente sobre la producción, ésta aún no puede salir de su condición anárquica. Después de la guerra, deseosa de recuperar el terreno perdido, la industria forzó sus rendimientos, multiplicando sus productos. Pero los mercados no bastaban para digerir tanta producción. Asia, Africa, América, España, etc., condenados a ser mercados de consumo, no resolvían el conflicto. La superproducción fué cada vez mayor. Este exceso, al par que la desmesurada especulación bolsística de los valores industriales, determinaron el colosal crack que afectó la economía norteamericana en 1929. Las anteriores catástrofes financieras se caracterizaron por ser de tipo bancario. En cambio, esta última afectó, muy específicamente, a las grandes manufacturas. Una de las consecuencias inmediatas y lógicas de tal crisis fué la disminución de la producción industrial, no sólo porque se preveía una contracción en el mercado universal de consumos, sino porque había de darse salida a la enorme superproducción acumulada. Al disminuirse la producción industrial, por rechazo o efecto natural e imprescindible, disminuyó el consumo de las materias primas.

2. *Nuestro papel colonial en la economía del mundo*

Nada prueba mejor el ilusionismo de nuestra actual independencia, fundamentada en símbolos externos, pero no en la posesión efectiva de todos los factores que integran la Nación: tierra, economía, etc., que el efecto que esa disminución en el consumo de materias primas produjo en casi todos nuestros países.

Apenas dejaron de comprarse éstas, disminuyó el valor y la cantidad de productos exportados en América. Como quien golpea la primera bocha de una larga fila, esta medida golpeó, sucesivamente, todos los planos de las deformadas economías latinoamericanas. Disminuyó el trabajo agrario, el de los ferrocarriles y puertos, provocando desocupación y el consiguiente malestar social. La clase dominante, al ver disminuídas sus ganancias, redujo sus actividades comerciales, descendiendo las construcciones, las compras, los gastos, etc. Se operó, pues, una contracción en el intercambio de actividades útiles. Los créditos aumentaron en volumen, subiendo, también, la tasa respectiva. Una alarma general preparó el terreno, para una crisis mayor. Disminuídas las entradas del Estado, por el descenso del producto de los impuestos a las exportaciones y de los otros impuestos, los Gobiernos se vieron en la necesidad de recurrir a empréstitos cuando podían utilizar el crédito, o de introducir economías heroicas cuando no disponían de él.

En síntesis: un año después del crack bursátil en Nueva York la mayor parte de nuestros Estados, que apoyan sus pies en la explotación de los dos o tres «productos nacionales»: (estaño en Bolivia, cobre y algodón en Perú y granos en Argentina) se sentían hundir, arrastrados por la caída de sus respectivos «productos nacionales».

Veamos esto más de cerca. Bolivia, según su presupuesto fiscal, percibe la tercera parte de sus rentas de la explotación del estaño. A principios de 1930 la producción de estaño comienza a decrecer. Paulatinamente se observan los efectos de este descenso en la economía boliviana. Disminución de trabajo en la zona minera y desocupación; mayor explotación en los trabajadores (empleados y obreros), que continuaban en servicio; contracción de las actividades comerciales y, principalmente, disminución de los ingresos del Estado. La impericia del gobierno y su dependencia de las grandes empresas imperialistas, de las cuales era instrumento, le impedían aumentar las entradas mediante imposiciones directas

al capital. Su papel colonialista se precisó en el terreno político. Acudió entonces a aumentar los impuestos indirectos, que encarecen la vida y gravitan sobre el pueblo, y a disminuir los sueldos y salarios. Consiguientemente amplió su régimen de fuerza, para contener las iras populares. La situación se hizo incómoda porque la caldera trabajó a toda presión. Los círculos áulicos advirtieron que el dinero no corría abundantemente y abandonaron a Siles. Quedó un círculo pequeño, debilitado, medroso. Estalló el movimiento de Villazón y el gobierno bamboleóse, herido gravemente. Hinojosa no fué secundado por quienes se comprometieron a ello, pero el movimiento se puso en marcha. Los conservadores opuestos a Siles se acoplaron hábilmente a la lucha y resultaron sus usufructuadores. Ya volveremos, desde un punto de vista general, sobre esta característica. Veamos, ahora, el caso del Perú.

Leguía, vendiendo las riquezas nacionales, contratando empréstitos onerosos, fuera de la capacidad real del país, disfrutó durante once años de colosales sumas de dinero. Ellas le permitieron recompensar generosamente a su corte palaciega y rodearse de toda clase de medidas de fuerza. La abundancia de dinero era su mejor capa protectora, su coraza.

Numerosas obras públicas garantizaban trabajo, coimas, ganancias. Pero ese desatentado régimen de despilfarro del «hábil economista», tan parecido al de un novel heredero que venda o empeñe todo lo que heredó, tenía un término forzoso. Entregado al imperialismo cuanto bien público había en Perú, concedidos todos los monopolios posibles, prestada una suma fabulosa de dinero, llegó el momento de pagar. El empréstito exigía el impuesto. Pero Leguía, como Siles, no podía gravar las utilidades del imperialismo, ni las del capital bancario. Eran su producto, su expresión. Gravó, entonces, la vida común: impuestos a los fósforos, nafta, monopolio de carne, etc. La caldera empezó a tomar presión. El cinematográfico «progreso» llegaba al último acto, y entonces hubo desocupación profesional, de empleados y de obreros. Los banqueros negaron nuevos empréstitos. El heredero no tenía nada que vender. Se aprovecharon de él, entonces, obligándolo a pactos internacionales que favorecían, en primer término, conveniencias norteamericanas. A Leguía sólo le quedaron la fuerza, el terror, el dispendio. Pero en esa época la crisis mundial comenzó a sacudir al Perú. Disminuyó la exportación de cobre, de azúcar, de algodón. La clase aristocrática, vinculada a las dos últimas, acrecentó su hostilidad al gobernante que no sabía defenderla frente a las tarifas de EE. UU. El

volumen comercial se contrajo. Hubo desocupación y miseria. Sólo el petróleo, en manos de la Standard Oil, continuaba y continúa rindiendo grandes utilidades. Pero el petróleo no tiene un gravamen importante en el Perú. En 1928, apenas dejó 6 millones de soles. Leguía lo respetó, como buen agente del imperialismo. La crisis no ofrecía salidas. Los áulicos se retiraron a resguardar las fortunas mal habidas. La caldera tomó toda su presión. Al primer estallido revolucionario, Leguía, el hombre de «carácter», el tirano de hierro, se vino abajo como un muñeco de vidrio. La crisis económica lo había minado, corroído. Ya no era sino la cáscara, la apariencia.

Argentina es un país eminentemente agropecuario. Su actividad económica, pues, está vinculada a su comercio de exportación. El 60% de éste lo constituyen los granos, especialmente el trigo, maíz y lino. Las tarifas arancelarias yanquis, la crisis mundial, la superproducción, minaron rápidamente la producción granera. En menos de un año, el comercio de exportación descendió en un 30% de su valor y en un 35% de su volumen. El camino de prosperidad por donde Argentina marchaba un tanto ufana ofreció, así, un brusco precipicio.

Inmediatamente se advirtieron los mismos efectos que hemos señalados en los casos anteriores. Irigoyen tuvo que contratar un empréstito de 50 millones de dólares para atender a la disminución de los ingresos del Estado. Pero la crisis, lejos de disminuir, aumentó. La clase terrateniente, conservadora y jerárquica, arreció su oposición al régimen urbano y populista que no sabía auxiliarla en ese trance. Tal fué el significado profundo de la silbatina al Ministro de Agricultura en la Sociedad Rural, sede de aquella. Entre tanto, el Gobierno permaneció sumido en sus cavilaciones electorales. El país marchaba a un caos, contraído su volumen económico. El Estado, lejos de conjurar el problema científicamente, echó manos de las reservas del Banco de la Nación, provocando pánico. La oposición multiplicó su esfuerzo. Irigoyen creyó que bastaría su nacionalismo para defenderse. Sabía que su legislación petrolera y sus disposiciones sobre precio único a la nafta producen ingentes pérdidas al imperialismo petrolero norteamericano que, sólo por el último concepto, deja de ganar 25 millones de pesos al año, ¡es decir, dos por mes! Irigoyen creyó que el pueblo, vaga entelequia que presidió todos sus sueños idealistas, habría de protegerlo conociendo este argentinismo efectivo. Pero el pueblo estaba dominado por otros factores. Irigoyen no adoptó medidas de fuerza, en tanto que sus enemigos, la Standard incluso, disparaban contra él desde todos los

ángulos. Revocó las órdenes de prisión, mantuvo las libertades de prensa y de reunión. Cuando quiso reaccionar, era tarde. La revolución estaba encima, e Irigoyen fué barrido del gobierno con el viento del primer sable militar.

El análisis, aunque somero, de los casos Bolivia, Perú y Argentina, nos hace ver, pues, cómo la crisis económica mundial derribó a tres gobiernos de países cuya economía aún es dependiente y colonial.

3. La solución conservadora y la solución socialista

A propósito de la revolución boliviana, ofrecimos volver sobre los usufructuarios de la revolución. En efecto, conviene hacerlo porque nada demuestra mejor el carácter económico de estos cambios políticos que el hecho de haber sido realizados, o aprovechados, por los intereses de los grandes terratenientes respectivos.

En Bolivia, donde la crisis pudo derivarse en un movimiento social como quería Hinojosa, la revolución ha cristalizado en una trinidad presidencial que no permite errar, en un triángulo típicamente conservador, feudal y dictatorialista. Dos de los vencedores, expresidentes del país, fueron, en sus respectivos gobiernos, despóticos y abusivos. El tercero sólo será un instrumento. Históricamente, frente a la crisis boliviana, la clase terrateniente y minera ha reemplazado el régimen híbrido de Hernando Siles. El imperialismo yanqui es respetado en cuanto a empréstitos, concesiones, propiedades petroleras, etc. La clase terrateniente se satisface con apoderarse del Gobierno para favorecer su situación.

Igual cosa amenaza ocurrir en Perú. Los señores terratenientes del civilismo asoman sus cabezas detrás de la Junta Militar y ya descuentan ser los próximos gobernantes constitucionales del país. El algodón y el azúcar se aseguran, así, la protección oficial, o mejor dicho, gobernarán al Perú, de no oponérseles una resistencia enérgica. Cauta y habilidosamente se han colocado junto al gobierno militar, disfrazados de salvadores de la patria, pero en realidad para salvarse a ellos mismos. El imperialismo por otra parte, con la revolución peruana ve cerrarse, provisionalmente, las puertas de futuras franquicias. Pero, como hasta ahora ha sido respetado en sus intereses vitales: petróleo, cobre, oro y plata, empréstitos, etc., no se muestra perjudicado ni intranquilo.

Fuera de los partidos actuantes, la Junta argentina representa, sin embargo, el clásico criterio conservador. Todos sus

hombres pertenecen a la aristocracia, vinculada estrechamente a los terratenientes. El maíz, el trigo y el lino se han tomado, así, venganza contra el régimen callejero de Irigoyen y han asegurado la administración del Poder desde un punto de vista favorable a sus intereses. El imperialismo petrolero, que cuenta con abogados de gran influencia actual, aspirará, por todos los medios, al cambio de la legislación petrolera que tanto le perjudica.

Resumiendo, dentro de una generalización forzosa, y previendo la consumación de hechos aún no realizados totalmente, puede decirse que la crisis económica provocada en los países productores de materias primas, o sea crisis producida por el imperialismo y por el papel colonial y dependiente de nuestra economía, se ha resuelto en un avance franco y decidido de la clase terrateniente hacia el poder, la cual respetando la invasión imperialista en los otros órdenes, se contenta con salvaguardar enérgicamente sus intereses, sacrificando, en todo caso, a las clases productoras. Tal solución es, evidentemente, una solución conservadora.

Nuestro movimiento aprista tiene una significación radicalmente distinta. Precisamente como hemos venido señalando los peligros del imperialismo, los acontecimientos no nos toman de sorpresa. Frente al avasallador avance del capital imperialista, sostenemos que es necesario condicionar sus entradas, sujetándolo no sólo a la legislación sino también a las conveniencias del país. La única forma efectiva de obtenerlo es ir hacia la progresiva nacionalización de las industrias fundamentales. El Estado antimperialista es la única garantía de que el imperialismo no abusará de sus privilegios y potencia. Las clases productoras, empleados y obreros de las industrias, encontrarán en ese Estado el apoyo y el salario que hoy les niega el Estado terrateniente. Las utilidades serán legítimamente repartidas y no serán monopolizadas por los extranjeros y una minoría de lacayos. La tierra también debe ser nacionalizada para redimir a los campesinos de su esclavitud, para renovar los métodos del cultivo mediante sistemas intensivos y científicos. Pero, sobre todo, el Estado antimperialista, síntesis de las fuerzas oprimidas por el imperialismo, procurará el crecimiento armónico del país, sin fundamentar su economía sobre dos o tres pilares inestables y a merced de los vaivenes mundiales, desarrollando las fuerzas efectivas de la nación en un sentido progresista, justiciero y normal. Entonces habrá efectuado la verdadera independencia económica. Las crisis de los países más adelantados sólo repercutirán indirectamente

sin causar las catástrofes que ahora contemplamos. Bolivia será boliviana, Perú será peruano, Argentina será argentina. Esta acción se integrará buscando en los otros planos de la vida humana el esfuerzo concurrente que la convierta en acción integral. Rotos los vínculos con el feudo económico y con el imperialismo avasallante, el Estado, ya efectivamente libre, podrá afrontar los problemas dependientes, como los derivados de la educación, la salubridad, las relaciones con la Iglesia, la función social del trabajo y la austeridad como norma de una vida mejor.

Esta solución, entonces, dentro de marcos socialistas, es una solución profunda y auténticamente nacionalista. Nuestro nacionalismo verdadero, sin sus viejas raíces sentimentales, es un método del que se ha extirpado toda aquella floración que lo vuelve inútil ciertas veces, o que no es sino el ropaje que disfraza aviesas intenciones, en otros casos. Nuestro nacionalismo, nacido al calor de la comprensión continental de nuestros problemas, y bajo ideales de fraternidad entre los hombres, repite por eso su viejo lema: «tenemos un solo y grande enemigo; formemos una sola y grande unión».—M A N U E L A. S E O A N E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

CONFESIONES DEL TIEMPO

ESTA dicho que toda la peripecia de nuestra vida consiste en preferir unas cosas y desdeñar otras. Tal es el cauce por donde se va deslizándose nuestra íntima personalidad y en el cual ella se busca, se reconoce y se revela a sí misma. Allí, pues, donde se ha posado nuestra preferencia es posible sorprender algo de lo que somos. Porque preferimos unas cosas y no otras, y desdeñamos éstas y no aquéllas debido a que nuestro ser está hecho de una determinada manera. Lo cual es tan evidente y puede ofrecerse con tan acentuado radicalismo que, por lo general, quedan sus términos reducidos a un percibir ciertas cosas y a un no percibir todas las restantes.

Así es cómo en las lecturas elegidas, lo mismo que en el amor, cada cual, aunque no lo quiera, hace su propia confesión. Quien declara los nombres de sus autores y libros preferidos lo que efectúa en última instancia es esto: proyectar afuera algo de su panorama íntimo, regalar su secreto de tal modo que alguien podría advertir lo que en él es rico y lo que anda menguado. En todos los que leen existe, por lo menos vagamente, la conciencia

de que es así. Por eso hay lecturas falsas y jactanciosas, y lecturas habituales disimuladas, que no se confían a los demás para no denunciar con ellas el interés que cada uno concede en el fondo de sí mismo a ciertos temas o a ciertos estilos. A poco que se observe, la elocuencia sintomática del libro escondido resulta sorprendente.

Si esto es verdad en cuanto a los individuos, lo es también respecto a las épocas. El grueso de la producción literaria se ocupa en satisfacer los gustos de su tiempo. Géneros, temas y formas no alcanzan el éxito sino en la medida que coinciden con las preferencias dominantes. No basta, pues, a una obra su mérito para que triunfe. En cambio puede bastarle la concordancia con el alma del gran público. Esto contribuye a explicar la precaria fortuna de obras intrínsecamente egregias y la gloria desbordada, si bien efímera, de tantos impresos mediocres. Ilustre o vulgar, la literatura que triunfa es siempre una expresión de la sociedad. Los libros en boga son sus confesionarios.

Irrumpe aquí la oportunidad de escudriñar, en los libros que más se leen, la confesión de estos años problemáticos y grises. Requiere muchas páginas el intento. Pero no tema el lector. Las que siguen serán insinuación, nada más.

Con sugestiva persistencia viene destacándose desde hace algún tiempo el auge de los libros biográficos. Ludwig inaugura las grandes victorias de la biografía, y el género gana de pronto un lugar imprevisto en la atención de los lectores. Se escribe sobre los más heterogéneos personajes, y el éxito de estas producciones llena Europa y América.

¿Será que el mundo vuelve los ojos a las figuras ejemplares? No es posible ocultar el fondo de esperanza que hay en esta pregunta. Porque si el mundo proyecta el interés de su espíritu hacia la ejemplaridad, cabe adivinar que comienza en su corazón el pulso de una vida más alta. Sin embargo, es preciso averiguar si aquellas figuras hacia las cuales torna el mundo los ojos son, en efecto, ejemplares, y luego saber si la mirada que les dirige atiende a ese su carácter excelente y le da su acatamiento.

Creo que los libros tan difundidos de Ludwig proporcionan alguna indicación sobre estos puntos. Ocurre que los personajes que él ha tomado no son todos ejemplares. Lo mismo acontece con el resto de la actual literatura biográfica. El hombre superior alterna en ella con el simple ambicioso, el pillastre y el cínico. Dijérase que estas biografías eligen sus tipos no en virtud de sus calidades sino en razón de su fama. Pero se da el caso de que un hombre elegido en vista de su fama es al mis-

mo tiempo una figura excelsa y alguna vez, por acaso maravilloso, divina. ¿Cómo se comportan entonces las triunfantes biografías? La respuesta es indubitable y no tolera sino tres o cuatro excepciones: pulverizando la grandeza del héroe, borrando el perfil magnífico, trayendo la divinidad al suelo común y doméstico de lo humano. Ludwig ha trazado en *El Hijo del Hombre* la línea terrena de Jesús. Se trata, es verdad, de un hermoso libro en cuyas páginas el ayuda de cámara que no percibe al grande hombre sentirá sólo un vago regocijo. Juan Papini ha ido más lejos. En *Los operarios de la Viña* convierte a Julio César en Bautista, en anticipación profética de Jesucristo, y a Jesucristo lo encierra en la órbita romana. El resultado es notorio. Puesto César en plano y rango que no son auténticamente los suyos, queda en vilo. Se le escamotea la virtualidad que verdaderamente poseía y se le inventa otra de que careció con toda evidencia. Pierde sus diamantes legítimos y recibe cuentas de vidrio. Y después Cristo, el gran Cristo ecuménico, hace, como nuevo camino del Gólgota, el viaje ominoso de lo universal eterno a lo romano temporal. Falacias escritas bajo el imperio de las armas: divinización del hombre de espada, reducción de lo divino a lo político.

Entre nosotros se ha resucitado estos días a Portales. Inútil tarea la de buscar en esta resurrección al grande hombre. En cambio se muestra con delicia lo que en Portales había de individuo vulgar, lo que hacía de él un personaje semejante al hombre común e incalificado. Lo que existió en Portales de original y exclusivamente suyo se queda en olvido y sin reconocimiento.

Empezamos, pues, concibiendo la esperanza de que, al preferir los libros biográficos, nuestra época ensayase un acto de comprensión de los hombres mejores, expresando así un impulso naciente de aproximarse a ellos. Una ligera indagación nos ha conducido a la experiencia opuesta: no busca lo ejemplar, y cuando nota su presencia lo sesga, lo deforma o lo humilla. Es decir que no atestigua su aspiración de ascender hasta los individuos excelentes sino la de conseguir que éstos desciendan hasta ella y no valgan más que el hombre alojado en su seno. Este hombre, semejante al nuevo rico, se obstina en hallar una confrontación que haga valer menos a los otros, con lo que se hace la ilusión de valer un poco más él mismo. Aquí nace una perversión en el sentido de los valores humanos, los cuales abaten sus cumbres y se mediatizan. Es así que la biografía puede acercarse con idéntica actitud al genio ilustre y al famoso vulgar. A ambos les hace las mismas preguntas. Su señuelo no es la grandeza sino la celebridad. Un examen estricto nos

llevaría a mayor extremo: la celebridad es, a sus ojos, la única grandeza.

No cabe imaginar para nuestra época un supuesto más halagüeño. Gracias a él ciñen la máxima corona sus héroes representativos, futbolistas y boxeadores. Pero hay todavía una consecuencia más general y decisiva. Si el grande hombre lo es sólo en virtud de su celebridad, el varón medio halla en la biografía de aquel este minúsculo consuelo: el grande hombre no existe. Porque la celebridad no es un atributo sustantivo, sino un don que otorga la mayoría, esto es los hombres medios juntos. Por tanto, al grande hombre lo hacen los hombres medios.

Ese era por lo menos su secreto deseo. Un género literario que yacía hasta ahora en segundo término se lo ha descubierto y servido discretamente. El viene a decir que los héroes vivieron sometidos a la común gravitación, que la trayectoria de sus existencias fué el desarrollo de las penalidades, las miserias, las caídas y las desconcertantes alucinaciones de toda vida humana. Y como esto no deja de ser verdad, y casualmente es la parte de la verdad que interpreta y satisface a la criatura media de nuestra época, he aquí que la biografía salta de pronto al primer plano de preferencia entre la producción literaria.

El caso no tenía por qué parecer extraño. De cuanto la masa contemporánea ha hecho en su propio ámbito, lo más característico es la anulación de las minorías selectas, el desalojamiento de los individuos mejores. Resulta lógica una postura análoga respecto a las minorías y a las individualidades más altas de otras épocas. La nuestra, habiéndose cortado la cabeza a sí misma, quiere darse el placer demócrata de ver a las anteriores decapitadas.—R. CABRERA MÉNDEZ.

PRIVILEGIOS DE LA OPERA RUSA

LLEGADA última en la Historia, la escuela rusa representa la evolución musical más característica de la hora presente. Mucho más que en la música de cámara, es en la música escénica donde se manifiesta. Es tal la perfección de la ópera rusa que se puede decir que la inspiración musical se exterioriza en ella no solamente por medio de los instrumentos y de la voz, sino también por la decoración y la danza, de tal modo que el arte no se encuentra allí limitado

sino que logra su finalidad por todos los medios que se le ofrecen.

He aquí una singularidad tan notable que viene a ser única. Y si la ópera rusa prima hoy sobre todas las producciones escénicas, conviene saber a qué maravillosos privilegios se debe su triunfo.

La ópera rusa nació perfecta. Surgió en pleno romanticismo, no conoció tanteos ni mediocridades: las escuelas europeas habían creado para ella su propia técnica. Por lo demás, no les pidió prestado más que eso, y si por excepción se pueden anotar, especialmente en Rimsky Korsakoff, reminiscencias wagnerianas, él fué el golpe profundamente original, profundamente eslavo.

Por un curioso retorno, esta música sabia, olvidada de diletantes que el sólo vértigo transforma en profesionales de la partitura, posee un carácter nacional mucho más acentuado que la música rusa que la precedía, la cual fué directamente inspirada en el arte bizantino.

Era asimismo una música patriótica que quisieron fundar Glinka y Mili Balakirew. César Cui, Borodin, Mussorgsky obedecieron al mismo sentimiento.

Pero estas palabras no deben prestarse a confusión.

En nuestro espíritu occidental, el sentimiento patriótico reviste una apariencia militar y guerrera que conduce a que toda obra emanada de él no sea más que una fanfarria de trompetas y de cantos de soldados. En cambio el patriotismo de los músicos rusos procede de un amor íntimo del terruño, de una especie de pasión mística por Rusia.

Los libretos de sus óperas son sacados del fondo común del folklore. Y gracias a la introducción de aires populares en el tema musical, ellos obtienen el pleno valor de su realización.

Este punto esencial para el estudio de la música rusa exige que nos detengamos en él.

Cada nación posee sus aires populares, es decir, sus canciones espontáneamente nacidas en el pueblo, sea que ellas hayan sido realmente producidas por la imaginación colectiva que encuentra allí un medio cómodo de expresión para sentimientos imprecisos, sea que, primitivamente compuestas por un autor desconocido, hayan sido enriquecidas con los cambios que las generaciones, no obstante respetarlas, les hayan introducido.

Gracias al proceso de su formación, la canción popular adquiere el valioso atributo de ser una imagen exacta del alma popular, reflejando de este modo los rasgos perdurables del carácter nacional.

Es así cómo la canción francesa fué, según las épocas, frívola, amorosa, gallarda, licenciosa, pero en el fondo siempre bastante superficial y no alcanzó a la pasión, sino en el frenesí de los cantos revolucionarios.

La canción rusa es siempre mística, porque el alma rusa, ávida de lo desconocido, en un paisaje monótono, ebria de la similitud de la estepa, e impregnada de su desesperanza, busca quién sabe qué refugios en los caminos abiertos a su ensueño. El aire popular conoce esta grandeza del pensamiento disuelto en el sueño.

Una pena enfermiza arrastra allí su tristeza para que estalle en seguida la violencia de la sensualidad. El misterio del Oriente se casa con la puerilidad, la barbarie con el candor, la brutalidad con la inocencia.

Desde luego, el compositor encuentra en este aire no un motivo que desarrollar o como un llamado a un conocimiento preestablecido, sino un modo de expresión de su propio pensamiento y como un recuerdo anticipado de su personal meditación.

Para un compositor francés existe entre su inspiración y el aire popular, tal diferencia de calidad, que si él recurre a este aire popular y lo introduce en su obra, no logrará sino como paréntesis o como ornamento facticio, agregado al desarrollo melódico: la canción no entra en la línea de la obra.

Considérese bajo este ángulo, por ejemplo, la obra de Charpentier. Inmediatamente aparece el carácter adicional de sus incursiones en el terreno de lo popular.

Cosa muy diferente ocurre con el compositor ruso.

Lo que le da el aire popular no es lo pintoresco, lo accidental, lo ocasional, es el eco de su pensamiento en la masa, y la labor de composición que tiene que hacer no es más que la transposición de lo colectivo a lo personal.

Si el aire popular se nos presenta, pues, tan claramente en la ópera rusa, aunque está íntimamente ligado a su estructura, es simplemente porque el autor lo ha reducido a notas y lo ha orquestado.

De este modo lo habrá hecho suyo, puesto que interpreta lo más característico de su temperamento y puesto que ese aire es, por el misticismo particular de la raza, el punto de conjunción de la inspiración de este compositor y de todo el que sobre la tierra piense, ame y sufra en eslavo.

De ahí el carácter nacional de la ópera rusa. Posee, pues, el mágico poder de ser el fruto—en la más personal de sus manifestaciones, hasta en Kinsky Korsakoff—mucho menos de un hombre que de todo un pueblo, de todo un país.

Se ha hecho notar con frecuencia la comunión que unifica en esta ópera la música, los protagonistas y los coros. Hay allí, ciertamente, un efecto espontáneo de la pasión con la cual músicos, artistas y coristas, abdicando toda personalidad, sirven a la obra.

Pero también se puede ver en esto, en cierto modo, la resultante lejana del origen común de la ópera. Tanto en su formación como en su expresión, la característica más poderosa de la ópera rusa es no ser individual.

Tómese una ópera italiana. ¿Qué se encuentra en ella? La habilidad técnica de un hombre cualquiera; una virtuosidad; más exactamente, una acrobacia de composición al servicio de un sentimentalismo brumoso; la expresión de un individuo que no busca sino brillar, causar estupor.

En la ópera rusa un pueblo ha puesto sus alegrías, sus penas, sus sueños. ¿Debemos sorprendernos si ésta nos conmueve más que aquella?

Hay mucho que decir sobre el dinamismo de esta música rusa, sobre su potencia de ideal. Que nos baste por ahora señalar cómo son introducidos a la obra, para encontrar en ella su forma adecuada, al mismo tiempo que le comunican su verdadera grandeza, los elementos del folklore.— M. DE NICOLAY. (Traducido por J. M. S.)

LA VIDA DE BOLIVAR

A DELANTANDOSE al Centenario que celebraremos dentro de poco, los señores Georges Lafond y Gabriel Tersane acaban de publicar en París, bajo el título de *La Vie de Bolivar*, un estudio particularmente importante que pone de relieve una vez más ese don maravilloso de la síntesis que caracteriza a los escritores franceses, educados en la escuela del método y de la visión superior.

Cuando escribimos en la América Latina sobre nuestra historia ocurre a menudo que el entusiasmo o el rencor desorbitan los sucesos, alterando la significación de las figuras, enconando las rivalidades, enredando a veces los hilos de la acción hasta ahogar el relato en digresiones superfluas que quiebran sin beneficio alguno la línea, que debió ser inexorable, de la verdad. La fiebre localista suele sacrificar a éstos en beneficio de aquéllos, según la filiación de quien reconstruye el pasado; y en todo momento prima el criterio de la ciudad, de la pro-

vincia, de la pequeña república, el ensimismamiento endémico que falseando las perspectivas desarticula la enorme revolución global en múltiples acciones accesorias.

Y adviértase que no niego el mérito de la producción local: entre nosotros se han escrito libros brillantes y elocuentes que colocamos en lugar de honor en las bibliotecas. Casi todas las repúblicas invocan con orgullo el nombre de historiadores eminentes. Yo soy el primero en admirarlos y en rendir homenaje a su fecunda labor. Pero esos trabajos han sido escritos siempre desde un punto de vista especial. Nacen de un patriotismo concentrado en determinados límites. Y como la subdivisión en repúblicas es un hecho posterior el movimiento emancipador, tiene que faltar en ellos la amplia comprensión del fenómeno inicial y tiene que sobrar el ardiente afán de los bandos por atribuirse la mejor parte en el sacrificio y en la gloria.

No es que los que escriben alteren la verdad. No es que se dejen guiar a sabiendas por antipatías o represalias. Lo que falla no es el método, ni la observación ni el talento ni la probidad. Lo que falla es el punto de vista que por ser limitado a las circunscripciones políticas actuales, cercena la acción y le quita significado y carácter. El único que ha intentado en estos últimos tiempos una síntesis equidistante de nuestra historia es Carlos Pereyra, cuya labor formidable tendrá que ser recompensada algún día.

En general, los extranjeros han sabido hasta ahora justipreciar mejor que nosotros la evolución conjunta de las repúblicas del Sur. Ahí está como ejemplo el reciente libro del Profesor William Spencer Robertson, de la Universidad de Illinois, *The Life of Miranda*, que es un trabajo fundamental y escrupuloso sin precedente hasta ahora en lo que se refiere al gran precursor. Ahí está, a pesar de todos sus errores y de su propósito preconcebido de disminuir al hispano para extremar la superioridad del anglosajón, el estudio de un profesor de la Universidad de California, Joseph Byrne Lockey, que ha sido vertido al español bajo el título de *Orígenes del Panamericanismo*. Ahí están, en fin, las obras admirables del Profesor de la Universidad de Stanford, Percy A. Martin, a quien no es posible hacer el mismo reproche de parcialidad que al anterior, y que ha escrito en colaboración con el Profesor Herman G. James, de la Universidad de Tejas, bajo el título de *The Republics of Latin America*, un compendio valiosísimo que ningún editor ha pensado en traducir a nuestra lengua.

Esto, para no hablar más que de algunas de las publicaciones

que se han hecho últimamente en los Estados Unidos. La intervención es más francamente afectuosa, y más comprensiva también de nuestro espíritu, cuando el extranjero que escribe es un francés.

Por eso merece el libro de Georges Lafond y Gabriel Tersane la acogida cordial y el comentario auspicioso que ha de favorecer su más amplia difusión en América. Los autores son dos hombres que conocen a fondo el Continente, sobre todo Georges Lafond, que lo ha recorrido de norte a sur, que habla corrientemente el español y que ha vivido largo tiempo en nuestras ciudades. Sus publicaciones anteriores, *La France en Amérique Latine*, *La Situation actuelle du Panaméricanisme*, *Le Mexique*, *Le Brésil*, *L'Argentine au Travail*, lo clasifican como el hombre más autorizado en Francia para hablar de los asuntos de las repúblicas del Sur.

El caso de Georges Lafond es único en los anales de nuestras relaciones espirituales con Europa. Este escritor admirablemente dotado, todo nobleza y todo corazón, no ha sido el bonzo desdeñoso que va «chez les sauvages» a hacerse pagar a precio de oro sus augurios. Tampoco ha sido el ávido aventurero que atraviesa el mar en busca de oportunidades provechosas. Sus repetidos viajes (yo lo encontré en Montevideo en 1913) han sido el resultado de una alta curiosidad intelectual, de un sincero apasionamiento por el ideal latino. Ningún propósito interesado lo guió en sus giras de estudio. Observador perspicaz y habilísimo, ha escrito, sin embargo, en estilo que envidiarían muchos novelistas de hoy, una docena de libros sobre el Nuevo Mundo. No solicitó nada de nuestros gobiernos. No llevó misión alguna del Estado Francés, al cual ha prestado más servicios que muchos diplomáticos suntuosamente estipendiados. Ni recompensas honoríficas ha obtenido. Todavía espera su Legión de Honor. El esfuerzo ha sido tan desinteresado como fecundo. De carácter modesto, filósofo entre resignado y escéptico, Lafond vive al margen de los cenáculos y de las estrategias. Pero, sin desplantes ni banderolas, ha realizado una obra que se recordará. Porque si ha dado a Francia la formación más importante y fundamental sobre la América Latina, América le debe la propaganda más hábil y eficaz. Todo ello sin complicaciones dolosas, a pura base de altruísmo, de probidad y de talento.

Esta *Vida de Bolívar* está concebida de acuerdo con las fórmulas claras y directas que regulan en Francia la ejecución de los trabajos de esta índole. Sólo en los primeros capítulos y en los últimos asoma un poco la anécdota pintoresca, con la

recepción que Humboldt dispensó a un joven visitante y con las fantasías de Manuelita Sáenz. En conjunto, la sintética exposición obedece a un ritmo científico que nada logra desviar. Y en esto reside acaso la mayor eficacia del volumen, destinado especialmente a dar al público europeo en trescientas páginas una idea clara y definida de la obra del libertador.

El libro primero abarca la infancia hasta la campaña de Nueva Granada. El segundo, desde la «guerra a muerte» hasta la campaña de 1814. El tercero nos lleva hasta el Congreso de Angostura. El cuarto se detiene en la batalla de Carabobo. El quinto empieza en la campaña del Ecuador para terminar en la entrevista de Guayaquil. El sexto reseña las proezas en el Perú hasta la capitulación de los españoles. El séptimo condensa ideales y desilusiones antes y después del Congreso de Panamá. Y el octavo cierra la obra como una campana lúgubre: el regreso a la patria y la muerte.

Tan metódica ordenación, lejos de dar al estudio una austeridad aburrida, hace más ágil y entretenido el relato, manteniéndolo en sus armónicas proporciones. No se advierte, por lo demás, desde la primera línea hasta la última, una sola desafinación. No hay jactancias de erudito, no hay adjetivos delirantes, no hay diatribas contra otros próceres. Bolívar se levanta limpio de toda impureza, en la plena solemnidad de su genio, como esos mármoles sin adornos que el arte griego impuso a la eternidad.

Entre nosotros la concisión ha pasado a menudo por indigencia y han padecido algunos cierta aturrida predisposición a las digresiones verbosamente inútiles. Además, el vanidoso prurito de rectificar las aserciones de otro historiador, sentando plaza de archivista bien informado, malogra a veces el esfuerzos de muchos comentaristas de talento. En la obra de los señores Lafond y Tersane no hay nada semejante. Los autores se eclipsan, entregando el fruto de sus lecturas, entre las cuales han tenido que abrirse paso como en una selva. Porque sobre pocos hombres se ha escrito tanto y tan contradictoriamente como sobre Bolívar. Y nada resulta más difícil que reducir a líneas netas y decisivas la esencia de tan diversos volúmenes.

La evocación de nuestro santo laico trae a la superficie, con la vida de un hombre, el drama de un pueblo. Altruísmo, gloria y dolor, en tres palabras se condensa el destino del más grande de los latinoamericanos. Altruísmo, porque todo fué en él inmolación. Gloria, porque nadie levantó tan cerrado clamor de admiraciones. Y dolor, porque no hay ejemplo de tan ciega ingratitud, de tan hondo desconocimiento de las rea-

lidades. Páez, Santander, Bermúdez, todas las figuras secundarias que no hubieran podido existir sin Bolívar, se creyeron iguales y hasta superiores a él. La emulación febril, signo fatídico bajo el cual nacieron nuestras repúblicas a la vida independiente, no respetó nunca los valores. Un fermento irrespetuoso y cerril se opuso a todas las grandezas posibles. Por un corazón dispuesto al sacrificio como el de Sucre, había cien avideces de preeminencia. Y este individualismo egoísta y anárquico, fuente de inmovilidad y anemia para los grupos sociales, ha sido el punto de partida de las desgracias que se han abatido sobre nuestras tierras, desde el régimen tiránico, hasta el imperialismo devorador.

Dentro de la brevedad de una vida, Bolívar puso sus formidables capacidades al servicio de una alta aspiración que, siendo superior al tiempo que nos concede la naturaleza, era también superior a las vanidades. Se jugó en la lucha por un porvenir que no debía ver y en defensa de una patria de la cual no sería ya ciudadano. Lo que nos ha perdido, en cambio, en América, ha sido el afán de conquistar cada uno para sí, como si cada hombre fuese una potencia autónoma dentro del Continente, como si cada vida marcase el límite extremo de la duración de los pueblos.

Una nación es un ideal, alrededor del cual se suceden generaciones, que son a la vez fruto y simiente. Si el ideal rueda, no queda más que una dispersión de apetitos. La patria está más allá de nuestros intereses; y aunque las catástrofes se produzcan después de nuestra muerte, debemos considerarnos alcanzados por ellas.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

OTROS ASPECTOS DE GOETHE (1)

II

CUANTOS renunciamentos! Y ahí, cerca de él, Beethoven, que se hubiera sentido feliz de trabajar con él y para él, de poner música al *Fausto*, de escribir, bajo su dictado, un oratorio *haendeleano*.

El último golpe es el recibido en Febrero de 1816, cuando al querer presentar en su teatro de Weimar un *Festspiel*, con

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

música en honor de la victoria alemana: *Des Epimenides Erwachen* (*El despertar de Epiménides*) los músicos, sus músicos, se burlan de él y de su obra. Ni siquiera tienen el pudor de disimularlo. Goethe se siente herido. Declara que desde ese día no tolerará que se presente en Weimar ninguna obra musical nueva compuesta sobre sus poemas. Y tal es el fin de cuarenta años de laboriosos esfuerzos, para casar en el teatro su poesía con la música. Derrota completa y humillante.

Pero si se le rehusaba el teatro, si él mismo, fatigado, desilusionado no quería asistir más que de cuando en cuando a una representación, no ha renunciado por eso a su sueño. Menos que nunca; porque se concentra en él, en el teatro de su pensamiento. Se crea su teatro en libertad, su ópera invisible, su gran drama lírico. Y este es el *Segundo Fausto*.

No hay dudas acerca de esto. Nosotros no planteamos una hipótesis. Lo ha dicho él mismo. Es la corriente que se expande por todas las rutas de la poesía y de la música acumuladas en su interior durante toda su vida. Quiere que la representación recurra a todos los recursos de la música instrumental, del canto, de los coros, de la *mise en scène* de la ópera. Se lo declara francamente a Eckermann:

La primera parte de Fausto necesita de los primeros artistas de la tragedia (1). En seguida en la parte de la ópera (*im Teiler der Oper*), los roles deben estar a cargo de los primeros cantores y cantatrices. La parte de Elena no podrá ser confiada a una, sino a dos grandes artistas; porque es muy raro encontrar una cantante que sea al mismo tiempo una artista trágica de primera línea.

Pero ¿dónde hallar el compositor que uniese, conforme al deseo expresado por Goethe, *la naturaleza alemana al estilo italiano*, el segundo Mozart? Goethe parece no encontrarlo. Se diría que no tiene ninguna impaciencia para asistir a la realización material de su obra. A las impaciencias de Eckermann responde con calma:

Esperemos lo que los dioses nos han de traer (2). No es necesario impacientarse en estos casos. Llegará el tiempo en que el sentido de esta obra se manifestará a los hombres, en que los directores de teatros, los poetas y los compositores encontrarán sus bondades.

No se interesa en el resultado. Ya no se inquieta por ver

(1) 29 de Enero de 1827.—A Eckermann le parece extraño que la pieza comience como tragedia y termine como ópera. Goethe responde: *Si, así es. Tal ha sido mi voluntad.*

(2) Tenía entonces ochenta años. 1829.

en la escena la obra de su espíritu. La ha visto en su propio espíritu (1). De este modo concluye el esfuerzo de toda una vida para crear un teatro nuevo. Renunciamiento y repliegue dentro de sí mismo.

¡Cuánto se ha valorizado el *Segundo Fausto*, por ser la suma de sueño de poesía y de música, que Goethe había amalgamado en su teatro interior! ¡Y cómo se ilumina esta obra inmensa, que queda al margen de toda crítica y rompe todas las formas admitidas! Es este un mundo, en los primeros días de la creación, cuando el Espíritu separa las aguas, que espera siempre que se haga la luz sobre el Segundo Goethe, el músico (2).

De ninguna manera quisiera yo que por estas líneas se juzgase que considero el *Segundo Fausto* como un gigantesco *libretto*. Un *libretto* no es más que la mitad de un poema. Una obra de Goethe, aun aquellas que han sido hechas para ponerlas en música, es un poema y medio. Contiene la música en sí misma. Así los versos que he citado al principio de este ensayo: *Nur nicht lesen! immer singen!*, son un canto. Más aun: una orquesta. Anuncia, por momentos, en el *Fausto I* y *II*, todos los esplendores instrumentales de las épocas románticas, wagneriana y las siguientes.

Felipe Spitta lo ha visto bien: Goethe, cuyos oídos envejecidos estaban cerrados a la nueva música: Beethoven, Schubert y Weber, era entonces el creador del mundo poético que ellos ilustraban con sus colores y sus frescos. Y, posteriormente, creaba una música que los sobrepasaba. Ningún genio musical ha podido, y no podrá jamás producir un *lied* como algunos *lieder* de Goethe, que comprendían en dos líneas la inmensidad:

—Ueber allen Gipfeln.
ist Ruh...
—Was...
durch das Labyrinth der Brust
wandelt in der Nacht...

Spitta ha dicho de ellos: *son demasiado profundos para poder ser puestos en música*. La música instrumental podría arriesgarse a evocar sólo la ilusión. Pero esto no sería más que la

(1) Aquí se impone ante nosotros la imagen del viejo visionario, tal como ella apareció a los ojos del joven hijo de Bettine, diez días antes de su muerte: «Parece ahora pertenecer a otro mundo, más que a este; y los cuadros de su fantasía parecen hacerle olvidar todos los hechos, todo lo que pasa aquí abajo.»

(2) No es que los músicos no lo hayan intentado. Pero ninguno—ni siquiera Schumann que ha tentado la última escena en *l'Audelà*—ha tenido el doble genio del Norte y el Mediodía, que Goethe exigía y tenía.

atmósfera, el orbe mágico, pero el orbe vacío. Siempre hará falta a esas grandes ondas de luz que se alzan en el océano sonoro la palabra precisa que las encadene y concentre bajo su sello el Espíritu.

Goethe ha creado una *Sprechmusik* (música de la palabra). Y lo supo hacer porque quiso, en la época en que reinaba sobre un pequeño pueblo de declamadores y comediantes, imponer la más estricta escuela, la de la palabra musical. Sobre todo en los comienzos del siglo, entre 1800 y 1807, se empeñaba vigorosamente y somete a la tribu de Weimar a su férula de director de orquesta. No hay en esta frase nada de metafórico, puesto que llega a servirse de una batuta para dirigir los ensayos teatrales. Durante esa época, por reacción contra el naturalismo, quería, como Schiller, que la tragedia tomara a la ópera por modelo... Pretendía que cada compañía de actores fuera una orquesta, donde cada instrumentista se subordinara al conjunto y ejecutara su parte puntualmente.

A nadie se le ocurre la idea—dice Wilhelm Meister a los actores (1)—de hacerse notar (en la sinfonía), acompañando con gran ruido el solo de otro; cada cual procurará tener trascendencia en el sentimiento y el espíritu del compositor y desempeñar bien la parte que se le ha confiado, tenga o no importancia. ¿No deberíamos trabajar con la misma precisión, con la misma inteligencia, nosotros que cultivamos un arte más graduado que toda especie de música, puesto que estamos llamados a representar, con buen gusto y de buen grado, lo que hay de más común y de más raro en la vida humana?

Como en ese momento Wilhelm se encuentra, por gracia principesca, dueño de Philine y de la compañía (se jacta de ello, pero no por mucho tiempo, Philine se acuesta con el príncipe y la compañía ríe en las barbas de Wilhelm), quiere poner en práctica su deseo. Dirige a sus comediantes como un Kapellmeister sus cantores y su orquesta (2). Impone severamente

(1) Lehrjahre, IV, 2.

(2) Podría agregar: sus coros. En efecto, una de sus principales preocupaciones era el coro en la tragedia. Había experimentado esta poderosa atracción por la tragedia griega y por Haendel y Gluck, que le parecían (justamente) los herederos de ese gran arte coral antiguo. Ensayó las diversas posibilidades en sus poemas musicales y especialmente en el *Segundo Fausto*. El problema reside, sobre todo, en la realización práctica, en el teatro; y *La Fiancée de Messine* ofrece un campo de experiencias para ser realizadas en la escena en Weimar. Schiller se había contentado con hacer declamar buenamente los coros al unísono. El efecto era mediano, frío y confuso. Goethe organiza, en el tercer acto, los dos coros antagonistas en *soli*, dúos, tríos y coros alternados, *crescendi* y *decrescendi*, teniendo en cuenta los diversos registros de voz. (Algunas de esas disposiciones ingeniosas se hallarán anotadas en las Memorias de Genast.)

la estricta exactitud de sus *tempi*, de sus movimientos, de sus gradaciones: *forte*, *piano*, *crescendo*, *diminuendo*... En 1803 escribe sus *Regeln für Schauspieler*, con el objeto de concretar sus doctrinas. Llama a la declamación *un arte de música en prosa* (1) (*eine prosaische Tonkunst*). Anota, al margen de *La Fiancée de Messine*, como en una partitura de ópera, las gradaciones musicales de la declamación:

- Aquí, ahogado, a media voz...
- Aquí, más claro, más resonante...
- Aquí, sordamente...
- Aquí, profunda y fríaamente...
- Aquí, otro tiempo, más rápido...

Estas indicaciones no le bastan: necesita, como los músicos de la época (Beethoven), un metrónomo de Maelzel. Dibuja para su escuela de *conversación musical* toda una tabla de medidas, donde inscribe la duración de cada palabra, de cada silencio. Llega hasta dibujar al milímetro cada signo de puntuación:

.....,
;
:
!

Esta ficción germánica a la regla y la disciplina algunas veces lo hace correr el peligro de congelar su impulso creador. Bajo el poeta asoma el sargento... Parece que tal método sólo puede conducir a la mecanización de un regimiento que ejecuta, a las voces de mando, el ejercicio con armas. Pero Antón Genast dice que el profesor instructor no impone este automatismo más que a los principiantes y poco a poco les da rienda, cuando ya dominan el instrumento (2).

No sólo la compañía está sometida a las leyes de una orquesta. El maestro-poeta obedece en su creación al espíritu de la música. En plena madurez (1796-1806) llega a anotar, antes de escribir la obra, con palabras sin sentido ni ilación, las sonoridades y la medida de cada trozo. A los versificadores que lo llaman

(1) *Musik war sie zu nennen*, dice Genast de la declamación que imponía: *Se podía llamar una música.*

(2) A todos los que se interesen por el teatro les recomiendo los Recuerdos de Genast: *Aus Weimars klassischer und nachklassischer Zeit Erinnerungen eines alten Schauspielers.*

al respecto del código tradicional de metros y rimas, responde:
¡La música primero!

Pero esta música no tiene nada de la de los músicos. Pretende crear otra, aparte, personal (1); y la juzga superior a la sin palabras. Después de haberse penetrado de esto, el poeta-rey recobra el cetro al que no había renunciado ni por un instante:

El mérito de la hermosa palabra humana—escribe a Knebel—supera por mucho a la del canto. No se puede comparar: sus inflexiones y sus modulaciones son incontables (2), por la expresión del sentimiento. El mismo canto ha de volver a la simple palabra, cuando necesita alcanzar la altura de lo dramático y de la emoción. Esto lo han demostrado todos los grandes compositores.

Así la música no es como la conciben los grandes músicos, un acabamiento de la palabra. Es la palabra del poeta el acabamiento de la música.

Y en ambos casos cada cual está en lo cierto, cuando actúa el genio. Porque este abraza el mundo interior, el Yo total. Y si varían los elementos que usa para expresarlo, la suma de ellos permanece idéntica. Un Goethe es músico en poesía, como un Beethoven es poeta en música. Y aquellos que no son músicos y no son poetas, no son más que reyezuelos confinados en sus provincias. Goethe y Beethoven son emperadores del Alma-Universo.—ROMAIN ROLLAND.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

(1) Ya he señalado la oposición que en esto había entre Goethe y Schiller, que tenía demasiada inclinación hacia el hablar *en música*, esto es, hacia el *melodrama*. Goethe reivindica la independencia musical de la palabra poética: en él es una música autónoma, que tiene existencia propia; lleva en sí misma su orquesta y sus cantos.

(2) En efecto, la declamación poética de Goethe es, hacia 1800, extremadamente matizada. El pastor Ewald Offenbach escribe en 1799:

Con pocos tonos enteros traducía todo lo que quería. Esta declamación tenía intervalos extremadamente pequeños. Entre ut y re hubieran podido contarse tal vez seis sonos, que no se habrían podido anotar musicalmente. Esta declamación estaba caracterizada por el ataque (la entrada), la melodía, el paso a otra melodía y el regreso a la primera tonalidad. (Se creería estar leyendo un primer trozo de una sonata de la época.)

Pero con la edad pierde ese arte de matizar, o lo sacrifica voluntariamente a la *alegría de la sonoridad*. Le gusta demasiado hacer vibrar, al leer, su hermosa voz de bajo, y su inflexión es *demasiado marcada*. Se le ha reprochado varias veces. (Es preferible en la lectura de lo cómico. Es —¿quién lo hubiera creído?—un Falstaff incomparable.... Genast lo atestigua.) Entretanto conserva siempre en la conversación una entonación *dulce y mesurada*. Pero tiene demasiada vida y fuerza (verdaderamente brutal) que gastar. Le da a su expresión y a su juego dramático una violencia tal, que cierta vez, en un ensayo del *Rey Juan*, hace caer con convulsiones a una pequeña actriz que le replica.

CRÓNICA DE ESPECTÁCULOS

El Teatro Municipal

EL desastroso resultado financiero de la última temporada lírica ha dado oportunidad al debate de algunas ideas relativas a la organización de los espectáculos que se presentan en nuestro Teatro Municipal. A este propósito se ha hecho notar que los fabulosos sueldos exigidos por los cantantes de fama mundial—aun por aquellos que se encuentran en plena decadencia—no se encuentran al alcance nuestro. Es indudable que ya los sueldos gravan el presupuesto en forma extraordinaria, impidiendo de este modo la dedicación de sumas importantes a la renovación de los decorados y al montaje de algunas novedades; aparte de que en ningún caso compensa pagar tan elevados emolumentos a artistas que han de recurrir al recitado y al juego escénico para disimular la ausencia de voz. Algunas personas aprovechan esta ocasión para decir que no hace falta la renovación del repertorio y que en los contratos firmados por la administración del teatro ha de predominar un criterio esencialmente comercial, con el objeto de presentar las óperas que el público, acostumbrado a oír desde tiempo inmemorial, tararea *sotto voce* en plena función. Es de hacer notar que en los artículos de prensa en que se ha preconizado tal idea se habla al mismo tiempo de una misión cultural, que se habría impuesto la Municipalidad de Santiago, que representa el extremo opuesto de ese criterio mercantil que se pretende imponer. Se dice que los entendidos en música, «los refinados» como se les denomina, exigen más de lo que puede ofrecerse. Y esto no es verdad. El repertorio de las compañías líricas que han actuado entre nosotros desde hace veinte años a esta parte, ha sido constituido por un mismo núcleo de obras; solicitar novedades, en este caso, no equivale a pedir gol'erías, ni a pretender que en el Municipal se presenten estrenos de carácter mundial. Hay multitud de óperas que permanecen ignoradas del público santiaguino, a pesar de hallarse desde hace mucho tiempo en el cartel de todos los teatros europeos, del Colón de Buenos Aires y el Solís de Montevideo. Presentar algunas de éstas en Chile no significa más que remozar un poco el repertorio de la temporada; en ningún caso representa una actitud de avanzada.

La situación ha adquirido su verdadero relieve en el pre-

sente año. Los precios fueron relativamente bajos, se concedieron cinco entradas a los palcos; se presentaron funciones populares; se recurrió al estreno de Boris Godunof con Chaliapin, de Salomé y de Pelléas y Mélisande; a mayor abundamiento, se les regalaron a los abonados las entradas correspondientes a la función en que fué estrenada esta obra de Debussy. Si a pesar de estos esfuerzos la temporada ha significado un desastre económico, ¿dónde está la raíz del mal?

El hecho anotado no quiere decir otra cosa, a juicio nuestro, que la afición a la ópera ha desaparecido entre nosotros. Que este espectáculo no concuerda con el espíritu de la época, ni siquiera en Chile, en donde en materias culturales caminamos con veinticinco años de atraso. Y no puede argüirse que, en lo financiero, la actitud de «los refinados» haya tenido grande influencia, pues sabido es que la mayoría de los abonados y asistentes a las localidades de valor se recluta entre aquella gente que hace de estos espectáculos una función de carácter social. En consecuencia, puede decirse con exactitud que la falta de afición a la ópera ha llegado a la masa, al gran público; y en tales condiciones, reducirse al antiguo repertorio, al que hemos escuchado desde hace tanto tiempo, no va a producir otro resultado que agravar el problema.

A nuestro juicio, llegado es el caso de renunciar a la ópera. Si no en absoluto, al menos a la temporada oficial y al arte italiano. De este modo puede el Municipal dedicarse a otros espectáculos más concordantes con el espíritu de la época, que gozan del favor del público y que al mismo tiempo pueden significar un avance cultural. Bien pudimos comprobar el caso de 1929, con las temporadas del conjunto de ópera rusa, por cuenta de un empresario particular, y de la genial Josefina Baker, que de presentarse en el Municipal, por cuenta de su administración, hubiera constituido buena fuente de ingresos para la corporación edilicia. ¿Por qué no tomar en cuenta esta experiencia? ¿Por qué no recurrir a espectáculos de fama mundial, cuyo costo es muy inferior al de un conjunto lírico, y cuyo éxito parece asegurado? Las temporadas que se han realizado en otros años de teatro francés, español, italiano y aun alemán, han constituido siempre un éxito. Recordemos solamente los nombres de Francen, Dermoz, Vilches, López Heredia, Vera Vergani, Wegener. En esta materia se puede disponer en la actualidad de conjuntos que son desconocidos de nuestro público, cuya calidad es garantía de éxito y cuya presentación equivaldría al desarrollo de una verdadera misión cultural.

No es imposible imaginar cuánto representaría en nuestro ambiente la influencia de espectáculos que estuvieran a cargo, v. g., de María Melatto (teatro dannunziano), Marta Abba (Pirandello), los Pitoeff, Guitry, Vera Sergine (teatro francés), Berta Singerman y su teatro de cámara, el conjunto de Ioie Fuller y cualquier otro de naturaleza semejante al de la Opera Privé que nos visitara en 1929. La suma que anualmente se destina a subvencionar la temporada lírica daría margen suficiente para hacer frente a los gastos iniciales que demandaría el viaje de los elementos artísticos que hemos enumerado. Su éxito estaría asegurado de antemano. Ante los entendidos, por la calidad de los actores y su repertorio; ante los snobs, por la elegancia de sus presentaciones y por el éxito que los ha acompañado en todas las temporadas que han realizado en París y otras capitales europeas. De este modo pudieran combinarse, a nuestro juicio, lo comercial y lo artístico. Nuestra Municipalidad cesaría de hallarse ante un balance sistemáticamente desfavorable, y el público descansaría de los arrumacos de Puccini, Verdi, Donizetti y Massenet, de los cuales se muestra hastiado.—A L F A.

LOS LIBROS

NOVELA

LA VIUDA DEL CONVENTILLO, por
Alberto Romero.

El último libro de Alberto Romero ha sido editado en Buenos Aires (1). Acaso esta circunstancia sirva de explicación a la importancia que se le concede en sus páginas al almacenero italiano, de tan poca trascendencia en la vida santiaguina y con tan difundida popularidad en la Argentina. También pudiera decirse que el tipo de *macró* consignado en el libro corresponde al generalizado del otro lado del Andes, por lo menos en sus rasgos esenciales. En Chile la profesión de tratante de blancas está desprestigiada entre las propias mujeres de la mala vida, que hacen objeto de su desprecio y de sus reacciones violentas al malevo. Conseguir la mansedumbre de la criolla chilena es tarea difícil, inalcanzable por medio de la fuerza bruta. Un Angelito, que golpea a su china y con todo desenfado muestra ante ella sus éxitos de

tenorio con otras mujeres, es *rara avis* en el bajo fondo chileno. En un caso así, la china se muestra salvajemente indómita. En cambio, en Buenos Aires es posible llegar a un acuerdo comercial, despojado enteramente del truco del amor, entre ambos personajes. El *macró pilcha* a la mujer, la administra y recibe las ganancias de ésta en un porcentaje establecido de antemano. Valgan en apoyo de esta opinión, basada en observaciones directas, los relatos de *El camino de Buenos Aires*.

Nos cuesta trabajo concebir una Eufrasia como la que se presenta en este libro. No acertamos a explicarnos en qué cuarto de hora esta mujer bravía, entera, digna, enamorada, acepta con resignación, sin un solo comentario, la violación de su hija y el amancebamiento de ésta con el propio Angelito. Ni su constancia para entregar el dinero de sus ganancias a un querido que no hace más que golpearla brutalmente y mostrarle sus amoríos con otras chinas.

Así la psicología de los personajes de este libro, salvo el de la celestinesca doña Rosa, no nos parece concorde con el ambiente

(1) Editorial Biblos, Buenos Aires, 1930.

chileno, sino más bien con el argentino. Acaso el autor piensa de igual manera y por eso ha lanzado su libro a la circulación en Buenos Aires.

En cambio, a través de todas sus páginas se advierte una minuciosa y exacta relación de las exterioridades de los bajos fondos. El anochecer en el barrio de las prostitutas; los hotelillos para pasajeros; las casas de cita; toda la *mise-en-scène* está bien presentada. Observaciones justas, ambiente propio, diseñado con cariño, con el apego que a tales barrios tiene un buen noctámbulo andariego.

En la parte susceptible de ser vivida, esto es en aquello que está al alcance de una persona que no pertenece a esos bajos fondos, que sólo contempla más o menos de cerca su existencia, el autor actúa con maestría. Don Fide, el borracho impenitente, bueno en el fondo, incapaz de una canallada como las de Angelito, muere un buen día. El vecindario vindica su memoria. Don Fide se transforma en mito religioso. Se le encienden velas, se le piden gracias, milagros. La viuda, que había pasado siempre inadvertida a los ojos del barrio, adquiere respetabilidad, situación. Las virtudes del finado se recuerdan, se agigantan; los vicios se olvidan. Su viuda llora inconsolablemente. Procura hacer un velorio.

Un buen ataúd, un velorio sonado y la sepulturita son en el cielo, como el traje nuevo, el pañuelo de seda y los zapatos flamantes, una credencial de decencia.

El mejor trozo del libro, el más

verdadero, el más chileno, se encuentra en esta relación. Páginas que muestran un patio del conventillo, con su vida social, sus convencionalismos y sus exigencias. Constituyen un verdadero acierto.

El resto adolece del defecto antes señalado: están destinadas al público argentino.—*F. Ortúzar Vial.*

BARULA, por *Carlos Vattier Bañados.*

En realidad no se puede considerar novela este libro (1), de escasas páginas y de parvo tamaño, sino porque el autor ha tenido cuidado de poner la comprometedor palabra bajo el título. Mentalmente el lector recuerda que son novelas libros como *Los hermanos Karamazof*, de Dostoyevsky, y no puede menos de preguntarse qué ha perseguido el señor Vattier con la publicación de estas páginas.

¿Saciarse una sed de publicidad, muy legítima cuando se comienza a escribir? ¿Hacer una confesión de sus propios sentimientos de adolescente y de joven? ¿Esbozar la pintura de un medio social ruinoso y decadente? Creo que es legítimo considerar esta obrita desde los dos últimos puntos de vista.

En lo que toca al primero, *Barula* es muy confuso, debido en gran parte a la insuficiencia que el autor revela en el manejo del estilo y de la lengua. Hay en este libro muchas frases que seguramente han

(1) Santiago, Imprenta Vera, 1930.

sido escritas para causar en el lector la sorpresa de los rasgos de ingenio. Desgraciadamente, se quedan a medio camino y no logran su objeto. No hay en *Barula* estilo propio ni... ajeno. Simplemente, no hay estilo. No puede haberlo porque no hay ritmo y porque la frase, que unas veces tiene una ondulación, un tono dado, cambia de golpe, en transiciones bruscas y nada felices. No puede haberlo porque ni la gramática, ni el léxico responden a los propósitos del autor y, rebeldes a su designio, se empeñan en jugarle malas pasadas.

La pintura de un determinado medio social es muy insuficiente y si a veces tiene momentos relativamente felices, las más se nos muestra incompleta, carente del reposo indispensable a toda obra de arte que aspire a durar. Atraviesan las páginas de *Barula* algunos seres extraños, que podrían dar materia a un estudio de patología necesariamente extraliterario. Se trata de cocainómanos, de invertidos, de *ratés*, que viven en una atmósfera de sueño especialísima. Del conjunto se eleva un olor nauseabundo a vicios de todo género, a inversión sexual, a inadaptación a la vida. Desde luego, quede bien claro que la pintura de ese medio no nos parece mal porque en ella abundan esos seres. Sino porque es incompleta, no define suficientemente ninguna psicología individual y no logra ofrecer al lector ningún perfil humano cabal.

Es humano errar, sobre todo en una primera obra, producida al calor de los pocos años y bajo el

influjo de recientes lecturas no bien digeridas aún. Pero ¿por qué infligir al público tal género de balbuceos? He aquí un libro del cual pudiera decirse, en conclusión: el autor habría ganado mucho si no lo hubiese publicado. Seguramente esta misma será su opinión cuando hayan pasado los años y de la aventura de hoy no quede más que un leve recuerdo. El recuerdo de un paso falso, que se pagaría mucho dinero por no haber dado.—*Raúl Silva Castro.*

—

VIVIANA Y MERLÍN, por *Benjamín Jarnés.*

En un comentario hecho en esta misma revista a la anterior producción de Jarnés, Fernando Ortúzar Vial señalaba como condición primigenia de la obra del literato español la perfección del estilo y Raúl Silva Castro en el estudio sobre Jarnés fijaba la calidad de su estilo único. En esta reciente *Viviana y Merlín* las opiniones citadas tienen su confirmación más amplia. La leyenda del medioevo se transfigura bajo la pluma de Jarnés y se nos aparece como una producción en la que la más pura modernidad en la frase y en la manera de componer tiene un exponente valioso.

Viviana la hechicera y Merlín el mago se arrancan, en un viaje de amor a través de todas las edades, de las vetustas antecámaras de la corte del Rey Arturo. Con ellos caminan la gracia y la sabiduría y

del connubio de estos elementos nace el humorismo que marca indeleblemente el espíritu moderno. El símbolo contenido en la breve reseña dicha es desarrollado por el autor en páginas que no vacilamos en calificar como de las mejores brotadas de su pluma. Para llegar a su exhortación final, primicia del humorismo como único exponente del espíritu artístico sano, canta el valor del instinto como base de la formación espiritual. Vivir, según el autor, es tener vibración con todo lo que ocurre en la vida, en el mundo. El humorista, que no es un mero espectador, recoge de todo lo que ocurre en la vida su provechosa lección, lección que por la gracia y la sabiduría, transforma en arte. Y esta última es la meta final de Jarnés.

—«Quiero ser algo más que un hombre; quiero ser un artista»—afirma en la interesante nota autobiográfica que precede como prólogo al libro, y para ello relata sus años de aprendizaje y resume su fórmula en una frase magistral, que le servirá de baluarte ante la incomprensión y quizá ante el fracaso, si hubiera conocido Jarnés el fracaso:

Admitir la vida tal cual se nos ha dado y admitirla con sus más gratas consecuencias. Cumplir nuestro destino alegremente.

Jarnés cumple su destino alegremente. Acaso pudiera reprochársele que en su obra total la realidad se ha ausentado para dar paso a una creación, más bien dicho interpretación de símbolos, que como en el caso de *Viviana y Mer-*

lín, adquieren un significado de indiscutible permanencia. Pero la simbología se detiene para Jarnés en los límites de la estética. Sus símbolos justifican y explican la posición del artista en la vida pocas veces, si se exceptúan algunas páginas de *Teoría del zumbel*, la del hombre. Y esto, a nuestro juicio, es una limitación del autor. No ha cumplido la primera parte de su aspiración, porque también es un hombre a más de ser un artista. Y un espíritu humano extravasa los linderos de la estética. Podemos comprobar nuestra afirmación en las páginas que comentamos. Viviana, para *humanizar* a Merlín, descifrador de papeles y sabio de sabiduría aplastante, lo hace sentir el poder del más viejo sentimiento: el amor, y en su conquista llega un día en que Merlín tiene que confesarse que: «Una palabra de ella tenía ya más sentido que las frases de todos los filósofos del mundo». (Pág. 111.) Pero aún así, Merlín no se siente poseído de esta nueva humanidad de su ser y en las páginas siguientes añora su sabiduría, sin comprender a Viviana que es la gracia. Una actitud, como puede verse, falsa que no es ni de un hombre, ni de un artista. Ahora la actitud misma de Viviana, la gracia enamorada, no nos puede convencer como madre de una humanidad nueva, ya que aunque su sentimiento muestra los caracteres pasionales corrientes, nos cuesta un esfuerzo intenso aceptar este amor, que al final no sabemos si persigue un beso de Merlín o la implantación

de una nueva norma estética para los humanos.

En una palabra, creemos que Jarnés en esta obra, con ser ella de una riqueza de sugerencias enorme, ha sido traicionado por su actitud estética. Ha conseguido su aspiración: es un artista, pero a través de sus símbolos, enunciados en su lenguaje maravilloso, levemente teñido de un concep-tismo muy artístico, ha dejado un poco olvidado al hombre, y como hombre se nos aparece en una actitud similar a la de los petrificados caballeros del rey Arturo.—*Abel Valdés A.*

LOS HERMANOS, por *Constantino Fedin.*

He aquí una nueva novela del autor de *Las ciudades y los años*, Constantino Fedin, a quien algunos consideran como el mejor escritor ruso de la hora actual. Constantino Fedin no goza fama de escritor fácil y atrayente. La goza de escritor oscuro, enredado, arbitrario, sin orden. En sus obras no se comprende gran cosa—se dice. Esta novela suya, *Los hermanos* (1), viene a contribuir a esta fama, aunque no en la forma que lo hiciera *Las ciudades y los años*. Su última novela es más clara, se entiende lo que pasa en ella, pero no sin hacer esfuerzos de atención y no sin volver a leer

(1) Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1930.

lo que ya se leyó, aunque esa nueva lectura, algunas veces, sea inútil.

Para este novelista ruso no existen las transiciones ni las indicaciones para el cambio de tiempo en la vida de sus personajes. Los acontecimientos se suceden en un solo plano. Pasa de una época a otra, de la infancia a la adolescencia, de la adolescencia a la adultez y de ésta a la vejez, sin que se note el instante en que se efectúa el tránsito ni por qué se efectúa. Tan pronto el personaje parece vivir como parece soñar. No se sabe si lo que sucede es algo que el personaje está soñando o está viviendo. Esto es un sueño, dice a veces el lector, y se maravilla de la forma hábil con que el novelista le ha hecho aparecer como realidad lo que es un sueño. Pero los acontecimientos posteriores vienen a probarle que lo que él creyó sueño era realidad. El lector se desconcierta y vuelve hacia atrás, creyendo que se ha saltado algunas líneas; pero no se ha saltado nada. ¿Por qué sucede esto, entonces? No hay explicación alguna: el personaje vive, vive simplemente, sin el orden cronológico o literario que el lector desearía. En cierta parte de la novela, el autor está hablando de un hombre adulto; de pronto aparece un recuerdo y ese recuerdo retrotrae al personaje a los años de su infancia; sigue el escritor hablando de la infancia de aquel hombre, pero lo hace en forma tal que el niño y el hombre aparecen como una sola persona y no se sabe si lo que se cuenta es lo que le sucedió al niño

o lo que le está sucediendo al hombre. No hay ninguna indicación para el cambio.

En general la novela de Fedin da la sensación de una sinfonía en que las notas o las combinaciones de sonidos están representadas por imágenes, por recuerdos y por diversos aspectos de la vida de un hombre o de varios hombres. Se acerca con esto al cinematógrafo, al cinematógrafo puro, ideal, mejor dicho, sin letreros explicativos.

Todo esto en cuanto a lo general de la novela. En lo particular, es decir, en los detalles, en el estilo, el libro de Fedin no es extraordinario. Pero todo esto, en la novela de ese carácter, va pasando a un segundo plano de valores. Lo esencial parece ser la técnica. Y la técnica de *Los hermanos* es interesantísima.—*Manuel Rojas.*

AGOR SIN FIN, por *Juan Chabás.*

La colección Ulises de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones se compone de obras de los autores más jóvenes y actuales de España, de valores nuevos dentro de la literatura peninsular. Entre ellos uno de los más conocidos, Juan Chabás, con una obra anterior dispareja y prometedora, ha publicado hace muy poco la novela que comentamos.

Nos ha sorprendido agradablemente encontrar en Chabás las mejores condiciones de un novelista auténtico, ya que su *Puerto*

de sombra anterior significa un desacierto, y es de hacer notar esta condición que en la joven literatura de España es tan escasa. Mucho se ha escrito sobre la decadencia del género novelesco pero, sin entrar en argumentaciones extensas, cabe señalar la ausencia de novelistas en la actual literatura española. No es exagerado afirmar que de la generación última acaso los únicos sean, entre los que conocemos, Ledesma Miranda, autor de *Antes del Mediodía*, y Chabás, si continúa en la línea que se ha trazado con esta su última producción. Jarnés, escritor maravilloso y acaso la más destacada personalidad entre los jóvenes españoles, no puede calificarse como un novelista, entendiéndose por tal quien conserva el concepto tradicional de la novela, con intriga, desarrollo y personajes que más o menos corresponden a este mundo. Jarnés es un revelador de símbolos artísticos y su actitud, antes que la de un novelista, es la de un sacerdote de la estética. En cambio, Juan Chabás nos da una novela laborada con toda honradez y con un aliento vital intenso que la recorre desde la primera hasta la última página.

Nos presenta a su héroe, Pedro Agor, en la infancia y después en el fracaso rotundo que es su vida de hombre joven y de hombre maduro. Sin pretender trazar psicología alguna, con sólo mostrar la actitud que ante los acontecimientos de la vida presenta Agor, tenemos un ejemplar perfecto de un abúlico. Abulia es su mal, y él

mismo, desesperado por no encontrar la certeza de sí, pide esta convicción de la propia personalidad a los que lo rodean: a su mujer, a su trabajo, pero no siempre puede engañarse y como le falta entusiasmo, no vive, se deja vivir, arrastrar por la vida más bien.

¿Puedes decirme qué es entusiasmo? ¿Puedes decirme que es un hombre? ¿Existe el miedo a la vida en el hombre?

Son las preguntas desesperadas que en vísperas de su matrimonio le escribe a su mejor amigo, y que como es de suponer, no tienen respuesta. Su personaje central, ya que no podemos llamar héroe a Agor por faltarle todas las calidades heroicas del individuo, está fuertemente trazado y la imagen de este Agor indeciso, tímido, miedoso ante sí mismo, nos quedará grabada durante mucho tiempo con el indefinible sentimiento, mezcla de compasión y de afecto, con que miramos en la vida a los perpetuamente vencidos.

Los otros personajes de la novela tienen caracteres propios que los hacen inconfundibles. Dolores, la mujer de Agor, es un ser en quien la fiebre sexual se revela en las acentuaciones fatales de su temperamento que la hacen rodar a la degradación total sin quererlo, queriendo resistirse a los imperativos del instinto, pero sin conseguirlo. Para mostrarnos una mujer así, Chabás se ha valido del más delicado de los procedimientos. Sin una escena de brocha gorda, sin

una pintura realista, escapando hábilmente de toda insinuación detallista de alcoba, el carácter de Lola se muestra totalmente en las palabras que se le escapan en uno de sus delirios de enferma.

Otro rasgo curioso de la novela es el sentimiento de respeto y de cariño con que está trazado el amor paternal. El padre de los héroes novelescos era en los novelistas últimos una figura casi siempre odiosa, y cuando no odiosa, extraña, alejada del protagonista. En *Agor sin fin* no: la figura de la madre del personaje céntrico aparece desdibujada y desteñida al lado de la fuerte y acentuada personalidad del padre, a quien Agor (léase en este caso Chabás) profesa una admiración intensa y un profundo cariño.

Chabás ha escrito su novela en un estilo moderno, rico y que revela a un estudioso incansable. Su prosa clara, movida, sin un rebuscamiento ni una afectación, impregnada de un leve sentimentalismo de hombre un poco entusiasta y un poco decepcionado a la vez, ha conseguido fijar los caracteres de su novela y las descripciones de paisajes y de estados anímicos en páginas de innegable belleza. Una descripción:

Un sol ardiente y blanco empolvaba la carretera desnuda de árboles que atravesaba recta los rojos campos verdosos de vides jóvenes, como una herida árida, imposible de cicatrizar. El calor, la luz estallante y aquel aturdido moverse del mayoral que chascaba el látigo a cada blasfemia, pesaban sobre el día como el cielo, implacable y

violento de blanquecino azul, que los ojos no conseguían contemplar sin encogerse doloridos y ofuscados. De cuando en cuando, rebulléndose, las cuatro jacas de la diligencia sacudían el sudor pegadizo de los arreos, olientes a sebo, o ahuyentaban con la cola la impertinencia insistente de los moscones; y la tarde se alborotaba un instante con la ilusión falsa del leve frescor que fingían los cascabeles y campanillas, tinteneando su níquel con borboteo de fuentecillas.

Si se observa, la descripción transcrita tiene los caracteres de la personalidad misma del autor, un enamorado de la luz y del color, como buen mediterráneo; un visual a quien el contraste de los coloridos da una sensación plástica de belleza que ha sabido transportar con arte a sus páginas.

El despertar de la adolescencia, es decir, un estado anímico y fisiológico:

Aquella tarde aun fué más violento su desasosiego. Lo sintió repentinamente, de pronto, como una escocedora picadura de insectos. Quiso recuperar su serenidad apacible de la primera hora de la siesta y no pudo. Ni lograba tampoco abandonarse a su inquietud, dejar que le arrastrara su temblor como la marejada de un sueño, navegando a la deriva, dormida la conciencia por un río de agua tibia y despierta, atolondrada por alientos de flores que se le abrían en su propia carne. Todo él participaba en aquella fuga de sus sentidos. Aun pudo contenerse, permanecer quieto en el regazo sombrío de los árboles de la noria, un instante. Pero oyó ruido en la balsa, y el chapoteo de las aguas le hizo levantarse en instintiva busca del alivio que prometía su frescura.

Se le cegaron los ojos con una nube de sangre. Haces de rojos destellos le encendían y herían la mirada y le rejoneaban todo el cuerpo como agudos floretes de filos ardientes. Fué solo un instante. Luego los ojos se le iban tornando claros, y en su cuerpo ya no eran aceros dolorosos, de fuego, los que le penetraban hirién-dole. Ahora era su misma carne la que se abría deliciosamente en rojas comezones, como si le brotaran encarnados claveles de rubor y de deseo. No avanzó un paso.

Como puede verse, la precisión de la impresión anímica trasladada al papel no ha sido obstáculo para fijar dicha impresión en el mejor de los estilos: cuidado e impregnado de un vago sentimentalismo del mejor gusto.

No puede negarse que entre las últimas obras de la última literatura española, esta novela de Juan Chabás es una revelación prometedora; prometedora de una obra que si continúa en el tono y a la altura que se ha colocado con la que comentamos, dará a la literatura peninsular la gloria de un artista de valor.—*Abel Valdés A.*

POESIA

CIELO EXTRANJERO, poemas de
Carlos Préndez Saldías.

Préndez es un poeta que se dedica a ser poeta. Es poeta hasta en su indumentaria. Es poeta en sus amistades y es poeta en política. No es raro, pues, que en sus viajes sea también poeta. Cualquiera otro, llámese Gabriela Mistral o Magallanes, al hacer un paseo por

Europa habría enviado a los diarios una serie de interesantes crónicas; pero Carlos Préndez juzgó mejor cristalizar sus impresiones en un manojito de poesías, y aquí lo tenemos en este nuevo libro suyo, *Cielo extranjero*, tan Carlos Préndez como en *Peregrino del Ansia* y como en *Devocionario Romántico*.

Todos los escritores registran la propiedad de sus libros en la Biblioteca Nacional. En el reverso de la carátula se puede leer: «Es propiedad del autor» o «Es propiedad del editor». Préndez escribe: «Es propiedad de la mujer amada.» Es una nota simpática. En nuestra tierra de positivismo, he aquí un hombre que vive una vida ficticia, imaginaria, sirviendo a ideales que no se cotizan en monedas materiales. Retrocedemos con la imaginación a los tiempos en que los trovadores escribían en sus escudos lemas románticos: «Dios y mi dama... «Sólo por ella.»

Préndez Saldías es un poeta romántico y no se avergüenza de serlo. No oculta su corazón palpitante detrás del biombo de bizerías deshumanizadas. Cuando el alma se le hincha en sollozos no oculta su llanto de hombre, porque los hombres también lloran, pese a las ingenuas jactancias varoniles.

En este libro, como en todos los otros, Préndez Saldías expresa su dolor de soledad sentimental. Busca una mujer, la mujer por excelencia que ha de aquietar sus ansias y darle un sentido a la vida. La busca y no la encuentra. A ratos cree estrechar entre sus brazos ese ideal,

pero pronto comprende que sólo ha enlazado el vacío, y entonces gime quedamente, con ese lenguaje diáfano y depurado que ha llegado a ser su poesía.

En *Cielo Extranjero* busca en cada ciudad una mujer. La busca en Berlín, la busca en Londres, la busca en París. Y luego en Italia, y en España, y en todas partes del mundo donde existan esos seres frágiles y exquisitos, vasos labrados que cada hombre llena de ensueños a su imagen y semejanza. En Buenos Aires será «esa mujer lánguida que se tendió en sus ojos»; Montevideo le mostrará «tantas mujeres que él hubiese querido»; en el barco será «María Elena, alma de muselina, corazón inocente, rubia sin una pena»; en Hamburgo «Editha, la sonriente pecadora sin alma, lo besó tantas veces con su beso alemán»; en Berlín, «Klara Sachs, berlina de los ojos castaños, de la boca sangrante y el corazón divino»; en Italia, «Yolanda, que tiene los muslos con sombras divinas».

Y por fin, tras este largo correr de boca en boca, el poeta exclama:

Mujeres del mundo, mi beso
[extranjero
quedó en vuestros labios hecho un
[cardo vivo
de mi tierra india. Los soles de
[Enero
que abrasan mis campos del maizal
[altivo

y oscurecen viñas y doran trigales,
vinieron conmigo desde mi montaña
a morder ansiosos en labios sen-
[suales
y dejar el cardo del amor que daña.

Mujeres de Francia, Yolanda en
 [Venecia,
 virgen insaciable del Rhin amoroso.
 mi sed halló el vino fragante de
 [Grecia
 y llené de mieles mi vaso gredoso.

Vuelvo a mis campiñas de cielos
 [azules,
 la boca sin besos por haber vivido,
 a dar a mis boldos olor de abedules
 soltando a los vientos los nombres
 [que olvido.

Las impresiones de ciudades y paisajes extranjeros que han sido aprisionadas an los versos de Préndez constituyen preciosas reliquias que merecen aparecer editadas en rico libro ilustrado con acuarelas de un maestro del pincel. Ya Francisco Contreras había hecho una buena colección de sonetos destinados a los principales lugares de su peregrinación por Europa; pero estas manchas de color de Préndez las superan por su finura y por la fuerte subjetividad de que están impregnadas.

Pampa Argentina y Buenos Aires nos dan una sensación grande, y al parecer justa, de esa nación de inmigraciones, vientre fecundo de mecánica, que absorbe y es absorbida por el extranjero rubio.

...Inmenso Buenos Aires lleno de almas viajeras, ¿dónde está el alma tuya?

Uno de los cuadros que dejan una impresión más honda es *Koblenz*, que hace pareja con *Canción de Loreley*. El poeta ha ido a la vieja Europa con la visión en el alma de sus lecturas románticas y se encuentra con que los campos y

los ríos llenos de tradiciones han sido invadidos por la industria moderna que pone en todas las carnes blandas de la nación su pata de hierro. Es una de las mejores páginas que Préndez ha escrito en su vida. En unos pocos versos se halla la tragedia entera del hombre de imaginación:

El Rhin, el Rhin es este
 y no estás, Loreley.
 ¿Con un cuento de hadas
 turbaron mi niñez?

Tantos años vividos
 para salirte a ver,
 y no hallarte en el río
 cantando, Loreley.

El Rhin, el Rhin es éste
 y tú no estás en él.

¿Haces nido en la selva,
 lejos del mercader
 que navega tu río
 desde el amanecer?
 Seguiría tu huella
 si la dejaras ver...

Yo vine desde el fondo
 viejo de mi niñez,
 donde el recuerdo nace
 y es la vida crear,
 y fué mi viaje inútil
 que no estás, Loreley.

No es el Rhin, no es el Rhin,
 si tú no estás en él.

El poeta vaga de este modo por los cruceros de Europa con su nostalgia a cuestas, empujado por el ansia de lo que se espera. En París visita la tumba de Musset en el Père Lachaise y en Italia se agudizan sus romanticismos bogando en una góndola de los canales de Venecia. Su encuentro con Santiago Labarca en la ciudad de los

Dux (que inspiró a D'Annunzio la construcción de esa *Nave* grande para salir a la conquista del mar), le da motivo para escribir un poema saturado de serenidad y tristeza.

Y una paz en el alma, y un
[reposo de estrellas
en la amistad. Yo vine del París
[inquietante
y lujurioso, tú del corazón de Grecia,
a estrecharnos las manos y el
[espíritu hermano,
con ternura de hombres, en el mar
[de Venecia.
.....

Es inmenso el amor, pero las
[rosas mueren
cuando logra el deseo, y la carne
[bosteza
en la cruz amorosa de los brazos
[amantes.
El amor es la sola razón de la tris-
[teza.

Amigo, tú ya sabes el dolor del
[amor;
yo del amor que tuve y el amor
[que no llega.
Tiende la mano fuerte, yo la mano
[cordial.
Amor nos hace tristes. Amistad nos
[serena.

Dicen que el viajar ensancha el espíritu y completa la madurez del escritor. Yo siempre he temido salir de la agreste placidez de mi tierra; me pareció que el aire de ajenos lares no saciaría la sed de mis pulmones, y que pasaría por las metrópolis hirvientes de humanidad como un perro triste que ha perdido su amo.

Al parecer, Préndez Saldías ha experimentado en tierras extrañas esa orfandad que yo he sentido para mí. Si algún beneficio sacó de este baño en las viejas civi-

lizaciones ha sido el de afirmar su personalidad de americano y de acrecentar su amor al obscuro terruño. No podía ser de otro modo. Sólo España puede tener para nosotros un regazo tibio que sea capaz de substituir este abrazo de nuestra tierra. A pesar de que Préndez asegura que tiene un antepasado indio, no es de creerle. Su tipo, su mentalidad son de un español de pura raza. Por algo paseó por Europa, como una bandera personalísima, los pliegues de su capa española. Sin embargo, no son sus mejores versos los que dedica a España:

Tierra que amaron un día
mis abuelos castellanos,
te bendice mi alegría
con siete signos cristianos.

Pasa por España como de prisa, y no se siente la emoción honda que debería producir este encuentro del nieto con el abuelo. A pesar de nuestras afirmaciones ruidosas de hispanoamericanismo, tal vez por demasiado ruidosas, no llegamos a la médula de nuestra raza que es la de España.

Préndez tiene una voz sutil y emocionada para evocar a Lima que se confunde con el recuerdo de su madre limeña. Esta vez el cristal de sus versos se calienta y arde con apacible llama:

Mujer que olvidaron mis ojos
y estás en mi sangre;
mujer que me diste en tu leche
dolorida y suave
esta voluptuosa amargura
de vivir en el mundo besando
[mujeres
a ver si en alguna revive tu beso,
[madre.

Bella mujer muerta
 que estás en mí llorando la vida,
 y volverás a morir cuando el paisaje
 [negro
 deje sus carbones profundos en mis
 [retinas;
 Madre, corriendo pueblos y hori-
 [zontes,
 mi corazón de hombre triste ha
 [llegado a tu Lima.

Carlos Préndez Saldías ha llegado hace tiempo a la madurez poética; pero ahora se puede decir que está llegando a la cúspide de su torre de ensueños. Este libro escrito bajo *Cielo Extranjero* lo afirma así.—F. Santiván.

EL MITIN DE LAS MARIPOSAS, por
Julio Barrenechea.

¡Estudiante y poeta! El autor ha juntado los dos títulos más bellos que pueden llenar el alma de un joven. Estudiante en quien todas las inquietudes actuales encontraron un eco armonioso, y poeta en el mejor sentido de la palabra, como lo ha revelado su libro, para mirar la vida y los hombres.

No lo conocíamos como poeta. Sabíamos sí de su actuación destacada en el elemento estudiantil, con motivo de las incidencias últimas, que le valió persecuciones. Sólo ahora, *El mitin de las mariposas* (1) nos lo ha mostrado como poeta. Y afortunadamente podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nos encontramos frente a un poeta, a un poeta auténtico, que destacará con el tiempo su per-

(1) Editorial Minarete. Santiago, 1930.

sonalidad entre la turbamulta de simuladores, escritores ocasionales de renglones cortos sin sentido, que, amparados bajo la capa amplísima de ser «nuevos», sólo atinan a poblar el ambiente literario de estridencias incoherentes.

Julio Barrenechea puede quedar clasificado entre los poetas nuevos. Pero entre ellos conserva una personalidad independiente de los módulos de las últimas tendencias y al través de ellas ha tomado las novedades que permanecerán incorporadas a las mejores corrientes poéticas. Desde luego, aquellas características sobre las cuales se han edificado todos los últimos «ismos» pueden reducirse a una sola: la novedad de las imágenes. Y es curioso observar que mientras todos los nuevos no hacen otra cosa que exponer liberación absoluta de lo que han llamado los elementos de la retórica vieja, sus producciones sólo son colecciones de imágenes, vale decir metáforas, figuras retóricas de reconocida antigüedad. Si las imágenes coleccionadas en los poemas nuevos fueran siempre nuevas, es decir, contuvieran un elemento novedoso que formara un acierto imaginativo, la poesía nueva no sería combatida en la forma que lo ha sido hasta ahora; pero ocurre que los poemas nuevos, si contienen una imagen novedosa, carecen en cambio de todas las otras cualidades que hasta ahora se han considerado esenciales en un poema, empezando por la coherencia de las ideas y—esto es más importante—de la emotividad poética.

En Barrenechea el temperamento poético está basado en esas condiciones perdurables. De sus versos fluye permanentemente una emotividad intensa y rica, contenida por un acento leve de humorismo. El sentido poético de la obra de Barrenechea está marcado por las condiciones indicadas: emoción y humorismo. Este humorismo a ratos ingenuo y provinciano, se transforma en algunos de sus poemas en ironía de la mejor ley, pero la tónica que predomina es la de una emoción sincera ante las cosas pequeñas, humildes, unida a un humorismo que adquiere en ocasiones, sin caer nunca en lo grotesco, un desmayado acento nostálgico. Influencias de consideración se encuentran en sus versos, donde sobre las de Carriego y Sabat Ercasty predomina la inevitable de Neruda. Y aquí cabe hacer una afirmación rotunda: los versos mejores del poeta son precisamente aquellos en que su personalidad se manifiesta libre y espontánea; tan pronto se notan las influencias que hemos señalado, los poemas se convierten en repeticiones poco originales de motivos cantados por otros poetas, con las palabras de estos otros poetas, que no tienen nada de la personalidad de Barrenechea. Así podemos ver su *Monólogo desencantado* (pág. 51), en que el recuerdo del Neruda de *Farewell* y de la canción N.º 20, se hace presente con sus mismas palabras:

La sombra de mis ojos se hume-
[deció en tus ojos.

Y era blanca en mis manos, la
[sombra de tus manos.

Idéntico reparo puede hacerse a *Fruta de invierno* (pág. 53), a *Madrugal frágil* (pág. 55), poemas en que Neruda con su encanto absorbente ha encasillado y limitado en términos lastimosos la personalidad diferente de Barrenechea. En *Nocturno de Danza*, Sabat Ercasty ha disminuído su vigor original y se manifiesta en Barrenechea, en gritos estentóreos y un poquitín como de feria:

Baila noche. Baila. Baila.
.....
Danza la danza. Dánzala.
.....
Desespérate. Baila.

En realidad los únicos que pueden desesperarse son los lectores, que ven al poeta buscando acentos que no cuadran a su temperamento personal, a su cuerda poética íntima y profunda, que le ha arrancado poemas tan bellos y completos, como *Amor Universitario*, en que la emoción, de una deliciosa simpleza, está cantada en forma original, pura y de una aparente naturalidad encantadora:

Pero qué estudiante más flojo.
No oye ninguna explicación.
Se lo pasa ideando cielos
y armonías de otro color.

En clase se lleva saltando
por las bancas,
entre ella y yo.
Sale a veces por la ventana
y nos dice: Vengan al sol!
Claro,
si no le pasan lista,
como hacen con nosotros dos.

Y se ercanta con distraerme
si atiendo por casualidad.

Fabrica con los ojos de ella
palomitas de papel azul,
y me las lanza mientras habla
cosas serias el profesor.

Los compañeros lo conocen
y hacen sus bromas al pasar.
Notan un acento extranjero
en nuestra manera de hablar.

Nuestro amor universitario.....
Puede ser que no se quede atrás.

Que se reciba con nosotros.
Que no se canse de estudiar.

Nuestro amor es otro estudiante
llegado a la Universidad.
En el Liceo de mis sueños
hizo sus años de escolar.

Todas las cualidades que hemos
señalado en Barrenechea se en-
cuentran en el bellissimo poema
trascrito. Su autor, poeta de co-
razón, ha cantado una emoción
pura y sencilla con sencillez y
pureza. Pero su canto demuestra
su temperamento, y de un motivo
si se quiere pueril, ha logrado com-
poner una obra de arte pequeña
y duradera.

Es satisfactorio comprobar que
nos encontramos frente a un nue-
vo poeta de nuestra tierra, un poeta
que con el trascurso de la vida,
profundizando su visión del mundo,
de los sentimientos y de las cosas,
nos puede regalar un canto de
particular belleza. Deploramos que
Barrenechea no asigne mayor im-
portancia a sus facultades. «Este
es mi oficio, crear las mariposas y
echarlas a volar», dice en el prólogo
de su libro. Pero sus lectores, los

que admiramos sus condiciones y
creemos que puede ser el creador
de una obra poética de valor, le
pediríamos que ponga su alma
toda y toda su inteligencia en la
creación de sus futuras mariposas.
Y la colección de ellas será la mejor
defensa y la mejor crítica del poeta.
—Abel Valdés A.

CRITICA LITERARIA

PARADOJA SOBRE LAS CLASES SO-
CIALES EN LA LITERATURA, por
Raúl Silva Castro. ACERCA DE LA
LITERATURA CHILENA, por *Ma-
nuel Rojas*.

El diálogo, cuyas excelencias filo-
sóficas han demostrado numerosos
autores, es, a juicio nuestro, indis-
pensable en la dilucidación de pro-
blemas actuales. En el análisis de
la realidad presente se corre siem-
pre el riesgo de la visión unila-
teral. En cambio, el sistema de
tesis y antítesis ofrece al lector
una visión panorámica, de la cual
es posible desprender una conclu-
sión. De ahí el mérito de la labor
que realiza en sus reuniones sema-
nales el grupo *Indice* y el valor
singular de la publicación que co-
mentamos (1).

El año 1930, sin lugar a dudas,
señalará la fecha de nacimiento de
una generación literaria. Algunos de
sus miembros actúan hace tiempo
en diarios y revistas; otros son au-

(1) Imprenta Universitaria. San-
tiago, 1930.

tores de uno o varios libros, publicados en años anteriores; pero sólo ahora han venido a coordinarse tales elementos, uniéndose a los propiamente nuevos, coincidiendo en propósitos y conceptos generales. Muy natural es, pues, que aquellos que se aprestan a hacer suyo el campo de las letras, procuren ante todo, conocer sus características y problemas derivados. Así se explica que el tema del ambiente haya sido uno de los primeros en ser analizado y discutido.

La publicación a que hacemos referencia es la segunda de la serie *Arte y Literatura* y está consagrada a estudiar las causas de la intrascendencia de la literatura chilena. Según Silva Castro, esta subsiste como una consecuencia del mesocratismo de los autores y de la medianía de sus vidas, que no les proporcionan las complejidades espirituales necesarias para comprender y sentir los problemas metafísicos. De este modo la literatura viene a ser reflejo y consecuencia de la vida. En cambio, Manuel Rojas cree ver las raíces del mal en la falta de cultura científica de los autores, debido a la cual no pueden moverse con agilidad en el campo especulativo, por falta de información y de incitación intelectual. Y en este caso la literatura aparece necesariamente como fruto de un acervo intelectual que puede ser compatible con la mesocracia y la vida opaca.

Como puede apreciarlo el lector de estas líneas, tal vez no es este el caso de una tesis y una antítesis, porque ambos puntos de vista pue-

den conciliarse en uno genérico. En realidad la cultura científica que preconiza Rojas se adquiere por afición, por curiosidad, por inquietud. Y esto significa una complejidad, un ansia, un querer salir de la vida cotidiana, para explorar nuevos mundos, como quiere Silva Castro. Porque el intelectual ha de entender que vivir no representa sólo comer y disfrutar de sensaciones, sino investigar, conocer, contradecirse y aspirar, siempre aspirar. He aquí el punto de tangencia: para poder escribir bien algunos libros de mérito, hay que tener cultura previa; para lograrla, conceder a la afición espiritual la disciplina, el método y la perseverancia con que se lucha por alcanzar el bienestar material.

Con esto también se dignifica la profesión y se adquiere acento de autoridad. El ambiente favorable a la producción intelectual ha de ser consecuencia del respeto a esa autoridad.—*F. Ortúzar Vial.*

APARTÉ, por *Jacques de Lacretelle.*

Gracias a la gentileza de Joaquín Edwards Bello nos hemos impuesto de dos libros franceses de reciente data: *Aparté* (1) de Lacretelle y *Mont-Cinère* de Julien Green.

El libro de Lacretelle está formado por tres partes completa-

(1) Ediciones de la N. R. F., París, 1930.

mente independientes: *Ira* es contribución a los ensayos que hicieron los jóvenes escritores franceses sobre cada uno de los siete pecados capitales; *Diario de Ira* relata la forma en que efectuó el ensayo indicado, y *Diez días en Ermenonville*, formado por una emocionada glosa recordatoria de Rousseau.

Es curioso observar la forma en que está compuesto el libro. De las tres partes mencionadas sólo una, el ensayo *Ira*, puede servir de base a un libro. El resto, a pesar de encontrarse repleto de observaciones interesantes, sólo es un relleno para completar las páginas requeridas del volumen.

En el ensayo sobre la *Ira* se nos hace asistir a una tertulia literaria en que se deplora que el autor de dicho ensayo, Lacretelle, sea por sus condiciones de carácter el menos apropiado para tratar sobre el tema. Pero Lacretelle no lo considera así, y contrariando su natural pacífico y tolerante, una remota y posible infidelidad de su querida lo hace desfogar una ira tumultosa, admirablemente descrita, pero tal vez excesivamente literaria. Después, como era natural, viene la plena reconciliación amorosa y los ataques de rabia del amante terminan en amorosos transportes de alcoba. Muy francés, el autor ha escapado hábilmente a profundizar su tema y nos ha dado una impresión de la ira, que no es sino una variante del sentimiento de los celos exacerbados.

En las otras dos partes del libro,

con motivo de la composición del ensayo sobre la ira y con motivo de una introducción a la lectura de las *Reflexiones de un paseante solitario* de Rousseau, el autor se extiende en diversas recetas de composición literaria, la forma de presentar los caracteres en la novela, el modo de llegar a los desenlaces sin transiciones bruscas y otros procedimientos de composición que aunque no pone en práctica en el libro que comentamos, demuestra conocerlos bien. Y en cierto modo este libro extendido, sin que el lector se dé cuenta de su artificiosa extensión, es una prueba de que el autor conoce todos los secretos de las múltiples maneras de confeccionar libros.—
Abel Valdés A.

PSICOLOGIA

EL ORIGEN DEL PUDOR, por *Enrique Casas*.

Existe una forma muy cómoda de hacer libros. Por ejemplo: se elige un tema, de preferencia un tema del cual se tengan ciertos atisbos o sobre el cual se haya escrito con profusión; se lee todo lo relacionado con él o lo que se pueda buenamente leer y, en posesión de todos esos libros, se traza un plan de ejecución, dividiendo la materia en sus diversos aspectos. Lo demás es muy sencillo. El hombre que ha leído mucho sobre una materia algo tiene que decir de ella, aunque lo que tenga que decir no sea el producto de una investigación personal, sino únicamente

libresca. Lo que él piensa sobre aquello es muy poco. Pero dice ese poco y, afirmándolo con citas, logra formar un volumen. Así nace un libro.

Así parece haber nacido este *Origen del Pudor* (1), libro en el que casi no hay una página que no traiga una cita, algunas de las cuales ocupan la mitad o poco menos de la página. Además de esto, cada capítulo presenta una frase de este o aquel escritor: Diderot, Waitz, Plutarco, Sergi, Freud, etc., innumerables. En la primera página del libro vienen citados o nombrados Diderot, Darwin, Wallace, Grant Allen y Buckmann. Es demasiada bibliografía. Comprendemos y casi agradecemos el esfuerzo del autor. Ha debido leer quinientos libros y tres mil revistas especiales para lograr hacer uno solo, recortar citas de aquí y de allá, estar a la espera de cualquier trabajo relacionado con el origen del pudor, buscar en las bibliografías lo que convenía a su obra, etc. Una enorme tarea de almacenamiento. Muy digna de elogio.

Pero hubiéramos preferido algo más personal, más compacto, menos esparcido a través de este y aquel autor, algo que nos hubiera dado una lección más concreta y reducida. El libro tiene así el aspecto de un libro de recortes, cuyos blancos se han llenado de anotaciones que sirven al lector como guía de unión entre uno y otro.

En esta forma, es casi imposible hablar de lo que trata el libro.

(1) Editorial Páez. Madrid, 1930

Sus fases son innumerables, tan innumerables como los escritores que opinan sobre la materia. Y no podemos hablar de cada uno de ellos. Sólo podemos elogiar el buen criterio que ha guiado al autor para hacer la selección de las citas.
—*Manuel Rojas.*

PSICOLOGÍA HOMOSEXUAL, por el
Dr. A. Hesnard.

Un nuevo libro de psicología sexual (1). Y van cien. Un nuevo libro que nos trae poco de nuevo. Comentarios sobre un tema que otros han tratado de modo profundo, psicológica y biológicamente. Hesnard estudia el fenómeno desde el punto de vista psicológico, llenando las páginas de citas y aportando, como investigación propia, cosas que nos parecen leídas ya en Freud, aunque esto pueda ser una coincidencia.

Más que nada, es un libro de divulgación. Dice:

La homosexualidad consiste esencialmente, desde el punto de vista práctico, en una atracción sexual y especialmente erótica para con su propio sexo.

Más adelante:

Abundan mucho, con efecto, las obras sobre el tema. Pero todas o casi todas—exceptuando las de algunos sabios contemporáneos como H. Ellis y M. Hirschfeld, y los

(1) Editorial M. Aguilar, Madrid, 1930.

trabajos recientes de Freud y de los psicoanalistas—están consagradas exclusivamente a la descripción pintoresca y más o menos fantástica de ciertos tipos notables de homosexuales y a la complaciente descripción de sus costumbres o prácticas eróticas.

Con lo cual el palo cae sobre las espaldas de ciertos novelistas, cosa que nos regocija. La intención de Hesnard es instruir al gran público sobre los fenómenos psicológicos que provoca la homosexualidad en el hombre y en la mujer. Lo hace con claridad y amenidad, bien documentado, con mucha lectura al respecto (la bibliografía sería nutridísima) y con una destreza de exposición verdaderamente francesa.

Pero nosotros preferimos, en este sentido, a los alemanes, cuyas obras sobre el tema se adelantaron un poco a las francesas, motivo por el cual este libro del Dr. Hesnard, hombre estudioso, que no merece sino elogios por su entusiasmo y sus obras anteriores, aparece un poco atrasado en el tiempo y en el conocimiento, lo que no obsta para que se lea con agrado y con algún provecho, sobre todo en lo que se relaciona con la homosexualidad femenina.
—M. R.

BIOGRAFIA

NAPOLEÓN EL HOMBRE, por *Dimitri Merejkovsky*. Versión española del mayor *Jorge Carmona*.

La perspectiva del tiempo no hace más que agigantar la figura

del Gran Emperador. Si la gran guerra revivió la memoria de su maravillosa estrategia, la crisis y el desconcierto que posteriormente han sobrevenido al mundo conducen a meditar acerca de sus portentosas dotes de organizador. De este modo el espíritu napoleónico influye en la literatura, la política y hasta la psicología de la actualidad.

Pero más que el hecho material, interesa el problema a los fervorosos de la cultura. Indispensable es el estudio minucioso del camino recorrido por el Gran Capitán, sus conquistas, sus actitudes, sus decisiones. Pero la investigación del espíritu que animó su obra, de la idea que iluminó cada una de sus iniciativas, de la singular facultad de síntesis que lo asistió, es tarea reservada a altos espíritus y tema de reflexiones más hondas y sutiles.

En ello reside el mérito del libro de Merejkovsky (1). Su autor nos era ya conocido por su estudio psicológico de Dostoyevsky y por su obra de comparación de los espíritus de Tolstoy y el autor de *Los hermanos Karamazov*. Sin embargo, nunca ha sido de mayor magnitud su tarea, ni de tanto relieve el éxito logrado, como en esta oportunidad en que analiza el alma más compleja de cuantas han existido. Bonaparte es, en el sentido psicológico, un nudo de contradicciones, un espectroscopio en donde los colores se funden de tal manera que resulta tarea punto

(1) Editorial Recurba, Santiago, 1930.

menos que imposible señalar el sitio preciso de la unión. Merejkovsky ha logrado hacerlo y nos entrega un libro palpitante de humanidad. Naturalmente, para llegar a esta meta, ha debido echar mano de sutilezas y distingos, que no han de apreciar los enemigos de la metafísica.—*F. Ortúzar Vial.*

GUERRA MUNDIAL

ESPIONAJE, por *H. R. Berndorff.*

Aun hay gente que cree en las razones patrióticas, en la teoría de las ofensas al honor nacional, como agentes provocadores de una guerra, sin vislumbrar las causas económicas bajo las altisonantes declaraciones oficiales. Y en este núcleo mayoritario existe un concepto doméstico del espía. Se le considera un personaje siniestro, el hombre que, en tiempos de paz, atisba y comunica todo aquello que puede exacerbar los ánimos o constituir una ofensa; algo así como la comadre del barrio, que lleva y trae chismes.

Los autores que consagran sus libros a este tema contribuyen a acrecentar tan errado concepto. No ponen de relieve el aspecto científico, la organización administrativa de los sistemas de espionaje, sino que hacen resaltar las características folletinescas que singularizan por la fuerza de las cosas a sus miembros. Naturalmente que con este procedimiento obtienen el éxito de librería que perseguen. Tal es el caso del libro de Berndorff. En él se nos ofrece la

trágica historia del coronel Redl, jefe simultáneo del Estado Mayor del ejército austriaco y del espionaje ruso en Austria. Luego se nos descubren el romanticismo de «Mademoiselle Docteur», el espíritu aventurero de Marta Norteuil y una nueva versión—¿hasta cuándo?—de la tragedia de Mata Hari. Si alguna novedad encierra el volumen, esta reside en el capítulo consagrado a Miss Cavell.

En toda la relación no asoma un documento; no se advierte el cañamazo de la organización; el autor describe, obligando al lector a prestar fe a sus palabras. Y siempre se subraya lo pintoresco, concediendo importancia a esas emociones que podríamos llamar de buen burgués. Una enseñanza se desprende: Miss Cavell tiene una estatua y es considerada una heroína; el coronel Redl fué obligado a suicidarse para cubrir el prestigio del ejército austriaco y a sus despojos se les rindieron toda clase de honores. La filosofía del hecho queda reservada al lector. Berndorff sólo ofrece unas cuantas historias, muy aptas para servir de argumentos a las películas yanquis.—*F. Ortúzar Vial.*

ECONOMIA POLITICA

DAS GENOSSENSCHAFTSWESSEN IN DEUTSCHLAND, por *W. Wygodzinski y A. Mueller.*

El Gobierno está empeñado en fomentar en todo sentido el des-

rollo de las cooperativas, pues reconoce en ellas una de las formas de organización del futuro. Sin embargo hemos estado presenciando constantes fracasos de las cooperativas en Chile, especialmente en lo que se refiere a las de consumo. Generalmente se ven obligadas a liquidar dentro de corto tiempo, arrastrando en su bancarrota a numerosos comerciantes que han entrado en negocios con ellas.

¿A qué se deben estos fracasos?

Hemos leído el libro de W. Wygodzinski y A. Mueller sobre *Las Cooperativas en Alemania (Das Genossenschaftswesen in Deutschland)*, Leipzig, Berlin, B. G. Teubner) y encontramos en él una contestación clara y precisa a nuestra pregunta.

Para ocuparnos primero de las cooperativas de consumo: su fracaso en Chile proviene de haberse desvirtuado entre nosotros la idea de la cooperativa. La cooperativa de consumo alemana es una institución que tiene por objeto permitir hacer ahorros a sus miembros. En Chile es una institución de crédito. Las cooperativas de consumo de Alemania venden estrictamente al contado, a los precios corrientes de plaza, sin ningún descuento. No ofrecen a sus clientes, pues, ninguna ventaja en el momento de hacer sus compras, pues pueden adquirir las mercaderías a igual precio y condiciones en cualquier negocio. En Chile, lo esencial en las cooperativas de consumo es la venta a plazo. El pago de las compras se hace por medio de descuentos del sueldo o jornal, y muchas veces se efectúa a varios meses plazo.

La ventaja del miembro de una cooperativa de consumo alemana consiste en las utilidades que obtiene mediante la eliminación del intermediario. Estas utilidades se reparten en la forma de un interés sobre el capital pagado por cada miembro y una participación de acuerdo con el monto de las compras efectuadas durante el ejercicio financiero de la cooperativa.

El interés de los miembros de una cooperativa chilena de consumo reside en la fuente de crédito que se les abre. Poco les importa que tengan que pagar precios más altos que en el comercio o que se les entreguen mercaderías de calidad inferior al mismo precio. Lo esencial es que no se les obligue al pago inmediato, que puedan gastar su sueldo o jornal en otros fines (alcohol, cine, etc.). Poco les preocupa el futuro.

Naturalmente, este sistema de créditos de nuestras cooperativas las tiene que colocar en situaciones difíciles en el momento en que por algún motivo (crisis económica que ocasiona la desocupación, etc.) sus miembros no quieren o no pueden cumplir sus compromisos. Las cooperativas alemanas, dada su organización, jamás podrán experimentar trastornos financieros debidos a la falta de cumplimiento de sus miembros.

Pero hay dos puntos más que son de capital importancia y que nos explican el éxito de las cooperativas de consumo alemanas y el fracaso de las nuestras.

En primer lugar, las cooperativas alemanas han organizado, desde

un principio, las «asociaciones de revisión de cuentas», es decir, se han asociado entre sí con el fin de establecer oficinas especiales que vigilan permanentemente su contabilidad.

Estas oficinas tienen atribuciones casi dictatoriales. En cualquier momento sus funcionarios se presentan en una cooperativa y efectúan una revisión completa de su contabilidad, fiscalizándolas no sólo formal, sino materialmente, es decir la fiscalización se extiende también a las operaciones efectuadas por el directorio. El informe de las Asociaciones debe ser presentado forzosamente a la asamblea general de la cooperativa. La fiscalización es permanente y se ejerce por funcionarios especiales que poseen una experiencia profunda en los negocios de las cooperativas.

En segundo lugar, las cooperativas alemanas de consumo han organizado «centrales de compras», es decir, casas especiales que se encargan de reunir los pedidos de las cooperativas aisladas con el fin de adquirir grandes cantidades de los diferentes artículos, consiguiendo, naturalmente, precios mucho más favorables. Esta concentración de las compras hizo posible a las cooperativas la organización de industrias propias, las que producen por su cuenta las mercaderías que necesitan sus miembros.

En Chile no tenemos ni una revisión de cuentas ni centrales de compras.

La falta de ambas instituciones se explica por la ausencia de verdadero espíritu de cooperación en

nuestro país. Somos exageradamente individualistas. Nadie se fía de su vecino, nadie está dispuesto a ayudarlo mediante un sacrificio personal. Pero el mutualismo es la base de las cooperativas. Su manifestación más evidente es la responsabilidad solidaria por los actos de la cooperativa.

En Alemania, la gran mayoría de las cooperativas ha establecido la responsabilidad ilimitada de sus miembros. Debido a la realización de este principio, se han podido desarrollar en forma asombrosa las cooperativas de crédito, especialmente en la agricultura. Su organización es sencillísima. Basta que se asocien unos cuantos agricultores, suscribiendo los estatutos y estableciendo un directorio. No hay, generalmente, empleados retribuidos, de manera que los gastos administrativos apenas se conocen. Lo esencial en estas cooperativas es la responsabilidad solidaria. El directorio es elegido por los miembros y merece su plena confianza. El directorio resuelve acerca de las solicitudes de crédito que se le presentan. El directorio conoce a cada uno de los miembros y está en situación de apreciar si merece o no el crédito que solicita. Una vez concedido el crédito, cada uno de los miembros de la cooperativa se hace responsable por el monto íntegro del crédito. En eso consiste la responsabilidad solidaria (una modificación, actualmente muy generalizada, consiste en repartir los créditos vencidos y no pagados por el deudor inmediato, por iguales

partes entre los demás miembros solventes, con el fin de impedir que el acreedor haga responsable únicamente al miembro más solvente de la cooperativa. Pero esto no implica una derogación del principio de la responsabilidad solidaria, sino que es una manera más equitativa de repartir las deudas).

¿De dónde consiguen las cooperativas de crédito los fondos necesarios para sus operaciones? De una parte, ellas constituyen al mismo tiempo cooperativas de ahorros, en que los agricultores, comerciantes, empleados, etc., depositan sus ahorros. Estos fondos están, desde luego, a su disposición. Pero como en algunas cooperativas de ahorros habrá exceso de fondos y en otras faltarán, se han organizado instituciones centrales que distribuyen los créditos. En caso de no disponer estas instituciones centrales de los medios necesarios para satisfacer las necesidades de las cooperativas, los obtienen del Estado, de los bancos, etc. En una palabra: las instituciones centrales tienen el carácter de nuestra Caja de Crédito Agrario, en lo que se refiere a la agricultura, y de nuestro Instituto de Crédito Industrial, en lo que respecta a las industrias.

¡Pero cuánto menos engorroso, complicado y costoso es el sistema alemán! ¡En vez de una tramitación larga y difícil, en vez de una fiscalización del deudor por medio de funcionarios rentados, y al fin sin una garantía suficiente, una tramitación sencillísima, una fiscalización de los asociados por ellos

mismos, sin ningún gasto, y una garantía absoluta! Todo eso debido a la realización y aplicación del principio de la responsabilidad solidaria. Todos para uno, uno para todos.

En el libro de Wygodzinski y Mueller se encuentra expuesta la materia con gran acopio de detalles y datos estadísticos, en forma metódica y clara, y con cabal conocimiento de las cooperativas y su historia.

Es un libro admirable. Deseamos que se tradujera al castellano y que se pusiera en mano de los chilenos. Si algo podemos aprender de Alemania, es esto: su espíritu de cooperación mutualista y de organización. Quizá la cooperación sea lo fundamental. Pues la organización no es sino la traducción material de la cooperación, la coordinación de las diferentes partes dentro de un conjunto. La organización, en todo sentido, supone disposición a cooperar, voluntad de someterse, espíritu mutualista.—*Parvulus*.

HISTORIA

LOS PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, por *Domingo Amunátegui Solar*.

La literatura histórica chilena ha sido pródiga en libros de interpretación antes que en producciones artísticas. Quizá constituyen una excepción las obras de Sotomayor Valdés y una que otra salida de la pluma de Vicuña Mackenna y de Miguel Luis Amunátegui. Entre

todas sobresale por su admirable interés y por la armoniosa proporción *La Dictadura de O'Higgins*.

En cambio, los libros que tratan aspectos interpretativos de Chile son ricos y varios: *Raza chilena* de Palacios, donde lo etnológico no alcanza a restar nada al mérito nacionalista del conjunto; *La Fronda Aristocrática* de Alberto Edwards, intencionado y parcial análisis del desenvolvimiento político republicano; *Chile y los chilenos* de Alberto Cabero, afortunada visión de carácter racial; *Nuestra inferioridad económica* de Francisco A. Encina, que proporciona mucha luz para entender a nuestro país y puede incluirse entre las obras históricas, a pesar de su título; y otro lote de ensayos donde merece una mención *Mi tierra nativa* de don Agustín Edwards.

El señor don Domingo Amunátegui Solar, cuya obra *Las encomiendas indígenas de Chile* tiene una importancia decisiva para el conocimiento del profundo desarrollo económico y social de este país, acaba de entregar a la publicidad un esforzado trabajo histórico: *Los próceres de la independencia de Chile* (1). Tiene este libro una doble novedad: se renueva en él la documentación que había servido para el estudio de la Independencia y se presenta a los próceres con un carácter audaz de interpretación histórica. Ha pasado ya el tiempo de las desapoderadas loas y de las alabanzas sin término.

(1) Publicado en los «Anales de la Universidad de Chile». Imprenta Balcells, Santiago, 1930.

Vemos aquí las cosas en una forma renovada, que se apoya en la verdad histórica. El señor Amunátegui, aunque no ha preferido la forma artística, que no es su fuerte, logra interesar y presenta los hechos con un orden y método admirables. Todo el primer período de las campañas de la Independencia y el esfuerzo patriota por afirmar nuestra nacionalidad e independizarla de España, se revelan como el resultado de la energía, constancia y desinterés de José Miguel Carrera. Confirma este libro de Amunátegui la tradición carrerina de su familia, que posee un testimonio imperecedero en *La Dictadura de O'Higgins*. Pero no es una apología desproporcionada la que intenta el señor Amunátegui, sino una rehabilitación apoyada en textos y documentos insospechables.

La primera sorpresa que experimentará un lector lego es hallarse con un Martínez de Rozas muy diverso del forjado por la tradición y la mitomanía patriota. Dista mucho el perfil histórico suyo de la estampa forjada por la leyenda. En un paralelo trazado por el señor Amunátegui entre Ovalle y Rozas dice: «El primero se manifestó siempre franco y leal; y el segundo, astuto y solapado.» Resulta, además, incontrovertible la apreciación desfavorable que merece Rozas por su intervención desvergonzada en el asunto de la fragata inglesa *Scorpion*. Contrarrestase, empero, esta impresión con la sinceridad de sus convicciones emancipadoras. Rozas trabajaba entonces de un modo

efectivo en crear ambiente en pro de las nacientes ideas libertarias en Chile. Resulta curioso para un intérprete moderno entender la razón por la cual el partido radical ha puesto entre sus precursores a tan discutido prócer.

Prueba muy lógicamente el señor Amunátegui que Martínez de Rozas no pudo ser el autor del *Catecismo político cristiano*, que siempre se le atribuyó. Cree más bien que se debe a la pluma del guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

Basta recordar—dice Amunátegui—que el Dr. Rozas, desde el principio de 1809, se hallaba en Concepción; y que el *Catecismo* debió ser concluído en muy pocos días, pues comenta la proclama del Consejo de Regencia, dada en 14 de Febrero de 1810 y condena el nombramiento de Elío para Gobernador de Chile, que sólo se habían conocido en Santiago, por las comunicaciones del correo de Buenos Aires, con fecha 31 de Julio.

No menos relevante es el capítulo VII del libro, donde se estudia a *La familia de los ochocientos*. La historia chilena que por mucho tiempo giró entre algunas familias oligarcas, recibe una luz nueva de esta investigación. Vemos cómo la «fronda aristocrática» de los Larraín, llamada por el Obispo Rodríguez Zorrilla *la casa otomana*, contribuye con su influjo y empuje al éxito del cabildo abierto del 18 de Septiembre de 1810, cuyas consecuencias quizá no calculó su estrecho espíritu de clan.

Posteriormente otras familias vascas—los Irarrázaval y los Errá-

zuriz entre las principales—siguen empujando los sucesos fundamentales de nuestra vida política.

Consagra lo mejor de su ensayo el señor Amunátegui a la narración de los hechos memorables de don José Miguel Carrera. Este discutido personaje resulta uno de los sustentáculos más firmes de la Independencia. Primero subleva las tropas en 1811 y reforma el personal del Congreso. Interviene en el nombramiento de una tercera Junta de Gobierno que también es disuelta. No vacila para triunfar en buscar el apoyo de los *sarracenos* o sea de un grupo de realistas que esperan algún cambio favorable a sus intereses de tanto trastorno político.

Sin embargo, si importante es el papel político de Carrera en este tiempo, más memorables son su denuedo personal y su valor de soldado. A él se debe la nueva derrota de los ochocientos, cuya política en los días del Tratado de Lircay es muy sospechosa de defección ante el incremento de la causa realista. Vese aquí al propio Camilo Henríquez realizando una labor ambigua y timorata. Fué un período de absurdo desconcierto en que hasta probados patriotas sienten vacilar sus convicciones. Carrera con su espada logra dejar bien puesta la causa separatista y afirmar de nuevo la convicción indestructible de que el yugo español estaba roto para siempre.

No son estas las menores cualidades del libro de Amunátegui. Su autor, con acopio de lógica y erudición, hace desfilan una atrayente

galería de próceres. Aparecen descarnados, en su estricto valor humano, con todo su temor y con sus dolorosas vacilaciones. Estamos ya un poco lejanos de la época en que el escritor acuña héroes para edificación de públicos escolares.

Una nueva época parece comenzar en el estudio de la historia chilena. Parte del mundo literario joven se dedica a la interpretación de la realidad chilena. En el Grupo *Índice* hemos visto ya dos análisis agudísimos de la personalidad de Portales. Se anuncian biografías de personajes chilenos célebres. Se piensa, por fin, abandonar la simple historia erudita, que prevaleció desde que Barros Arana y Matta Vial, entre otros, dejaron recopilados los materiales definitivos para el conocimiento de la guerra de la Independencia.

En el reciente libro de Amunátegui, que es un complemento vigoroso de *Las Encomiendas indígenas en Chile*, están todos los problemas puestos al día, merced al estudio y revisión que ha hecho su autor de los *Documentos relativos a la Independencia de Chile* y de otros textos no menos valiosos.

Pueden ahora los definitivos intérpretes, los artistas de la forma, comenzar su tarea. El camino está accesible y la labor de investigación resuelta.—Ricardo A. Latcham.

LIBROS ARGENTINOS

NÉMESIS, por Jorge Max Rohde.

Después de una intensa labor de crítica literaria, el género de mayor

relieve al decir del ático señor de Bergerac, Jorge Max Rohde nos ofrece una novela: *Némesis* ¿Novela es, en verdad, la última producción del estudioso autor de *Las Ideas Estéticas en la Literatura Argentina*? De atenernos con rigor al canon constructivo y a los preceptos acerca de los recursos y elementos que han de concurrir a vitalizar y animar la trama de un asunto, hemos de expresar que *Némesis* no es, entonces, precisamente una novela. Pero tampoco deja de serlo. Vale decir que posee, en mínima partícula, ese conjunto de tonos, matices y paisajes que constituyen el eje en torno al cual giran los personajes y cuadros de la obra.

La ausencia de un argumento de arraigo resta vigor a *Némesis* como producto de imaginación. Los amores de Felipe Hurtado, poeta de sensibilidad exquisita, y Helena Rémy, delicado temperamento abismado en la sombra de sus propios sueños, no poseen en sí más atractivo y mayor sugestión que la que nos brindan algunos episodios aislados, este y aquel relieve de sus espíritus y algunas facetas de sus inquietudes. La lucha que Hurtado entabla entre su destino de escritor sujeto a la fiebre creadora, con sus imperios de conocimientos y andanzas, y su pasión amorosa, pinta pliegues admirables de un espíritu acuciado por la incomprensión y el fecundo dolor de la obra que germina.

Si *Némesis* carece de acción, de agilidad y de soltura técnica, posee, en cambio, páginas admirables de

descripción artística, que sólo pueden obtenerse mediante amorosas recorridas por los parajes citados, con devoción de estudioso y emoción de poeta. Los rincones más gratos de la Italia pictórica y arquitectónica desfilan por este libro, animados por un soplo de humanidad, por el espíritu que sólo pueden prestarle la creación del escritor.

Podríamos suponer que la ligera trama de *Némesis* es apenas el recurso superficial con que Jorge Max Rohde disimula el propósito de darnos una visión del arte eterno, un panorama de los siglos de belleza, enriquecido con su cálida y amorosa descripción de trazos firmes en la pintura de las distintas épocas en las que su pupila se manifiesta atenta para descubrir los matices más sugerentes de cada motivo de la naturaleza y del artista.

En esto Jorge Max Rohde realiza su obra. El escritor que ama y cultiva la belleza en todas sus formas se perfila en cada rasgo de análisis, en cada uno de los cuadros que nos descubre, matizados con su propia emoción.

RECUERDOS DE LA INFANCIA, por
Julio Aramburu.

Si el autor de *Jujuy* no hubiera acreditado en cuatro o cinco libros anteriores sus innegables condiciones para la descripción de tipos y costumbres de tierra adentro, su nueva obra, *Recuerdos de la*

Infancia, vendría a suministrarnos esta impresión evidente. Es dueño este libro de méritos diversos. En general, la tarea de dar vida, agilidad y colorido a un conjunto heterogéneo de elementos, no suele ser siempre tarea fácil, salvada con éxito por quienes la intentan.

Temas de por sí amplios ofrecen a cada instante la peligrosa pendiente de lo difuso, de los matices vagos que nada expresan a fuerza de intentar sugerir; de las situaciones abstractas y vagas. No pocos de los escritores que en la Argentina cultivan la narración, utilizando los recursos de la vida provinciana, adolecen de esta esencial laguna. El anhelo de una pintura perfecta, fiel y expresiva, los conduce al buceo de almas, al análisis minucioso, cuando, en verdad, suelen bastar un trazo firme, un detalle sugestivo, una reflexión medular, para ofrecer la idea más cabal del tipo señalado, del paisaje descrito o de las costumbres narradas.

Julio Aramburu posee, además de la fidelidad que le presta su conocimiento directo de cuanto trata y comenta, las fundamentales cualidades requeridas al escritor: soltura, armonía, belleza. Muchos de los temas que sirven para el desarrollo de algunos trabajos de Aramburu podrán ser superficiales, carentes de un vigor propio que por sí solo reclame la atención del lector, pero todas sus páginas se distinguen por una nobleza de estilo y de expresión que hace de ellas una agradable labor estética.

Este nuevo libro de Julio Aram-

buru señala la presencia de las cualidades antes aludidas, las que se amplían en su valor si se piensa que los temas enfocados en estas páginas ofrecen indudables dificultades de realización. Nada más difícil, en efecto, que localizar y reflejar con claridad los lejanos episodios de la infancia, en la que fuéramos protagonistas o espectadores, pese a la nitidez con que ellos se encuentran grabados en el recuerdo o en la emoción. Amalgama de visiones e ideas, se impone sondear las propias imágenes, separar la hojarasca de lo superfluo para coordinar aquellos elementos de mayor relieve, de mayor hondura, los que sobreviven por su riqueza emotiva a la frágil existencia de un fugaz recuerdo.

Podríamos objetar que a los treinta años—edad aproximada del autor de este libro—resulta prematuro escribir los *Recuerdos de la Infancia*. En plena juventud, asomándose recién a la madurez creadora, el panorama del pasado yace envuelto aún en las líneas del impresionismo. No se ha cobrado la suficiente distancia para poder dirimir los verdaderos alcances de no pocos episodios que todavía hoy gravitan sobre nuestros actos o pensamientos. Pese a este reparo de mera apreciación objetiva, *Recuerdos de la Infancia* constituye un conjunto orgánico bien logrado, cuyas páginas adquieren un intenso relieve en su sencillez, que es belleza, y en la ligera emoción que encierran algunos relatos.

EL DESTINO DE IRENE AGUIRRE, por
Martín Aldao (hijo).

En París ha escrito Martín Aldao (hijo) esta novela utilizando para asunto y materia de la misma, los elementos que ofrece la existencia de la colectividad argentina radicada en Europa. Esta circunstancia concurre a destacar una cualidad inmediata en el conjunto de aciertos que ella acusa. Nos referimos a la pintura de tipos, a la descripción de los actores, con lo cual Aldao consigue proyectar, de inmediato, la idea de su pupila observadora, escudriñadora de un ambiente que no por serle familiar y conocido deja de tener dificultades para quien intente captar sus directrices.

Irene Aguirre, más que como figura central de un episodio novelesco de escasos contornos originales, mantiene despierta nuestra atención por la sutileza con que el autor nos conduce a través de los aspectos más sugestivos de su intensa vida interior. Igual juicio nos merece la pintura de Lady Durward y de Varik Castelli, a los que consigue perfilar con trazos sobrios que no descuidan sus rasgos de mayor relieve.

Hemos dicho que el argumento de *El Destino de Irene Aguirre* no es precisamente un dechado de novedad, lo que no impide que su lectura nos proporcione momentos de creciente interés. Una indudable agilidad y frescura de estilo concurren a robustecer la ya citada condición de sus pinturas, las que adquieren así mayor encanto y atractivo.

El estudio y conocimiento de la Roma artística, con sus museos y monumentos de renovada expresión de belleza, sugieren a la pluma de Martín Aldao (hijo) no pocas páginas bien logradas, las que muestran a su espíritu inclinado con evidente afecto a las manifestaciones del arte en sus fuentes más legítimas y en sus exponentes más altos. Cierta abundancia de referencias arqueológicas empaña la limpidez de algunos capítulos. Por momentos, el marco resulta demasiado amplio, de suerte que el paisaje ahoga la línea del episodio.

El Destino de Irene Aguirre constituye la obra primigenia de Aldao (hijo). Si ella no contuviera atisbos de vigor y aspectos parciales que revelan la presencia de estimables condiciones para la obra de imaginación en la que el autor se inicia, habríamos de señalarle con mayor insistencia los flecos que su lectura nos descubre. No podemos, por otra parte, olvidar que el autor de esta novela es un hombre joven, de escasos veintitrés años, y esta circunstancia no puede dejar de considerarse al apreciar los alcances de su obra.

Creemos que Martín Aldao (hijo) posee, en embrión algunas y desarrolladas otras, las cualidades requeridas a un novelista. De aquí que deseemos que sus obras futuras nos lo muestren más cerca de nuestro medio, de la realidad social que nos circunda y de los problemas propios. La novela argentina sigue necesitando y esperando la contribución de quienes-

poseedores de talento y capacidad creadora, realicen la tarea de enriquecer el escaso acervo de producciones que contemplen los vastos y sugerentes motivos que se extienden en torno nuestro y que constituyen el eje de nuestras impresiones e inquietudes cotidianas.

El Destino de Irene Aguirre podrá poseer méritos estimables y podrán también tenerlos todas las producciones que, como ésta, se inspiren en paisajes ajenos a los del medio ambiente, aun cuando sus personajes guarden relación con nuestros hábitos, hablen nuestro idioma y finquen en el país sus intereses, pero su trascendencia será limitada y reducida, por lo mismo que sólo enfocan un aspecto estrecho del panorama social.

Escuche Martín Aldao (hijo) el fragor de la vida en sus modulaciones más vitales; inclínese a observar los afanes, inquietudes y dolores colectivos; pulse el grado de los anhelos y alegrías de quienes fecundan las matrices del progreso e inspire en el espectáculo dinámico y vitalizador de cada día su labor literaria. Cuando así lo haga, subsanados por la experiencia y la observación los errores de su primera novela, Martín Aldao (hijo) nos ha de brindar producciones en las que el vigor y la enjundia del motivo se aliarán a la soltura de su forma y de su estilo.

EVARISTO CARRIEGO, por *Jorge Luis Borges*.

Después del documentado tra-

bajo de José Gabriel y el meritorio estudio de Alvaro Melián Lafinur acerca de la vida y obra del autor de *Misas Herejes*, nos asiste el derecho de exigirle, a quien intente un nuevo ensayo de ubicación literaria o una crítica de aliento, una labor que supere a la ya conocida, en calidad, alcances y definiciones.

El comentario que Jorge Luis Borges ha compuesto, no sólo no supera a los más difundidos trabajos antes citados, sino que se evidencia como inferior a ellos. Carece de figura propia, de vigor personal. Quien lea estas páginas está obligado a conocer las publicadas por Gabriel, Lafinur y Más y Pí si es que desea poseer alguna noticia concreta de la vida de Carriego. Con la sola lectura de este libro su figura se nos muestra opaca, difusa, lejana. Una total ausencia de vitalidad orgánica cruza sus páginas. Hay palidez en los rasgos, anemia en las líneas.

El trabajo de Borges puede ser, sí, un complemento de los más serios estudios en torno al tema. Juzgado individualmente, se resiente por su someridad que en este caso no es, precisamente, un propósito de síntesis.

Más que destinado a estudiar el espíritu, el medio y el valor de la producción de Carriego, este trabajo parecería enfocado a evocar, con ligereza, al orillero, al compadrito, a las calles del barrio y a los motivos familiares del poeta. Sus elementos complementarios, sus adyacencias; nunca su esencia, su fuerza anímica. Es innegable que en este propósito Borges logra algunos aciertos, en particular en las páginas que dedica al truco y a las inscripciones de los carros.

Con este libro Borges no supera a su obra anterior. Sólo tiene, pues, un mérito. El de señalarnos sus actuales inquietudes estéticas. Está en Carriego.—*Salomón Wapnir.*

LAS REVISTAS

PORTALES.

Entre los diversos trabajos que la figura de Portales ha motivado últimamente, sobresale la magnífica conferencia que Alfonso Bulnes dió en la Biblioteca Nacional, poco antes de su partida a Europa, en las charlas semanales del grupo «Índice».

De ella extractamos los párrafos principales:

Fuerte y fino era el óvalo de su rostro; la escasa carnadura pálida cubría sin ocultarla la noble arquitectura de los huesos; igualmente pálidos y febriles dejan las vigiliadas el rostro del asceta y del libertino, y la naturaleza no parece interesarse en las clasificaciones morales que nosotros hacemos.

Larga, recta y aguzada la nariz, con sus cavidades abiertas más de lo común; en sus bórdes aletearía la sensibilidad, cuando en las pupilas chispeaba la pasión y en la fisonomía movible se contraían las mejillas.

Y con la nariz, las mejillas y los ojos, serpenteaba levemente la línea de los labios, tiranteada a sus horas por el deseo, la complacencia o el sarcasmo.

¿Quién podría, pues, y para qué, tratar de fijar una sola realidad objetiva de las facciones en una fiso-

nomía cuya funcional realidad fué el cambio sutil y permanente?

Era airoso y siempre rápido en el andar, su cuerpo delgado y flexible; no muy alto, bien construído pero fino de proporciones. Su voz era limpia y varonil, y al hablar irrumpía precipitado por la tonalidad vehemente del espíritu.

Esa es la visión demasiado fugaz que la historia nos ofrece del joven calavera en sus días de omnipotencia.

Su figura física se hallaba poseída del espíritu más fuerte de político que hemos tenido en Chile. Diversos materiales humanos entraron en la composición de esta alma singular:

Si queremos comprender algo del paradójico espíritu de Portales, necesitamos echar una mirada a los materiales humanos que lo engendraron, ya que en la mayor de las originalidades psíquicas que el mundo puede ofrecernos siempre hallaremos, rastreándolas, reviviscencias, repeticiones de espíritus que fueron. Reviviscencia o repetición; nada hay totalmente nuevo bajo el sol; reviviscencia o repetición, y el resto lo hacen las circunstancias en que el repetidor viene a actuar.

Ni el nombre de pila que le colgaron para la vida era virgen:

Diego Portales era ya una especie de fórmula permanente en nuestra sociedad colonial. Y era un nombre con contenido propio, con acervo hereditario. ¿Cuál era ese contenido?

El instinto español de conquista junto con la fuerza que trajo para sostener a España en América, e intuyendo que la fuerza es deleznable factor temporal si al servicio de ella no se crea la mística de la autoridad, y con ese realismo que era también básico en la psicología hispana, trajo la mística en exterioridades sensibles, en fórmulas verbales y en una minuciosa reglamentación de la vida de los funcionarios altos en quien se delegaba en América la autoridad real.

Y acaso en Chile, excepción hecha del Gobernador, y dentro de su órbita, de los Obispos, nadie personificaba más la mística de la monarquía y, por ende, la mística en abstracto de toda autoridad, que los Oidores de la Real Audiencia. Su vestir aparatoso de ceremonia, su tratamiento en fórmulas hieráticas, el aislamiento absoluto en que debían vivir, la conciencia de depositarios del don divino de juzgar que la ley les inculcaba, todo concluía por convencerlos a ellos y por convencer a la masa que les rodeaba de que estaban, por encargo providencial, lejos y por encima de todos.

Y un don Diego Portales, ya un siglo antes del don Diego que fundó la República ordenada, vestía en Santiago el traje talar de Oidor, con mangas y sobrecuello, a manera de esclavina, y dispensaba al oscuro vecindario la decisión de justo o injusto que de derecho natural correspondía a Dios.

Tras de las altas funciones de la justicia, se asociaron al nombre de Portales, en las postrimerías de la sociedad colonial, responsabilidades administrativas que, en aquel entonces, conferían también superioridad; la recelosa hacienda monárquica no entregaba sino en

manos muy calificadas la acuñación de los metales en sus distantes posesiones de América, y muy dignas de la confianza real debieron de estimarse las nuevas generaciones de Portales para que la Corte de España encomendara sucesivamente a dos de sus miembros la Superintendencia de la Casa de Moneda, recientemente convertida en repartición administrativa y desempeñada por tan relumbrante personaje como fué el Conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano.

Con la sangre de tres generaciones entraron fluyendo en las venas del último don Diego de la familia, el hábito de la autoridad, el sentido del orden, la conciencia de la ajena y elevada confianza, todo aquello que no hace deseable el poder, porque crea la ilusión de tenerlo latente, y que arrastra fatalmente a ejercitarlo cuando el poder vuelve en realidad a ponerse al alcance.

Y aquella permanencia de la familia al frente de la industria más valiosa del Estado explica también quizá, junto con otros factores circunstanciales del ambiente, el que don Diego Portales, el futuro dominador, ligase la mayor parte de su giro comercial particular a operaciones de carácter fiscal.

Dominante y desproporcionado, como aparecía sobre las modestas viviendas del vecindario la mole piedra que levantó Toesca para la Casa de Moneda, debió de subsistir dentro de don Diego el innato instinto de autoridad creado en las conciencias de las generaciones a que pertenecieron sus mayores por el poderío español que, en la época en que don Diego nació, empezaba a hundirse en un crepúsculo sin retorno.

Con la figura de Portales entró al gobierno el elemento pintoresco, desenfadado, alegre que des-

pués no ha existido. Después habremos tenido lo grotesco en nuestro panorama político, pero lo pintoresco no:

Nuestra historia chilena es una historia sin color; es un tema para dibujantes, grabadores o aguafuertistas, para los artistas del rasgo, seco, recio y profundo, rebelde a toda paleta. Raza y medio físico se compenetran e identifican en ese aspecto.

La tierra nuestra se expresa ante todo por la desigualdad; su mayor belleza se la dan la ondulación, la quebradura, la eterna tendencia de la roca a hacerse valle y el repechar de la quebrada para hacerse ladera. Es una tierra que no reposa la porción que mayormente admiramos de nuestro territorio, la porción propiamente histórica de Chile, una tierra incapaz de horizontalidad. En la montaña nuestra, el sitio que pudiera ocupar el árbol lo decora el peñasco en inestable equilibrio, y si el árbol medra, defiende con espinas su soledad. Todo es seco, sobrio, ceñudo, el paisaje que llamamos chileno por encarnar la belleza más típica del estupendo suelo nuestro y porque allí formó su perfil la raza que, ya hecha, avanzó lentamente a anexar la llanura.

Con ese paisaje se identificaron la raza, las costumbres y nuestra historia; en vano buscaríamos en ellas la interpretación pintoresca, la mancha de color. Los hombres de nuestra historia, los hechos de nuestros hombres, los historiadores de nuestros hechos, todos son ceñudos y ásperos como la roca.

Y aquí se nos aparece una de las mayores seducciones de la vida de Portales; con él y alrededor de él, entra en la historia lo pintoresco.

El estadista bohemio que alternó el ejercicio del poder con el arpa y la vihuela de la chingana criolla, es el hombre de las letrillas y de los sobrenombres, del pas-

quín dicharachero en la oposición, el hombre de los jinetes, los domadores y los bufones; el hombre hasta en cuya tragedia final se agrupan elementos de color, como son las dominaciones de sugerencia cabalística de aquel paisaje de las Siete Hermanas—las siete colinas y las siete quebradas que sirvieron de escenario a la escaramuza y al asesinato—entre las cuales era inconfundible la Hermana Honda.

No se había satisfecho en Santiago con la libertad política el apetito de libertad; se había creado en la juventud, al alcanzar la libertad nacional, un estado espiritual de liberación que irrumpió como siempre en las costumbres y en afán de jolgorio. Lejos de los sitios de las arduas discusiones políticas, las nuevas generaciones habían echado a vuelo las campanas de la locura, y por todas partes y en cada calle vecina a la plaza principal se abrían cafés, fondas más lejos, y chinganas en los tolerantes barrios apartados. Era un crescendo de cantos, músicas y bailes que desvelaba al quieto vecindario. Creció también en los corrillos el rumor de que los establecimientos y las casas que tal bullanga hacían eran fomentados por el Ministro pelucón para distraer de la política al pipiolaje.

Si así fué, habrá de reconocerse que bien supo compartir el Ministro las seductoras distracciones que brindaba a la oposición. Sin perjuicio de más reservados sitios y pasatiempos, viósele a él en todas partes, bajo los parrones donde se bailaba la zamba, en las salas donde cantaban las petorquinas, junto a las mesas de malilla, en las filarmónicas, en los mal alumbrados billares, en los teatros en que los cómicos solían, en medio del espectáculo—sin intención y cuando el ministro no se hallaba presente—, hacerle pueriles jugadas al gobierno, como cuando Morante, al cantar el «Trípili, Trápala», el estribillo

musical del momento, cambiaba el «peluquín, peluquín de Antón», por «peluquín, pelucón de Antón» entre aplausos del auditorio.

Era el Chile de porcho, el del arpa y la vihuela, el Chile del adjetivo enérgico y el tono socarrón que adquiría a la luz pública derecho de ciudadanía bajo la mirada cómplice de don Diego.

Pero un signo trágico presidía su destino, y trágico fué su fin:

Sobre las Siete Hermanas había vertido ya el invierno de 1837 los primeros aguaceros, pero aún alternaban con los días en que las lluvias impregnaban los lomajes y dejaban rodar hacia el fondo de las quebradas que entre ellos serpenteaban las aguas sobrantes, ciertos días en que el sol, calentando la tierra empapada, tendía sobre el verde de los cerros fertilizados esa luz dorada de nuestra costa, y solían también levantarse otras veces, a influencia del calor, los velos suaves de las nieblas.

Por lomajes y quebradas serpenteaba el camino real que unía a Quillota con el Puerto, tardíamente transitado por míseros arrieros, a veces por fuerzas militares, y ahora también de ida y de regreso por un birlocho de viajeros que, al ir, llevaba a un hombre en plena omnipotencia y al regresar traía al mismo hombre con grillos de prisionero, toda aquella mudanza en el desproporcionado lapso de cuarenta y ocho horas.

Allí, en esa red de caminos y quebradas, entrecruzada por otra red más impalpable de sendas de atravieso, vericuetos en que sólo los prácticos se aventuraban, había de desarrollarse la tragedia material, breve de horas, en que florecería el destino encarnado cuarenta y cuatro años en la vida del hombre que comentamos.

Sin decoración alguna de grandeza, bajo el alero de totoras de

un rancho de Tabolango, el hombre que de un círculo de bayonetas homicidas que lo cercaron en la plaza de Quillota había sido traído en el birlocho al caserío escondido entre las Siete Hermaras, oyó la frase siniestra del Coronel Vidaurre que anticipaba lo previsto y también lo imprevisto, pero inevitable, del próximo desenlace:— «Señor. Ministro, ya el dado está tirado.»

Estaba contenida la tragedia de Portales en la constante antítesis que fué su vida, y que Bulnes ha remarcado con notable acierto psicológico:

Comparad en Portales el esfuerzo, el logro, la satisfacción. Primero el amor de juventud y el hogar formado, y la muerte que lo destroza con rapidez. Luego, su vida de comerciante, el empeño en los negocios, la lucha por la utilidad, ¿y para qué? ¿era acaso por el dinero? Ni tenía exigencias en qué gastarlo, su vida sobria, ni era capaz de atesorarlo su desprendimiento; tanto menospreciaba el dinero, que ni sus sueldos quiso aceptar jamás; ganaba, podía seguir ganando, y siempre estaba pobre. Más tarde, el poder; lo ejercitó, eliminó rivales, fué omniponente, y el poder le repugnaba. Las mujeres y el amor volvieron a entrar en él; pudieron darle la ternura, la suavidad, la paz; apenas saciaba su sed violenta del momento.

Hay una antítesis constante en él, entre apetencia y reacción; la hay también, y hacia el exterior, entre los móviles, los hechos y los resultados. De tales antítesis se forma toda tragedia.

El loco y el bohemio dieron a Chile la autoridad que los patriarcas, los sabios y los militares no supieron darle; el dictador de la República no podía llegar a Santiago sino a escondidas en los días de su omnipotencia; el hombre

presentado como atropellador de libertades evacuaba en una carta la consulta de una madre sobre el matrimonio de su hija repitiéndole, una y otra vez, que ante todo había de contemplar las inclinaciones sentimentales de la hija; el representante oficial de la nación en la Vicepresidencia y el amigo de juergas y tertulias, se reclusa en la vivienda más miserable de un campo desolado, a gozar del silencio y de la soledad; el gobernante que levantó un ejército para derribar en el exterior un foco de poderosa anarquía para los vecinos que lo albergaban, cayó asesinado por los miembros del propio ejército que él había levantado, y por última antítesis, la eliminación del hombre por el crimen, dejando huérfana la obra, logró afianzarla por treinta años con la sola virtud del horror público.

En el mismo número de *Indice* de donde hemos sacado la conferencia de Alfonso Bulnes anotada, vienen otros artículos de Mariano Picón Salas, Ricardo A. Latham y Eugenio González Rojas, de marcado interés.

En uno de los últimos números de la *Revue d'Allemagne*, Olivier Brachfeld se ha ocupado en forma clara y acertada de la personalidad del célebre psicólogo austriaco Alfredo Adler, cuyas doctrinas son a menudo citadas junto con las de Freud:

La idea que se han formado en Francia de las teorías de Adler, del que se cita frecuentemente el nombre y del que no se conoce la doctrina, es no solamente diferente de la existente en los espíritus alemanes, sino que es singularmente equivocada, y este error se mantiene con la fuerza habitual

de los grandes errores en cierta parte, porque nadie hasta la fecha se ha tomado el trabajo de criticarlo y refutarlo.

Desde luego sus doctrinas no son iguales ni con mucho a las freudianas, tienen tanta importancia como éstas y cuentan con menos partidarios porque son más lógicas que las emanadas del psicoanálisis:

Adler opone a la teoría freudiana su concepción integral del hombre que él considera como una unidad orientada hacia un fin último, concepción teológica y finalista que ha sido confirmada por la biología y que se encuentra en notoria oposición con el determinismo causalista de Freud. El no se contenta con estudiar, en lugar de las causas, los fines de los fenómenos físicos, manera de ver que le permite casi siempre colocar más lejana la investigación psicológica que si partiera desde un punto de vista causalista: define al hombre en cuanto individuo (es decir, indivisible, in-dividuum.) del que el psicólogo debe tomar sobre sí la tarea de descubrir el fin central más o menos ficticio, más o menos consciente del hombre; el camino por el cual este fin ha venido a fijarse desde la infancia, por lo que llama las «líneas directrices», las «líneas de conducta» de la vida.

Esta tendencia central de su teoría, su contenido mismo y la posición adoptada ante el problema, difieren también del problema de la psicoanálisis freudiana, diferencia fundamental que tiene sus raíces en la concepción del mundo y en la concepción de la vida de los dos sabios y que impedirá siempre juntarse a sus respectivas teorías, a pesar de las predicciones de algunos. La conducta del individuo es determinada por la interferencia de dos sentimientos funda-

mentales: la conciencia de la inferioridad y el sentimiento de comunidad, o sea la conciencia social del hombre. Es el primero el que da origen a la «tendencia de valorarse» que fué interpretada en Francia como una especie de sustituto de la *libido* freudiana, y que se traduce por el «instinto de dominación», lo que en realidad no es. Se ve aquí cómo la psicología adleriana fué mal comprendida en Francia; y si se habla de «un complejo de inferioridad y de superioridad que nos viene de América» (Paul Janet), se adopta la forma americana de la psicología adleriana que ha tenido un gran éxito en Estados Unidos, y se ignora completamente el origen verdadero de dicha idea.

La queja de Brachfeld no puede ser más justificada. Se ha ignorado durante mucho tiempo la fuerte personalidad de Adler, que merece el interés de todos los estudiosos. Pero Adler no es sólo un neurópata y un psicólogo, es algo más: un espíritu filosófico perpetuamente preocupado por todas las interrogantes espirituales, en trance constante de renovación:

Después de haber dejado inconclusa su teoría de las insuficiencias orgánicas—la que fué continuada por otros como Bauer, Krehl, etc.—, Adler se consagró por completo a la psicología, es decir a la exploración de la naturaleza y del alma humana. Llegó, poco a poco, a una especie de «imperativos categóricos» que la estricta lógica vital de Kant nos impuso a todos: cada hombre tiene para resolver tres problemas capitales en la vida: problemas de los que la solución o la no solución nos sirven de puntos de referencia preciosos para el estudio del carácter, y que, no resueltos, pro-

vocan cierto desequilibrio en la personalidad humana. Estos problemas son: el de las relaciones del yo con el no-yo (es decir, de las relaciones mías contigo, pudiera decirse), y por lo tanto con la sociedad que nos rodea: es el problema social; el problema de nuestras ocupaciones diarias, de nuestra profesión, y por fin la cuestión sexual para la cual, según Adler, no hay otra solución que el matrimonio.

Por haber formulado estos tres problemas capitales de la vida humana desde un punto de vista individual, pero más aun desde un punto de vista social—los tres problemas son otras tantas cuestiones sociales—, se llevó el desprecio y el ataque de sus colegas vieneses, dominados por las ideas que Freud acababa de emitir.

Pero no es un espíritu que debe quedar a la sombra del creador de la psicoanálisis. Espíritu puramente empírico y práctico, no se ha negado jamás a corregir y modificar sus teorías según lo que la realidad le presentaba; espíritu el menos dogmático, no quiere sino curar, aportar socorros a los que sufren y calmar las fiebres y las neurosis de nuestra vida».

KEYSERLING Y EUROPA.

En una nota no exenta de humorismo, Jean Guéhenno se refiere al conde Keyserling, en el número de Septiembre pasado de *Europe*, una de las mejores revistas de cultura francesa de la actualidad, influenciada abiertamente por el capital y por la mentalidad judía. Nuestro conocido y pintoresco filósofo viajero, es tratado en forma irónica y estrecha por el comentarista francés:

La unidad de Europa que M.

Keyserling proclamara es muy especial. Maravilla ver los esfuerzos que hace para salvaguardar dentro de esta unidad la diversidad esencial de los pueblos que la componen.

Más adelante agrega:

Me sorprendí de no encontrar en este ballet de pueblos a Rusia, danzarines famosos. Terminé por encontrar la explicación. Es que a

nuestro mago (Keyserling) no le agradan los rusos. Afirma que pertenecer a Oriente y que su ética es una «ética de criminales».

Como puede verse la crónica citada sólo muestra la incompreensión pintoresca del cronista francés, apresurado en sus juicios y faltó de capacidad verdadera en sus reflexiones.—*Ariel*.

NOTAS Y DOCUMENTOS

SOBRE UNA CRÍTICA LITERARIA

CARTA DEL DR. HIPOLITO GALANTE; REPLICA DE DON RAMON MONDRÍA.

A propósito del artículo de don Ramón Mondría que se insertó en la Sección Los Libros de nuestro número anterior, referente al libro de poesías latinas *Andina*, el autor de esta obra nos ha remitido la siguiente carta:

AL SEÑOR DIRECTOR DE «ATENEA»

Muy distinguido señor Director:

Simpática impresión me ha producido ver que mi tomito de poemas latinos *Andina*, saliendo del reducido círculo de filólogos propiamente dichos, al cual yo lo tenía destinado, haya despertado algún interés aun entre los «dilettanti» cual el crítico de su estimada revista, quien dedica nada menos que nueve columnas de densa escritura a mi tenue obrita, formulando sobre ella acopio de juicios, ya desde el punto de vista del fondo, como del de la forma.

El carácter de aquellos que conciernan al fondo, absolutamente personales, merece todo respeto:

de gustibus...; a pesar de sus fundamentos, entre pueriles y pedantes, apenas amenizados por un cierto tono de gratuita benevolencia paternal. Aun Júpiter, como dice Teognis, ni lloviendo ni deteniendo la lluvia, les gusta a todos; y ni a Homero, ni a Virgilio le faltaron sus «flageladores». Así es que no es del caso entrar en polémicas sobre este punto.

En cuanto a los juicios que afectan a la forma, extraña la escasa preparación del crítico en cuestiones de gramática y métrica latinas y mi conciencia profesional me impone rectificar sus errores; tanto más cuanto que, dada la poca difusión de los conocimientos de latín, que deploramos en nuestros centros culturales, se podría engendrar, en algún lector mal informado, la idea de que las observaciones del crítico tuviesen algún razonable fundamento.

1) Horacio dice: «Vos exemplaria *graeca* nocturna...» y no «Vos exemplaria *vatum*» como escribe el crítico. Al leer sus palabras parece que Horacio fuera su lectura cotidiana, que no viviese sino para ella, lo que no le impide citarlo al revés.

2) Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit aequa
potestas.

El crítico observa que Horacio dice: «Quidlibet, *non totum*» (¡quería tal vez decir *omnia!*). Aequa, *non amplia*, quería tal vez decir *ampla*, y en tal caso hay que hacerle notar que en latín no se dice *potestas ampla* sino que se dice *summa, omnis, magna, libera, infinita, omnium rerum potestas*; y de esto no contento, interpreta el paso en sentido contrario de lo que el poeta quiere decir. Considere, por favor, la nota siguiente con la cual Orelli acompaña el trozo y se dará cuenta de su disparate:

Aequa, *non est par utrisque, sed iure permissa et omnibus ultro concedenda*; billig, *non gleich*, etc...

3) El verso: «Te componere quotquot exstiteret» tiene su cesura, consulte si quiere el *Manuel des études grecques et latines* de Laurand, óptimo para principiantes, y encontrará en la pág. 782 un verso de Catulo exactamente con la misma cesura del mío.

4) El verso «ultima funditus interirent» es un alcaico decasílabo que *no tiene cesura*. Compárelo con el verso de Horacio IV-4, 72: «nominis Hasdrubale interempto» y se dará cuenta de que entre los dos versos no hay otra diferencia que una de aquellas elisiones (en el de Horacio) que constituyen el espanto del crítico.

5) En cuanto al verso «pectora afflatu haud solito aestuare» el autor tiene anotado en su manuscrito

la variante siguiente: «pectus afflatu haud solito flagrare», y sin embargo, ha preferido la primera forma precisamente en vista de sus elisiones. Si el crítico lee con detención a Catulo, Virgilio y al mismo Horacio, no dejará de encontrar versos con dos y aun tres elisiones.

6) Las dificultades derivadas de presumidos casos de hipérbaton y de los reales errores de prensa no deberían ofrecer obstáculos a la inteligencia de un experimentado latinista; es fácil comprender, en el verso de la oda a Barrios, que el error tipográfico citado por el crítico substituye un *maeonis misitque*.

7) Lo que la crítica dice tocante a la facilidad de la composición de la alcaica y a lo pegregoso de muchos versos de mi poema y las consultas de no sé qué Noel (!) es tan impropio y vago que no merece ninguna discusión.

Parece, señor Director, que de las pocas consideraciones anteriores se desprende claramente que el crítico escribe sobre cosas que poco o nada entiende; prueba esa de poca seriedad.

Le agradece la hospitalidad y le presenta sus mejores saludos.—
DR. IPPOLITO GALANTE.

Sometida esta carta a nuestro colaborador el señor Mondría, éste nos ha dado para su publicación la siguiente *Réplica*:

La simpática impresión que mi modesto juicio sobre *Andina* pro-

dujo en el Dr. Hipólito Galante ha quedado palmariamente demostrada con la carta de rectificación que antecede.

Lamentamos haber invadido el campo de los filólogos propiamente dichos y haber tenido la osadía de expresar una opinión personal que, como decíamos, «no asumía el carácter de crítica concienzuda y documentada», incurriendo por ello en las iras del Dr. Galante que nos propina epítetos tan poco halagadores como los de ignorante o de escasa preparación, pedante, pueril y poco serio, etc. Pero el Doctor perdonará a este intruso «dilettante» que se defiende de los cargos que se le hacen y pruebe que el que escribió la crítica cree saber algo de lo que trae entre manos.

En cuanto a los epítetos que su *simpatía* me prodiga, podría, a pesar de «mi escasa preparación en cuestiones de gramática», volver la oración por pasiva y devolvérselos al Doctor Galante, pero me libraré bien de tal desacato. Contestaré al autor de *Andina* que no sólo en Italia se hacen doctores y filólogos, que también en las Universidades españolas se cursan estudios y se reciben diplomas y que este «aficionado» puede mostrar al Doctor su título de Licenciado en Filosofía y Letras y sus estudios especiales de nueve años de griego y de latín en la Universidad Pontificia de Comillas, dirigida por los P.P. Jesuítas. ¡Nueve años! Una *afición* bastante acreditada; ¿verdad?

Podría protestar contra el despectivo título de principiante y

aficionado con que en su olímpico desdén me confunde, manifestándole que este «dilettante» es tan Profesor y Catedrático como él (aunque no sé en qué es doctor, ni dónde hizo sus estudios), y que ha sido Catedrático auxiliar en Deusto, Director y Profesor de la Aula de Latinidad en Bilbao, Profesor de Griego en el Seminario Pontificio de Valladolid.

Pero esto a nada conduce. No pretendo «epatar» haciendo ostentación de títulos, y voy al grano y contesto las siete observaciones del Doctor rapsoda.

1) Empieza el señor Galante enmendándome la plana y expone que Horacio dice *exemplaria graeca*. Efectivamente, dice *graeca* Horacio; pero Horacio hablaba para los poetas latinos, a quienes aconsejaba versación en los poetas griegos, y como el señor Galante y yo no somos latinos sino neolatinos, de ahí que debemos leer y releer a los poetas latinos y los griegos, o sea *vates* en general. Por eso dije *vates*, lo que no es citar el revés ni cambiar la idea del poeta, sino acomodarla al caso.

2) *Quidlibet, aequa*. Yo dije *totum* por oposición a *quidlibet* porque *quidlibet* significa *algo* y *totum* significa *todo, íntegro*. Como Horacio admite que debe permitirse un poco de audacia a los poetas, recalqué que *un poco* o *algo* no es *todo* y por eso dije *totum* y no *omnia*. De manera que no quise decir *omnia* sino *totum*. *Aequa* sé muy bien que en este caso significa igual (de *eikos*, semejante), pero al propio tiempo significa justo, ra-

zonable; por eso yo, dando a la palabra una doble interpretación o haciendo un juego de palabras, opuse a *aequa* el adjetivo *ampla* (el *amplia*, señor Galante, es un *lapsus calami* o *lapsus digiti*); y aquí me pasma la suficiencia con que asegura el cantor de Mussolini que no debí decir *ampla* sino *summa, omnis, magna*, etc. No, señor Galante; cuesta poco hacer alarde de erudición y dar sinónimos a destajo; basta consultar un diccionario de sinónimos, y si el señor Galante lo consulta, como lo consultó seguramente para darme los seis sinónimos de *ampla*, verá que *ampla* es sinónimo de *lata, ingens, magna, vasta*. ¿Por qué, pues, no se puede decir *ampla potestas*? ¿Porque el señor Galante no quiere? No es razón suficiente. No recuerdo en este momento un caso de tal adjetivo aplicado a tal nombre, pero así, de buenas a primeras, me viene a la memoria Cicerón cuando dice «fructum est amplissimum consecutus», Plinio cuando escribe «amplior potentie» y Horacio cuando habla de «amplis honoribus auctus». ¿Se atrevería el señor Galante a demostrar que en estos casos *amplus* no equivale a *magnus*?

3) y 4) Pero dejando aparte estos reparos con que el autor de *Andina* ha querido predisponer en su favor a los lectores, acreditándose como Profesor y dando una lección a un «dilettante», entremos en materia de lo que propiamente se discute.

El verso «Te componere quotquot exstiter» no tiene cesura.

Sentimos no tener a la mano ese *Manual* de Laurand, tan bueno para principiantes, que posee don Hipólito. Pero ni Laurand, ni Galante, ni el Papa, podrían demostrarnos que hay cesura en ese verso. Claro está que nos referimos a la cesura de pie, no a la de metro. El señor Galante se defiende haciendo ante los profanos una confusión lamentable. «Ultima funditus interirent», naturalmente que no tiene cesura de metro, por ser alcaico decasílabo; pero sí debería tener cesura de pie. El hexámetro no tiene cesura de metro como el pentámetro, pero exige cesura de pie y sin ella no hay verso armonioso.

El faleucio o endecasílabo, preferido por Catulo, no tiene cesura de pie pues consta de un espondeo, un dáctilo y tres coreos:

Ni te plus oculis meis amarem;

pero ahí está la cesura de pie que da sonoridad y armonía. ¡Qué diferencia entre este verso y el otro: «Te componere quotquot exstiter»!

El verso «nominis Hasdrubale interempto», que el autor de *Andina* cita en defensa del suyo «ultima funditus interirent», es verdad que no tiene cesura de pie, pero ha necesitado el poeta acudir a la última estrofa de la composición de Horacio para encontrar un verso inarmonioso. En cambio, en la misma poesía citada por el señor Galante de «Qualem ministrum», se leen versos con cesura como éstos.

Praelia conjugibus loquenda.
Consiliis juvenis revictae.
Progenerant aquilae columbam.
In pueros animus Neronis.

Claro que también Horacio tiene sus pequeñas fallas (*aliquando dormitat Homerus*), pero en él se ven pocas veces y en los versos del señor Galante, a cada paso. Ahí está la diferencia.

5) Respecto a las elisiones, el señor Galante se escapa por la tangente. Yo no he dicho que no debe haberlas, ni que no las haya en todos los poetas, lo que he sostenido y sostengo es que en los versos del señor Galante hay tantas que hacen los versos ingratos al oído, *pedregosos*.

6) Los presumidos casos de hiperbaton retorcido y violento no son presumidos sino efectivos, y los errores tipográficos también, aunque de éstos ninguna culpa tiene el señor Galante.

7) Por último, la poca facilidad que, *a mi parecer*, se nota en las odas del señor Galante, es una mera impresión personal, en la que tal vez esté equivocado, aunque lo dudo. Y en cuanto a Noel, es incomprendible que un profesor de

latín, que publica poemas latinos, no lo conozca. ¿Quiere con ello el señor Galante dar a entender que ha escrito sus odas sin consulta a ningún diccionario poético? Sería demasiada presunción. El *Gradus* de Noel es la obra más concienzuda y consultada por versificadores latinos—tal vez el señor Galante no la conozca porque no es de principiantes—, y está basada en el *Magnum Dictionarium Poeticum* de Vanière. Por lo que hace a Noel, fué miembro de la Legión de Honor, de casi todas las sociedades científicas, Inspector General Honorario de la Universidad Real, etc. Imperdonable que el señor Galante crea se trata de otro «dilettante».

De estas consideraciones se desprende que ni ha habido falta de seriedad en ATENEA ni en el que expuso sus opiniones y que el señor Galante ha confundido la conciencia profesional con la vanidad profesional, que no es lo mismo. Vanidad no es sinónimo de conciencia, como no lo es de estro poético ni de dominio de la versificación.
—RAMÓN MONDRÍA.

DISPARATORIO

Todos sabemos que Juan Fernández es un grupo de 3 islas: Más Afuera, Santa Clara, Islote árido, sin mérito para el investigador, y Más Afuera.—Puntos de turismo para los extranjeros. *La Nación*, Santiago, 11 de Noviembre de 1930.

Entre el interesante material literario e informativo que forma parte de nuestra edición extraordinaria de mañana, los lectores encontrarán:

.....
Signo de Los Tiempos: Juventud, Comprensión. Por el actor Gregorio Marañón.—El Suplemento de *El*

Mercurio.—*El Mercurio*, Santiago, 8 de Noviembre de 1930.

Comentó la reforma de la enseñanza, Consejo de Indias, al servicio de todos los Ministros de Educación.—Las ideas políticas de Benavente. *El Mercurio*, Santiago, 4 de Noviembre de 1930.

Es, corporizado, el «trágico cotidiano» de que habla Unamuno.—Siluetillas del teatro chileno: Guillermo Carvallo.—*El Mercurio*, Santiago, 14 de Octubre de 1930.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA.

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones ibero-americanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espi-

ritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz
Ocampo — Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)....	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

En sus próximos números la revista

ATENEA

publicará trabajos originales y exclusivos de los siguientes escritores nacionales y extranjeros:

Adolfo Mayer, profesor de Filosofía en la Universidad de Hamburgo; Mariano Picón Salas; Paul Schostakowsky, autor de "El Calvario Ruso"; Gonzalo de Reparaz; Eugenio O'Neill; Dr. Carlos Keller R.; Lidia Santelices V.; Ricardo A. Latcham, autor de "Escalpelo"; Manuel Rojas, autor de "El delincuente", premio de literatura de 1929.

TRES ENSAYOS DE VERDADERO INTERÉS

- 1.º «Nuestro Hogar Evolucionista», por M. D. Lynch, de la escuela del profesor Adler.
- 2.º «Dos puntos de vista», por The National City Bank y Harold J. Laski, Profesor de Economía Política en la Universidad de Londres.
- 3.º «El Niño en el Laboratorio», por John B. Watson, profesor de Psicología en la Universidad de John Hopkins.

Suplemento: La Venganza, por Antón Chejov.

ESTA EN VENTA EN TODAS LAS LIBRE-
RIAS EL NUMERO DE OCTÚBRE DE ES-
TA PUBLICACION MENSUAL

PRECIO \$ 1.00

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación única en su género destinada a informar a educadores, directores sociales, etc. sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo
Dirección: Villa Torlonia -ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos argentinos 10,80; pesos chilenos, 32.